NEW YORK TIMES BESTSELLER

STAR WARS®

OUTBOUND FLIGHT

TIMOTHY ZAHN

Author of Star Wars: Heir to the Empire

Comenzó como el máximo viaje de descubrimiento, solo para convertirse en un capítulo oscuro en la historia Jedi. Ahora el aclamado autor Timothy Zahn regresa para contar toda la extraordinaria historia del notable, y condenado, proyecto Vuelo de Expansión.

Las Guerras Clon aún no han estallado cuando el Maestro Jedi Jorus C'baoth solicita al Senado que apoye una misión ambiciosa: contactar la vida inteligente y colonizar mundos no descubiertos más allá de la galaxia conocida. Pero la burocracia del gobierno amenaza con hundir la expedición antes de que pueda comenzar, hasta que el Maestro C'baoth frustra un complot de conspiración asesino, ganándole el capital político que necesita para poner en marcha el sueño de Vuelo de Expansión.

O así parece. El malvado Lord Sith Darth Sidious tiene sus propios intereses en Vuelo de Expansión. Sin embargo, ni siquiera él es el desafío más peligroso de la misión. Una vez en marcha, la nave se cruza con las fuerzas de la alienígena Ascendencia Chiss y la brillante mente maestra conocida como «Thrawn». Por lo tanto, lo que comienza como una misión Jedi pacífica se transforma violentamente en una guerra total por la supervivencia.



Vuelo de Expansión

Timothy Zahn



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Outbound Flight*

Autor: Timothy Zahn

Arte de portada: Dave Seeley

Publicación del original: 2006

27 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: Yavin201

Revisión: Alexis Desaeger, Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

16.10.19

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

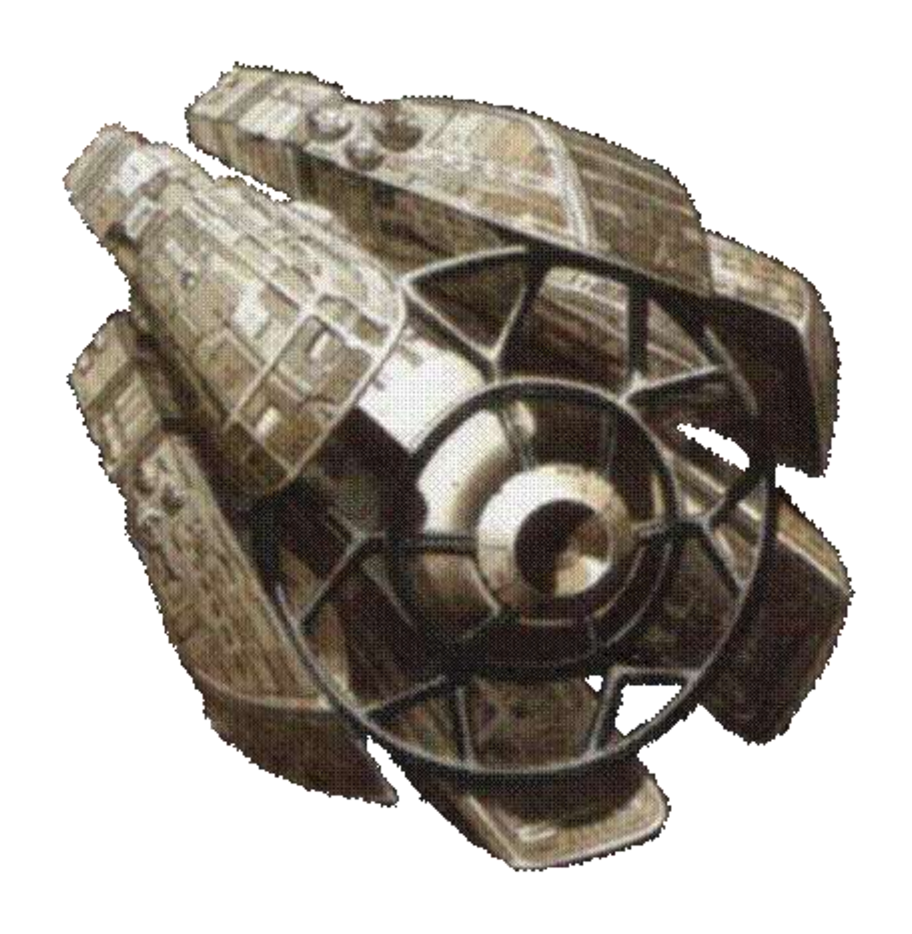
Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

EXPEDICIÓN VUELO DE EXPANSIÓN

SEIS DESTRUCTORES INDEPENDIENTES Y SEPARABLES UNIDOS A UN CENTRO



1

El carguero ligero *Cazador de Gangas* se movía a través del espacio, gris plateado contra la negrura. La luz de las estrellas distantes se reflejaba en su casco. Sus luces de marcha estaban apagadas, sus faros de navegación silenciosos, sus ventanales, en la mayor parte, tan oscuros como el espacio a su alrededor. Su motor intentaba que todo esto valiese para algo.

—¡Aguantad! —ladró Dubrak Qennto sobre el tenso rugido de los motores—. Aquí viene de nuevo.

Apretando sus dientes firmemente para evitar que castañetearan, Jorj Car'das se agarró al brazo de su asiento con una mano, mientras terminaba de introducir las coordenadas en el ordenador de navegación con la otra. Justo a tiempo; el *Cazador de Gangas* zigzagueó con dificultad hacia la izquierda mientras un par de brillantes rayos láser de color verde pasaban al lado del parabrisas del puente.

—¿Car'das? —llamó Qennto—. Elévate, chico.

—Me estoy elevando, me estoy elevando —respondió Car'das, resistiendo el deseo de señalar que el anticuado equipo de navegación era de Qennto y no suyo. Así como la carencia de diplomacia y sentido común que los habían metido en este lío en primer lugar—. ¿No podemos simplemente hablar con ellos?

—Una idea estupenda —contestó Qennto—. Asegúrate de elogiar a Progga por su justicia y su acertada aptitud para los negocios. Eso siempre funciona con los Hutts.

La última palabra fue puntualizada por otro grupo de disparos láser, esta vez más cerca que los últimos.

—Rak, los motores no podrán mantener esta velocidad para siempre —avisó Maris Ferasi desde el asiento del copiloto. Su pelo brillaba con reflejos verdes cada vez que pasaba un disparo.

—No tiene que ser para siempre —dijo Qennto con un gruñido—. Sólo hasta que tengamos algunos números. ¿Car'das?

En el panel de Car'das una luz parpadeó.

—Listo —dijo, introduciendo los números en el puesto del piloto—. Aunque no es un salto muy largo…

Fue interrumpido por un chirrido de alguna parte de popa, y los brillantes rayos láser fueron remplazados por brillantes líneas estelares cuando el *Cazador de Gangas* salió disparado hacia el hiperespacio.

Car'das respiró profundamente, soltando el aire silenciosamente.

—No me alisté para esto —murmuró para sí mismo. Casi seis meses estándar desde que se unió a Qennto y a Maris, esta era realmente la segunda vez que tenían que correr por sus vidas.

Y esta vez era un Hutt al que habían irritado. Qennto, pensó oscuramente. Tenía un talento genuino para elegir sus peleas.

—¿Estás bien, Jorj?

Car'das levantó la mirada, parpadeando para quitar una gota de sudor que de alguna manera había encontrado su camino hacia su ojo. Maris estaba girada en su silla, mirándole con preocupación.

—Estoy bien —dijo él, sorprendiéndose por el temblor de su voz.

—Por supuesto que lo está —le aseguró Qennto a Maris mientras se giraba también para mirar a su joven tripulante—. Aquellos disparos ni siquiera se acercaron.

Car'das se armó de valor.

—Ya sabes, Qennto, que no estoy en posición de decir esto…

—No, no lo estás —dijo Qennto bruscamente, volviéndose hacia su panel.

—Progga el Hutt no es la clase de persona que te gustaría tener enfadada contigo —dijo Car'das de todos modos—. Quiero decir que primero estaba ese Rodiano…

—Unas palabras sobre el protocolo de abordo, chico —le cortó Qennto, girándose lo suficiente para lanzar una mirada furiosa a Car'das—. No discutas con tu Capitán. Nunca. No a menos que quieras que este sea tu primer y último viaje con nosotros.

—Me conformaría con que no fuese el último viaje de mi vida —murmuró Car'das.

—¿Qué fue eso?

Car'das hizo una mueca.

—Nada.

—No dejes que Progga te preocupe —le tranquilizo Maris—. Tiene un mal temperamento, pero se calmará.

—¿Antes o después de que nos torture y nos arranque la piel? —contestó Car'das, mirando las lecturas del hiperpropulsor ansiosamente. Esa inestabilidad púrpura del anulador estaba empeorando definitivamente.

—Oh, Progga no nos torturaría —se mofó Qennto—. Dejaría eso para Drixo cuando le digamos que Progga nos ha robado su carga. Tienes el próximo salto preparado, ¿verdad?

—Estoy trabajando en ello —dijo Car'das, comprobando su ordenador—. Pero el hiperpropulsor……

—Adelante —le interrumpió Qennto—. Salimos.

Las líneas estelares se colapsaron en estrellas, y Car'das tecleó un escáner completo de los sensores, siendo sacudido mientras una salva de disparos láser pasaba crepitando al lado del parabrisas.

Qennto ladró una corta exclamación.

—¡Qué diablos!

—Nos ha seguido —dijo Maris, sonando aturdida.

—Y nos tiene a tiro —gruño Qennto, mientras lanzaba el *Cazador de Gangas a* otra serie maniobras evasivas que retorcían el estómago—. ¡Car'das, sácanos de aquí!

—Eso intento —respondió Car'das, luchando por leer las imágenes del ordenador mientras éstas botaban y se tambaleaban frente a sus ojos. No había manera de calcular el siguiente salto antes de que Qennto perdiese su suerte y el humeante Hutt les alcanzara finalmente.

Pero si Car'das no podía encontrar un lugar al que ir, quizá podría encontrar todos los lugares a los que no ir…

El cielo directamente delante estaba lleno de estrellas, pero había mucho vacío negro entre ellas. Eligiendo el más grande de los espacios, introdujo el vector en el ordenador.

—Prueba este —dijo, tecleándolo para Qennto.

—¿Qué quieres decir con prueba? —preguntó Maris.

El carguero se balanceó cuando un par de disparos dieron de lleno en los deflectores de popa.

—No importa —dijo Qennto antes de que Car'das pudiese responder. Pulsó el tablero, y una vez más las líneas estelares salieron disparadas y se desvanecieron en el manchado cielo del hiperespacio.

Maris espiró enojada.

—Eso estuvo muy cerca.

—De acuerdo, quizá está enfadado con nosotros —concedió Qennto—. Ahora, como dijo Maris, chico, ¿qué querías decir con *prueba éste*?

—No tuve tiempo de calcular un salto adecuado, —explicó Car'das—. Así que nos apunté hacia un punto vacío sin estrellas.

Qennto se dio la vuelta.

—¿Quieres decir un punto vacío sin estrellas visibles? —preguntó amenazadoramente—. ¿Un punto sin colapsos estelares, oscuras masas pre-estelares o algo oculto detrás de nubes de polvo? ¿Esa clase de punto vacío? —Movió una mano hacia el parabrisas—. ¿Y encima fuera hacia las Regiones Desconocidas?

—No tenemos datos suficientes en esa dirección para que hubiese hecho un cálculo adecuado, de todas formas —dijo Maris, viniendo en defensa de Car'das inesperadamente.

—Esa no es la cuestión —insistió Qennto.

—No, la cuestión es que nos alejó de Progga —dijo Maris—. Creo que al menos se merece que le des las gracias.

Qennto puso los ojos en blanco.

—Gracias —dijo—. Tales gracias no serán anuladas siempre y cuando atravesemos una estrella que no viste, por supuesto.

—Creo que es más probable que el hiperpropulsor explote primero —le advirtió Car'das—. ¿Recuerdas ese problema del anulador del que te hablé? Creo que está……

Fue interrumpido por un gemido proveniente de debajo de ellos, y con un bandazo el *Cazador de Gangas* saltó hacia adelante como un giffa tras un rastro.

—¡Aprisa! —gritó Qennto, volviendo a su panel—. ¡Maris, apágalo!

—Eso intento —respondió Maris sobre el gemido mientras sus dedos bailaban sobre su panel—. Las líneas de control están dando vueltas, no puedo hacer llegar una señal.

Con una maldición, Qennto soltó sus sujeciones y sacó su cuerpo del asiento. Corrió por el estrecho pasillo, a punto de golpear con el codo la nuca de Car'das mientras

pasaba. Golpeando inútilmente sus propios controles, Car'das desabrocho sus propias sujeciones y empezó a seguirle.

—Car'das vuelve aquí —llamó Maris, gesticulando hacia delante.

—Puede necesitarme —dijo Car'das mientras seguía hacia delante sin cambiar de dirección.

—Siéntate —le ordenó, señalando con la cabeza al vacío asiento de piloto de Qennto—. Ayúdame a vigilar el rastreador; si nos desviamos de este vector antes de que Rak averigüe como quitar el tapón, necesito saberlo.

—Pero Qennto…

—Un consejo, amigo —le interrumpió, sus ojos seguían en su pantalla—. Ésta es la nave de Rak. Si hay que hacer alguna reparación delicada, él es quien la hará.

—¿Incluso si resulta que sé más sobre un sistema en particular de lo que él sabe?

—Especialmente si resulta que sabes más sobre eso de lo que él sabe —dijo ella secamente—. Pero en este caso, no lo sabes. Confía en mí.

—Bien —dijo Car'das con un suspiro—. Tal confianza será anulada siempre y cuando explotemos, por supuesto.

—Estás aprendiendo —dijo con aprobación—. Ahora haz una comprobación de los sistemas en los escáneres y mira si la inestabilidad ha llegado hasta ellos. Después haz lo mismo con el ordenador de navegación. Una vez hecho esto, quiero asegurarme de que podamos encontrar nuestro camino a casa de nuevo.

Le llevó cuatro horas a Qennto encontrar la manera de apagar el hiperpropulsor desbocado sin hacerlo pedazos. Durante ese tiempo Car'das ofreció su ayuda tres veces, y Maris ofreció la suya dos. Todas las ofertas fueron inmediatamente rechazadas.

En algún momento durante la primera hora, tan aproximado como Car'das podía imaginarse de las lecturas que volteaban a través de su pantalla, dejaron el relativamente familiar territorio del Borde Exterior, adentrándose en una parte poco profunda del nada familiar territorio conocido como Espacio Salvaje. En algún momento previo a la cuarta hora, dejaron atrás incluso eso y cruzaron la brumosa línea, adentrándose en las Regiones Desconocidas.

Llegados a ese punto, dónde estaban o dentro de qué estaban volando exactamente eran suposiciones.

Pero al menos el gemido se había desvanecido, y unos minutos después el cielo del hiperespacio se colapsó en líneas estelares y después en estrellas.

—¿Maris? —llamó la voz de Qennto desde el panel de comunicaciones.

—Estamos fuera —confirmó ella—. Ejecutando comprobación de posición ahora.

—Estaré justo allí —dijo Qennto.

—Donde quiera que estemos, estamos muy lejos de casa —murmuró Car'das, mirando a un pequeño, pero brillante cúmulo globular de estrellas en la distancia—.

Nunca he visto nada como eso en ninguno de los mundos del Borde Exterior en los que he estado.

—Yo tampoco —estuvo de acuerdo Maris solemnemente—. Esperemos que el ordenador pueda solucionarlo.

El ordenador seguía cribando datos cuando Qennto reapareció en el puente. Car'das se había asegurado de estar de vuelta en su propio puesto para entonces.

—Bonito cúmulo —comentó el gran hombre mientras se dejaba caer en su asiento—. ¿Algún sistema cercano?

—El más cercano está a un cuarto de año luz directamente delante —dijo Maris, señalando.

Qennto gruñó y tecleó en su panel.

—Veamos si podemos hacerlo —dijo—. El hiperpropulsor de apoyo debería tener todavía suficiente jugo para un salto tan corto.

—¿No podríamos trabajar en la nave aquí afuera? —preguntó Car'das.

—No me gusta el espacio interestelar —dijo Qennto distraídamente mientras configuraba el salto—. Es oscuro, frío y solitario. Además, ese sistema de allí quizá tenga un bonito planeta o dos.

—Lo que significa una posible fuente de suministros, en caso de que acabemos quedándonos más de lo que esperamos —explicó Maris.

—O un posible lugar donde asentarnos lejos del ruido y la agitación de la República por un tiempo —añadió Qennto.

Car'das sintió comprimirse su garganta.

—¿No querrás decir…?

—No, no quiere decir eso —le aseguró Maris—. Rak siempre habla de escapar de todo cada vez que tiene problemas con alguien.

—Debe de hablar así mucho —murmuró Car'das.

—¿Qué dices? —preguntó Qennto.

—Nada.

—No lo creo. Aquí vamos. —Hubo un chirrido, más refinado que el sonido de hiperpropulsor principal del *Cazador de Gangas*, y las estrellas se estiraron hasta formar líneas estelares.

Silenciosamente, Car'das contó los segundos para sí mismo, esperando completamente que el hiperpropulsor de apoyo se colapsase en cualquier momento. Pero no lo hizo, y después de unos tensos minutos las estrellas se colapsaron de nuevo para revelar un pequeño sol amarillo directamente delante.

—Allá vamos —dijo Qennto con aprobación—. Todas las comodidades del hogar. ¿Has averiguado ya dónde estamos, Maris?

—El ordenador sigue trabajando en ello —dijo Maris—. Pero parece como si estuviéramos doscientos cincuenta años luz dentro del Espacio Desconocido —elevó sus cejas hacia él—. Creo que vamos a tener un montón de sanciones por entrega retrasada cuando lleguemos finalmente a Comra.

—Oh, te preocupas demasiado —la reprendió Qennto—. No llevará más de un día o dos reparar el hiperpropulsor. Si lo forzamos un poco no deberíamos retrasarnos más de una semana.

Car'das reprimió una mueca. Forzar el hiperpropulsor, si estaba en lo cierto, era lo que había estropeado las cosas para empezar.

Hubo un gorjeo en el comunicador.

—Estamos siendo saludados —informó, frunciendo el ceño mientras tecleaba. Echó una mirada a las pantallas, buscando a su emisor desconocido.

Y sintió como todo su cuerpo se ponía rígido.

—¡Qennto! —dijo bruscamente—. Es…

Fue interrumpido por una profunda risa atronadora del comunicador.

—Así que, Dubrak Qennto —retumbó una voz demasiado familiar en Huttés—. ¿Piensas escapar de mí tan fácilmente?

—¿A eso llamas fácil? —murmuró Qennto mientras tecleaba su transmisor—. Oh, hola, Progga —dijo—. Mira, como te dije antes, no puedo dejar que tengas estas pieles. Ya tengo un contrato con Drixo…

—Olvida las pieles —le cortó Progga—. Muéstrame tu escondido tesoro amontonado.

Qennto frunció el ceño mirando a Maris.

—¿Mi qué?

—No te hagas el tonto —le advirtió Progga, poniendo su voz una octava más baja—. Conozco a los de tu clase. No escapáis simplemente de algo, sino que más bien corréis hacia algo más. Este es el único sistema estelar en este vector, y mira, tú estás aquí. ¿Hacia qué podrías haber corrido sino hacia una base secreta y un tesoro amontonado?

Qennto silenció el transmisor.

—Car'das, ¿dónde está?

—A cien kilómetros fuera del arco del estribor —le dijo Car'das, sus manos se sacudían mientras ejecutaba un escaneo completo de la distante nave Hutt—. Y se está acercando rápido.

—¿Maris?

—Lo que quiera que hicieras para apagar el hiperpropulsor, hiciste un gran trabajo —dijo apretadamente—. Está completamente cerrado. Todavía tenemos el de apoyo, pero si intentamos correr y vuelve a rastrearnos…

—Y lo hará —gruñó Qennto. Respirando profundamente volvió a encender el transmisor—. No era eso, Progga —dijo conciliatoriamente—. Sólo estábamos intentando…

—¡Suficiente! —rugió el Hutt—. Ahora.

—No hay ninguna base —insistió Qennto—. Estas son las Regiones Desconocidas. ¿Por qué establecería una base aquí afuera?

Una luz brilló en el sensor de proximidad de Car'das.

—¡Llegando! —dijo bruscamente, sus ojos iban de acá para allá entre las pantallas mientras buscaba la fuente del ataque.

—¿Dónde? —contestó Qennto.

Car'das ya lo tenía. Viniendo directamente desde abajo del *Cazador de Gangas*: un largo y oscuro misil dirigiéndose directamente hacia ellos.

—Ahí —dijo, señalando con un dedo directamente abajo, mientras miraba a la pantalla.

Fue solo entonces cuando su cerebro alcanzó el hecho de que ese no era el vector que un misil tomaría desde la nave Hutt entrante. Estaba abriendo su boca para señalar eso cuando el misil se abrió, su nariz expulsó una bola de algún tipo de material. La bola empezó a expandirse mientras despejaba los fragmentos de su contenedor, abriéndose como una flor de rápido florecimiento en una pared transparente estirándose a lo largo de un kilómetro.

—¡Fuera la energía! —dijo Qennto bruscamente, abalanzándose sobre su panel hacia la fila de interruptores maestros de energía—. ¡Deprisa!

—¿Qué es eso? —preguntó Car'das, agarrando el grupo de interruptores de su panel.

—Una red Connor. O algo así —dijo Qennto apretando los dientes.

—¿De ese tamaño? —preguntó Car'das con incredulidad.

—Sólo hazlo —gruñó Qennto. Las luces de estado parpadeaban en rojo mientras los tres corrían contra la red inminente.

La red ganó. Car'das había desconectado apenas dos tercios de sus interruptores cuando los curvados bordes estuvieron a la vista alrededor de los lados del casco. Se replegaron hacia adentro, curvándose alrededor del puente.

—Cerrad los ojos —advirtió Maris.

Car'das apretó sus ojos con fuerza. Incluso a través de sus parpados vio un indicio del brillante destello cuando la red descargó su corriente de alto voltaje dentro y a través de la nave, enviando un breve hormigueo a lo largo de su piel.

Y cuando volvió a abrir sus ojos cuidadosamente, todas las luces que habían estado luciendo en el puente se habían apagado. El *Cazador de Gangas* estaba muerto.

A través del parabrisas llegó un parpadeo de luz desde la dirección de la nave del Hutt.

—Parece que han alcanzado a Progga también —dijo Car'das, su voz sonó inusualmente alta en el repentino silencio.

—Lo dudo —dijo Qennto con voz profunda—. Su nave es suficientemente grande para tener condensadores de descarga y otras cosas para protegerse de trucos como ese.

—Diez a uno a que luchará también —murmuró Maris, su voz sonó tensa.

—Oh, claro que luchará —dijo Qennto enérgicamente—. Es demasiado estúpido para darse cuenta de que cualquiera que pueda construir una red Connor tan grande, tendrá un montón de trucos en su manga.

Un resplandor múltiple de verde fuego láser hizo erupción desde la dirección de la nave Hutt. Fue respondido por brillantes destellos azules siguiendo un vector desde tres

direcciones diferentes, disparados desde naves muy pequeñas o muy oscuras para verlas en el campo visual del *Cazador de Gangas*.

—¿Crees que quienes quiera que sean, podrían quedarse tan ocupados con Progga que se olviden de nosotros? —preguntó Maris esperanzada.

—No lo creo —dijo Car'das, señalando fuera del parabrisas hacia la pequeña nave gris que había tomado posiciones con su morro apuntando hacia el lado de babor del carguero. Era casi del tamaño de una lanzadera o un caza pesado, construido en una clase de diseño curvado y fluido que nunca había visto antes—. Nos han dejado un vigilante.

—Cifras —dijo Qennto, mirando una vez a la nave alienígena y volviendo a mirar a los destellos verdes y azules—. Cincuenta a que Progga dura al menos quince minutos y se lleva uno de sus atacantes con él.

Ninguno de los otros igualó la apuesta. Car'das observaba la batalla, deseando tener sus sensores operativos. Había leído un poco sobre tácticas de batalla espacial en la escuela, pero la metodología de los atacantes no parecía encajar con nada que pudiera recordar. Todavía intentaba imaginárselo cuando, con una salva final de luz azul, se acabó.

—Seis minutos —dijo Qennto, su voz sombría—. Quien quiera que sean estos tipos, son buenos.

—¿No los reconoces? —preguntó Maris, mirando hacia su silencioso vigilante.

—Ni siquiera reconozco el diseño —gruñó él, soltando sus sujeciones y levantándose—. Comprobemos los daños, veamos si podemos al menos preparar la nave para recibir compañía. Car'das, quédate aquí y vigila la tienda.

—¿Yo? —preguntó Car'das, sintiendo como se tensaba su estómago—. ¿Pero qué pasa si ellos —ya sabes— nos llaman?

—¿Tu qué crees? —gruñó Qennto mientras Maris y él se dirigían hacia popa—. Les respondes.

2

Los vencedores se tomaron su tiempo escarbando o aguijoneando o regodeándose en lo que fuera que quedase de la nave Hutt. Por el número de propulsores maniobrando que Car'das podía ver parpadeando a intervalos, supuso que había tres naves que habían estado involucradas en la batalla propiamente dicha, más la que seguía vigilando su flanco.

Las redes Connor, como los cañones de iones, estaban diseñadas para desarmar y mantener en vez de destruir, y Qennto y Maris habían vuelto a poner en marcha la mayor parte de los sistemas para cuando sus guardianes finalmente hicieron su movimiento.

—Qennto, se está desviando —llamó Car'das en el comunicador, mirando como la nave gris iba tranquilamente a la deriva pasando el parabrisas y colocándose en un nuevo punto con su popa encima y en frente de la proa del *Cazador de Gangas*—. Parece que se está colocando para que le sigamos.

—A nuestra manera —respondió Qennto—. Enciende el motor a un cuarto de potencia.

La nave gris estaba empezando a alejarse cuando Maris y él regresaron.

—Aquí vamos —murmuró Qennto, dejándose caer en su asiento y avanzando hacia adelante—. ¿Alguna idea adónde vamos?

—El resto del grupo aún está sobre la nave Hutt —dijo Car'das, apretándose con cuidado para pasar a Maris mientras se dirigía de vuelta a su puesto—. Quizá nos llevan allí.

—Sí, eso parece —estuvo de acuerdo Qennto mientras daba más potencia al motor—. Al menos, no están disparando. Eso siempre es una buena señal.

Había, de hecho, tres naves alienígenas rondando alrededor de los restos de la nave de Progga cuando llegaron. Dos eran duplicados de su escolta tamaño caza, mientras que el tercero era considerablemente mayor.

—Aunque no más grande que un crucero de la República —señaló Car'das—. Bastante pequeño, considerando lo que acaba de hacer.

—Parece que están abriendo una bahía de atraque para nosotros —dijo Maris.

Car'das midió la cubierta de babor que se abría con los ojos.

—No hay demasiado espacio ahí dentro.

—Nuestra proa entrará —le aseguró Qennto—. Podemos usar el tubo de servicio delantero para salir.

—¿Vamos a entrar en esa nave? —preguntó Maris, su voz temblaba ligeramente.

—A menos que quieran usar el tubo para subir aquí en lugar de eso —le dijo Qennto—. Los tipos de las armas tomarán esa decisión —levantó un dedo de advertencia—. La clave para nosotros es mantener el control de la situación mientras están haciéndolo.

Se medio giró hacia Car'das.

—Eso significa que seré yo quien hable. A menos que te pregunten algo directamente, en cuyo caso les darás exactamente tanta información como te hayan pedido. Nada más. ¿Entendido?

Car'das tragó.

—Entendido.

Su escolta les dirigió hacia el lado más grande de la nave, y dos minutos después Qennto tenía la proa del *Cazador de Gangas* seguramente acomodada dentro del collar de atraque. Un túnel de abordaje empezó de extenderse hacia la escotilla de servicio mientras Qennto colocaba los sistemas en alerta, y en el momento que los tres habían bajado la escalera, los sensores de la salida indicaron que el túnel estaba en posición y presurizado.

—Aquí vamos —masculló Qennto, estirándose en toda su altura y tecleando el código de apertura—. Recordad, dejadme hablar a mí.

Dos miembros de la tripulación estaban esperando fuera de la escotilla cuando ésta se abrió: humanoides de piel azulada, con brillantes ojos rojos y pelo negro azulado, vestidos con idénticos uniformes negros que lucían parches verdes en los hombros. Cada uno de ellos tenía una pequeña pero desagradable pistola ceñida a su cintura.

—Hola —les saludó Qennto mientras avanzaba por el túnel—. Soy Dubrak Qennto, capitán del *Cazador de Gangas*.

Los alienígenas no respondieron, pero se movieron apenas hacia el otro lado y gesticularon hacia el túnel.

—¿Por aquí? —preguntó Qennto señalando con una mano mientras cogía el brazo de Maris con la otra—. Claro.

Maris y él avanzaron por el túnel, el material ribeteado del suelo botaba como un puente colgante con cada paso. Car'das les seguía de cerca, detrás de ellos, estudiando a los alienígenas con el rabillo del ojo cuando pasó entre ellos. Aparte de su inusual color de piel y esos ojos brillantes, parecían notablemente humanos. ¿Alguna rama de la antigua expansión de la humanidad en la galaxia? ¿O eran su propia gente y el parecido puramente una coincidencia?

Dos alienígenas más estaban esperando dentro de la nave propiamente dicha, vestidos y armados de la misma manera que el primer par, excepto que los parches de sus hombros eran amarillos y azules en lugar de verdes. Se giraron con precisión militar cuando los tres humanos llegaron y les condujeron por un pasillo lisamente curvado hecho de un material como la perla con un brillo suave y apagado. Car'das deslizó las puntas de los dedos delicadamente a lo largo de la pared mientras caminaban, intentando descifrar si era metal, cerámica o algún tipo de combinación.

Cinco metros más adelante, en el pasillo, sus guías hicieron un alto fuera de una entrada abierta y se colocaron a cada lado.

—Ahí adentro, ¿eh? —preguntó Qennto—. Seguro —cuadró sus hombros de la forma en la que a menudo Car'das le había visto hacerlo antes de una sesión de negociaciones.

Entonces, agarrando aún el brazo de Maris, fue hacia dentro. Echando una última mirada a los muros del pasillo, Car'das les siguió.

La habitación era pequeña y simple, su mobiliario consistía en una mesa y media docena de sillas. Una sala de conferencias, la identificó Car'das tentativamente, o tal vez un comedor de la tripulación de servicio. Otro de los alienígenas de piel azul estaba sentado en el lado más alejado de la mesa, sus brillantes ojos fijos en sus visitantes. Vestía el mismo uniforme negro que sus escoltas, pero con un parche más grande, color burdeos, en sus hombros y un par de barras de plata, cuidadosamente labradas, en su cuello. ¿Un oficial?

—Hola —dijo Qennto alegremente, parándose en el borde de la mesa—. Soy Dubrak Qennto, capitán del *Cazador de Gangas*: ¿Supongo que no sabrá hablar básico?

El alienígena no contestó, pero Car'das pensó que le había visto contraer una ceja levemente.

—Quizá deberíamos probar con alguno de los lenguajes de comercio del Borde Exterior —ofreció.

—Gracias por esa brillante sugerencia —dijo Qennto con un toque de sarcasmo—. Saludos, noble señor —continuó, pasando al Sy Bisti—. Somos viajeros y comerciantes de un mundo lejano, que no quieren ningún daño para usted o para su gente.

De nuevo, no hubo respuesta.

—Puedes probar con el Taarja —dijo Maris.

—No conozco el Taarja muy bien —dijo Qennto, todavía en Sy Bisti—. ¿Qué hay de vosotros? —añadió, girándose para mirar a los dos guardias que les habían seguido hasta la habitación—. ¿Alguno de vosotros entiende Sy Bisti? ¿O Taarja? ¿Meese Caulf?

—Sy Bisti servirá —dijo el alienígena de detrás de la mesa, calmadamente en ese lenguaje.

Qennto se giró, parpadeando por la sorpresa.

—¿Acaba de decir…?

—He dicho que Sy Bisti servirá —repitió el alienígena—. Por favor, sentaos.

—Ah… gracias —dijo Qennto, apartando unas sillas para él y para Maris y cabeceando hacia Car'das para que hiciera lo mismo. Los respaldos de las sillas estaban contorneados de forma un poco extraña para humanos, advirtió Car'das mientras se sentaba, pero no eran incómodos.

—Soy el Comandante Mitth'raw'nuruodo de la Ascendencia Chiss —continuó el alienígena—. Este es el *Halcón Brioso*, nave de mando de la fuerza de retén segunda de la Flota de defensa expansionista.

Flota expansionista. Car'das sintió un escalofrío subiendo por su espalda. ¿Implicaba ese nombre que esta Ascendencia Chiss estaba en proceso de expandirse hacia afuera?

Esperaba que no. La última cosa que necesitaba la República ahora mismo era una amenaza desde fuera de sus límites. El Canciller Supremo Palpatine lo estaba haciendo lo mejor que podía, pero había mucha resistencia a cambiar las viejas actitudes «todo sigue igual» y la corrupción casual del gobierno de Coruscant. Incluso ahora, cinco años

después de su pequeña desventura en Naboo, la Federación de Comercio había evitado ser castigada por su evidente agresión, a pesar de los mejores esfuerzos de Palpatine de llevarla ante la justicia. Sentimientos de resentimiento y frustración hervían a lo largo de la galaxia, con rumores de nuevas reformas o movimientos secesionistas surgiendo cada semana.

Qennto amaba esto, por supuesto. Burocracias gubernamentales con sus docenas de comisiones, cargos de servicio y prohibiciones a mansalva eran un entorno manejable ideal para operaciones de contrabando a pequeña escala como esta. Y Car'das tenía que admitir que durante su tiempo abordo del *Cazador de Gangas*, sus actividades les habían reportado unos muy respetables beneficios.

Lo que quizá Qennto no lograba entender era que mientras una pequeña inestabilidad gubernamental podía ser útil, demasiada sería tan mala para los contrabandistas como para cualquiera.

Ni que decir tiene que una guerra a gran escala sería tan mala como la que hubo. Para todos.

—¿Y tú eres…? —preguntó Mitth'raw'nuruodo, clavando sus brillantes ojos rojos en Car'das.

Car'das abrió su boca.

—Soy Dubrak Qennto, Comandante —dijo Qennto antes de que Car'das pudiese hablar—. Capitán del…

—¿Y tú eres…? —repitió Mitth'raw'nuruodo con sus ojos aún en Car'das, poniendo un leve pero notable énfasis en el pronombre.

Car'das miró de soslayo a Qennto, obteniendo un microscópico asentimiento.

—Soy Jorj Car'das —dijo—. Tripulante del carguero *Cazador de Gangas*.

—¿Y estos? —preguntó Mitth'raw'nuruodo, gesticulando hacia los otros.

De nuevo, Car'das miró a Qennto. La expresión del otro se había vuelto bastante agria, pero aun así le dio a su tripulante más joven otra pequeña inclinación.

—Este es mí capitán, Dubrak Qennto —le dijo Car'das al comandante—. Y su… —¿Novia? ¿Copiloto? ¿Socia?—, su segundo al mando, Maris Ferasi.

Mitth'raw'nuruodo inclinó la cabeza hacia cada uno de ellos y se volvió hacia Car'das.

—¿Por qué estáis aquí?

—Somos comerciantes corellianos, de uno de los sistemas en la República Galáctica —dijo Car'das.

—K'rell'n —dijo Mitth'raw'nuruodo, como si tanteara la palabra—. Comerciantes, ¿has dicho? ¿No exploradores o avanzadillas?

—No, nada de eso —le aseguró Car'das—. Alquilamos nuestra nave para llevar mercancías entre sistemas estelares.

—¿Y la otra nave? —preguntó Mith'raw'nuruodo.

—Piratas de alguna clase —soltó Qennto antes de que Car'das pudiera responder—. Estábamos huyendo de ellos cuando tuvimos problemas con nuestro hiperpropulsor, y así fue cómo acabamos aquí.

—¿Conocíais a esos piratas? —preguntó Mitth'raw'nuruodo.

—¿Cómo podíamos nosotros…? —empezó Qennto.

—Sí, habíamos tenido problemas con ellos antes —le interrumpió Car'das. Había habido algo en la voz de Mitth'raw'nuruodo mientras preguntaba eso…—. Creo que estaban buscándonos específicamente.

—Debíais estar llevando una carga valiosa.

—No es nada extravagante —dijo Qennto, lanzando una mirada de advertencia a Car'das—. Un cargamento de pieles y exóticas vestimentas de lujo. Estamos muy agradecidos de que viniese en nuestra ayuda.

Car'das sintió cerrarse su garganta. La mayoría de su cargamento eran de hecho ropas de lujo, pero cosido en la filigrana del cuello de una de las pieles había un surtido de gemas de fuego de contrabando. Si Mitth'raw'nuruodo decidía revisar el cargamento y las encontraba, iba a haber una muy infeliz Drixo la Hutt en el futuro del *Cazador de Gangas*.

—De nada —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Tengo curiosidad por ver lo que vuestra gente considera vestimentas de lujo. Quizá podríais enseñarme vuestra carga antes de que os vayáis.

—Estaría encantado —dijo Qennto—. ¿Significa eso que nos está liberando?

—Pronto —le aseguró Mitth'raw'nuruodo—. Primero necesito examinar vuestra nave y confirmar que ciertamente sois los inocentes comerciantes que afirmáis ser.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Qennto tranquilamente—. Le daremos un tour completo cuando usted quiera.

—Gracias —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Pero eso puede esperar hasta que lleguemos a mi base. Hasta entonces, se han preparado habitaciones de descanso para vosotros. Quizá luego me permitáis mostraros la hospitalidad Chiss.

—Estaremos muy agradecidos y honrados, Comandante —dijo Qennto, inclinando su cabeza en una pequeña reverencia—. Aunque me gustaría mencionar que tenemos un horario muy apretado, y nuestro desvío inesperado lo ha hecho más apretado aún.

—Por supuesto —dijo Mitth'raw'nuruodo—. La base no está lejos.

—¿Está en este sistema? —preguntó Qennto. Levantó una mano antes de que el Chiss pudiese responder—. Perdón, perdón, no es asunto mío.

—Cierto —coincidió Mitth'raw'nuruodo—. Sin embargo, no hará ningún mal decirte que está en un sistema enteramente diferente.

—Ah —dijo Qennto—. ¿Puedo preguntar cuándo partiremos hacia allí?

—Ya hemos partido —dijo Mitth'raw'nuruodo suavemente—. Hicimos el salto al hiperespacio hace aproximadamente cuatro minutos estándar.

Qennto frunció el ceño.

—¿De verdad? No he oído ni sentido nada.

—Quizá nuestros sistemas de hiperpropulsión sean superiores a los vuestros —dijo Mitth'raw'nuruodo, levantándose—. Ahora, si me seguís, os escoltaré hasta el área de descanso.

Los condujo otros cinco metros por el pasillo hasta otra puerta, donde tocó un panel rayado en la pared.

—Os avisaré cuando os requiera de nuevo —dijo mientras la puerta se deslizaba, abriéndose.

—Esperaremos con ilusión más conversación —dijo Qennto, haciendo una reverencia truncada mientras dejaba pasar a Maris detrás de él, a través de la puerta—. Gracias, Comandante.

Los dos desaparecieron dentro. Inclinando su cabeza hacia el comandante, Car'das les siguió.

La habitación estaba completamente amueblada, conteniendo una litera de tres camas contra una pared y una mesa plegable y bancos en la otra. Además de la litera había tres grandes escritorios empotrados en la pared, mientras a la derecha una puerta conducía a lo que parecía ser un compacto cubículo sanitario.

—¿Qué crees que va a hacer con nosotros? —murmuró Maris, mirando a su alrededor.

—Nos dejará marchar —le aseguró Qennto, mirando dentro del cubículo sanitario y después sentándose en la cama más baja, encorvándose para no golpearse la cabeza en la cama de encima—. La verdadera pregunta es si nos llevaremos las gemas de fuego con nosotros.

Car'das aclaró su garganta.

—¿Deberíamos estar hablando de esto? —preguntó, mirando significativamente alrededor de la habitación.

—Relájate —gruñó Qennto—. Ellos no hablan una palabra de básico —sus ojos se estrecharon—. Y ya que estamos con el tema de hablar, ¿por qué diablos le dijiste que conocíamos a Progga?

—Había algo en sus ojos y en su voz en ese momento —dijo Car'das—. Algo que me decía que él ya sabía todo sobre eso, y que sería mejor para nosotros que no nos pillase mintiéndole.

Qennto resopló.

—Eso es ridículo.

—Quizá hubo supervivientes en la tripulación de Progga —sugirió Maris.

—Imposible —dijo Qennto firmemente—. Ya viste como quedó la nave. Fue abierta como una barrita de comida.

—No sé como lo sabía —insistió Car'das—. Todo lo que sé es que lo sabía.

—Y no deberías mentir a un hombre honorable de todas formas —murmuró Maris.

—¿Quién, él? ¿Honorable? —se mofó Qennto—. No lo creas. Todos los militares son iguales, y los más refinados son los peores de todos.

—He conocido a unos pocos soldados honorables —dijo Maris rígidamente—. Además, siempre he tenido un buen sentido para la gente. Creo que este Mitth'raw… Creo que el comandante es digno de confianza —alzó sus cejas—. Tampoco creo que intentar engañarle sea una buena idea.

—Sólo es una mala idea si te pillan —dijo Qennto—. En este universo consigues lo que negocias, Maris. Nada más.

—No tienes suficiente fe en la gente.

—Tengo toda la fe que necesito, pequeña —dijo Qennto tranquilamente—. Simplemente sé un poco más sobre la naturaleza humana de lo que tú sabes. Naturaleza humana y no humana.

—Sigo pensando que necesitamos ser completamente sinceros con él —dijo Maris.

—Ser sincera es la última cosa que quieres hacer. Es más. Esto le da al otro toda la ventaja. —Qennto inclinó la cabeza hacia la puerta cerrada—. Y este tipo en particular suena como la clase de tipo que hará preguntas hasta que muramos de viejos, si le dejamos.

—Aun así, no nos hará ningún daño si nos mantiene aquí al menos un pequeño tiempo —sugirió Car'das—. La gente de Progga va a estar un poco enfadada cuando él no vuelva.

Qennto sacudió su cabeza.

—Ellos nunca nos cogerán.

—Sí, pero…

—Mira chico, deja que sea yo el que piense, ¿de acuerdo? —le cortó Qennto. Alzando sus piernas dentro de la litera, se tumbó con los brazos doblados detrás de su espalda—. Ahora, que todo el mundo este quieto un rato. Tengo que averiguar cómo solucionar esto.

Maris atrapó la mirada de Car'das, encogiéndose de hombros levemente, entonces se giró y subió a la litera que estaba encima de la de Qennto. Estirándose, cruzó los brazos sobre el pecho y miró meditativamente la parte inferior de la litera que estaba encima de ella.

Cruzando hasta el otro lado de la habitación, Car'das desplegó la mesa y uno de los bancos y se sentó, introduciéndose más o menos cómodamente entre la mesa y la pared. Poniendo el codo en la mesa y apoyando la cabeza en la mano, cerró los ojos e intentó relajarse.

No se dio cuenta de que se había dormido hasta que un zumbido repentino le despertó con un sobresalto. Se levantó de un salto cuando la puerta se abrió para revelar un único Chiss vestido de negro.

—El Comandante Mitth'raw'nuruodo envía sus respetos —dijo el alienígena, acentuando las palabras Sy Bisti espesamente—. Requiere su presencia en el Visual Delantero número uno.

—Fantástico —dijo Qennto, poniendo sus piernas en el suelo y levantándose. Su tono y expresión eran de falsa alegría que Car'das había escuchado una y otra vez en sesiones de negociación.

—Tú no —dijo el Chiss. Señaló a Car'das—. Sólo éste.

Qennto se paró abruptamente.

—¿Qué?

—Se está preparando un refrigerio —dijo el Chiss—. Hasta que esté listo, sólo éste vendrá.

—Espera un segundo —gruñó Qennto—. Nos quedaremos juntos o…

—Está bien —interrumpió Car'das precipitadamente. El Chiss de pie en la puerta no se había movido, pero Car'das había percibido un cambio en la luz y las sombras que le indicaron que había otros merodeando fuera—. Estaré bien.

—Car'das…

—Está bien —repitió Car'das, avanzando hacia la puerta. El Chiss se apartó y Car'das caminó por el pasillo.

Había, de hecho, más Chiss esperando al lado de la puerta. Dos de ellos a cada lado.

—Sígueme —dijo el mensajero mientras la puerta se cerraba.

El grupo avanzaba por el curvo pasillo, pasando tres cruces de pasillos y muchas otras puertas a lo largo del camino. Dos de las puertas estaban abiertas, y Car'das no pudo evitar una furtiva mirada dentro de cada una mientras pasaba. Todo lo que pudo ver, sin embargo, fue equipo irreconocible y más Chiss vestidos de negro.

Había esperado que el Visual Delantero fuese un cuarto abarrotado de alta tecnología. Para su sorpresa, la puerta se abrió mostrando algo que parecía una versión compacta de una galería de observación de líneas estelares. Un largo y curvado sofá estaba colocado en frente del ventanal convexo que iba del suelo al techo, mostrando en ese momento una vista espectacular del brillante cielo hiperespacial mientras éste flotaba pasando la nave. Las propias luces de la habitación estaban oscurecidas, haciendo la visión mucho más impresionante.

—Bienvenido, Jorj Car'das.

Car'das miró alrededor. Mitth'raw'nuruodo estaba sentado solo en el extremo más alejado del sofá, silueteado contra el cielo hiperespacial.

—Comandante —le saludó, mirando interrogativamente a su guía. El otro asintió, retrocediendo y cerrando la puerta a sí mismo y al resto de la escolta. Sintiendo más que un poco de ansiedad, Car'das avanzó alrededor del extremo más próximo del sofá y pasando por la curva.

—Precioso, ¿verdad? —comentó Mitth'raw'nuruodo mientras Car'das llegaba a su lado—. Por favor, siéntate.

—Gracias —dijo Car'das, sentándose en el sofá a un cauteloso metro de distancia del otro—. ¿Puedo preguntar por qué envió a por mí?

—Para compartir esta vista, por supuesto —dijo Mitth'raw'nuruodo secamente—. Y para responder unas pocas preguntas.

Car’das sintió su estómago encogerse. Así que iba a ser un interrogatorio. En lo más profundo él había sabido que lo sería, pero había esperado fervientemente que la valoración ingenuamente idealista de Maris sobre su captor pudiera ser realmente cierta.

—Es una vista muy bonita —comentó, sin saber qué más decir—. Estoy un poco sorprendido de encontrar una habitación como ésta, a bordo de una nave de guerra.

—Oh, es muy funcional —le aseguró Mitth’raw’nuruodo—. Su nombre completo es Sitio de Triangulación Visual Delantero número Uno. Colocamos aquí observadores durante el combate para rastrear naves enemigas y otras posibles amenazas, y para coordinar algunos de nuestros armamentos en la línea de visión.

—¿No tenéis sensores que se ocupen de eso?

—Por supuesto —dijo Mitth’raw’nuruodo—. Y por lo general son realmente adecuados. Pero estoy seguro de que sabes que hay formas de confundir o cegar ojos electrónicos. A veces los ojos de un Chiss son más fiables.

—Supongo —dijo Car’das, mirando a los ojos de su anfitrión. En la tenue luz, eran incluso más intimidantes—. ¿Pero no es muy duro llevar la información hasta los artilleros lo suficientemente rápido?

—Hay maneras —dijo Mitth’raw’nuruodo—. ¿Cuáles son exactamente vuestros negocios, Jorj Car’das?

—El Capitán Qennto ya se lo dijo —dijo Car’das, sintiendo el sudor surgiendo en su frente—. Somos mercaderes y comerciantes.

Mitth’raw’nuruodo negó con la cabeza.

—Desafortunadamente para las aseveraciones de tu capitán, estoy familiarizado con la economía de los viajes estelares. Vuestra nave es demasiado pequeña para cualquier carga estándar como para cubrir incluso los gastos normales de una operación, y mucho menos el trabajo de reparación de emergencia. Por consiguiente concluyo que tenéis una ocupación en un negocio suplementario. No tenéis el armamento para ser piratas o mercenarios, así que debéis de ser contrabandistas.

Car’das vaciló. ¿Qué se suponía que tenía que decir?

—Supongo que no serviría señalar que nuestra economía y la vuestra pueden no tener las mismas escalas —se atascó.

—¿Es eso lo que alegas?

Car’das vaciló, pero Mitth’raw’nuruodo tenía esa mirada conocedora de nuevo.

—No —concedió—. Somos principalmente sólo comerciantes como dijo el Capitán Qennto. Pero a veces hacemos pequeños contrabandos, adicionalmente.

—Ya veo —dijo Mitth’raw’nuruodo—. Aprecio tu honestidad, Jorj Car’das.

—Puede llamarme solamente Car’das —dijo Car’das—. En nuestra cultura, el primer nombre está reservado para los amigos.

—¿No me consideras un amigo?

—¿Me lo considera usted? —respondió Car’das.

Se arrepintió de sus palabras en el instante en el que salieron de su boca. El sarcasmo difícilmente era la opción de preferencia en un enfrentamiento como éste.

Pero Mitth'raw'nuruodo meramente levantó una ceja.

—No, aún no —asintió tranquilamente—. Quizá algún día. Me intrigas, Car'das. Aquí sentado, capturado por seres poco familiares lejos de casa. Y aun así en lugar de enrollarte dentro de una manta de miedo o ira, te estiras fuera con curiosidad.

Car'das frunció el ceño.

—¿Curiosidad?

—Estudiabas a mis guerreros mientras te subían a bordo —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Pude verlo en tus ojos y tu cara mientras observabas, pensabas y evaluabas. Hiciste lo mismo mientras te llevaban a tu cuarto, y de nuevo mientras te traían aquí hace un momento.

—Sólo estaba mirando alrededor —le aseguró Car'das, sintiendo su corazón latir un poco más rápido. ¿Estaban los espías en una posición por encima o por debajo de los contrabandistas en la lista de indeseables de Mitth'raw'nuruodo?—. No pretendía nada con ello.

—Tranquilízate —dijo Mitth'raw'nuruodo, con cierta diversión asomando en su voz—. No te estoy acusando de espionaje. Yo también tengo el don de la curiosidad, y por tanto lo aprecio en otros. Dime, ¿quién va a recibir las gemas de fuego?

Car'das se sobresaltó.

—¿Encontró…? Quiero decir… en ese caso, ¿por qué me lo pregunta?

—Como dije, aprecio la honestidad —dijo Mitth'raw'nuruodo—. ¿Quién es el receptor pretendido?

—Un grupo de Hutts que operan en el sistema Comra —le dijo Car'das, rindiéndose—. Rivales del que usted… del que estaba atacándonos —vaciló—. Usted sabía que no eran piratas casuales, ¿verdad?, que estaban cazándonos específicamente.

—Monitorizamos vuestras transmisiones mientras nos colocábamos para intervenir —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Aunque, por supuesto, la conversación era incomprensible para nosotros, recordé haber oído los fonemas *Dubrak Qennto* en el discurso del Hutt cuando el Capitán Qennto se identificó después. La conclusión fue obvia.

Un escalofrío subió por la espada de Car'das. Una conversación en una lengua alienígena, y aun así Mitth'raw'nuruodo había sido capaz de memorizar suficiente para extraer el nombre de Qennto del galimatías. ¿Qué tipo de criaturas eran estos Chiss, de todas formas?

—¿Es ilegal la posesión de esas gemas, entonces?

—No, pero las tarifas de aduanas son ridículamente altas —dijo Car'das, forzando su mente de vuelta al interrogatorio—. Los contrabandistas son usados para evitar tener que pagarlas —vaciló—. Realmente, considerando la gente de la que cogimos este lote, podrían haber sido robadas. Pero no se lo diga a Maris.

—¿Oh?

Cardas se estremeció. Ahí estaba de nuevo, hablando sin pensar. Si Mitth'raw'nuruodo no le mataba antes de que acabase esto, probablemente lo haría Qennto.

—Maris es un poco idealista —dijo a regañadientes—. Cree que todo esto del contrabando es sólo una forma de declaración contra la ambiciosa y estúpida burocracia de la República.

—¿El Capitán Qennto no ha considerado conveniente abrirle los ojos?

—Al Capitán Qennto le gusta su compañía —dijo Car'das—. Dudo que ella se quedase con él si supiese toda la verdad.

—El afirma preocuparse por ella, ¿y aun así le miente?

—No sé lo que afirma —dijo Car'das—. Aunque supongo que podría decirse que esos idealistas como Maris se mienten mucho a sí mismos. La verdad está ahí en frente de ella si quisiera verla. —Miró otra vez a aquellos brillantes ojos—. Aunque por supuesto eso no excusa nuestra parte en esto —añadió.

—No, no lo hace —dijo Mitth'raw'nuruodo—. ¿Cuáles serían las consecuencias si no entregáis las gemas de fuego?

Car'das sintió cerrarse su garganta. Demasiado para el honorable Comandante Mitth'raw'nuruodo. Las gemas de fuego debían de ser muy valiosas aquí también.

—Ellos nos matarían —dijo sin rodeos—. Probablemente, de alguna manera altamente entretenida, como mirarnos mientras somos devorados por alguna combinación de grandes animales.

—¿Y si la entrega se retrasa levemente?

Car'das frunció el ceño, intentando leer la expresión del otro en el brillo intermitente del hiperespacio.

—¿Qué quiere exactamente de mí, Comandante Mitth'raw'nuruodo?

—Nada demasiado agotado —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Meramente deseo tu compañía por un tiempo.

—¿Por qué?

—En parte, para aprender sobre tu gente —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Pero principalmente para que puedas enseñarme vuestro idioma.

Car'das parpadeó.

—¿Nuestro idioma? ¿Quiere decir Básico?

—Ese es el lenguaje principal en vuestra República, ¿no?

—Sí, pero… —Car'das vaciló, preguntándose si había una forma delicada de hacer una pregunta como esta.

Mitth'raw'nuruodo podía haber estado leyendo su mente. O más bien sus ojos y su cara.

—No estoy planeando una invasión, si eso es lo que te preocupa —dijo, sonriendo ligeramente—. Los Chiss no invaden el territorio de otros. No hacemos la guerra incluso contra enemigos potenciales a menos que seamos atacados primero.

—Bien, realmente no tiene que preocuparse sobre ningún ataque por nuestra parte —dijo Car'das rápidamente—. Tenemos demasiados problemas internos ahora mismo como para ir a molestar a nadie más.

—Entonces no tenemos nada que temer unos de otros —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Sería meramente una indulgencia a mi curiosidad.

—Ya veo —dijo Car'das cautelosamente. Sabía que Qennto estaría a pleno calibre en modo negociación en este punto, empujando, pinchando y apretando para sacar todo lo que pudiera del trato. Quizá era por eso por lo que Mitth'raw'nuruodo estaba teniendo ese encuentro con el claramente menos experimentado Car'das.

Aun así, podía intentarlo.

—¿Y qué sacaríamos nosotros con esto? —preguntó.

—Para vosotros habrá una satisfacción igual que vuestra propia curiosidad. —Mitth'raw'nuruodo levantó sus cejas—. Deseas saber más saber mi gente, ¿verdad?

—Muchísimo —dijo Car'das—. Pero no creo que eso sea atractivo para el Capitán Qennto.

—Quizá algunos objetos de valor añadidos a su cargamento, entonces —sugirió Mitth'raw'nuruodo—. Eso también podría ayudar a aplacar a vuestros clientes.

—Sí, definitivamente necesitaran algo que los aplaque —estuvo de acuerdo Car'das con una mueca—. Un pequeño botín adicional sería de gran ayuda.

—Entonces está decidido —dijo Mitth'raw'nuruodo, levantándose.

—Una cosa más —dijo Car'das removiendo sus pies—. Estaré encantado de enseñarle básico, pero me gustaría recibir también alguna lección de lenguaje. ¿Estaría dispuesto a enseñarme el lenguaje Chiss a su vez, o pedir a alguien de su gente que lo haga?

—Puedo enseñarte a entender Cheunh —dijo Mitth'raw'nuruodo, estrechando sus ojos pensativamente—. Pero dudo que alguna vez seas capaz de hablarlo correctamente. He notado que aún no pronuncias mi nombre muy bien.

Car'das sintió arder su cara.

—Lo siento.

—No hace falta que te disculpes —le aseguró Mitth'raw'nuruodo—. Tu mecanismo vocal es cercano al nuestro, pero claramente hay algunas diferencias. Sin embargo, creo que podré enseñarte a hablar Minnisiat. Es un lenguaje comercial ampliamente usado en las regiones de alrededor de nuestro territorio.

—Eso sería fantástico —dijo Car'das—. Gracias, Comandante Mitth… uh… Comandante.

—Como ya dije, la pronunciación Cheunh es difícil para ti —apuntó Mitth'raw'nuruodo secamente—. Quizá sería más fácil para ti si me llamases por mi nombre central, Thrawn.

Car'das frunció el ceño.

—¿Está permitido?

Mitth'raw'nuruodo —Thrawn— se encogió de hombros.

—Es cuestionable —admitió—. En general, los nombres completos son requeridos para ocasiones formales, para extranjeros y para aquellos que son socialmente inferiores.

—Y me parece que estamos cualificados en las tres categorías.

—Sí —dijo Thrawn—. Pero creo que esas reglas pueden romperse cuando hay buenas y válidas razones para hacerlo. En este caso, las hay.

—Ciertamente, esto hace las cosas más fáciles —estuvo de acuerdo Car'das, inclinando la cabeza—. Gracias, Comandante Thrawn.

—De nada —dijo Thrawn—. Y ahora, un ligero refrigerio ha sido preparado para ti y los otros. Después de eso, las lecciones de lenguaje pueden empezar.

3

La recepcionista apagó su comunicador y sonrió al hombre y la mujer en pie frente a ella.

—El Canciller Supremo les recibirá ahora, Maestro C'baoth —dijo.

—Gracias —dijo el Maestro Jedi Jorus C'baoth, con una voz fría y amenazadora.

A su lado, Lorana Jinzler se sobresaltó. Su Maestro estaba enfadado, y dadas las circunstancias realmente no podía culparle. Pero la disputa de C'baoth era con Palpatine, no con una humilde recepcionista que no tenía ningún poder sobre las órdenes que llegaban de la oficina del Canciller Supremo. No había razón para descargar su enfado con ella.

Sin embargo esa no era la forma de C'baoth de hacer las cosas. Sin otra palabra, se encaminó a grandes zancadas desde el escritorio de la mujer hacia las puertas de la oficina interior de Palpatine. Demorándose medio paso detrás de él, Lorana se aseguró de atrapar la mirada de la recepcionista y darle una sonrisa alentadora antes de seguir.

Un par de Brolfi cruzaron la puerta mientras ellos se aproximaban, su piel estampada en amarillo y verde se estremecía con emoción debajo de sus túnicas de cuero. C'baoth no interrumpió su paso, sino que continuó recto hacia los dos alienígenas, obligándolos a moverse a cada lado para dejarle pasar. Sobresaltándose otra vez, Lorana dio un par de pasos rápidos para ponerse a la altura de su Maestro, alcanzándole justo en el momento en que pasaba a través de las puertas de la oficina.

El Canciller Supremo Palpatine estaba sentado en su escritorio, una vista expansiva de la línea del horizonte de Coruscant era visible a través de la ancha ventana detrás de él. Un hombre joven vestido con una túnica ornamental y un chaleco estaba de pie, a su lado, reclinado sobre el escritorio con un datapad y hablando en voz baja.

Palpatine levantó la vista cuando entraron C'baoth y Lorana, transformando su cara en una de sus famosas sonrisas.

—Ah, Maestro C'baoth —dijo gesticulando hacia ellos—. Y su joven Padawan, por su puesto. —Lorana Jinzler, ¿verdad? Bienvenidos.

—Dejemos a un lado la cortesía, Canciller —dijo C'baoth rígidamente, sacando un datapad de la bolsa de su cinturón mientras avanzaba—. Ésta no es una visita social.

El hombre joven al lado de Palpatine se enderezó, sus ojos relampagueaban.

—No hablará al Canciller Supremo en ese tono —dijo firmemente.

—Vigila tu lengua, subordinado —gruño C'baoth—. Coge tus trivialidades burocráticas y vete.

El hombre joven no se movió.

—No hablará al Canciller Supremo en ese tono —repitió.

—Está bien, Kinman —dijo Palpatine apaciguadoramente, tendiendo una mano para retener al joven hombre mientras se ponía en pie—. Estoy seguro de que el Maestro C'baoth no quería ser irrespetuoso.

Por un momento C'baoth y Palpatine se miraron uno a otro a través del ancho espacio del escritorio. Una tensión casi visible ondeaba en el aire entre ellos. Entonces, para alivio de Lorana, el labio del Maestro Jedi se crispó.

—No, por supuesto que no —dijo con un tono marginalmente más cortes.

—Como yo decía —dijo Palpatine, sonriendo cariñosamente al joven—. No había conocido a mi nuevo asistente y consejero, ¿verdad, Maestro C'baoth? Este es Kinman Doriana.

—Complacido y honrado —dijo C'baoth en un tono que dejaba claro que no lo estaba.

—Como yo, Maestro C'baoth —contestó Doriana—. Siempre es un privilegio conocer a uno de esos que han dedicado sus vidas a salvaguardar la República.

—Como lo es para mí —estuvo de acuerdo Palpatine—. ¿Qué puedo hacer por usted Maestro C'baoth?

—Sabe muy bien lo que puede hacer por mí —gruñó C'baoth. Sin esperar una invitación, se sentó en una de las sillas y colocó el datapad en el escritorio—. En una palabra: *Vuelo de Expansión*.

—Naturalmente —dijo Palpatine cansadamente, señalando a Lorana la silla de al lado de C'baoth mientras él volvía a sentarse en su propia silla—. ¿Qué ocurre ahora?

—Esto —ondeando una mano, C'baoth usó la Fuerza para enviar el datapad deslizándose a través de la mesa, parándose en frente del Canciller Supremo—. El Comité de Asignaciones del Senado ha cortado mi financiación otra vez.

Palpatine suspiró.

—¿Qué quiere que le diga, Maestro C'baoth? No puedo ordenarle al Senado lo que debe hacer. Ciertamente no puedo forzar a un grupo tan terco como Asignaciones a que vean las cosas a nuestra manera.

—¿*Nuestra* manera? —repitió C'baoth—. Es nuestra manera ahora, ¿verdad? Creo recordar un tiempo no muy lejano cuando no era tan entusiasta sobre todo este proyecto.

—Quizá debería examinar su memoria más de cerca —dijo Palpatine con un leve filo apareciendo en su tono—. Es el Consejo Jedi, y no yo, el que ha estado echándose para atrás en lo del *Vuelo de Expansión* los últimos meses. De hecho, tenía la impresión de que el Maestro Yoda incluso había cambiado de opinión sobre permitir que más de uno o dos Jedi se unieran a la expedición.

—Trataré con el Maestro Yoda cuando llegue el momento —dijo C'baoth firmemente—. Mientras tanto, usted es el que tiene el destino del proyecto en sus manos.

—Y estoy haciendo todo lo que está a mi alcance para ayudarle —le recordó Palpatine—. Ya tiene sus seis acorazados completamente nuevos, salidos directamente de la línea de montaje de Impulsor Estelar Rendili. Tiene el núcleo de almacenamiento central que quería, y los postes turboascensor listos para conectar completamente toda la estructura. Tiene la tripulación y los pasajeros entrenándose en Yaga Menor…

—¡Ah! —interrumpió C'baoth, clavando un dedo en el datapad que seguía sin tocar en frente del Canciller Supremo—. De hecho, no tengo a mis pasajeros, en absoluto.

Algún burócrata idiota ha cambiado el perfil de población que consiste solamente en tripulación, sin familias u otros colonizadores potenciales.

Reluctantemente, pensó Lorana, Palpatine cogió el datapad.

—Una decisión para ahorrar costes, más probablemente —dijo avanzando a través de los datos—. Tener a toda esa gente a bordo significaría más suministros y equipo.

—Lo que significaría es una cancelación del proyecto entero —contestó C'baoth—. ¿Qué sentido tiene enviar una expedición a otra galaxia si no hay oportunidad de plantar ninguna colonia una vez que estemos allí?

—Quizá ese es el motivo del comité —sugirió Palpatine quedamente—. La situación política ha cambiado considerablemente desde que usted y el Consejo propusieron por primera vez este proyecto.

—Lo cual es lo que hace a *Vuelo de Expansión* cuanto más importante —dijo C'baoth—. Necesitamos descubrir que peligros o amenazas podrían estar acechando en las Regiones Desconocidas, o esperando para invadirnos desde otra galaxia.

—¿Peligros? —repitió Palpatine, alzando una ceja—. Tenía la impresión de que el propósito de *Vuelo de Expansión* era buscar nueva vida y potenciales usuarios de la Fuerza fuera de nuestros límites. Ciertamente esa fue la razón fundamental dada en la proposición inicial.

—No hay razón para no hacer ambas —dijo C'baoth tercamente—. Por esa cuestión, pensaría que añadir un plan de seguridad a la misión lo haría más aceptable para el Senado, no menos.

Palpatine negó con la cabeza, su pelo gris blanquecino brilló con la luz de la ventana detrás de él. Lorana podía recordar cuando ese pelo había sido en su mayor parte marrón, con algunos toques de gris en las sienes. Ahora, después de cinco años llevando el peso de la República en sus hombros, el marrón había casi desaparecido.

—Lo siento, Maestro C'baoth —dijo el Canciller—. Si puede persuadir al Senado de pasar por encima del corte de Asignaciones, estaré más que encantado de apoyarle. Pero en este momento, no hay nada más que pueda hacer.

—A menos —intervino Doriana—, que el Maestro C'baoth fuera capaz de hacer algo sobre la situación de Barlok.

—No hay nada más que pueda hacer —repitió Palpatine, lanzando una mirada de advertencia a su asistente—. De todos modos, difícilmente el Consejo va a mandarle al sector Marcol cuando hay tantos asuntos urgentes que atender aquí.

—No tan rápido —retumbó C'baoth—. ¿Cuál es exactamente el problema?

—No merece la pena mencionarlo —dijo Palpatine reluctantemente—. Una pequeña disputa entre la Alianza Corporativa y uno de los gobiernos regionales de Barlok sobre ciertos derechos de minería. Aquellos Brolfi que salían cuando llegasteis estaban presentando su caso y pidiendo asistencia para negociar un acuerdo.

—¿Y no pensó inmediatamente en mí? —dijo C'baoth secamente—. Creo que he sido insultado.

—Por favor, Maestro C'baoth —dijo Palpatine con una sonrisa—. Ya tengo demasiados enemigos en Coruscant. No deseo añadirle a su lista.

—Entonces haga un trato conmigo —ofreció C'baoth—. Si puedo resolver esta disputa por usted, ¿dará instrucciones a Asignaciones para restaurar la financiación completa del *Vuelo de Expansión*?

Lorana se movió con inquietud en su asiento. Le parecía que esto estaba peligrosamente cerca de la clase de rápidos intercambios bajo el escritorio que estaban corroyendo continuamente todo el concepto de justicia en el gobierno de la República. Pero no se atrevió a sugerirlo a C'baoth, ciertamente no en presencia de Palpatine y su ayudante.

—No puedo prometer nada —advirtió Palpatine—. Ciertamente no donde el Senado está involucrado. Pero creo en el *Vuelo de Expansión*, Maestro C'baoth, y haré todo lo que esté en mi mano para asegurar que su sueño se hace realidad.

Durante un largo momento C'baoth no contestó, y de nuevo Lorana sintió la tensión entre los dos hombres. Entonces, bruscamente, el Maestro Jedi dio una corta inclinación de cabeza.

—Muy bien, Canciller Palpatine —dijo, poniéndose en pie—. Estaremos de camino a Barlok antes de que acabe el día.

Dirigió un dedo hacia Palpatine.

—Sólo asegúrese de que cuando vuelva tenga mis fondos. Y mis colonizadores.

—Haré lo que pueda —dijo Palpatine, dándole una pequeña sonrisa—. Buenos días, Maestro C'baoth. Padawan Jinzler.

Lorana esperó hasta que hubieron pasado a través de la oficina exterior y caminaban por el ancho pasillo antes de hablar.

—¿Qué quiso decir con que estaremos de camino a Barlok esta noche? —preguntó—. ¿No tiene que aprobar el Consejo cualquier tipo de viaje?

—No te preocupes por el Consejo —dijo C'baoth bruscamente—. Allí atrás, en nuestro camino hacia la oficina de Palpatine, interrumpiste el paso por esos dos Brolfi.

Lorana sintió encogerse su garganta.

—No quería atropellarlos.

—No lo habrías hecho —contestó—. Yo ya había calculado el espacio entre ellos. Ninguno tenía necesidad de apartarse por nosotros.

—Aun así se movieron —señaló Lorana.

—Porque así lo quisieron, sin ningún respeto —dijo—. Entiende esto, mi joven Padawan. Algún día serás una Jedi, con todo el poder y la responsabilidad que eso conlleva. Nunca olvides que somos los que mantenemos esta República unida… ni Palpatine, ni el Senado, ni la burocracia. Ciertamente no la gente de mente pequeña que no pueden pasar el día sin venir a Coruscant por ayuda. Deben aprender a confiar en nosotros… y antes de que pueda haber confianza, debe haber respeto. ¿Lo entiendes?

—Entiendo que queramos que nos respeten —dijo Lorana con vacilación—. ¿Pero deben temernos también?

—Respeto y miedo son simplemente dos caras de la misma moneda —dijo C'baoth—. Los ciudadanos que obedecen las leyes sostienen la moneda por una cara, aquellos que se revuelcan en la ilegalidad la sostienen por la otra —levantó un dedo—. Pero con ningún grupo puedes mostrarte débil o indeciso. Nunca.

Bajó el dedo levantado, golpeándolo suavemente contra el sable láser sujeto en el cinturón de Lorana.

—Hay veces en las que desearás que tu identidad permanezca oculta, y esas veces esconderás tu sable láser y todas las señales de quién y qué eres. Pero cuando viajas como un Jedi abiertamente, debes comportarte como un Jedi. Siempre. ¿Entiendes?

—Sí, Maestro C'baoth —dijo Lorana, siendo sincera solo a medias. Ciertamente entendía las palabras, pero algo en la actitud aún era incomprensible para ella.

Por un momento C'baoth continuó mirándola, como si sintiera su duplicidad parcial. Pero para su tranquilidad, él se giró sin decir nada más.

—Muy bien, entonces —dijo él—. Iré al Templo y hablaré con el Consejo. Llama al espaciopuerto y prepara un transporte para nosotros hacia el sistema Barlok. Una vez que hayas hecho eso, ve y haz las maletas.

—¿Para cuánto tiempo?

—¿Para una simple disputa de minería? —se mofó C'baoth—. El tiempo del viaje de ida y vuelta más tres días estándar. Arreglaré esto inmediatamente.

—Sí, Maestro —murmuró Lorana.

—Y entonces —continuó C'baoth, a medias para sí mismo— veremos al Maestro Yoda y sus miedos de estrechas miras. —Poniéndose en marcha, avanzó a zancadas por el pasillo.

Lorana redujo la velocidad hasta pararse, viendo como los mensajeros y burócratas que caminaban en sus propios asuntos tenían que apartarse rápidamente del camino del alto y canoso Maestro Jedi. C'baoth, por su parte, ni siquiera desaceleró, como si esperara simplemente que los otros hicieran espacio para él.

Cuando viajas como un Jedi, debes comportarte como un Jedi.

Ella suspiró. Esto no le parecía correcto, esta firme creencia en la superioridad inherente de los Jedi sobre todos los otros.

Aun así, C'baoth había estudiado mucho y muy duro durante muchos años, ahondando en los misterios y sutilezas de la Fuerza a la vez que crecía en poder. Lorana, en contraste, eran una joven aprendiz Padawan, apenas empezando en su propio camino. Apenas estaba en condiciones de desafiarle en cualquiera de estas cosas.

En cualquier caso, su Maestro le había dado una orden, y era tarea suya obedecerle. Dando unos pasos hacia un lado del pasillo, fuera del camino de peatones bulliciosos, sacó su comunicador.

Estaba a punto de llamar al servicio de transportes del Templo Jedi cuando, a través del pasillo, una cara demasiado familiar atrapó su atención.

Se quedó paralizada, su respiración se detuvo en su garganta, sus ojos, su mente y sus sentidos Jedi se alargaban a través de la muchedumbre entre ellos. Ella había visto a este

hombre muchas veces en los últimos años, generalmente en áreas públicas de la cámara del Senado pero ocasionalmente también en otros lugares. Era joven, probablemente un año o dos más joven que ella, de estatura y complexión media, con un pelo rapado de color oscuro y una amargura extraña en la boca. Ella nunca había estado suficientemente cerca para ver de qué color eran sus ojos, pero asumía que serían oscuros también.

Y cada vez que le había visto, había tenido la clara sensación de que él la estaba mirando.

Él lo estaba haciendo ahora, estudiándola con el rabillo del ojo mientras pretendía trabajar con un panel de cableado que había abierto. Ella solía verle en paneles de cableado o jugueteando con módulos droides, pero si realmente él sabía lo que hacía con las cajas de circuitos o si sólo las usaba como un pretexto para quedarse por ahí, ella nunca lo había descubierto.

Al principio, asumió que era una coincidencia. Incluso ahora, no tenía pruebas reales de que fuera algo más. Todo lo que tenía era el hecho de que, como sus habilidades Jedi habían crecido, había podido extenderse incluso a través de pasillos llenos de gente como este para sentir su mente.

Y al igual que lo estaba haciendo ahora, encontró el mismo resentimiento hirviendo que siempre había encontrado antes. Resentimiento, frustración y cólera.

Dirigida hacia ella.

¿Alguien al que había dañado u ofendido en un pasado tan lejano que no podía ni siquiera recordar el incidente? Pero ella había estado en el Templo Jedi desde que era un bebé. ¿Uno de los empleados no Jedi del Templo entonces? Pero seguramente sus instructores habrían tomado medidas si hubiesen sentido alguna amenaza proveniente de él.

El hombre miró en su dirección. Entonces, deliberadamente, le dio la espalda y puso toda su atención en su panel de cableado. Lorana le observó trabajar, luchando contra su propia agitación de emociones desestabilizantes. ¿Debería ir directamente e intentar averiguar que tenía en contra de ella? ¿O debería ir primero a los archivos del Senado y ver si podía rastrear su identidad, evitando cualquier enfrentamiento hasta que tuviese más información?

¿O debería dejarlo por completo, y asumir que los encuentros eran una coincidencia y que su cólera era meramente dirigida a todos los Jedi en general?

Todavía trataba de tomar una decisión cuando él cerró el panel, recogió su kit de herramientas, y se marchó con paso impetuoso. Miró hacia atrás una vez cuando alcanzaba la esquina, y entonces desapareció tras ella.

No hay emoción; hay paz. Habían enseñado a Lorana esa sentencia en sus primeros días en el Templo, y ella había intentado incorporarla a su vida lo mejor posible. Pero mientras la cuestión de ese hombre permaneciese sin resolver, sabía de alguna manera que nunca podría encontrar la paz por completo.

También sabía que ahora no era el momento. Respirando profundamente, sacó su comunicador de nuevo y llamó al espaciopuerto.

La puerta se cerró detrás de los dos Jedi, y por un momento Kinman Doriana miró el punto por donde habían salido, con un sabor ácido en su boca. Como norma general, casi todos los Jedi le parecían tan pomposos, arrogantes y obscenamente seguros de sí mismos. Pero incluso con esa ventaja, Jorus C'baoth estaba en una categoría aparte por sí mismo.

—Realmente no te gusta, ¿verdad? —preguntó Palpatine suavemente.

Poniendo su expresión cuidadosamente neutral, Doriana desvió su atención de vuelta al Canciller.

—Lo siento, señor —dijo. Y así era. Independientemente de sus sentimientos personales, era una mala política dejar que las emociones de cualquier tipo saliesen a la superficie. Especialmente donde los Jedi estaban involucrados—. Solo pienso que con todos los otros problemas a los que tiene que enfrentarse la República, un proyecto masivo de exploración y colonización debería ser relegado al tercer fondo de la lista de prioridades. Y que el Maestro C'baoth insista que usted personalmente haga algo sobre eso…

—Paciencia, Kinman —interrumpió Palpatine tranquilizadoramente—. Deber aprender a permitir a la gente sus pasiones. *Vuelo de Expansión* es la del Maestro C'baoth.

Miró a través de la oficina hacia la puerta.

—Además, incluso si no encuentran nada de auténtico valor allá afuera, puede que sólo las noticias de su expedición enciendan la imaginación de la gente a lo largo de la República.

—Si realmente lo anuncian alguna vez —dijo Doriana—. Lo último que he oído es que el Consejo Jedi sigue teniendo el proyecto entero envuelto en secreto.

Palpatine se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que tienen sus razones.

—Quizá —vaciló Doriana—. Pero me gustaría disculparme con usted, señor, por hablar fuera de lugar durante la reunión.

—No te preocupes por eso —le aseguró Palpatine—. Realmente, fue una sugerencia inspirada. El Maestro C'baoth es muy bueno en la clase de mediación que la situación de Barlok necesita desesperadamente. Debería haber pensado en eso por mí mismo.

Resopló bajo su respiración.

—Y para ser perfectamente honestos, estaré encantado de tenerle fuera de Coruscant por un par de semanas. Eso me dará la oportunidad de considerar como voy a persuadir al Comité de Asignaciones de que restaure la financiación del *Vuelo de Expansión*.

—¿A la vez que encuentra una manera de persuadir al Consejo para darle al Maestro C'baoth todos los Jedi que quiere?

—Sobre eso no puedo hacer nada —dijo Palpatine—. Si C'baoth quiere más Jedi, es él quien tendrá que persuadir a Yoda y a Windu.

—Sí, señor —murmuró Doriana—. Bien… quizá tenga tanto éxito en Barlok que no tendrán más remedio que concedérselo.

—O tal vez se lo concedan simplemente para deshacerse de él —dijo Palpatine secamente—. Es tan persistente con ellos como lo es conmigo. En cualquier caso, esa parte está en las manos de C'baoth ahora. Hablando de estar en manos de, ¿cuándo sales en tu propio viaje?

—Esta noche —dijo Doriana—. Tengo una nave reservada, y todos los archivos y documentos necesarios están preparados y empaquetados. Sólo necesito detenerme en mi apartamento después del trabajo para empaquetar mis objetos personales y estaré listo para partir.

—Excelente —dijo Palpatine—. Entonces quizá deberías irte ahora también. No hay nada más que necesite de ti el resto del día.

—Gracias señor —dijo Doriana—. Le mantendré informado de qué ocurre en las diferentes reuniones.

—Sí, hazlo. —Palpatine alzó sus cejas—. Y asegúrate de entregar esas tarjetas de datos al Gobernador Caulfmar personalmente.

—Sí, he leído los informes —dijo Doriana, asintiendo—. Realmente, si todo sale según lo planeado podría tomarme un día extra para investigar y ver si puedo identificar al traidor en su círculo interno. Con su permiso, por supuesto.

—Concedido —dijo Palpatine—. Pero ten cuidado. Hay rumores de que la insatisfacción está creciendo en ese sector.

—Hay rumores de ese tipo en todas partes —dijo Doriana—. Estaré bien.

—Eso espero —dijo Palpatine—. Pero aun así ten cuidado. Y vuelve enseguida.

Había un trayecto de veinte minutos hasta la casa de Doriana en el Tercer Anillo de las Torres de Apartamentos al noreste del complejo del Senado. Dividió el tiempo entre el datapad y el comunicador, comprobando sus planes de vuelo y suavizando los inevitables detalles de última hora. El taxi le dejó en la plataforma de aterrizaje del piso 248, y él bajó en turboascensor diez plantas hasta su apartamento. Abriendo la puerta, entró, cerrándola con llave y colocando el sello de privacidad detrás de él.

Le había dicho a Palpatine que aún tenía que empaquetar sus cosas. En realidad, ya estaban empaquetadas y colocadas en una fila ordenada dentro de la habitación de conversación. Pasándolas, fue hacia el escritorio de la esquina y se sentó. Desde detrás del falso fondo del cajón de la derecha sacó un holoproyector y lo conectó al ordenador. El código de acceso era una simple combinación de doce letras y dieciocho dígitos, introduciéndolos, cogió su datapad de nuevo y se acomodó para esperar.

Como siempre, la espera no fue muy larga. A penas tres minutos después de que enviara la llamada, la cara encapuchada de Darth Sidious brilló tenuemente sobre el holoproyector.

—Informe —ordenó en una voz arenosa.

—El Maestro Jedi C'baoth está de camino a Barlok, mi señor —dijo Doriana—. Dependiendo del tipo de transporte que sea capaz de conseguir, debería estar allí en tres o seis días.

—Excelente —dijo Sidious—. ¿Tendrás algún problema para llegar antes que él?

—Ninguno, mi señor —le aseguró Doriana—. Mi nave correo es más rápida que cualquiera que el Jedi pueda conseguir. También tendrá que detenerse en el Templo y persuadir al Consejo de que le dé permiso oficial, mientras que yo estoy listo para partir ahora mismo. Y todo el trabajo de base ha sido colocado.

—Entonces debería llegar con una cálida recepción, de hecho —dijo Sidious, curvando sus labios en una sonrisa de satisfacción—. ¿Qué hay del Canciller Palpatine? ¿Estás seguro de que no descubrirá esta pequeña excursión?

—He creado un periodo de descanso necesario en mi agenda —le aseguró Doriana—. Puedo estar tres días en Barlok sin dejar rastro. Si termina por requerir más tiempo, hay un par de asuntos en mi agenda que debería ser capaz de resolver por conferencia de HoloRed. Puedo hacerlo desde Barlok o cualquier parte a lo largo del camino, sin tener que viajar realmente a esos sistemas.

—De nuevo, excelente —dijo Sidious—. Tengo muchos sirvientes, Doriana, pero pocos tan listos y sutiles como tú.

—Gracias, mi señor —dijo Doriana, con un fulgor cálido fluyendo a través de él. Darth Sidious, Señor Oscuro del Sith, no era un hombre generoso con sus cumplidos.

—Será un placer distinguible eliminar a Jorus C'baoth de nuestro camino —continuó Sidious—. De hecho todo va de acuerdo con mi plan.

—Sí, mi señor —dijo Doriana—. Le informaré tan pronto como consigamos nuestra victoria.

—Asegúrate de que conseguimos esa victoria —dijo Sidious, la nota de advertencia en su tono envió un escalofrío a través de la continua calidez de su cumplido anterior—. Procede con tu trabajo, amigo mío.

—Sí, mi señor.

La imagen se desvaneció. Apagando el holoproyector, Doriana lo desconectó del ordenador y lo devolvió a su escondite. Entonces, guardando en el bolsillo su datapad, volvió sobre sus pasos hasta donde esperaban sus cosas empaquetadas. Sí, el castigo por fallar al Señor del Sith sería indudablemente severo. Casi tan severo, no tenía ninguna duda, como el que caería sobre él si el Canciller Palpatine se enteraba alguna vez de que tenía un traidor en su oficina interior.

Pero si el precio por fallar era enorme, también lo era las recompensas del éxito. El apartamento de Doriana, su posición, y su tranquila pero extensa autoridad eran prueba de eso.

Además de que le encantaba ese juego.

Sacando su comunicador, llamó a un taxi para que le llevara al espaciopuerto. Entonces recogiendo sus bolsas, se dirigió al turboascensor.

La puerta de la Cámara del Consejo Jedi se deslizó abriéndose.

—Adelante —llamó el Maestro Jedi Mace Windu.

Cuadrando sus hombros y preguntándose sobre qué era todo esto, Obi-Wan Kenobi caminó hacia adentro.

Y se paró, sintiendo su frente arrugarse por la sorpresa. Una persona convocada a la Cámara del Consejo Jedi espera naturalmente encontrar al Consejo al completo esperando por él. Pero aparte de Windu, parado al lado de la ventana, mirando hacia la ciudad, la habitación estaba desierta.

—No has confundido dónde se suponía que tenías que ir —dijo Windu, medio girándose para darle a Obi-Wan una leve sonrisa—. Necesito hablar contigo.

—Ciertamente, Maestro Windu —dijo Obi-Wan, todavía frunciendo el ceño mientras cruzaba hasta donde estaba Windu—. ¿Es sobre Anakin otra vez?

—No —dijo Windu, alzando las cejas inquisitivamente—. ¿Por qué, qué ha hecho el joven Skywalker ahora?

—Nada —le aseguró Obi-Wan precipitadamente—. Al menos, nada en particular. Pero ya sabe como son los aprendices Padawan de catorce años.

—Fuertes, arrogantes y asombrosamente ingenuos —dijo Windu, sonriendo de nuevo—. Te deseo suerte con él.

Obi-Wan se encogió de hombros.

—Si existe tal cosa como la suerte.

—Ya sabes lo que quiero decir. —Windu se volvió para mirar por la ventana—. Dime, ¿alguna vez has oído algo sobre un proyecto llamado *Vuelo de Expansión*?

Obi-Wan buscó en su memoria.

—No lo creo.

—Fue propuesto como una gran misión de exploración y colonización —dijo Windu—. Seis Acorazados tenían que ser conectados unos a otros alrededor de un núcleo central de almacenamiento de equipo y suministros, la estructura entera tenía que ser enviada a las Regiones Desconocidas y desde allí a otra galaxia.

Obi-Wan parpadeó.

—¿A otra galaxia? —No, no he escuchado nada sobre eso. ¿Cuál es el margen de tiempo propuesto?

—En realidad, ya está casi listo —dijo Windu—. Sólo el ensamblaje final y algunos desacuerdos sobre la lista de pasajeros.

—¿Quién está al cargo de eso? ¿El Senado?

—Teóricamente, era un plan del Consejo —dijo Windu—. En la práctica, está siendo el Maestro C'baoth la fuerza motriz primaria detrás de todo esto.

—¿Jorus C'baoth, el maestro de la entrevista planificada? —preguntó Obi-Wan secamente—. ¿Y todavía el proyecto no ha hecho informativos en la HoloRed? Increíble.

—No deberías hablar sobre un Maestro Jedi de esa forma —le reprendió Windu suavemente.

—¿Estoy equivocado?

Windu se encogió con una leve elevación de sus hombros.

—El hecho es que todo el mundo conectado con *Vuelo de Expansión* ha tenido sus razones para mantener el proyecto alejado del ojo público —dijo—. El Canciller Palpatine ha estado preocupado porque gastar tiempo y dinero de esta manera en frente de los otros problemas de la República puede que no acabe muy bien. Lo mismo el Senado, que ha proporcionado los Acorazados que están usando.

Frunció sus labios.

—Y para el Consejo, tenemos nuestras propias razones.

—Déjeme adivinar —dijo Obi-Wan—. C'baoth espera que *Vuelo de Expansión* pueda descubrir qué le pasó a Vergere.

Windu le miró con una leve sorpresa.

—Estás creciendo en la comprensión Jedi, ¿verdad?

—Eso me gustaría pensar —dijo Obi-Wan—. Pero esto realmente no cuenta. Anakin y yo nunca averiguamos la historia completa de su desaparición, lo que es más, no fuimos capaces de encontrarla en nuestro último viaje en esa dirección. No importa lo que quiera C'baoth, quiero saber qué le ocurrió a ella.

—Cuidado, Obi-Wan —le advirtió Windu—. No deberías permitir que tus emociones se entrometieran en esto.

Obi-Wan inclinó su cabeza.

—Mis disculpas.

—La emoción es el enemigo —continuó Windu—. Emoción de cualquier tipo. Tuya y del Maestro C'baoth.

Obi-Wan frunció el ceño.

—¿Cree que él Maestro C'baoth se está involucrando demasiado en este proyecto?

—Para ser sincero, no sé lo que está ocurriendo con él —admitió Windu de mala gana—. Insiste en que necesitamos enviar una potente fuerza a las Regiones Desconocidas para encontrar a Vergere y traerla de vuelta, lo cual es adecuado y bueno. Pero al mismo tiempo habla sobre cómo la República se balancea en el borde y cómo podría ser bueno transferir a algunos de los mejores Jedi completamente fuera de la República, estableciéndolos en nuevas colonias en las Regiones desconocidas donde la política de Coruscant no pueda tocarlos.

—No está considerando realmente hacerlo, ¿verdad? —preguntó Obi-Wan—. Ya estamos suficientemente esparcidos en este momento.

—La mayoría del Consejo estaría de acuerdo contigo —dijo Windu—. Desafortunadamente, la mayoría también cree que ahora mismo el rastro de Vergere está tan frío que probablemente será imposible de seguir. La mayoría de aquellos que todavía conservan la esperanza cree que una pequeña investigación aún valdría la pena, algo más grande que vuestro intento pero mucho más por debajo de la escala que quiere C'baoth

—puso una mueca—. Lo esencial del asunto es que C'baoth es casi el único que sigue presionando por el *Vuelo de Expansión* completo.

—¿Está sugiriendo que podría desafiar al Consejo si intentan cancelarlo?

—¿Por qué no? —contestó Windu.

Obi-Wan giró su cara hacia la ventana, y por un momento la habitación estuvo en silencio.

—Entonces, ¿qué quiere exactamente el Consejo que haga? —preguntó Obi-Wan por fin.

—En este momento, el Maestro C'baoth y su Padawan, Lorana Jinzler, están de camino al espaciopuerto —dijo Windu—. Aparentemente, el Canciller Palpatine mencionó algún tipo de negociaciones estancadas en Barlok, y C'baoth persuadió al Consejo para que le enviaran allí a mediar.

—¿Es algo importante?

—Suficientemente importante —dijo Windu—. La Alianza Corporativa contra el gobierno local. Y ya sabes como cualquier cosa que involucre a cualquiera de los grandes jugadores corporativos consigue titulares estos días.

—Sí —murmuró Obi-Wan. Negociaciones de etapa central, así que por supuesto C'baoth estaría dirigiéndose en esa dirección—. De nuevo, ¿qué quiere que haga?

Un músculo en la mejilla de Windu se tensó.

—Queremos que vayas a Barlok y le vigiles.

Obi-Wan sintió como se abría su boca.

—¿*Yo*?

—Ya lo sé —estuvo de acuerdo Windu sobriamente—. Pero tú estás aquí, y estás disponible. Además, Skywalker parecía llevarse bastante bien con él la vez que se conocieron. Tal vez puedas enmarcar todo esto como el deseo de mostrar a tu Padawan como se hacen las negociaciones Jedi.

Obi-Wan bufó.

—¿Realmente cree que C'baoth lo aceptará?

—Probablemente no —concedió Windu—. Pero si no vas tu, tendrá que ser Yoda o yo. ¿Crees que será menos explosivo si uno de nosotros aparece?

—Tiene razón —dijo Obi-Wan con un suspiro—. De acuerdo. Estamos entre asignaciones de cualquier manera. Y tiene razón; Anakin quedó más bien impresionado por esa resolución suya para hacerse cargo. Quizá un poco de joven adoración le calmará.

—Quizá —dijo Windu—. En cualquier caso, habrá una nave esperando cuando tú y Skywalker lleguéis al espaciopuerto.

—¿Alguna instrucción más aparte de vigilarle?

—Realmente no —dijo Windu. Frunció sus labios, y su mirada pareció prolongarse hacia el infinito—. Aunque, está pasando algo más. Algo profundo dentro del hombre, que no puedo identificar. Algún pensamiento privado, o agenda, o… no lo sé. Algo.

—De acuerdo —dijo Obi-Wan—. Me aseguraré de observar eso. —Windu le dedicó la clase de mirada irónicamente paciente que los Maestros Jedi parecían hacer tan bien—. Y me mantendré en contacto —dijo.

4

Thrawn le había dicho a Car'das que su base no estaba muy lejos del lugar donde su destacamento se había tropezado con el *Cazador de Gangas*: Lo que no había mencionado es que el viaje les llevaría casi tres días estándar.

—Por fin —murmuró Qennto bajo su respiración mientras los tres humanos permanecían juntos al fondo del puente del *Halcón Brioso* y observaban cómo el puñado de naves volaban en formación a través de un pequeño campo de asteroides—. Estoy a punto de volverme completamente loco.

—Siempre podrías unirte a Maris y a mí en las clases de lenguaje —le ofreció Car'das—. El Comandante Thrawn realmente es una compañía decente.

—No, gracias —gruñó Qennto—. Si vosotros dos queréis ayudar e incitar a un enemigo potencial, adelante. Yo no.

—Esta gente no son enemigos potenciales —dijo Maris firmemente—. Como podrías ver si hicieses algún esfuerzo para llegar a conocerlos. Son muy amables y extremadamente civilizados.

—Sí, bueno, los Hutts también tienen una civilización, o eso dicen ellos —replicó Qennto—. Lo siento, pero harán falta algo más que buenas maneras para convencerme de que los Chiss son inofensivos.

Mentalmente, Car'das sacudió su cabeza. Incluso desde aquella primera noche a bordo, cuando había sido excluido de las negociaciones, Qennto había estado alimentando un resentimiento contra los Chiss en general, y contra Thrawn en particular. Car'das y Maris habían intentado hacerle entrar en razón, pero Qennto estaba más interesado en cavilaciones que en razonar, y después de algunos intentos Car'das se había rendido. Quizá Maris también.

Thrawn había estado al otro lado del puente, permaneciendo al lado de un tripulante en lo que Car'das había identificado tentativamente como el puesto de navegación. Ahora el comandante dio un paso hacia atrás y se volvió hacia donde esperaban los humanos.

—Allí —dijo, señalando adelante, a través del ancho ventanal—. El asteroide grande con lenta rotación. Esa, es nuestra base.

Car'das miró hacia allí frunciendo el ceño. El asteroide más que rotar hacía un lento bamboleo, casi pero no completamente extremo sobre extremo. No por propósitos pseudogravitacionales, obviamente, el *Halcón Brioso* mostraba que los Chiss tenían gravedad artificial. Entonces ¿Por qué elegir un asteroide en rotación?

Maris estaba preguntándose obviamente lo mismo.

—Ese bamboleo debe hacer difícil el acoplamiento con el asteroide —comentó.

—Requiere cierto grado de habilidad —estuvo de acuerdo Thrawn, levantado levemente las cejas como un profesor intentando sacar una respuesta de un grupo de estudiantes.

Car'das volvió su mirada al asteroide. ¿Podría haber colocado Thrawn deliberadamente un delicado procedimiento de acoplamiento como ejercicio de

entrenamiento para nuevos reclutas? Pero podía hacer eso más fácil y seguro con una estación de prácticas separada.

A menos que este asteroide fuera meramente una instalación de entrenamiento y no su base principal en absoluto. Ciertamente no había luces o indicaciones de construcciones en ninguna parte que pudiese ver. ¿Era esa la conclusión a la que Thrawn esperaba que llegaran?

Y entonces, de repente, lo entendió.

—Ha colocado un grupo de sensores pasivos en un extremo —dijo—. El bamboleo permite barrer todo el cielo en lugar de solo un punto.

—¿Pero por qué hacer girar el asteroide entero? —preguntó Maris, sonando perpleja—. ¿No podría hacer rotar sólo el grupo de sensores?

—Seguro que podría —gruñó Qennto—. Pero entonces habría algo moviéndose en la superficie que un enemigo podría detectar. De esta manera todo está muy tranquilo y apacible, hasta el momento en el que destruye sus naves desde debajo de ellos.

—Esencialmente correcto —dijo Thrawn—. Aunque no esperamos que los enemigos vengan realmente. Aun así, es sabio tomar precauciones.

—Y ellos no destruyeron nuestra nave desde debajo de nosotros —dijo Maris, golpeando con el dedo el pecho de Qennto para dar énfasis.

Qennto lanzó una mirada de cólera hacia ella. Car'das habló rápidamente.

—¿Así que estamos en espacio Chiss ahora?

—Sí y no —dijo Thrawn—. Actualmente, solo hay algunos equipos de observación y reconocimiento por aquí, así que difícilmente es representativo de un sistema Chiss propiamente dicho. Sin embargo, el segundo planeta es habitable y dentro de algunos años estará abierto para una completa colonización. En ese momento, estará oficialmente bajo la protección y el control de las Nueve Familias Regentes.

—Espero que no desee que nos quedemos hasta la ceremonia de inauguración —murmuró Qennto.

—Por supuesto que no —le aseguró Thrawn—. Os cuento esto simplemente porque tal vez deseéis regresar algún día y ver lo que hemos hecho en el sistema Crustai.

—¿Ya le ha puesto nombre? —preguntó Maris.

—El equipo inicial de reconocimiento siempre tiene ese honor —dijo Thrawn—. En este caso, el nombre Crustai es un acrónimo de…

—*Crahsystor* Mitth'raw'nuruodo —llamó un Chiss desde el otro lado del puente—. *Ris ficar tli claristae su fariml'sroca*.

—*Sa cras mi soot shisfla* —replicó Thrawn bruscamente, volviendo a grandes pasos a su puesto de mando en el centro del punto y sentándose—. *Hos mich falliare*.

—¿Qué ha dicho? —exigió Qennto, agarrando el respaldo de una silla cercana para mantener el equilibrio cuando el *Halcón Brioso* viró abruptamente hacia babor y empezó a ganar velocidad—. ¿Qué está pasando?

—No estoy seguro —dijo Car'das, repasando mentalmente las palabras en cheunh e intentando organizar los diversos prefijos y sufijos. La gramática Chiss era lógica y

relativamente fácil de aprender, pero después de solo tres días de lecciones no tenía mucho vocabulario con el que trabajar—. Las únicas palabras raíz que he cogido fueron «extraño» y «correr».

—Extraño. Correr —siseó Qennto entre dientes mientras las estrellas en el ventanal se alargaban formando líneas estelares—. Están detrás de alguien.

—Alguien no muy lejano, además —murmuró Maris—. ¿No es *stae* la palabra raíz para cerca?

—Sí, creo que tienes razón —estuvo de acuerdo Car'das—. Me pregunto si deberíamos volver a nuestro cuarto.

—Nos quedaremos aquí —dijo Qennto firmemente—. Ya hemos visto cómo trataron a una nave que merodeaba demasiado cerca. Quiero ver qué hacen con otra.

—Sólo se deshicieron de Progga porque él atacó primero —señaló Maris.

—Sí —dijo Qennto—. Quizá.

En los siguientes minutos la tripulación del puente trabajó activamente en sus puestos, rompiendo el silencio únicamente por órdenes y comentarios ocasionales. Car'das se encontró mirando a la nuca de Thrawn mientras el comandante estaba sentado inmóvil en su asiento, preguntándose si se atrevería a deslizarse detrás del otro y pedir una explicación de lo que estaba pasando.

Unos segundos después se alegró de no haberlo hecho. Menos de un minuto después de entrar en el hiperespacio, saltaron fuera de repente, otra vez.

—¿Ya? —murmuró Qennto, sonando aturdido.

—Hizo un microsalto —dijo Car'das, casi sin creerse lo que decía.

—Ridículo —insistió Qennto—. No puedes golpear un lado del Edificio del Senado con un…

Abruptamente, la cubierta se sacudió con fuerza bajo ellos, casi haciéndolos caer. De forma refleja, Car'das agarró el brazo de Maris con una mano y un conducto cercano con la otra, manteniendo a ambos en pié.

Justo cuando un par de pequeñas naves pasaban rugiendo por el ventanal, escupiendo fuego láser y misiles hacia el *Halcón Brioso*.

—Yo diría que lo hizo un poco mejor que golpear un lado del Edificio de Senado. —Car'das se manejaba mientras la cubierta se estremeció de nuevo bajo ellos—. Parece que está justo donde quería estar.

—Estupendo —se mofó Qennto—. Me alegro de que él quisiera estar aquí.

Las sacudidas aminoraron cuando los atacantes salieron del campo de tiro óptimo, y Car'das se fijó en las pantallas visuales. Solo había tres naves señaladas: los dos cazas que venían ahora para otra pasada, más una nave más grande, considerablemente más lejos. Al contrario que los cazas, la nave más grande parecía estar intentando alejarse de la zona de batalla en lugar de entrar en ella.

—Aquí vienen —dijo Qennto.

Car'das miró por el ventanal. El *Halcón Brioso* se había girado para encararse con sus atacantes, y en la distancia podía ver el brillo mientras los cazas ponían sus motores a toda potencia.

—Agarraos a algo —advirtió, reafirmando sus dedos alrededor del conducto mientras Maris se agarraba a su lado. Los cazas rompieron su formación mientras se aproximaban, virando hacia lados opuestos de su objetivo, con sus láseres disparando de nuevo. Las armas del *Halcón Brioso* devolvieron el fuego.

Y ambos atacantes explotaron.

—¡Whow! —dijo Qennto—. ¿Qué dem…?

—Han estallado —dijo Maris sin aliento—. Un sólo disparo, y simplemente estallaron.

—No empecéis a celebrarlo todavía —les advirtió Car'das. El *Halcón Brioso* estaba girando fuera de las nubes de escombros en expansión y cogiendo velocidad—. Todavía queda el grande.

El vertiginoso barrido de estrellas se detuvo cuando acabaron su giro, y en la distancia pudo ver el brillo del motor de la nave grande.

—Supongo que no tendremos la suficiente suerte de que esté desarmada —dijo Qennto.

—Thrawn no atacaría una nave desarmada —le dijo Maris firmemente.

—¿Por qué no? —gruñó Qennto—. Yo lo haría. Aquellos cazas atacaron primero. Eso hace a todo el grupo presa legal.

—Y probablemente carne muerta —murmuró Car'das.

Maris se estremeció, pero no dijo cosa alguna.

La otra nave les vio llegar, por supuesto. Incluso mientras el *Halcón Brioso* se acercaba a su campo de tiro, se giró y unos cuantos misiles salieron disparados. Los láseres Chiss relampaguearon en respuesta, y los misiles se vaporizaron a mitad de camino. El enemigo respondió girando noventa grados y lanzado una segunda salva. Este grupo también fue eliminado a una distancia segura. Un tercer grupo de misiles le siguió, después un cuarto, todos destruidos en el camino.

—¿Por qué no saltan al hiperespacio? —murmuró Maris.

—No creo que puedan —le dijo Car'das, señalando a una de las pantallas tácticas—. Parece como si alguien hubiera quitado su hiperpropulsor.

—¿Cuándo? —preguntó Qennto, frunciendo el ceño—. No recuerdo haber escuchado ningún disparo antes de que los cazas atacaran.

—Alguien tuvo que estar aquí para enviar las noticias —le recordó Car'das—. Quizá hizo un disparo afortunado.

Fuera cual fuese la razón, la otra nave definitivamente no se estaba marchando. El *Halcón Brioso* continuaba acortando el hueco, y mientras se acercaban, Car'das se dio cuenta por primera vez que su casco estaba cubierto por lo que parecían burbujas con forma de huevo, cada una de apenas dos metros de ancho y tres de largo.

—¿Qué son esas cosas? ¿Qennto?

—Ni idea —dijo el otro, estirando el cuello—. Parecen alguna clase de pequeñas burbujas de observación. ¿Parte del sistema de navegación, quizá?

—O ventanales de camarotes —dijo Maris, su voz repentinamente tensa—. ¿Podría ser una nave de pasajeros?

—¿Qué? ¿Con cuatro grupos de lanzamiento de misiles? —contestó Qennto—. Ni lo pienses.

El timonel Chiss movió el *Halcón Brioso* a lo largo de la nave alienígena, compensando casi casualmente sus torpes intentos de virar, y posándose contra el casco de la otra nave. Hubo un rápido tartamudeo de torpes ruidos sordos mientras los cierres magnéticos eran enganchados, y Thrawn tecleó un código en su panel de mando.

—*Ch'tra* —dijo.

—«Vamos» —tradujo Car'das—. Parece que estamos abordando.

El comandante se levantó de su asiento y se giró.

—Mis disculpas —dijo, cambiando al sy bysti mientras se acercaba a los tres humanos—. No pretendía poneos en peligro de esta manera. Pero la oportunidad se presentó y necesitaba cogerla.

—Está bien, Comandante —le aseguró Car'das—. Y no parece que estemos en tanto peligro.

—Porque las cosas acabaron así —dijo Thrawn. Avanzando hacia un grupo de casilleros en una pared, abrió uno y sacó un traje blindado de vacío—. Vuestro cuarto está demasiado cerca del área de abordaje para que estéis seguros, así que os pido que permanezcáis aquí hasta que volvamos.

—¿Va a ir personalmente? —preguntó Maris frunciendo el ceño.

—Soy el comandante de estos guerreros —dijo Thrawn, metiéndose en el traje de vacío con seguros y prácticos movimientos—. Parte de mis deberes es compartir su peligro.

Maris miró a Qennto.

—Tenga cuidado —dijo, sonando casi avergonzada.

Thrawn le dedicó una pequeña sonrisa.

—No te preocupes —dijo. Cerrando con un golpe el último sello, sacó un casco y una pistola grande del casillero—. La nave está probablemente despoblada, y los guerreros Chiss son lo mejor que hay. Volveré pronto.

Car'das se había preguntado en un primer momento por qué nadie del resto de la tripulación del puente se había unido a Thrawn en el grupo de abordaje, los sonidos de lo que podían escuchar ocasionalmente flotaban a lo largo de los pasillos y a través de la puerta abierta. Pronto quedó claro, que no estaban simplemente sentados esperando, sino que estaban ocupados en su propio proyecto.

Solo cuando acabó el alboroto pudo unir unos cuantos fragmentos reconocibles de conversación y descubrir cuál había sido ese proyecto. Usando los sensores del *Halcón Brioso*, habían ayudado a los asaltantes a rastrear a los combatientes enemigos, ya estuvieran escondidos o reuniéndose para una emboscada. Incluso cargando contra una nave enemiga al estilo pirata, el Comandante Thrawn hacía uso de todos los recursos disponibles.

Llevó menos de una hora para los Chiss asegurar la nave enemiga. Otras dos horas pasaron, sin embargo, antes de que uno de los guerreros llegase al puente con instrucciones de llevar a los humanos a bordo.

Car'das no había viajado mucho antes de unirse a Qennto y a Maris. Pero la mayoría de sus últimos viajes habían sido a las partes más sórdidas de la República, y mientras entraba en el túnel de abordaje estaba seguro de que podría soportar cualquier cosa que encontraran en el otro extremo.

Estaba equivocado.

La nave en sí misma era suficientemente mala. Fría, húmeda y sucia, todo su interior mostraba signos de múltiples reparaciones hechas de forma descuidada, y la mezcla de olores que se arremolinaba por los pasillos hacía que le picara la nariz. Peor que eso eran las docenas de marcas de explosión y puntos chamuscados en las paredes y techos, recordatorios silenciosos de la corta pero cruel batalla que había tenido lugar momentos antes.

Lo peor de todo eran los cuerpos.

Car'das había visto cadáveres antes, pero sólo los que yacían serena y pulcramente que había visto en los funerales. Nunca antes había visto cadáveres esparcidos al azar donde quiera que las armas Chiss les habían lanzado, retorcidos en grotescas contorsiones que su propia agonía había esculpido para ellos. Se estremeció mientras los guerreros Chiss les guiaban a través de varias acumulaciones de muertos, sin querer mirarlos pero obligándose a hacerlo si no quería pisarlos, esperando desesperadamente no avergonzarse a sí mismo poniéndose enfermo.

—Relájate, chico —murmuró la voz de Qennto a su lado mientras llegaban hasta otro esparcimiento de cuerpos—. Son sólo cadáveres. No pueden hacerte daño.

—Ya lo sé —gruñó Car'das, mirando de reojo a Maris. Incluso ella, con toda su educación refinada y su sensibilidad idealista, lo estaba llevando mejor que él.

Delante, una puerta se abrió, y Thrawn entró en el pasillo. Todavía llevaba su traje de vacío, pero el casco ahora colgaba de un enganche en su cadera izquierda.

—Venid —les llamó, haciendo señas—. Quiero enseñaros algo.

Casi estaban allí. Respirando profundamente y centrando su atención en los brillantes ojos de Thrawn, Car'das se las apañó para hacer el resto del camino.

—¿Qué pensáis? —preguntó Thrawn cuando le alcanzaron, gesticulando a su alrededor en el pasillo.

—Creo que, probablemente, eran muy pobres —dijo Maris, su tono estaba en su mayor parte en calma, pero con un ápice de desaprobación—. Se puede ver donde han

tenido que poner un parche y volver a remendar sólo para mantener todo en funcionamiento. No es una nave militar. Ciertamente no una que pudiese haber sido una amenaza para los Chiss.

—Estoy de acuerdo —dijo Thrawn, volviendo sus brillantes ojos hacia ella—. Así que crees que era gente pobre. ¿Nómadas?

—O refugiados —dijo ella, el borde de desaprobación se hizo un poco más afilado.

—¿Y los misiles?

—No les sirvieron a los pasajeros de mucho, ¿verdad?

—No, pero eso no fue porque no lo intentaran. —Thrawn se giró hacia Qennto—. ¿Y tú, Capitán? ¿Cuál es tu lectura de esto?

—No lo sé —dijo Qennto tranquilamente—. Y no me importa especialmente. Ellos dispararon primero, ¿no?

Thrawn se encogió de hombros microscópicamente.

—No es completamente cierto —dijo—. Uno de los centinelas que había colocado aquí pudo acercarse lo suficiente mientras pasaban para desactivar su hiperpropulsor. ¿Car'das? ¿Tu opinión?

Car'das miró alrededor, a las paredes descoloridas y heterogéneas. Podía no haber ido mucho a la escuela antes de escapar al espacio, pero sí lo suficiente para saber cuando un profesor seguía buscando una respuesta que no había conseguido de ningún otro.

¿Pero cuál era la respuesta? Maris tenía razón, la nave de hecho parecía que fuera a caerse a pedazos. Pero Thrawn también tenía razón sobre los misiles. ¿Tendrían los refugiados armas como esas?

Y entonces, de repente, lo entendió. Miró detrás de él, localizando el cuerpo alienígena más cercano y haciendo una rápida estimación de su altura y envergadura. Otra mirada a la pared, y se volvió hacia Thrawn.

—Estos no son lo que hicieron las reparaciones, ¿verdad?

—Muy bien —dijo Thrawn, sonriendo levemente—. No, no lo son.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Qennto, frunciendo el ceño.

—Estos alienígenas son demasiado altos —le explicó Car'das, señalando a la pared—. ¿Ves aquí, donde el patrón impermeabilizante cambia de textura? Ahí es donde quienquiera que estuviera colocándolo tuvo que coger una escalera o un elevador para acabar el trabajo.

—Y quienquiera que fuera el trabajador, era considerablemente más bajo que los amos de esta nave. —Thrawn se volvió hacia Maris—. Como has deducido, la nave de hecho ha sido reparada muchas veces. Pero no por sus propietarios.

Los labios de Maris se comprimieron en una severa y delgada línea, sus ojos de repente estaban fríos mientras miraba a los cuerpos muertos.

—Eran traficantes de esclavos.

—Ciertamente —dijo Thrawn—. ¿Sigues enfadada conmigo por matarlos?

La cara de Maris se sonrojó.

—Lo siento.

—Lo entiendo. —Las cejas de Thrawn se alzaron levemente—. Vosotros, en la República, no permitís la esclavitud, ¿verdad?

—No, por supuesto que no —le aseguró Maris apresuradamente.

—Tenemos droides que se ocupan de la mayoría de las tareas domésticas —añadió Car'das.

—¿Qué son droides?

—Trabajadores mecánicos que pueden pensar y actuar por sí mismos —le explicó Car'das—. Debéis tener alguno de alguna clase.

—Realmente no —dijo Thrawn, mirando a Car'das pensativamente—. Ni ninguna de las culturas alienígenas que hemos conocido. ¿Puedes enseñarme uno?

Al lado de Maris, Qennto carraspeó a modo de aviso.

—No hemos traído ninguno en este viaje —dijo Car'das, ignorando la expresión atronadora de su capitán. Qennto le había advertido repetidamente que no discutiera del nivel de tecnología de la República con los Chiss. Pero en opinión de Car'das esto apenas trataba de eso. Además, seguramente Thrawn ya había examinado las grabaciones del *Cazador de Gangas*, las cuales debían mostrar una docena de diferentes tipos de droides en acción.

—Una pena —dijo Thrawn—. Aun así, si en la República no ha esclavitud, ¿cómo es que entendéis el concepto?

Car'das hizo una mueca.

—Conocemos algunas culturas donde existe —admitió con reluctancia.

—¿Y vuestra gente lo permite?

—La República no tiene mucha influencia con los sistemas que no son miembros —dijo Qennto impacientemente—. ¿Ya hemos acabado aquí?

—No del todo —dijo Thrawn, señalando hacia la puerta que acababa de atravesar—. Venid y mirad.

¿Más cuerpos? Endureciéndose, determinado a no marearse otra vez aún incluso si todo el lugar estuviera apilado hasta arriba de ellos, Car'das adelantó al comandante y pasó por la puerta.

Y se paró de golpe, abriendo la boca de asombro. La habitación era inesperadamente grande, con un techo alto que debía extenderse al menos dos cubiertas de la nave.

Pero no estaba apilada hasta arriba de cuerpos. Estaba apilada hasta arriba de tesoros.

Tesoros de todas las clases. Había montones de lingotes de metal de varios brillos y colores, pulcramente apilados dentro de redes de aceleración. Había filas de cajas, algunas repletas de monedas o gemas multicolores, otras llenas de paquetes rectangulares que podrían haber sido comida o especias o componentes electrónicos. Algunos armarios de aspecto pesado contra una pared, probablemente contenían objetos que habrían sido demasiado tentadores para dejarlos al alcance de los esclavos o quizá incluso de la propia tripulación.

También había una buena cantidad de obras de arte: lienzos, esculturas, composiciones de piezas, y otras formas y estilos que Car'das ni siquiera podía

categorizar. La mayor parte de ellas estaban apiladas todas juntas, pero pudo ver algunas piezas esparcidas alrededor de toda la habitación, como si alguno de los cargadores no las hubiera reconocido como arte o si lo hizo no le había importado mucho donde ponerlas.

Hubo una respiración aguda y una bocanada levemente reprimida cuando Qennto y Maris llegaron detrás de él.

—¿Qué mundos es…? —dijo Maris sin respiración.

—Una nave del tesoro, llevando el saqueo de muchos mundos —dijo Thrawn, entrando silenciosamente en la habitación detrás de ellos—. No eran sólo traficantes de esclavos, sino también piratas y saqueadores.

Con un esfuerzo, Car'das apartó la mirada del tesoro y la centró en Thrawn.

—Habla como si ya conociese a esta gente.

—Sólo por su reputación —dijo Thrawn, su tono era casi amable en agudo contraste con la tensión de su cara mientras miraba a través de la habitación—. Al menos, hasta ahora.

—¿Habéis estado cazándolos?

Un leve fruncimiento arrugó la frente de Thrawn.

—Por supuesto que no —dijo—. Los vagaari no han hecho ningún movimiento contra la Ascendencia Chiss. Por lo tanto no tenemos ninguna razón para cazarlos.

—Pero sabe su nombre —murmuró Qennto.

—Como ya he dicho, conozco su reputación —dijo Thrawn—. Han estado moviéndose por esta región del espacio durante, al menos, los últimos diez años, cazando a los débiles y a los tecnológicamente primitivos.

—¿Qué hay de sus esclavos? —preguntó Maris—. ¿Sabe algo sobre ellos?

Thrawn sacudió su cabeza.

—No hemos encontrado ninguno a bordo de esta nave. Por eso, y por esta habitación, supongo que iban con rumbo a su base principal.

—¿Y descargaron los esclavos para evitar que descubrieran donde está esa base? —sugirió Car'das.

—Exactamente —dijo Thrawn—. La tripulación complementaria también es más pequeña de lo que uno esperaría para una nave de este tamaño. Eso indica que no esperaban problemas, sino que pretendían ir directamente a casa.

—Sí, antes mencionó en el puente que había poca tripulación —dijo Car'das—. ¿Cómo lo supo?

—Lo deduje por el hecho de que su defensa fue torpe y en su mayor parte ineficaz —dijo Thrawn—. Hicieron poco más que lanzar misiles, todos ejecutaron las mismas contramedidas que ya habíamos visto. Una nave con toda la tripulación habría tenido artilleros láser en su puesto y habría alternado los patrones de defensa de los misiles. Claramente, esperaban que su escolta se encargara de cualquier lucha que fuese necesaria.

—Y chico, estaban equivocados —murmuró Qennto—. Les aventajó desde el principio.

—Apenas aventajados —le dijo Thrawn—. Meramente note que en ambos de sus ataques una salva láser precedía sus misiles en un patrón aparente y predecible. Cuando lanzaron el tercer ataque, fui capaz de devolver el fuego justo cuando se abrían las puertas protectoras de los tubos, detonando los misiles antes de que pudieran lanzarse. Los cazas de ese tamaño nunca tienen suficiente blindaje para soportar esa clase de explosión interna.

—¿Ves? —dijo Car'das secamente—. Nada de eso.

Los labios de Qennto se contrajeron.

—Sí —dijo—. Está bien.

—¿Y qué ocurrirá ahora? —preguntó Maris.

—Llevaré la nave de vuelta a Crustai para un estudio más exhaustivo —dijo Thrawn, dando una última mirada a la habitación antes de volverse hacia la puerta.

—Pregunta —dijo Qennto—. Le dijo a Car'das que nos daría algunas cosas adicionales como pago por enseñarle Básico, ¿verdad?

—Esa no fue exactamente la forma en la que lo dije —dijo Thrawn—. Pero es esencialmente correcto.

—¿Y cuanto más nos quedemos, más cosas obtendremos?

Thrawn sonrió levemente.

—Eso podría ser posible. Pensaba que estabais ansiosos por volver a casa.

—No, no, no hay prisa —le aseguró Qennto, haciendo un barrido lento de la habitación con sus ojos. Su impaciencia anterior, notó Car'das, parecía haber desaparecido sin dejar rastro—. No hay ninguna prisa.

5

—Ven Padawan —dijo C'baoth agriamente, girándose a medias, lanzando una mirada furiosa tras él—. Deja de retrasarte.

—Sí, Maestro C'baoth —dijo Lorana, acelerando el paso y esperando fervientemente que a su incrementada velocidad fuese capaz de atravesar el gentío de la plaza del mercado de madrugada sin atropellar a alguno de los compradores. Hasta ahora los compradores Brolfi habían sido capaces de apartarse del camino de C'baoth mientras él caminaba entre ellos, pero ella sospechaba que parte de esto se debía al hecho de que era tan difícil de pasar desapercibido como una tormenta inminente. Ella, desafortunadamente, apenas tenía la misma presencia de mando, y algunas veces casi se había perdido.

Lo más frustrante era que no tenían la necesidad de caminar tan rápido en primer lugar… todavía tenían mucho tiempo antes de que comenzaran las negociaciones del día. No, C'baoth estaba simplemente enfadado: enfadado con los tercos negociadores Brolfi, enfadado con los igualmente tercos representantes de la alianza Corporativa. Más enfadado todavía con los descuidados redactores del contrato de derechos mineros original que habían dejado asuntos abiertos a múltiples interpretaciones, en primer lugar.

Y cuanto más enfadado estaba C'baoth, más rápido caminaba.

Afortunadamente, la Fuerza estaba con Lorana, y consiguió llegar hasta el final de su segmento particular del mercado sin derribar a nadie ni cruzar por encima de los anchos paseos que dividían la plaza del mercado. Un segmento más y subirían los escalones hasta la ancha puerta occidental del centro administrativo de la ciudad, donde las negociaciones pronto se reanudarían.

Desafortunadamente, C'baoth respondió al área abierta aumentando su paso al máximo. Poniendo una mueca, Lorana aceleró tanto como podía sin empezar a trotar, lo que ella sabía que le acarrearía una reprimenda instantánea por ser poco indigno e impropio de un Jedi.

Y entonces, sin advertencia, C'baoth frenó abruptamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lorana, extendiéndose con la Fuerza mientras se detenía a su lado. Ella no podía detectar ningún peligro o amenaza cercana, sólo la repentina molestia intensificada de C'baoth—. ¿Maestro C'baoth?

—Típico —gruñó él, su pelo y su barba se alborotaron contra su túnica mientras giraba su cabeza—. Nerviosos y desconfiados. Todos ellos. Ven, Padawan.

Se dirigió a través de la plaza del mercado hacia su derecha. Lorana alzó el cuello para mirar mientras le seguía, intentando descubrir de qué estaba hablando.

Y entonces vio a dos hombres dirigiéndose hacia ellos a través de la multitud: un Jedi y su Padawan, ambos de aspecto familiar, avanzando confiadamente entre la gente corriente como luces entre un remolino de hojas muertas.

Frunció el ceño, la imagen mental atrapó de repente su atención consciente. *Un remolino de hojas muertas…*

¿Cuándo había empezado a pensar en la gente no-Jedi de esa manera? Seguramente esa no era la forma en la que había sido educada para pensar en la gente a la que había servido, dedicando su vida. ¿Podría ser una actitud que adquirió de la gente entre la que había viajado desde que se convirtió en Padawan de C'baoth? Ciertamente muchos de ellos habían parecido considerarse a sí mismos inferiores a aquellos que llevaban espadas láser.

¿O la había adquirido del propio C'baoth? ¿Así era como pensaba él de la gente?

C'baoth se paró a pocos metros del borde de la plaza y esperó, y mientras las dos figuras avanzaban con cuidado a través del último grupo de compradores y continuaban hacia ellos, Lorana finalmente hizo coincidir sus caras con sus nombres.

—Maestro C'baoth —dijo Obi-Wan Kenobi, inclinando la cabeza a modo de saludo mientras él y su Padawan, Anakin Skywalker, avanzaban.

—Maestro Kenobi —le devolvió el saludo C'baoth, su voz y sus modales eran educados pero con un borde de intimidación bajo las palabras—. Es una sorpresa. ¿Has venido desde Coruscant sólo para comprar fruta prisht?

—Dicen que las técnicas hortícolas de Barlok producen los mejores especímenes —replicó Obi-Wan tranquilamente—. ¿Y usted?

—Sabes perfectamente bien porque estamos aquí —dijo C'baoth—. Dime, ¿cómo está el Maestro Windu?

El labio de Kenobi se crispó ligeramente.

—Está bien.

—Es bueno escucharlo. —C'baoth desvió su atención al joven adolescente parado al lado de Kenobi, y una leve sonrisa toco finalmente las comisuras de sus labios—. Padawan Skywalker, ¿verdad? —dijo en tono amistoso.

—Sí, Maestro C'baoth —dijo Anakin, y Lorana no pudo evitar reírse interiormente por la ferviente gravedad en la voz del chico—. En un honor volver a veros de nuevo.

—Al igual que lo es para mí volver a encontrarme una vez más con un Padawan tan prometedor —replicó C'baoth—. Dime, ¿cómo va tu entrenamiento?

Anakin miró a Kenobi.

—Siempre hay más por aprender, por supuesto —dijo—. Sólo puedo esperar que mi progreso sea satisfactorio.

—Su progreso es más que satisfactorio —señaló Kenobi—. A este ritmo, será un completo Jedi antes de los veinte.

Lorana se sobresaltó. Ella misma ya tenía veintidós, y C'baoth no había hecho ninguna mención de recomendarla para la Caballería Jedi en algún momento, próximamente. ¿Era Anakin mucho más poderoso en la Fuerza de lo que lo era ella?

—Y aun así, él empezó su entrenamiento mucho más tarde de lo habitual —señaló C'baoth, sonriendo casi cariñosamente al chico—. Eso hace su desarrollo mucho más impresionante.

—Ciertamente —dijo Kenobi—. En retrospectiva, creo que está claro que el Consejo tomo la decisión adecuada al permitirme entrenarle.

Hubo solamente un leve énfasis en la palabra *me*, y por medio segundo una nube oscura pareció sobrevolar el borde de la cara de C'baoth. Entonces la oscuridad desapareció y volvió a sonreír.

—Ha sido un encuentro agradable —dijo—. Pero los negociadores están reunidos, y tengo trabajo que hacer. Confío en que me disculparéis si voy a ocuparme de asuntos legítimos del Consejo.

—Ciertamente —dijo Kenobi, tensando levemente su mejilla ante la implicación de que él y su Padawan no estaban, de hecho, en asuntos legítimos del Consejo.

—Pero he olvidado mis modales —continuó C'baoth—. Esta es una ciudad enorme y rica, y sin duda tú y el Padawan Skywalker deseareis probar sus diversiones mientras estéis aquí —señaló a Lorana—. Mi Padawan, Lorana Jinzler, se sentirá muy honrada de escoltaros en vuestras exploraciones.

—Gracias, pero eso no será necesario —dijo Kenobi, echando a Lorana una mirada evaluadora—. Estaremos bien.

—Insisto —dijo C'baoth, y no había duda de la orden en su tono—. No quisiera que interrumpierais las negociaciones, o que accidentalmente quedaseis enemistados con alguno de los negociadores —miró a Anakin—. Además, imagino que el Padawan Skywalker disfrutaría de la compañía de otro Padawan por un tiempo.

De nuevo, Anakin miró a su maestro.

—Bueno…

—Y me tomaría esto como un favor personal, también —añadió C'baoth, mirando de nuevo a Kenobi—. Realmente no hay nada que hacer para Lorana en la negociaciones, y por lo tanto ninguna auténtica razón para mantenerla allí. Estoy seguro de que preferiría reanudar sus actividades normales, y me sentiría mejor sabiendo que está recorriendo la ciudad con alguien de confianza.

El labio de Kenobi se crispó. Él no estaba contento en absoluto con esto, Lorana podía verlo incluso sin la Fuerza. Pero había sido manejado astutamente, y él lo sabía.

—Como desees, Maestro C'baoth —dijo él—. Nos sentiremos muy honrados de tener la compañía de su Padawan por ahora.

—Por tanto tiempo como desees —dijo C'baoth—. Ahora debo irme. Adiós —girándose, se marchó a grandes pasos.

Lorana le vio marcharse con la garganta cerrada. Ella había estado perfectamente contenta de sentarse detrás de C'baoth durante las negociaciones, y hasta ahora él había parecido igual de contento de tenerla allí. ¿Había hecho algo para disgustarle?

Aun así, cualquiera que fuera la razón, ella tenía sus órdenes, incluso si habían sido mayormente implícitas. Reforzándose, se giró.

Para encontrar que Kenobi y Anakin la miraban expectantemente.

—Bien —dijo ella, sobresaltándose por la estupidez de la palabra. Un Padawan de Jorus C'baoth debería ser más cortés y elocuente que eso—. Sólo he estado en la ciudad un día, pero cogí una guía para visitantes en el espaciopuerto.

—Nosotros también —dijo Kenobi, alzando sus cejas levemente. Claramente, no iba a ponérselo fácil.

—Maestro Kenobi…

—¿Conoces algún lugar donde conseguir buenos sándwiches de tarsh? —dijo Anakin esperanzadamente—. Estoy hambriento.

Kenobi sonrió a su Padawan, y cuando volvió a mirar a Lorana, ella pudo sentir que la tensión entre ellos se desvanecía.

—Realmente, eso me suena bien, también —estuvo de acuerdo él—. Cacemos la cena.

Sentado en el balcón de su habitación del hotel, Doriana observaba cómo los tres se dirigían a uno de los distritos de restaurantes de categoría media de la ciudad, frunciendo el ceño mientras seguía su lento progreso a través de sus macrobinoculares. Así que el Consejo Jedi le había deslizado una rápida, enviando a Obi-Wan Kenobi y a su advenedizo Padawan para echarle un ojo a C'baoth. Eso no había formado parte del plan de Sidious.

Sin embargo, esos dos parecían estar haciendo carrera de esa clase de cosas. Recordaba vívidamente la rabia de Sidious después del incidente de Naboo y la inesperada derrota de sus aliados de la Federación de Comercio. Su ejército debería haber sido capaz de ocupar el planeta durante meses o años, creando una confusión y una parálisis en el Senado que Sidious y Doriana podrían haber usado con un efecto devastador.

Pero todo había sido en vano, gracias a Skywalker y su estúpida suerte al deshacerse de la Nave de Control Droide de la Federación de Comercio. La muerte de Darth Maul a manos de Kenobi y Qui-Gon Jinn había sido igualmente devastadora, cortocircuitando un tranquilo reino de terror que habría distraído a los Jedi incluso mientras podaba los bordes de su tan unido grupo.

Y ahora estaban aquí, en Barlok, amenazando con interferir con el plan de Sidious de eliminar a Jorus C'baoth.

Unió sus labios firmemente. No, no esta vez. No si Kinman Doriana tenía algo que decir al respecto.

Dentro de su bolsillo, su comunicador especial pitó. Todavía mirando a Kenobi y a sus compañeros, sacó el dispositivo y lo encendió.

—¿Sí?

—¿Defensor? —preguntó una voz ronca Brolf.

—Sí, ese soy yo, Patriota —dijo Doriana—. He regresado como prometí para ayudaros en vuestro momento de necesidad.

—Llegas tarde —gruñó el otro—. Las negociaciones han empezado ya.

—Pero aún no hay nada decidido —dijo Doriana—. Todavía hay tiempo para enviar el mensaje de que la gente Brolf no será engañada. ¿Ha sido todo preparado de acuerdo a mis instrucciones?

—Casi —dijo Patriota—. Los componentes finales deberían estar en camino. La cuestión es si tú has traído la contribución que prometiste.

—La tengo aquí mismo —le aseguró Doriana.

—Entonces tráela —dijo Patriota—. Tercera al norte de las calles Chessile y Scriv. Dos horas.

—Allí estaré.

Hubo un pitido cuando la conexión se cortó. Dejando a un lado su comunicador, Doriana le echó un vistazo a su crono. Excelente. La dirección no estaba a más de media hora caminando, lo cual le daría tiempo para un lento paseo y una inspección meticulosa del barrio antes de que llegara.

Pero primero, vería lo que podía hacer para mantener a Kenobi ocupado donde le correspondía.

Cualquiera que fuese su propósito aquí, sus oportunidades eran que él no haría ningún movimiento serio sin consultarlo primero con el Consejo Jedi. Un pequeño ajuste en el sistema de acceso del ordenador de la HoloRed de la ciudad, y no habría nada entrando ni saliendo de Barlok durante uno o dos días. Tiempo suficiente para él y sus aliados Brolf de terminar el trabajo.

Caminando hacia el escritorio, encendió su ordenador y se puso a trabajar.

La cantina que encontraron no tenía la decoración más prometedora que Obi-Wan hubiese visto alguna vez. Pero como el Restaurante de Dex en Coruscant, las apariencias podían ser engañosas, particularmente donde la comida estaba involucrada. El saludable aroma del tarsh asado estaba definitivamente en el aire, los sándwiches eran el plato principal del menú, y la guía de Lorana le daba al lugar una calificación de tres porken. En definitiva, parecía una buena apuesta.

Un droide WA-2 llegó corriendo mientras ellos elegían un lugar mirando hacia la calle y se sentaban.

—Bienvenidos a Panky's —dijo, su voz electrónica logró de alguna manera comunicar cortesía y el hecho que era grave e injustamente explotado—. ¿De qué puedo proveerles?

—Yo quiero un sándwich de tarsh y un zumo de bribb —dijo Anakin impacientemente.

Obi-Wan reprimió una sonrisa. Anakin había descubierto el zumo de bribb en su primer viaje como Padawan, y desde entonces lo había pedido siempre que había podido, fuera realmente con el resto del menú o no.

—El mismo sándwich para mí, pero de beber una *sin* Corelliana —le dijo al droide.

—Yo tomaré el zumo de bribb, pero con una ensalada de fruta prisht —dijo Lorana. Le dedicó una sonrisa vacilante a Obi-Wan—. Después de todo, Barlok produce los mejores ejemplares.

—Eso he oído —dijo Obi-Wan, estudiándola. Ella era de altura media, con pelo oscuro y unos ojos llamativamente grises. Tenía una cara inteligente, una sonrisa agradable, y esa sensación de conciencia global que venía del conocimiento de la Fuerza. A todas luces, parecía bien encaminada para convertirse en la típica Jedi.

Y aun así, había algo sobre ella que le resultaba raro, algo que no parecía verdadero. Su aire de dignidad y confianza parecía tenso, como un accesorio que ella se ponía cada mañana en lugar de algo que realmente formara parte de su ser más interno. Su sonrisa tenía el mismo toque tentativo, como si tuviese miedo de que eso la metiese en problemas.

En la superficie, ella tenía todo bajo control. Bajo ésta, seguía siendo un aprendiz Padawan con mucho trabajo por hacer.

—Creo que nunca había conocido a nadie que hubiese sido entrenado por el Maestro C'baoth —comentó él mientras el droide se marchaba apresuradamente—. ¿Cómo es estudiar con él?

Las comisuras de la boca de Lorana se comprimieron, solo perceptiblemente.

—Ha sido una experiencia valiosa de aprendizaje —dijo diplomáticamente—. El Maestro C'baoth tiene una profundidad y un poder en la Fuerza que solo espero ser capaz algún día de aproximarme a él.

—Ah —asintió Obi-Wan, su mente retrocedió a su última conversación con el Maestro Windu. Ella podría estar en lo cierto, o también podría ser que C'baoth no fuese tan profundo en la Fuerza como ella pensaba. Posiblemente ni siquiera tan profundo como el mismo C'baoth pensaba.

Pero discutir sobre un Jedi con su Padawan estaba considerado malos modales, particularmente en frente de otro Padawan más joven como Anakin.

—Estoy seguro de que lo conseguirás —le dijo—. En mi experiencia, un Jedi puede conseguir tanta profundidad en la Fuerza como él o ella quiera.

—Dentro de sus límites, por supuesto —dijo Lorana tristemente—. Todavía no sé dónde está esa línea para mí.

—Nadie lo sabe hasta que se alcanza esa línea y se prueba —señaló Obi-Wan—. Personalmente, no creo que haya ningún límite.

Otro droide se acercó rápidamente con sus bebidas balanceándose precariamente en una bandeja. Obi-Wan se reclinó hacia atrás, preparado para alcanzar con la Fuerza para rescatar los vasos si era necesario, pero el droide los colocó en la mesa sin derramar una gota y se marchó rápidamente. Cogiendo su bebida, Obi-Wan echó una lenta mirada alrededor de la sala.

Los pequeños y modestos lugares como este, él sabía, eran normalmente pasados por alto por visitantes casuales que buscaban destellos y centelleos. Seguramente, la mayoría de los clientes eran lugareños: Brolfi con cuernos en su piel, en diversos tonos de

amarillo y verde, además de un salpicado contrapunto de los más delicados arbóreos Karfs provenientes de los vastos bosques tisvollt que bordeaban la ciudad por dos lados.

Pero había también otras pocas especies representadas, incluyendo tres humanos más. Quizá la recomendación de la guía estaba realmente teniendo alguna influencia en el comercio de los visitantes. Su pausada mirada derivó hacia la genuina barra de madera de dusk en el extremo opuesto, donde un Brolf de brillante y, en su mayoría, amarilla piel, estaba sirviendo bebidas.

Frunció el ceño.

—Lorana, ese humano de ahí —chaleco negro, camiseta gris, hablando con el camarero. ¿Lo habías visto antes?

Ella se giró para mirarlo.

—Sí, estaba en el grupo esperando fuera de la sala de negociaciones cuando las conversaciones finalizaron ayer. No sé su nombre.

—¿Le conoces Maestro? —preguntó Anakin.

—A menos que esté equivocado, ese es Jery Riske —dijo Obi-Wan—. Cazarrecompensas; actualmente ejecutor principal de la oficina del magistrado de la Alianza Corporativa.

—¿Qué hace un ejecutor? —preguntó Anakin.

—Casi cualquier cosa que Passel Argente le ordene —dijo Obi-Wan—. Guardaespaldas, investigador, y probablemente músculos extra si hay malas deudas que recaudar. Me pregunto cuál de esos roles está realizando aquí.

—Probablemente la de guardaespaldas —dijo Lorana—. El Magistrado Argente está liderando el equipo de negociaciones de la Alianza.

Una sensación desagradable subió por la espalda de Obi-Wan. La cabeza de una poderosa organización, que se extiende por toda la galaxia como la Alianza Corporativa difícilmente tenía tiempo de ocuparse personalmente de una disputa menor sobre un contrato como esta.

A menos que la disputa de Barlok no fuese tan menor como todo el mundo parecía pensar.

Miró de nuevo a Riske. El hombre todavía hablaba con el camarero, ambos se reclinaban ligeramente sobre sus respectivos lados de la barra, con las cabezas muy juntas.

—Anakin, ¿ves ese plato de frutos secos en la barra, cerca del Ejecutor Riske?

—Claro —dijo Anakin. Deslizándose de su asiento, empezó a abrirse paso a través de las filas de mesas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Lorana.

—Darme una excusa para ir hasta allí —dijo Obi-Wan observando el progreso de Anakin a través de la habitación y calculando el momento oportuno. Una mesa más… ahora—. Espera aquí —añadió, levantándose y dirigiéndose detrás de su Padawan. Centrando su atención en la conversación de la barra, puso en funcionamiento sus técnicas Jedi de incremento sensorial.

Alcanzó la distancia necesaria para escuchar furtivamente justo cuando Anakin llegaba a la barra, colándose entre un Aqualish y un Rodiano, y empezaba a coger frutos secos.

—… centrado en el Distrito Patameene —estaba diciendo el camarero en voz baja—. Pero es solo un rumor, creo.

—Gracias —dijo Riske. Su mano pasó rozando la del camarero, y Obi-Wan captó un destello de metal mientras el camarero se enderezaba, escondiendo casualmente su puño cerrado detrás de la barra. Los ojos del Brolf se fijaron en Obi-Wan, su piel llena de cuernos se arrugó un poco al fruncir el ceño. Riske captó el cambio de expresión y se giró, su mano derecha bajó casualmente hasta su cinturón, introduciendo las puntas de sus dedos en el borde de su chaleco.

—Ya es suficiente, Anakin —dijo Obi-Wan, manteniendo su voz leve pero firme mientras llegaba detrás de Anakin y le cogía casualmente por el hombro, manteniendo cuidadosamente la vista apartada de Riske y el camarero.

—¿Sólo una más? —preguntó Anakin, girándose y cogiendo una enorme tashru.

—De acuerdo, pero para después de tu almuerzo —dijo Obi-Wan firmemente. Por el rabillo del ojo vio como la mano de Riske bajaba el resto del camino hasta su lado, y sintió como las sospechas de ambos desaparecían—. No querrás perder el apetito.

El chico suspiro dramáticamente.

—Está bien —dijo. Cerrando el puño alrededor de la nuez empezó a girarse.

Y mientras lo hacía, su hombro golpeó la espalda del Aqualish justo cuando el corpulento alienígena estaba levantando su bebida hacia la boca, enviando una pequeña ola de brillante líquido rojo que se derramo sobre el borde y cayó en las sólidas manos del alienígena.

Obi-Wan contrajo la cara. Era un accidente menor, como lo eran ese tipo de cosas, con igualmente menores daños. Pero ese tipo de sutilezas no entraban en la típica mente y temperamento de un Aqualish.

Y éste era definitivamente muy típico.

—Tu, niño humano alborotador —gruñó en su lengua nativa, girándose con suficiente rapidez como para derramar un poco más de su bebida sobre el borde—. ¿Qué haces para molestarme?

—Fue un accidente —dijo Obi-Wan rápidamente, empujando a Anakin hacia atrás para colocarse delante de él—. Me disculpo por su descuido.

—Él no es un bebe envuelto en hojas al que debas limpiar su porquería —replicó el Aqualish, mirando a Obi-Wan con sus enormes ojos. Miró de nuevo a Anakin, bajando su mano hacia el bláster ceñido en su cintura—. Debería aprender modales y autodisciplina.

Obi-Wan apretó su agarre en el hombro de Anakin al sentir un destello de rabia en el chico. Autodisciplina era una de las áreas más problemáticas de Anakin, algo que Obi-Wan tenía que recordarle probablemente dos veces por semana. Lo último que el chico quería oír era el mismo discurso viniendo de un alienígena gruñón.

—Tranquilo Anakin —le advirtió Obi-Wan, consciente de que todos los ojos de la cantina estaban centrados en la confrontación. Su pequeña actuación había aliviado las primeras sospechas de Riske sobre la posible escucha furtiva, pero esas sospechas estarían de vuelta con una venganza si Obi-Wan era forzado a revelarse como un Jedi—. Vamos, amigo —le dijo apaciguadoramente al Aqualish—. Seguramente tengas maneras más valiosas de emplear tu energía. Permíteme invitarte a otra copa, y seguiremos nuestro camino.

Durante un momento largo el Aqualish le miró, ahora con su mano agarrando abiertamente la culata de su bláster. Obi-Wan permaneció inmóvil, colocando su mente en modo de combate, con la mano lista para lanzarse dentro de su túnica y coger su sable láser siempre y cuando fuera necesario.

Y entonces algo pareció vacilar en la rabia del Aqualish.

—Un Likstro —dijo, levantando la mano de su bláster y señalando a su vaso medio lleno—. Uno doble.

—Ciertamente —dijo Obi-Wan. El vaso del otro no acercaba para nada a uno doble, pero no era el momento ni el lugar para discutir por los detalles. Con los sentidos aún alerta por un ataque inesperado de último minuto, se giró y captó la atención del camarero—. Un Likstro doble —dijo, gesticulando hacia el Aqualish.

El camarero asintió y se ocupó con el grifo. Un minuto después la bebida estaba en la mano del alienígena, el dinero estaba en la del camarero, y Obi-Wan y Anakin se dirigían de vuelta a su sitio.

—Esa no era la bebida doble que él tenía —murmuró Anakin mientras maniobraban entre las mesas.

Obi-Wan asintió.

—Lo sé.

—Eso significa que te estafó —dijo Anakin, con un toque acusador bajo su voz—. Probablemente era lo que tenía en mente todo el tiempo.

—Posiblemente —reconoció Obi-Wan—. ¿Y qué si lo hizo?

—Pero somos Jedi —gruñó Anakin—. No deberíamos tener que tratar con este tipo de estafas.

—Tienes que aprender a ver la perspectiva general mi joven Padawan —le recordó Obi-Wan, mirando alrededor—. Todo lo que queríamos conseguir aquí en realidad…

Dejó de hablar de repente. Riske se había ido.

Al igual que Lorana.

6

Esto era aparentemente su parte en la vida, pensaba Lorana mientras se abría paso a través de las masas en el paseo, estar siempre tratando de mantener el mismo paso que alguien. A primera hora había sido C'baoth; ahora, estaba esforzándose tan duro como antes para mantener a Riske a la vista.

Tenía que admitir, sin embargo, que era un estudio interesante en contrastes. La técnica de C'baoth era la directamente acometedora de intimidar a otros para que saliesen de su camino. Riske conseguía el mismo resultado aprovechando cualquier abertura u oportunidad de avanzar, molestando rara vez a los otros peatones, escabulléndose entre las masas como un animal nocturno a través de los árboles de un bosque.

El Maestro Kenobi había dicho que el hombre solía ser un cazarrecompensas. Probablemente había sido uno muy bueno.

Desafortunadamente, no había pensado en conseguir la frecuencia del comunicador de Obi-Wan antes de separarse. C'baoth podría tenerlo, pero ella sabía que era mejor no interrumpirle durante las negociaciones por ninguna clase de catástrofe inminente.

Pero el Templo Jedi de Coruscant seguramente tendría el listado. Esquivando a un Ithoriano errante, sacó su comunicador y llamó al centro de comunicaciones de la ciudad y al repetidor de la HoloRed.

—Disculpas, ciudadano —dijo una voz mecánica desde el comunicador—. Las conexiones extraplanetarias no están disponibles. Por favor inténtelo de nuevo en el futuro.

Suficiente para ese intento. Lorana apagó el comunicador y lo puso de nuevo en su cinturón, apartándose del paseo cuando un par de enormes Brolfi aparecieron de repente en su camino. La sobrepasaron y ella continuó hacia adelante de nuevo, alzando el cuello para inspeccionar la multitud.

Para descubrir que Riske había desaparecido.

Se apresuró, escaneando la calle y estirándose con la Fuerza. Pero no había rastro de él.

Cálmate Padawan, le susurró la amonestación repetida a menudo por C'baoth a través de su mente. Riske no podía haber llegado muy lejos en el breve tiempo que había estado fuera de su vista. Debía haber entrado en alguna de las docenas de pequeñas tiendas que se alineaban en la calle o tal vez se había escabullido por uno del par de estrechos callejones que se bifurcaban a izquierda y a derecha justamente delante.

Brevemente, sopesó las opciones. Las tiendas estarían atestadas, limitando drásticamente su libertad de movimiento. Un hombre como Riske, decidió ella, iría seguramente por uno de los callejones.

Los alcanzó y miró en ambas direcciones. No había nadie a la vista. La última vez que había visto a Riske, había estado más cerca del callejón de la izquierda, lo que lo hacía la opción más obvia. Pero él no le parecía una persona obvia. Dejando pasar otro par de peatones, avanzó hacia el callejón de la derecha.

El pasaje era medianamente estrecho, alrededor de un deslizador y medio de ancho, con uno de los lados repleto de altas pero aseadas pilas de contenedores de basura esperando a ser recogidos. A medio camino del total de su longitud, otro callejón lo cruzaba en ángulo recto, dividiendo este bloque en particular en cuartos. Si Riske había tomado este camino, tendría dos direcciones adicionales para elegir una vez que llegara al centro. Introduciendo la mano en su túnica, agarró su sable láser y avanzó.

Llegó a la intersección central sin incidentes y miró en todas las direcciones. Riske, desafortunadamente, no era visible en ninguna de ellas.

Por un momento permaneció allí, mirando de un lado al otro en el cruce, con el amargo sabor de la derrota en su boca. Nada que hacer ahora salvo retroceder y esperar que Kenobi no estuviera tan enfadado por su fallo como para informar a C'baoth.

Un destello de la Fuerza fue su único aviso, pero ella reaccionó instantáneamente. Saltando hacia un lado, se giró, sacando su sable láser del cinto y encendiéndolo.

El disco giratorio deslizándose a través del callejón detrás de ella captó la luz del sol al inclinarse levemente, alterando su dirección hacia su nueva posición. Usando un agarre a dos manos en su sable láser, lo vio venir, preguntándose por qué alguien se molestaría con un arma tan relativamente lenta.

Medio segundo después obtuvo su respuesta cuando el disco se dividió en tres, la parte de arriba y la de abajo se transformaron en duplicados del original y se balancearon acercándose a ella desde diferentes ángulos.

Así que esto se había convertido en un tres contra uno. Seguía sin ser un problema. Dio un paso atrás, diseñando mentalmente la secuencia que usaría contra ellos. Zumbaron en su camino hasta ponerse a su alcance; y con un rápido un-dos-tres deslizó la brillante espada hacia afuera, cortando los tres discos por la mitad.

Y mientras las secciones del último resonaban contra el suelo del callejón, un brazo se deslizó alrededor de su hombro desde atrás para enrollarse firmemente alrededor de su cuello.

Ella inspiró bruscamente con disgusto. Así que esa era la razón de la simplicidad del ataque. Sólo había sido una distracción, llevándola hacia una visión en túnel por el combate mientras Riske se escabullía de su escondite de uno de los montones de basura y se deslizaba detrás de ella. Ella cambió el agarre de su sable láser, preguntándose si tendría tiempo de acuchillar hacia atrás con él antes de que él cogiese otro arma.

—Tranquila, chica —dijo una voz suave mientras algo duro presionaba contra su cuello bajo su oreja derecha—. Apaga eso y tíralo. Sólo quiero hablar.

—¿Sobre qué? —demando ella.

—Tíralo y te lo diré —dijo él—. Vamos chica, no vale la pena perder la cabeza por esto.

—Soy una Jedi —le advirtió—. No respondemos bien a las amenazas.

—Quizá los Jedi no —estuvo de acuerdo Riske, con un tono casi divertido en su voz—. Pero tú no eres un Jedi, te dejaste atrapar demasiado fácilmente para eso. —El brazo alrededor de su cuello apretó ligeramente—. Vamos. Cálmate y hablaremos.

Lorana miró al muro del callejón. A pesar de todo, humillación aparte, si él hubiese querido matarla, probablemente podría haberlo hecho mucho antes.

—De acuerdo —dijo ella desactivando su sable láser y poniéndolo en su cinturón.

—No fue tan difícil, ¿verdad? —dijo conciliadoramente mientras soltaba su cuello.

—Me alegro de que estés contento —dijo Lorana, dando un paso hacia adelante y girándose para enfrentarse con él—. ¿Sobre qué quieres hablar?

—Empecemos contigo —sugirió Riske, ocultando un pequeño bláster en su túnica—. ¿Por qué te tiene C'baoth siguiéndome?

—El Maestro C'baoth no tiene nada que ver en esto —le dijo ella extendiéndose con la Fuerza e intentando conseguir alguna sensación sobre el hombre. Estaba frío y carente de emociones, con el atento desapego que a menudo había visto en guardaespaldas profesionales. Pero bajo la calma pudo sentir cierto honor, o al menos la voluntad de mantener su palabra.

Y el hecho de que hubiese guardado su bláster implicaba que él esperaba cierto grado de honor por su parte. Tan sólo por eso ella le escucharía.

—¿Fue el otro Jedi entonces? —preguntó Riske—. ¿El que estaba contigo en la cantina?

Hay veces en las que desearías que tu identidad permaneciese oculta, le había recordado C'baoth en Coruscant. Claramente, esto no había funcionado con Riske.

—Él estaba interesado en ti, sí, pero seguirte fue idea mía —le dijo ella—. Él estaba muy sorprendido de que una persona de la talla del Magistrado Argente estuviera manejando las negociaciones personalmente.

—Podría decir lo mismo sobre el Maestro Jedi C'baoth —dijo Riske—. El Magistrado Argente se quedó más bien asombrado cuando él apareció —señaló en dirección a la cantina—. Y ahora tenemos otro Jedi en el juego, intentando escuchar furtivamente conversaciones privadas. ¿A qué está jugando el Consejo exactamente?

—Hasta donde yo sé, el Consejo no está jugando a nada —dijo Lorana—. Se supone que no nos posicionamos en este tipo de cosas.

Riske resopló.

—¿Al igual que no os posicionasteis en Naboo? —dijo intencionadamente—. Me fijé que vuestra magnánima neutralidad fue sorprendentemente útil para la reina Amidala y su gobierno.

—No sé nada de eso —dijo Lorana—. Como ya has adivinado, soy sólo un Padawan. Pero *puedo* decirte que el Consejo no nos envió aquí. Fue idea del Maestro C'baoth, y el Consejo solo a regañadientes le concedió autorización.

Riske frunció el ceño.

—¿Así que se le ocurrió por sí mismo?

—Bueno, realmente estaba respondiendo a algo que dijo el Canciller Supremo Palpatine —corrigió Lorana—. Pero aun así no fue idea del Consejo.

—Palpatine —murmuró Riske frotándose la mejilla pensativamente—. Interesante.

—Mi turno —dijo Lorana—. ¿Qué estás haciendo deambulando por la ciudad?

—Intentando mantener vivo al Magistrado Argente, por supuesto —dijo Riske con una voz repentinamente oscura—. Un placer hablar contigo, Padawan. Intenta mantenerte fuera de mi camino, ¿de acuerdo? —con esto él se giró y salió dando zancadas del callejón.

Lorana le miró hasta que desapareció por el otro extremo entre el tráfico peatonal de la ciudad. Entonces, con un suspiro, se giró y regresó por donde había venido. El Maestro Kenobi, ella sabía, no iba a estar contento con esto.

Con ninguna manera fácil de localizar a Lorana, y con todas las razones para suponer que probablemente se perseguirían en círculos si lo intentaban, Obi-Wan había optado por esperarla en un banco en un pequeño parque enfrente de la cantina.

Anakin estaba terminándose su sándwich de tarsh cuando finalmente regresó.

—Interesante —dijo Obi-Wan cuando ella terminó su historia—. Así que el Magistrado Argente está en peligro ¿no?

—O al menos Riske piensa que lo está —dijo Lorana con una mirada cautelosa en los ojos de alguien que se prepara para recibir una reprimenda.

De hecho, mientras Obi-Wan miraba esos ojos, se le ocurrió que parecían adoptar ese modo con demasiada naturalidad. Aparentemente, el estilo educativo de C'baoth era tan dominante como el resto de su personalidad.

—¿Pero él no parecía pensar que el peligro viniese de ti o del Maestro C'baoth?

—No, aunque me preguntó qué se proponía el Consejo —dijo Lorana—. Pero parecía casi un comentario mecánico, como fuese natural asumir que el Consejo estaba metido en política. No creo que hubiese sido tan abierto conmigo si hubiese pensado realmente que estábamos conspirando contra Argente.

—¿Llamas a eso ser abierto? —preguntó Anakin con desprecio—. ¿Pistas y amenazas?

—Decirle que se mantuviese fuera de su camino no fue necesariamente una amenaza —le dijo Obi-Wan—. Los guardaespaldas profesionales como Riske se preocupan siempre por los transeúntes o los bien intencionados, pero aficionados, ayudantes que se meten en medio.

—¿Cree que somos aficionados?

—En ciertos aspectos de este trabajo lo somos —le dijo Obi-Wan directamente, girándose hacia Lorana—. Así que, ¿qué es lo que piensas? ¿Está Argente en peligro?

Un destello de sorpresa cruzó por su cara. C'baoth, reflexiono él, probablemente no le pedía su opinión muy a menudo.

—No lo sé —dijo ella—. Pero los sentimientos están alterados por los esfuerzos de la Alianza Corporativa por conseguir la posesión total de las minas.

—Me lo imagino —dijo Obi-Wan—. ¿Sabes en qué hotel se hospeda Argente?

—El Brillo Estelar —dijo Lorana—. Está a un kilómetro hacia el este desde el centro de la ciudad.

—La cual no era la dirección en la que estaba yendo Riske —señaló Obi-Wan—. Pero es la dirección del Distrito Patameene.

—¿Distrito Patameene? —preguntó Anakin.

—Escuché al camarero mencionárselo —dijo Obi-Wan—. Es una de las mayores subdivisiones de la ciudad, agrupando algunas áreas muy ricas y otras muy pobres. Si vamos a meter las narices, ese sería probablemente un buen lugar para empezar.

—¿Vamos a ayudarle? —protestó Anakin—. Pensaba que la Alianza Corporativa estaba intentando robar los derechos mineros a los Brolfi.

—Eso es lo que se supone que las negociaciones tienen que determinar —le recordó Obi-Wan—. En cualquier caso, no es asunto nuestro. Nuestro trabajo como Jedi es proteger y preservar la vida a través de la República.

—No sé —dijo Lorana con vacilación—. El Maestro C'baoth no estaba muy contento de encontraros aquí. Podría no gustarle que interfiriésemos de esta manera. Riske y su gente parecen tener el control ¿no deberíamos dejarles manejarlo?

—¿Quién está interfiriendo con nada? —pregunto Obi-Wan suavemente mientras se levantaba—. Vamos a dar un paseo por la ciudad, tal como nos lo sugirió el Maestro C'baoth. Si resulta que nos encontramos con algunos problemas, difícilmente es nuestra culpa.

Fue un paseo de diez minutos hasta el extremo más cercano del Distrito Patameene. Obi-Wan mantuvo sus ojos en movimiento mientras caminaban, esperando localizar a Riske entre la gente. Pero habiendo sido cogido una vez, el guardaespaldas era aparentemente demasiado cauteloso para dejar que le ocurriera otra vez.

—Este debe ser el extremo del distrito —dijo mientras alcanzaban un pequeño muro de piedra decorativo y atravesaban una arcada peatonal—. Anakin, recuerda que estamos aquí solo para observar.

—Claro —dijo Anakin barriendo el área con la mirada, sus sentidos eran como un cazador darokil tirando de su correa—. ¿Está bien si me adelanto un poco?

—De acuerdo, pero no demasiado —dijo Obi-Wan—. No quiero que te pierdas.

—No me perderé —deslizándose entre un par de Karfs, el chico se sumergió entre la multitud.

—¿Estás seguro de que estará bien? —preguntó Lorana.

—Estará bien —le aseguró Obi-Wan—. Es un poco descuidado, pero es poderoso en la Fuerza y generalmente se comporta.

—Debes tener una gran confianza en él —murmuró Lorana.

Obi-Wan la miró de soslayo. Hubo una melancolía extraña en su voz al decir eso.

—C'baoth no tiene tanta confianza en ti, ¿verdad?

—El Maestro C'baoth ha tenido varios Padawans en su vida al servicio de la Orden Jedi —dijo ella con una voz cuidadosamente neutral—. Él sabe lo que hace.

—Sí, por supuesto —dijo Obi-Wan—. Él tiene una personalidad abrumadora, sin embargo, ¿verdad?

—Su reputación es bien merecida —dijo ella, de nuevo escogiendo claramente las palabras con cuidado—. Es experto, sabio e inteligente. He aprendido mucho de él.

—¿Aunque también es quizá demasiado exigente?

—Yo no lo caracterizaría de ese modo —dijo ella con un tono de voz más frío.

—Por supuesto que lo harías —dijo Obi-Wan dándole una sonrisa reconfortante—. Yo pensaba así sobre mi Maestro a veces. Y sé que Anakin piensa así sobre mí.

Por un momento ella vaciló. Entonces, casi a regañadientes, le devolvió la sonrisa.

—A veces me pregunto si alguna vez seré capaz de complacerle —admitió.

—Conozco ese sentimiento —dijo Obi-Wan—. Solo recuerda que esto, también se pasará. Y una vez que eres un Caballero Jedi, tu trabajo no será más una cuestión de agradar a un único Maestro o incluso a un grupo de ellos. Tu trabajo será hacer lo correcto.

—Esa parte es la más dura —le confesó ella—. ¿Cómo sabes lo que es verdaderamente correcto?

Obi-Wan se encogió de hombros.

—Cuando estás en paz —dijo—. Cuando estas realmente armonizado con la Fuerza.

—Si alguna vez lo estoy.

Obi-Wan hizo una mueca. Por un lado estaba Anakin, avanzando tan ansiosamente que siempre estaba sobrepasando sus límites, aunque tenía que admitir que el chico tenía éxito más de lo que fallaba. Por otro lado estaba Lorana, tan impresionada por la presencia y la reputación de C'baoth que temía extenderse más allá de lo que ya sabía.

En alguna parte tenía que haber un punto intermedio.

Durante otro par de minutos caminaron juntos en silencio, abriéndose paso a través de los otros peatones y compradores. Obi-Wan mantuvo sus ojos en movimiento, buscando signos de Riske o de los problemas que aparentemente esperaba encontrar aquí y asegurándose de mantener la oscilante cabeza de Anakin a la vista.

Adelante, hacia la izquierda, había una tienda de reparación de deslizadores, con un mostrador de partes brillantes en la parte frontal al aire libre y figuras entrevistas trabajando en la oscura área de reparaciones de la parte posterior. Varios Brolfi deambulaban entre los mostradores de la parte frontal, la mayoría de ellos adultos, pero uno era un adolescente de la edad de Anakin. Obi-Wan lo miró, percibiendo su camisa marrón rojizo de artesano con sus múltiples bolsillos. La mayoría de los Brolfi parecían apañárselas sin tanta capacidad de carga; aparentemente, este chico era del tipo de los que prefieren llevar todos sus pequeños tesoros con ellos.

Se sonrió a sí mismo. Los Jedi, siempre vagando por la galaxia con la mayoría de sus posesiones a la espalda o en el cinturón, difícilmente estaban en posición de señalar a ese. Lanzando una mirada final al chico, empezó a girarse.

Pero para su sorpresa, algo atrajo su mirada de nuevo.

Algo sobre la postura del más joven, quizá, o la manera en la que miraba a su alrededor.

O quizá fue el sutil aviso de la Fuerza. Frunciendo el ceño, mantuvo su atención en el chico mientras Lorana y él continuaban avanzando a través de la arremolinada multitud.

Y mientras miraba, el joven Brolf dio un paso hacia un estante de propulsores de explosión, un juego de cortadores apareció mágicamente en su mano. Con una mirada a los trabajadores de la parte trasera, cortó hábilmente las líneas de agarre de dos de los propulsores, cogiendo cada uno a su vez y deslizándolos fuera de la vista dentro de su camisa. Los cortadores siguieron a los propulsores, y un segundo después el chico vagaba casualmente fuera de la tienda. Dándole la espalda al Jedi que se aproximaba se confundió entre la multitud.

Obi-Wan agarró el antebrazo de Lorana.

—Adolescente Brolf con camisa marrón rojizo —dijo en voz baja, señalando el lugar por donde el joven había desaparecido—. Coge a Anakin, encontradle y seguidle.

—¿Qué? —preguntó Lorana mirándole desconcertada.

—Encontradle y seguidle —repitió Obi-Wan mirando alrededor. A su derecha había un callejón estrecho que abría un camino entre un par de edificios de diez plantas—. Vamos.

Todavía claramente perpleja, Lorana sin embargo asintió y se apresuró. Obi-Wan captó un atisbo de ella agarrando el brazo de Anakin; y entonces fue al callejón, esquivando los contenedores de basura mientras se dirigía hacia el centro. Estaba probablemente a treinta metros de la cima de los edificios que le flanqueaban, e incluso con un incremento de fuerza Jedi, un salto como ese estaba más allá de sus capacidades.

Pero había otras formas. Mirando en ambas direcciones del callejón para asegurarse que nadie le estaba viendo, se abrió a la Fuerza y saltó.

Sus botas golpearon el muro a mano derecha alrededor de los cuatro metros sobre el suelo. Doblando las rodillas para absorber el impacto, se impulsó de nuevo antes que empezara a caer, lanzándose hacia arriba y hacia el muro del lado izquierdo. Ese salto le hizo ganar otros dos metros, y se lanzó de nuevo hacia la derecha brincando hacia arriba.

Alcanzó la cima con solo punzadas leves en sus rodillas y los músculos de la pierna para marcar la tensión. Corriendo hacia el borde del tejado, se dejó caer sobre su estómago y miró hacia abajo.

Las calles parecían tan atestadas desde aquí arriba como lo parecían allá abajo. Sacando su comunicador, marco el número de Anakin.

—Skywalker —llegó la voz de Anakin rápidamente—. ¿Qué es esto sobre un chico de camisa marrón?

—Robó un par de propulsores de explosión de aquella tienda —le explicó Obi-Wan, tapando sus ojos del sol con una mano mientras exploraba la multitud de abajo en busca del joven ladrón.

—¿Quieres decir como los que se usan en las vainas de carreras y motos deslizadoras?

—Exacto —dijo Obi-Wan—. Son también el sistema de dirección elegido para misiles caseros.

Hubo un suave siseo en el comunicador.

—Recibido —dijo Anakin con una voz repentinamente sombría—. ¿Viste por qué camino se fue?

—Dejo la tienda dirigiéndose hacia el oeste —dijo Obi-Wan—. Pero pudo haber cambiado fácilmente… espera un momento. —Se inclinó un poco más sobre el borde del tejado mientras un destello de marrón rojizo era captado por su ojo antes de que desapareciese de la vista bajo un toldo. Miró hacia el otro lado, y un momento después emergió—. Ahí está —le dijo a Anakin—. Se dirige hacia el norte.

—¿Por qué calle?

—Ni idea —admitió Obi-Wan—. ¿Dónde estáis vosotros?

—Acabamos de pasar un edificio con un gran cartel azul y dorado que hablaba de medicamentos —dijo Anakin—. Enfrente hay un estandarte colgante de color verde…

—Bien, te tengo —cortó Obi-Wan al encontrarlos—. Coge la próxima calle a tu derecha, y le verás un bloque por delante.

Miró a Anakin y a Lorana lo suficiente para verlos coger su paso, entonces dirigió su atención de nuevo al ladrón, deseando que hubiese traído unos macrobinoculares. Anakin tenía unos, pero eso no le iba a servir de nada a Obi-Wan.

—¿Obi-Wan?

Obi-Wan sacó su comunicador de nuevo.

—Adelante.

—Hemos girado al norte —informó Anakin—. Creo que le veo delante.

—Quedaos donde estáis —le ordenó Obi-Wan. Un Brolf algo rechoncho había avanzado desde una de las tiendas y se estaba moviendo para interceptar al ladrón—. Creo que está a punto de pasar su mercancía mal adquirida. Ponme con Lorana.

Hubo un momento de silencio.

—¿Sí? —llegó la clara voz de Lorana.

—Moveos hacia adelante un poco desde donde estáis —le dijo Obi-Wan—. El ladrón está encontrándose con alguien, un Brolf con un ligero sobrepeso con un cinturón azul sobre una túnica de un azul más claro.

—Le veo —confirmó Lorana—. Se está acercando… parece que están hablando…

—¿Le está dando el chico los propulsores? —preguntó Obi-Wan—. El adulto está bloqueando mi línea de visión.

—La mía también —dijo Lorana—. No puedo… ahí van.

—Maldición —murmuró Obi-Wan en voz baja mientras los dos Brolfi se separaban, el adolescente siguió hacia el norte mientras que el adulto se dirigía hacia el oeste—. ¿Le ha dado los propulsores?

—No puedo asegurarlo —dijo Lorana—. Lo siento.

Obi-Wan frunció el ceño mientras miraba a los dos Brolfi seguir sus caminos por separado. El adulto tuvo ciertamente el tiempo y la oportunidad de coger los propulsores. El problema era que también había tenido tiempo de confirmar meramente que el robo había sido hecho, comprobar si había seguidores o darle al chico nuevas instrucciones.

Y no importa de qué forma hubiese seguido el encuentro, todo aquello podía ser simplemente un poco de la actividad criminal normal de Barlok. Podría no tener nada que ver con Passel Argente y la paranoia de Riske.

Pero Riske había estado buscando problemas en esta dirección. Obi-Wan había encontrado algunos. Definitivamente valía la pena comprobarlo.

Y aquí estaba, atascado en un tejado a un bloque de distancia.

—Entonces creo que tendremos que seguirlos a ambos —decidió mirando alrededor de los tejados próximos. Si pudiese saltar al siguiente, y después al siguiente a ése y entonces encontrar una escalera o un turboascensor para volver al nivel de la calle…

Pero no. A plena luz del día, en medio de una ciudad abarrotada, había una oportunidad de que alguien detectara sus acrobacias y le reconociese por lo que era. En el momento que cualquier atacante potencial se diese cuenta de que había un Jedi siguiéndole la pista se escondería bajo tierra tan rápido y tan profundo que incluso un profesional como Riske tendría problemas para desenterrarlos.

—Estoy de acuerdo —dijo Lorana—. Me encargaré del adulto.

Obi-Wan vaciló. Lorana era la más mayor de los dos Padawans, y por eso la más capacitada. Pero él conocía las capacidades de Anakin y su experiencia, y sabía que el chico podía manejar cualquier problema que se encontrara.

Aun así, si había algo de lo que Lorana carecía, eso era confianza. No ayudaría enviarla tras el adolescente, especialmente no con Anakin escuchando.

Y después de todo, ella sólo seguiría al Brolf, no se enfrentaría ni lucharía con él. Eso debería ser suficientemente seguro.

—Bien —le dijo—. Llévate el comunicador de Anakin, está conectado directamente con el mío, y dale a él el tuyo. ¿Cuál es tu frecuencia?

Ella le dio su número.

—Nos separamos —añadió ella—. Contactaré con vosotros cuando el adulto se detenga.

—De acuerdo —dijo Obi-Wan—. Dile a Anakin que me reuniré con él tan pronto como pueda.

Apagando el comunicador, Obi-Wan se puso en pie. Echó una mirada final sobre el borde del tejado, entonces se giró y se apresuró hacia las escaleras. Sí, su Padawan podría manejar cualquier problema con el que se encontrara.

Probablemente.

7

Asombrosamente, Anakin no hizo ninguna travesura en el tiempo que le llevo a Obi-Wan alcanzar la calle y reunirse con él. El joven Brolf, por su parte, continuaba en su camino, aparentemente inconsciente al hecho de que estaba siendo seguido.

Obi-Wan había comprobado muy pronto que el Distrito Patameene incluía barrios ricos así como pobres, de clase trabajadora. El adolescente les condujo a uno de los últimos, entrando finalmente en una de las unidades de un anillo de casas ligeramente derruidas.

El anillo de casas era una estructura urbana Brolfi estándar, consistente en un círculo de casas o edificios de apartamentos construidos alrededor de un patio central. El patio estaba diseñado para ser un área de entretenimiento para el anillo, pero a través de un hueco donde una de las casas se había derrumbado, Obi-Wan vio que este patio particular se había convertido en algo que se asemejaba más a una chatarrería.

—Se parece a la parte trasera de Wattoo —murmuró Anakin, agachando la cabeza para ver el interior—. Ahí tienen al menos tres proyectos en marcha.

—¿Alguno de ellos parece algo que usase propulsores de explosión? —preguntó Obi-Wan.

—Difícil de decir —dijo Anakin—. El de la izquierda…

—Guarda ese pensamiento —cortó Obi-Wan silenciosamente. Había habido un destello en la Fuerza…

—¿Podemos ayudaros? —preguntó una voz desconfiada detrás de ellos.

Manteniendo sus manos a la vista, Obi-Wan se giró. Había tres Brolfi adultos dirigiéndose hacia ellos, sus túnicas estaban usadas pero aseadas y limpias.

—No, gracias —dijo él con cortesía—. Nos hemos fijado en todo el trabajo de construcción de allí y nos preguntábamos qué estarían construyendo.

—¿Por qué le interesa? —preguntó el interlocutor.

—Mi joven amigo solía construir Vainas de carreras —explicó Obi-Wan—. Siempre le fascinan este tipo de cosas.

—¿En serio? —dijo uno de los otros Brolfi mirando a Anakin de arriba a abajo—. ¿Sabes algo sobre toberas split-X?

—Nunca las he usado por mí mismo —dijo Anakin—. Pero puedo instalarlas o arreglarlas si hay un problema.

—¿En serio? —el Brolf llenó sus pulmones—. ¡Duefgrin!

Hubo una leve pausa; entonces el adolescente al que habían estado siguiendo apareció en el hueco del anillo.

—¿Sí tío? —respondió él.

—Un par de humanos dicen que conocen los sistemas split-X —dijo Brolf—. ¿Sigues teniendo problemas con los tuyos?

—No lo sé —dijo el adolescente, mirando dudosamente a Obi-Wan y Anakin—. Acabo de recoger un nuevo control de compresión. Quizá eso ayude.

Obi-Wan suprimió una mueca de disgusto. Así que eso era lo que él y el adulto habían estado haciendo antes en la plaza del mercado. El chico había dejado los propulsores de explosión y había tomado el controlador a cambio.

O eso, o había robado el controlador antes, en ese día. En ese caso, aún podría tener los propulsores.

—Sólo si los split-X no tienen un problema de estabilidad posterior —dijo Anakin—. ¿Qué tipo de acoplamiento le has puesto? ¿Binario o terciario?

—Binario —dijo Duefgrin—. No podía permitirme un terciario.

—Déjame echarle un vistazo —se ofreció Anakin dirigiéndose hacia él—. Si te parece bien —añadió, mirando a Obi-Wan.

Obi-Wan miró inquisitivamente hacia los tres Brolfi adultos.

—Claro, adelante —dijo el tío de Duefgrin moviendo una mano—. Cuanto antes consiga hacer funcionar ese montón de chatarra y sacarlo del patio, antes dejaran de quejarse los vecinos por ello.

—Gracias —dijo Obi-Wan, tachando a los tres adultos de su lista de sospechosos. Si estaban dispuestos a dejar deambular a extraños libremente por el área, probablemente no estaban escondiendo ningún complot—. De acuerdo, Anakin, pero hazlo rápido.

—Claro —dijo Anakin por encima de su hombro. Ya, noto Obi-Wan, él y Duefgrin estaban inmersos en una conversación técnica—. Estaré listo para partir cuando tú lo estés.

—He oído eso antes —dijo Obi-Wan en voz baja mientras los seguía al interior del patio. Aun así, Duefgrin podía estar involucrado con un grupo de conspiradores sin que su tío lo supiese. No le haría ningún mal a Obi-Wan darse un lento paseo o dos alrededor del anillo de casas mientras los adolescentes trabajaban, extendiéndose con la Fuerza por si había signos de violencia.

Y después de eso, despegaría a Anakin de lo que fuera que Duefgrin estuviese construyendo y verían qué tipo de suerte estaba teniendo Lorana.

El joven ladrón Brolf, se había fijado Lorana, había dejado la cita con un andar casual, sin ninguna indicación de que sospechara que podía ser seguido o, de hecho, ninguna indicación de que le importase si lo era o no.

El adulto Brolf era un caldero de Giju totalmente diferente. Estaba casi tan claramente nervioso y desconfiado como era posible estar, sin llevar realmente ningún signo de ese efecto. Cada doce pasos lanzaba un mirada sobre su hombro, y cruzaba una y otra vez la calle, al menos una vez por bloque. Cada bloque o dos cambiaba de dirección, alguna vez se detenía en una de las tiendas al aire libre alineadas en la calle y pretendía examinar la mercancía mientras estudiaba realmente a los peatones a su espalda.

Era tan ridículo que casi parecía gracioso. Pero Lorana no sentía ninguna urgencia por reír. Riske era un profesional, con la sutileza y el porte de un profesional. Este Brolf era

justamente lo contrario: un conspirador aficionado, con la carencia de delicadeza o habilidad de un aficionado. Y era el aficionado —descuidado, irreflexivo, impredecible— el que solía ser el oponente más peligroso.

Afortunadamente, era también el aficionado el más fácil de engañar. Lorana había conseguido algunos trucos sobre seguir de cerca a la gente durante sus años de entrenamiento Jedi, y durante la próxima hora acabó usando cada uno de ellos. Variaba la distancia que la separaba del Brolf, se introducía a través de callejones y calles laterales para adelantarse a él, y periódicamente alteraba su apariencia poniéndose o quitándose la capucha o usando un cordón para atar su pelo negro en lugar de dejarlo suelto.

Finalmente, la paranoia del Brolf pareció remitir, y su enrevesado paso se enderezó cuando se giró hacia el noroeste. Lorana se quedó atrás tanto como pudo, observando la decoración y el valor de las casas y las tiendas a su alrededor que disminuían constantemente mientras se movían más y más dentro de una de las áreas pobres del distrito. Mientras los barrios ricos tenían muros altos o vallas para delimitar los límites de propiedad, aquí los límites estaban marcados por pequeños setos de apretadas ramas o filas simples de plantas con flores distintivas. Se fijó en que un considerable número de peatones que la sobrepasó vestía túnicas con marcas del Gremio Minero, y muchos de ellos detenían sus actividades para escrutarla mientras pasaba entre ellos.

Más de una vez pensó en llamar a Obi-Wan y pedirle consejo o ayuda. Más a menudo que eso, consideró darse la vuelta simplemente y volver a la segura familiaridad del centro de la ciudad, dejando cualquier complot y contra complot para que fueran manejados por aquellos con más sabiduría y experiencia en esos temas.

Pero cada vez respiraba profundamente, se extendía con la Fuerza, y continuaba. Un Jedi nunca debe abandonar un camino meramente porque parezca duro o peligroso.

Estaba pasando uno de los setos bajos cuando sintió un destello de aviso de la Fuerza.

Continuó andando, resistiendo el impulso de pararse de golpe. La vaga sensación de amenaza era todavía muy difusa, y detenerse de repente solo alertaría a sus desconocidos fantasmas de que ella era consciente de ellos. Unos pocos pasos más, un pequeño descuido por su parte, y podría ser capaz de cambiar sus posiciones cuando hicieran su movimiento.

Su paciencia fue recompensada. Unos pocos metros más adelante la sensación se convirtió en atención de repente: dos Brolfi venían rápida pero silenciosamente detrás de ella, ambos hirviendo de desconfianza. Ella captó el susurro del metal rozando contra la ropa.

Se detuvo abruptamente, la manga de su túnica se detuvo brevemente en el seto de su espalda mientras se giraba para encarase con ellos.

—¿Sí? —preguntó suavemente.

Los Brolfi se sobresaltaron sorprendidos, haciendo un leve alto a un par de metros de ella. El más bajo de los dos, vio Lorana, tenía un viejo bláster enfundado apretadamente a un lado, como si presionarlo contra su pierna realmente lo escondiera de ella. El más alto

tenían un arma menos sofisticada pero igualmente vil: un hacha de cuarto de pico de minero.

—¿Qué estás haciendo aquí? —demandó el más bajo.

—¿No es una calle pública? —preguntó Lorana.

—No perteneces aquí —gruñó el más grande, dando un paso hacia ella y manoseando su hacha con inquietud—. ¿Qué estás buscando?

—¿Qué podría haber aquí que buscase nadie? —rebatió ella, sintiendo como su corazón empezaba a acelerarse. Eso era. De alguna manera, aunque no estaba segura de cómo exactamente, sabía sin lugar a dudas que había encontrado la amenaza que Riske había estado intentando localizar.

La cuestión ahora era qué debería hacer con ello. Porque estos dos Brolfi —o incluso estos dos, más el que había estado siguiendo— eran meramente el borde de la arboleda. Sacudir su sable láser no la ayudaría a conocer los detalles del complot o quién estaba detrás de el a fin de cuentas. Lo que necesitaba realmente era que la llevasen con sus verdaderos líderes.

Y para que ellos hiciesen eso, tenían que pensar que era inofensiva.

—Da igual —dijo ella, dando un paso hacia atrás, quedándose cerca del cercado de su espalda—. Si queréis que me vaya, me iré.

—No tan rápido —dijo el Brolf más pequeño, aparentemente envalentonado por su repentino nerviosismo aparente—. ¿Por qué tanta prisa?

—No hay prisa —dijo Lorana. Dio otro paso hacia atrás, esperando que no estuviera llegando demasiado cerca del final de su sección particular del seto—. Estoy lista para partir, eso es todo. —Lanzó una mirada hacia un lado, deseando saber de cuál de los anillos de casas derruidos de alrededor había venido los dos Brolfi.

Aparentemente su mirada se acercó lo suficiente.

—Cógela, Vissfil —dijo bruscamente el Brolf más corto, levantando su bláster y apuntándola nerviosamente—. Ella lo sabe.

—Yo no sé nada —protestó Lorana, dando un paso final hacia atrás mientras Vissfil avanzaba hacia ella, llevando el hacha en alto—. Por favor no me hagas daño —levantó sus manos hacia el hacha como si quisiera protegerse de un golpe esperado.

Y con la completa atención de Vissfil en sus manos alzadas, y su cuerpo bloqueando la visión de su compañero, se extendió con la Fuerza, lanzando su sable láser desde el interior de su túnica y empujándolo hacia un escondite dentro del seto de su espada.

—Coge su comunicador —ordenó el Brolf más pequeño mientras Vissfil cogía el hacha con una mano y abría parcialmente su túnica con la otra.

—Sí, sí, lo sé —gruño Vissfil. A pesar de su tamaño y brusquedad, estaba claramente incómodo mientas deslizaba su mano cautelosamente sobre su cuerpo. Encontró su comunicador y lo guardo dentro de su propia túnica; entonces, casi como una idea tardía, la libero de su cinturón con su comida adicional y sus bolsillos de equipo—. No hay armas —anunció dando un paso atrás—. ¿Qué hacemos con ella?

—Llevársela a Defensor, creo —dijo el otro. Señaló hacia el anillo de casas que ella había mirado antes—. El sabrá que hacer. Por aquí, humana.

Estaban cruzando la calle, cuando Lorana escuchó un tono suave desde atrás, y se volvió para mirar como el Brolf más pequeño sacaba un comunicador de su túnica.

—¿Qué? —murmuró.

Ella no podía oír la voz proveniente del comunicador, pero era imposible no ver la repentina subida en el nivel de tensión del Brolf.

—De acuerdo —murmuró, entonces guardó el instrumento—. Cambio de planes —anunció colocándose cerca de Lorana y presionando la punta de su bláster contra su espalda—. Vamos a esa casa de allí —señaló una casa azul a su izquierda.

Lorana sintió estrecharse su garganta. La casa en cuestión tenía la apariencia de un lugar que había sido abandonado hace años. La única razón para llevarla allí sería para interrogarla seriamente, o callarla permanentemente.

Por otro lado, ellos no sabían a quién tenían aquí. Podía jugar y esperar a que se presentase su oportunidad, atenta a las señales de aviso de que el juego estaba a punto de acabar.

Con las intenciones del Brolf enmascaradas por su ansiedad general, la explosión aturdidora que le recorrió la espalda llegó totalmente por sorpresa. Antes de que pudiera si quiera poner en marcha las contramedidas en las que había sido entrenada, la ola insensibilizadora de nervios barrió sobre ella, hundiéndola en la oscuridad.

—¿Y bien? —preguntó el Brolf que se llamaba a sí mismo Patriota.

Doriana no se molestó en contestar. Parado junto a la ventana, miraba como Vissfil y su hermano se abría paso por accidentado pasaje hacia la desvencijada casa azul, llevando la forma inconsciente de la Padawan Lorana Jinzler entre ellos.

Y los dos idiotas habían estado a punto de traerla aquí. Si Doriana no hubiese estado mirando por la ventana y viéndolos venir…

Esperó hasta que el grupo desapareció en el interior. Entonces, lenta y deliberadamente, se giró para encarase con Patriota.

—Si esto es un ejemplo de tu seguridad —dijo calculando cada palabra— es un milagro que todos vosotros no estéis atados en postes de vergüenza en este momento.

—No hay problema alguno —insistió Patriota—. Es sólo un humano, que no ha tenido tiempo de avisar a cualquiera amigo que podría tener.

—¿Algún arma?

—Ninguna —dijo Patriota.

Doriana frunció el ceño.

—¿Ninguna?

—No somos críos, Defensor —gruñó Patriota—. Sabemos cómo registrar a alguien en busca de armas.

—Por supuesto que sabéis —dijo Doriana sintiendo un hormigueo en la piel. Jinzler debía haber dejado su sable láser con Kenobi y Skywalker, sabiendo que sería una prueba mortalmente delatora de quién era ella realmente. ¿Significaba eso que los otros dos ya estaban cerca, esperando un momento oportuno para aparecer?

Independientemente, era el momento oportuno para acabar con esto.

—¿Tienes los dos últimos propulsores de explosión? —preguntó.

—Jhompfi acaba de llegar con ellos —dijo Patriota—. Él se los ha pasado a Migress, que ya está de camino hacia donde el misil está siendo preparado. Estarán instalados en una hora.

—Supongo que Jhompfi es el que la mujer humana estaba siguiendo.

Los ojos de Patriota se estrecharon.

—Ya he dicho que ella no puede hacernos daño alguno. Dejaremos este anillo de casas tan pronto como cumplas con tu parte del trato. Todo está bien.

—Por supuesto —dijo Doriana. Todo estaba bien; excepto que Jinzle podía identificar a Jhompfi por la cara, y obviamente le había visto con los propulsores…

Respiró profundamente de nuevo, guardando su discurso para sí mismo. Sí, Patriota y sus compañeros conspiradores eran idiotas. Sin embargo, él lo había sabido desde el principio.

—Sigo sin entender por qué son necesarios tantos propulsores —dijo Patriota, con un asomo de sospecha en su voz—. Un misil normal requeriría sólo dos.

—Un misil normal trazaría un arco elevado sobre la plaza del mercado, donde las fuerzas de seguridad de Argente podrían destruirlo con total facilidad.

Doriana señaló.

—El arma que he diseñado para ti es conocida como un sigiloso: un proyectil que volará a la altura de la cintura directamente a través de la arcada del edificio administrativo, encontrando su camino a lo largo de los pasillos hasta la sala de conferencias, y allí explotará, destruyendo a los traidores y a los potenciales traidores del mismo modo.

—Eso dices —dijo Patriota con un tono de voz aún desconfiado—. Nunca he oído nada sobre un arma que sea capaz de encontrar el camino a través de un edificio sin un completo sistema de control droide.

—Eso es porque ningún arma de la que hayas oído hablar ha tenido mi sistema especial de guía —dijo Doriana, sacando una datacard de su bolsillo—. Esto localizará la arcada exterior y buscará a sus objetivos, donde quiera que se escondan.

—¿Sin que las emisiones del sensor sean detectadas? —preguntó Patriota, cogiendo la tarjeta cuidadosamente.

—Ni detectada o interferida —le aseguró Doriana—. No se basa en las frecuencias de sensores que las fuerzas de seguridad estarán monitorizando.

De hecho, por supuesto, la tarjeta no se basaba en sensores en absoluto. No era nada más que un director de curso geográficamente programado que llevaría el misil por el camino preciso que el propio Doriana había caminado sistemáticamente en su último

viaje a Barlok. Y lejos de buscar a los negociadores, si C'baoth decidía repentinamente mantener el encuentro en una habitación diferente mañana por la mañana, el misil se encontraría en marcha hacia un lugar completamente equivocado. Eso sería embarazoso, por no decir desastroso.

Pero eso era tan improbable como que Patriota y sus conspiradores de mente simple se diesen cuenta de cuanto estaba tirando del sombrero para taparles los ojos. Nada impresionaba más a la gente que la percepción de que les estaba siendo confiada por tecnología exótica.

—Entonces, nuestra victoria está asegurada —dijo Patriota tocando la tarjeta de datos casi respetuosamente.

—Ciertamente lo es —dijo Doriana—. Un asunto final, entonces. ¿Estáis planeando volver a vuestras casas cuando te marches de aquí esta tarde?

—Por supuesto —dijo Patriota frunciendo el ceño—. Necesitaremos buena comida y descanso…

—Y os los llevaréis tan lejos de vuestra casa como podáis viajar —le interrumpió Doriana—. De ahora en adelante debéis permanecer estrictamente alejados de vuestras familias y vuestros otros amigos.

El cuerpo entero de Patriota se sacudió por fases, desde sus pies hasta el latigazo de su cabeza.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que para mañana al mediodía, con el Magistrado Argente y el Maestro del Gremio Gilfrome yaciendo muertos, las autoridades descenderán sobre las casas de cada miembro de tu gremio —dijo Doriana fríamente—. Tú y tus amigos no debéis estar allí, y que nadie pueda saber dónde habéis ido.

—¿Pero por cuánto tiempo?

—Tanto como sea necesario —dijo Doriana—. No cometas errores, Patriota. De ahora en adelante tú y los otros seréis fugitivos, corriendo y escondiéndoos de cada persona cuya vida y prosperidad protegeréis arriesgando vuestras vidas —enarcó las cejas—. Si no eres lo suficientemente fuerte para pagar ese precio, ahora es el momento de renunciar a tu juramento.

Patriota se estiró, con la resolución en su cara visiblemente endurecida.

—Hacemos lo que es necesario por nuestro gremio y nuestra gente —dijo firmemente—. Nosotros pagaremos el precio por todos.

—Entonces tú eres un Brolf de elevado honor ciertamente —dijo Doriana gravemente. Para algunas personas la perspectiva de una vida a la carrera sería un momento para echarle una segunda mirada más concienzuda a lo que estaban haciendo. Para Patriota y sus amigos tal futuro potencialmente desolado meramente se añadía a la nobleza y el glamour percibido de su demente complot.

Eso era por lo que Doriana los había reclutado para esta misión en primer lugar. Estúpidos, enfadados y maleables, habían sido los peones perfectos para su plan. La

hazaña sería hecha, el mismo Doriana estaría bastante lejos, antes de que ninguno de ellos se diese cuenta de lo que estaba pasando realmente. Si, de hecho, alguna vez lo hacían.

—Entonces aquí y ahora permaneceremos unidos en el camino a la gloria y al destino —continuó—. Pero mañana al medio día esas negociaciones traicioneras yacerán desintegradas en el polvo de la historia, y los preciosos minerales de Barlok permanecerán para siempre en manos Brolf.

—Y aquellos que nos traicionarían sabrán el precio de tal traición —entonó Patriota solemnemente—. La gente Brolf está en deuda contigo, Defensor. Algún día, juro que esta deuda será pagada.

—Y yo juro por mi parte de que regresaré para recoger ese pago —dijo Doriana, aunque no podía imaginar fácilmente nada que fuera menos probable—. Tengo que hacer un pequeño ajuste más al misil antes de que los propulsores de explosión estén colocados, y entonces me marcharé a preparar mi propia parte en esta redención de la gente Brolf. Asegúrate de que colocas el misil en el lugar preciso que acordamos. Sólo allí estará dentro de la sombra del sensor que garantiza que no sea detectado… Y sólo desde allí, añadió para sí mismo, seguirá el camino pre-programado hacia donde tiene que ir.

—Lo haré —prometió Patriota—. Entonces, hacia la victoria, Defensor.

Doriana sonrió.

—Sí —dijo suavemente—. Hacia la victoria.

Car'das había notado en su primera aproximación al asteroide de Thrawn que la misma base parecía considerablemente bien escondida. Fue sólo mientras se aproximaban ahora por segunda vez, cuando descubrió cómo había conseguido el comandante ese truco particular.

En lugar de estar construida en la superficie, la base estaba en el interior.

Dentro, de hecho, de un largo y serpenteante túnel, un camino que el timonel del *Halcón Brioso* recorrió un poco más rápido de lo que era realmente necesario.

—Un lugar impresionante —dijo Car'das en voz alta, intentando ocultar su nerviosismo mientras miraba los rocosos muros pasar rápidamente—. ¿Es ésta una construcción típicamente Chiss?

—En absoluto —dijo Thrawn, su voz sonó rara mientras miraba por el ventanal del puente—. La mayoría de las bases están en la superficie. Quise que esta fuese más difícil de penetrar para enemigos potenciales.

—Difícilmente una idea original —dijo Qennto. Su voz era casual, pero Car'das pudo ver una pequeña tirantez alrededor de sus ojos mientras ponía mucha atención en las maniobras del timonel—. Haces difícil el acercamiento para que un atacante tenga que acercarse lentamente. Por supuesto, esto hace que sea más difícil salir para tus propias naves, pero ese es el precio que pagas.

—Hay formas de minimizar ese problema en particular —le dijo Thrawn—. Por el momento, la Flota de Defensa Chiss está trabajando con este mismo concepto en otra base, en una escala mucho más grande y sofisticada que esta. Interesante.

—¿Qué? —preguntó Car'das.

—El patrón de luces de colores entramadas entre los indicadores de aproximación —dijo Thrawn señalando el muro justamente enfrente—. Indica la presencia de visitantes.

—¿Eso es bueno o malo? —preguntó Maris.

Thrawn se encogió de hombros.

—Eso depende de quiénes sean los visitantes.

Tres minutos después pasaban una curva final y el túnel se abrió en una caverna enorme. En el lado más alejado, la cara de la roca estaba viva con el destello de las luces de los indicadores alineados y los ventanales, con ocho naves posadas contra varias estaciones de atraque. Cinco eran los cazas Chiss que Car'das ya había visto en acción, dos eran pequeñas lanzaderas de transporte, y el octavo era un crucero del tamaño del *Halcón Brioso.* A diferencia de las naves militares lisamente contorneadas, esta era toda plana, con esquinas y ángulos afiladamente definidos.

—Ah —dijo Thrawn—. Nuestros invitados son de la Quinta Familia Regente.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Maris.

—Por el diseño y las marcas de la nave espacial —dijo Thrawn—. También puedo decir que el visitante es del linaje familiar directo pero periférico.

—¿Entonces es malo o bueno? —preguntó Car'das.

—Mayormente neutral —dijo Thrawn—. La Quinta Familia tiene intereses en esta región, así que ésta será muy probablemente una inspección de rutina. Ciertamente alguien de alto rango, y de la primera o la octava familia, habrá venido a dar una reprimenda.

Car'das miró de soslayo a Maris. ¿Una reprimenda?

—Todos vosotros seréis mis invitados en la ceremonia de bienvenida, por supuesto —continuó Thrawn mientras el *Halcón Brioso* se abría camino hacia una estación de atraque vacía—. Podéis encontrarlo interesante.

Interesante, en opinión de Car'das, era una palabra demasiado humilde.

Para empezar, estaba la sala de bienvenida en sí misma. Al principio parecía no ser más que una sala vacía, sin adornos y gris, fuera de la estación de atraque. Pero al toque de un botón oculto todo eso cambiaba. Paneles coloridos se desplegaban de las paredes, girándose y colocándose planos de nuevo. Unos cuantos cortinajes descendieron desde paneles ocultos en el techo, junto con formaciones onduladas con forma de estalactita que le recordaron a Car'das piezas congeladas del cielo encendido de la aurora boreal. Las baldosas no enloquecieron ni se reconfiguraron, pero intrincados patrones de luces de colores aparecieron a través de una superficie exterior transparente, algunos de ellos

permanecieron fijos o pulsaban lentamente mientras otros desarrollaban secuencias que daban la ilusión de ríos fluyentes. Cada color del espectro estaba representado, pero el amarillo estaba definitivamente favorecido.

Era un despliegue impresionante, y los Chiss que avanzaron a través del portal un minuto después no eran menos impresionantes. Él avanzó flanqueado por un par de jóvenes Chiss que vestían uniformes amarillo oscuro y pistolas ceñidas, su propia vestimenta consistía en una elaborada túnica gris con el cuello amarillo, y abundantes destellos amarillos. Aunque no era mucho más mayor que Thrawn, tenía un aire de nobleza y orgullo, la compostura de alguien nacido para mandar. Los movimientos de su escolta eran precisos y pulidos, y Car'das tuvo la impresión de que ellos y los cuatro guerreros vestidos en negro que Thrawn había traído, estaban teniendo una sutil competición sobre qué grupo podía parecer el más profesional.

El saludo de Thrawn y la respuesta del visitante fueron en Cheunh, por supuesto, y una vez más Car'das sólo fue capaz de captar palabras ocasionales. Pero el tono y el flujo de los discursos, junto con los gestos igualmente formalizados y los movimientos, tenían un sentido de antiguo ritual que encontró fascinante.

Fue una actitud, desafortunadamente, que sus compañeros de viaje no parecieron compartir. Maris, con su desdén filosófico por la corrupción estructurada de la República, claramente tenía poca paciencia con rituales oficiales de cualquier tipo, y observaba los procedimientos con un cierto distanciamiento educado. Qennto, por su parte, parecía simplemente aburrido.

La ceremonia finalizó, los dos Chiss vestidos de amarillo se retiraron hasta la entrada de la nave, y con un gesto Thrawn dirigió a su visitante a donde esperaban los tres humanos.

—Os presento al Aristócrata Chaf'orm'bintrano de la Quinta Familia Regente —dijo, cambiando del Cheunh al Sy Bisti—. Éstos son comerciantes K'rell'n, visitantes de un mundo lejano.

Chaf'orm'bintrano dijo algo en un tono más bien cortante.

—En Sy Bisti Aristócrata, si no te importa —dijo Thrawn—. Ellos no entienden Cheunh.

Chaf'orm'bintrano resopló, de nuevo en Cheunh, y las comisuras de la boca de Thrawn se tensaron brevemente.

—El Aristócrata Chaf'orm'bintrano no está interesado en comunicarse con vosotros en este momento —tradujo—. Uno de mis guerreros os acompañará hasta vuestras habitaciones —su ojos se posaron en Car'das—. Mis disculpas.

—No es necesario que se disculpe, Comandante —le aseguró Car'das, sintiendo una compresión en su garganta mientras se inclinaba brevemente hacia Chaf'orm'bintrano—. En absoluto.

Los cuartos que Thrawn había encargado para ellos estaban construidos siguiendo el mismo diseño de sus habitaciones a bordo del *Halcón Brioso*, sin embargo eran algo más grandes. Había también dos dormitorios en vez de uno, con una estación sanitaria común, ubicada entre ellos. Qennto y Maris fueron conducidos a una de las habitaciones, mientras que Car'das fue llevado a la otra. Explorando sus nuevos cuartos, Car'das descubrió para su sorpresa que sus ropas y efectos personales ya habían sido traídos desde su cuarto en el *Cazador de Gangas* y colocados ordenadamente en los diversos cajones de almacenamiento. Aparentemente, Thrawn planeaba una larga estancia para ellos.

Caminó durante un rato, intentando no pensar en Chaf'orm'bintrano y su evidente desaprobación de su presencia en territorio Chiss. Una hora después, un silencioso guerrero llegó a su puerta con la comida en una bandeja. Car'das consideró brevemente ver como estaban Qennto y Maris, pero decidió que podían encontrarle si querían su compañía, y se comió su comida solo.

Después, se sentó en el ordenador y probó el procedimiento que Thrawn les había enseñado a bordo del *Halcón Brioso* para acceder a las listas de vocabulario Cheunh. El procedimiento funcionó también en este ordenador, y se puso a estudiar.

Cinco horas después estaba dormitando sobre el ordenador, cuando finalmente otro Chiss vino a recogerle.

Le llevó a una habitación oscura que era casi el doble de grande que el Sitio de Triangulación Visual Delantero del *Halcón Brioso*. En este caso el ancho ventanal daba hacia el exterior de la cueva de atraque, y Car'das pudo ver el brillo distante de los motores mientras una nave se abría camino hacia el túnel de salida.

—Buenas tardes Car'das —dijo Thrawn desde uno de los asientos de un lado de la habitación—. Espero que hayas tenido un día productivo.

—Razonablemente productivo, sí —dijo Car'das acercándose y sentándose a su lado—. He trabajado un poco en mis lecciones de lenguaje.

—Sí, lo sé —dijo Thrawn—. Quería disculparme por la falta de cortesía del Aristócrata Chaf'orm'bintrano.

—Lamento que no le cayésemos bien —dijo Car'das, intentando ser diplomático—. Me gustó mucho la ceremonia de bienvenida, y estoy deseando ver más sobre cómo hacen los Chiss las cosas.

—No era algo personal —le aseguró Thrawn—. El Aristócrata Chaf'orm'bintrano considera vuestra presencia aquí como una amenaza a la Ascendencia.

—¿Podría preguntar por qué?

Thrawn se encogió de hombros fraccionadamente.

—Para algunas personas, lo desconocido siempre representa una amenaza.

—Algunas veces están en lo cierto —concedió Car'das—. Por otro lado, vosotros los Chiss parecéis muy capaces de cuidar de vosotros mismo en una pelea.

—Quizá —dijo Thrawn—. Hay veces en las que me lo cuestiono. Dime, ¿entiendes el concepto de neutralizar a un enemigo potencial antes de que ese enemigo pueda lanzar un ataque contra ti?

—¿Se refiere como un golpe preventivo? —preguntó Car'das—. Ciertamente.

—¿Está muy extendido entre tu gente entonces?

—No estoy seguro de que muy extendido sean las palabras adecuadas —dijo Car'das—. Sé que hay gente que lo considera inmoral.

—¿Tú?

Car'das hizo una mueca. Él tenía veintitrés años, y trabajaba para un contrabandista al que le gustaba pellizcar a los Hutts. ¿Qué sabía él sobre el Universo?

—Creo que si vas a hacer algo como eso, necesitas estar muy seguro de que son una amenaza auténtica —dijo lentamente—. Quiero decir, que necesitas tener evidencias de que realmente están planeando atacarte.

—¿Qué hay de alguien que puede no estar planeando atacarte a ti personalmente, pero está atacando constantemente a otros?

Era bastante obvio a dónde quería llegar.

—¿Quiere decir como los Vagaari? —preguntó Car'das.

—Exactamente —confirmó Thrawn—. Como te dije, aún no han atacado territorio Chiss, y la doctrina militar ordena que por lo tanto deban ser ignorados. ¿Debemos ayudar a los seres que son atacados con nuestra fuerza militar, o debemos quedarnos simplemente a un lado mirando como son masacrados o esclavizados?

Car'das movió su cabeza.

—Está haciendo preguntas que se han debatido desde el inicio de las civilizaciones. —Echó una mirada furtiva al perfil del comandante—. ¿Entiendo que usted y el Aristócrata Chaf'orm'bintrano discrepan en este punto?

—Yo y la totalidad de las especies Chiss discrepamos en este punto —dijo Thrawn con una nota de tristeza en la voz—. O eso es lo que parece frecuentemente.

—¿Le ha hablado al Aristócrata sobre la nave Vagaari? —preguntó Car'das—. Parecía haber un saqueo de muchas especies diferentes.

—Lo hice, no estuvo particularmente impresionado —dijo Thrawn—. Para él, la doctrina únicamente defensiva no admite excepciones.

—¿Qué pasa si esas víctimas son de especies que conocéis? —sugirió Car'das—. Amigos, o incluso compañeros comerciantes. ¿Supondría alguna diferencia?

—Lo dudo —dijo Thrawn pensativamente—. Comerciamos escasamente fuera de nuestras fronteras. Aun así, podría ser útil examinar a fondo el tesoro —irguió su cabeza—. ¿Estarías interesado en asistir?

—Por supuesto —dijo Car'das—. Aunque no sé cómo podría ayudar.

—Podrías reconocer alguno de los artefactos —dijo Thrawn levantándose—. Si ellos atacan también mundos de tu República, puedes tener datos adicionales que serían de utilidad.

—En ese caso, debería invitar también a Maris y a Qennto —dijo Car'das levantándose a su vez—. Ellos han viajado mucho más que yo.

—Una buena sugerencia —dijo Thrawn mientras le conducía hacia la salida—. Eso también le dará al Capitán Qennto la oportunidad de elegir los objetos que querrá quedarse —sonrió levemente—. Lo que ayudara a su vez a establecer el valor relativo de los objetos.

—No es cínico en absoluto, ¿verdad Comandante? —dijo Car'das.

—Únicamente entiendo como piensan y reaccionan los otros —dijo Thrawn mientras su sonrisa se desvanecía—. Quizá es por eso por lo que tengo tantas dificultades con la filosofía de esperar, en lugar de actuar.

—Quizá —dijo Car'das—. Sea por lo que fuere, dudo que la gente a la que ayudaría actuando tuviese algún problema moral con eso.

—Cierto —estuvo de acuerdo Thrawn—. Aunque su gratitud podría ser poco duradera.

—Algunas veces —concedió Car'das—. No siempre.

8

Con un suspiro, Obi-Wan desconectó su comunicador y lo puso en su cinturón.

—¿Todavía nada? —preguntó Anakin.

—No —dijo Obi-Wan, lanzando una mirada al oscuro cielo. Las estrellas estaban empezando a aparecer, y a su alrededor las luces de las casas se encendían mientras las familias se acomodaban al llegar la noche.

Anakin murmuró algo en voz baja.

—Deberíamos haber intentado llamar antes.

—Intentamos llamarla antes —le dijo Obi-Wan—. Solo que tú estabas muy ocupado jugando con la moto deslizadora de Duefgrin para darte cuenta.

—Lo siento, Maestro, pero estaba trabajando no jugando —dijo Anakin rígidamente—. El Brolf que estamos buscando se llama Jhompfi, vive en el anillo de casas Maleza Oculta, y está usando supuestamente los propulsores de explosión en una moto deslizadora que usa para pasar de contrabando varas de rissle a los Karts.

Obi-Wan miró a su Padawan.

—¿Cuándo te enteraste de todo eso?

—Mientras tú estabas deambulando alrededor del barrio buscando pistas —dijo Anakin. Era difícil sonar herido y complacido al mismo tiempo, pero el chico se las apañó para hacerlo—. Aquellas fueron las únicas veces que me habló —arrugó su nariz—. Creo que no confía mucho en los adultos.

—Deberías haber dicho algo en el momento en que conseguiste esa información —dijo Obi-Wan agriamente, introduciendo la tarjeta guía en su datapad y tecleando para buscar el anillo de casas—. ¿O no se te ocurrió que Lorana pudiese estar en peligro?

—No, pero se me ocurrió que si nos marchábamos de repente, Duefgrin podría haber llamado a Jhompfi y haberle avisado —replicó Anakin.

—Recuerda tu lugar, Padawan —le advirtió Obi-Wan. Era una advertencia que parecía estar diciéndole más y más a menudo estos días.

Anakin suspiró melodramáticamente.

—Mis disculpas, Maestro.

Un mapa apareció en la pantalla del datapad, mostrando el camino hasta el anillo de casas Maleza Oculta.

—Aquí está —dijo Obi-Wan, inclinando el datapad para que Anakin pudiese verlo.

—Esa no es la dirección por la que estaba yendo cuando dejó a Duefgrin —señaló Anakin con intranquilidad.

—Lo sé —dijo Obi-Wan con desagrado—. Pero por ahora, es todo lo que tenemos. Vayamos a echar un vistazo.

El barrio donde el anillo de casas Maleza Oculta estaba localizado era similar a muchos que Obi-Wan había visto en sus viajes a lo largo de la República. Era pobre pero limpio, un lugar donde la gente trabajaba duro por lo poco que tenían, pero a pesar de todo trabajaban igualmente duro para mantener su orgullo y su dignidad.

Él sabía que algunos Jedi trataban tales lugares y gentes con desdén o condescendencia. Por su parte, los prefería a los habitantes de los niveles superiores de Coruscant con su inmensamente enorme riqueza pero con una ética cambiante. Mucha de la gente de estos lugares era amigable y más franca, sin agendas políticas ocultas o el deseo por la posición y el poder.

Por lo menos, si alguien aquí quería apuñalar a otro, usaba un cuchillo y no una sonrisa engañosa.

—¿Por dónde empezamos? —murmuró Anakin cuando pararon al lado de uno de los setos frente al edificio.

—Podríais empezar por apartaros de mi camino —murmuró una voz desde algún lugar detrás de ellos.

Obi-Wan se giró, su mano se lanzó dentro de su túnica hacia su sable láser mientras una cara emergía de su escondite detrás de una sección de setos que acababan de pasar.

Una mirada era todo lo que necesitaba.

—Hola, Riske —dijo soltando su sable láser—. Imaginaba que te encontraría aquí.

—Podría decir lo mismo —dijo Riske seriamente, sacudiendo su cabeza hacia su lado del seto—. ¿Querríais entrar en mi oficina un minuto?

Obi-Wan miró alrededor. Sólo había unos pocos Brolfi en la calle en el inminente crepúsculo, y ninguno de ellos estaba mirando en aquella dirección. Golpeando ligeramente a Anakin en el brazo, dio un rápido salto hacia atrás sobre el seto. Aterrizó agachado, con Anakin directamente a su lado.

—Sois persistentes, os concedo eso —dijo Riske mientras se acercaba agachado para unirse a ellos, manteniendo su cabeza baja—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Estamos buscando a un Brolf llamado Jhompfi —le dijo Obi-Wan—. Hizo que alguien robara un par de propulsores de explosión para él esta tarde. Queremos preguntarle por qué.

—Ya que estáis aquí, podríais preguntarle también sobre unos explosivos que desaparecieron de una mina donde uno de sus amigos más cercanos estaba trabajando —dijo Riske misteriosamente—. O sobre el sistema estabilizador que otro amigo aparentemente tomó prestado de la moto deslizadora de su jefe, o los cilindros de empaque de aleación que se llevaron de otro lugar de trabajo. ¿Veis algún patrón?

Obi-Wan puso una mueca.

—Alguien está construyendo un misil casero.

—O dos o tres de ellos —dijo Riske—. Y no parece que ninguno de nosotros pueda preguntarle a Jhompfi sobre esto ya que parece que él y sus amigos han desaparecido.

—Fantástico —dijo Obi-Wan mirando por encima del seto.

—Esa es la palabra en la que estaba pensando —dijo Riske—. ¿Así que cuál es vuestro interés en él?

—Nuestra amiga —la Padawan con la que te encontraste antes— estaba siguiéndolo —dijo Obi-Wan—. Ha desaparecido, y no puedo contactar con ella con el comunicador.

—Una lástima —dijo Riske—. Una niña agradable, pero sin mucha experiencia en combate.

—No podemos abandonarla todavía —gruñó Obi-Wan—. ¿Tienes alguna idea de dónde se puede haber escondido Jhompfi?

—Si la tuviese, no estaría dando vueltas por aquí —contestó Riske—. Tengo gente comprobando en los centros del Gremio Minero, pero si Jhompfi no ha regresado a casa dudo que sea tan estúpido como para ir a cualquiera de ellos.

—¿Entonces qué vamos a hacer? —preguntó Anakin.

—Lo que *yo* voy a hacer es volver al hotel y asegurarme que hemos colocado el sistema de seguridad —dijo Riske—. Supongo que será esta noche —los gusanos del duracreto siempre desaparecen justo antes de que derribe la casa sobre ti.

—O puede que lo intenten en el centro administrativo de la ciudad mañana —sugirió Obi-Wan.

—Improbable —dijo Riske—. Jhompfi difícilmente atacaría un lugar donde su propio Maestro del Gremio estará ocupado negociando por él. No, va a ser el hotel, o quizá la ruta hacia el centro administrativo por la mañana.

Desafortunadamente, el análisis de Riske tenía sentido.

—De acuerdo —dijo Obi-Wan—. Sigue esa dirección, y nosotros seguiremos buscando a Lorana.

—Buena suerte. —Riske sacudió su cabeza—. Sabes, estuve a punto de colocarle un rastreador, sólo para asegurarme de que se apartaba de mi camino. Ojalá lo hubiese hecho.

—Eso mismo desearía yo —dijo Obi-Wan—. Tendremos que arreglárnoslas por nuestra cuenta.

—Se supone que los Jedi son buenos en ese tipo de cosas —dijo Riske sacando una tarjeta de datos y tendiéndosela—. Esto os dará conexión directa con mi comunicador, filtrándose a través de una de nuestras encriptaciones. Llámame si oyes algo, ¿de acuerdo?

—Lo haré —prometió Obi-Wan, deslizando la tarjeta en el bolsillo de su comunicador.

Riske asintió y se puso en marcha. Llegó hasta el extremo más alejado del seto, miró por encima, lo rodeo sigilosamente y se marchó con paso enérgico.

—¿Y ahora qué? —preguntó Anakin.

—Será mejor que le contemos al Maestro C'baoth lo que está pasando —dijo Obi-Wan con disgusto—. Él y Lorana pueden estar lo suficientemente conectados, para que él sea capaz de detectar su presencia en la Fuerza.

—Tal vez —dijo Anakin dudosamente mientras regresaban al final del seto y volvían a la acera—. Sabes, quizá todos nosotros deberíamos llevar rastreadores.

Obi-Wan le miró de soslayo.

—Puedo pensar al menos en una persona que debería tener uno —murmuró en voz baja.

—¿Qué dices?

Obi-Wan sacudió la cabeza.

—No importa.

Cuando finalmente contactaron con C'baoth a través del comunicador, no estaba en absoluto feliz por ser molestado. Estuvo incluso menos feliz cuando escuchó su historia.

—De momento pasaremos por alto el hecho de que te involucraste en la situación de Barlok en contra de mi orden directa —tronó el Maestro Jedi, y Obi-Wan pudo imaginar sus ojos relampagueando bajo sus pobladas cejas—. Lo importante, ahora mismo, es que has puesto en peligro a mi Padawan.

—Comprendo su ira, Maestro C'baoth… —comenzó Obi-Wan.

—¿Ira? —le cortó C'baoth—. No hay ira, Maestro Kenobi. No para un Jedi.

—Mis disculpas —dijo Obi-Wan, intentando por todos los medios suprimir su propia contrariedad. Una situación como esta, ¿y todo lo que hacía ese hombre era recitar el Código Jedi?—. Fue una incorrecta elección de palabras.

—Mejor —retumbó C'baoth—. ¿Qué hay de ti, Padawan Skywalker? ¿Tienes algo que decir?

Obi-Wan inclinó el comunicador hacia el chico.

—En realidad no, Maestro C'baoth —dijo Anakin—. Principalmente estoy preocupado por la seguridad de Lorana. Me preocupa que puedan haberla asesinado.

Durante un momento, C'baoth no respondió.

—No, no está muerta —dijo por fin—. Habría sentido esa perturbación en la Fuerza.

—¿Entonces puede localizarla? —preguntó Anakin con esperanza.

—Una cosa no lleva a la otra necesariamente —le dijo C'baoth—. Desafortunadamente, no puedo localizar su presencia en la Fuerza en este momento. Maestro Kenobi, dijiste que habías hablado con el chico que obtuvo los propulsores. Él debe saber dónde están los escondites favoritos de Jhompfi.

—No lo creo —dijo Anakin—. No parecía ser parte de la conspiración real.

—Aun así, él conoce a Jhompfi, y quizá ha visto algo en el pasado que indique el camino.

—Dudo que esté dispuesto a hablar de ello —dijo Obi-Wan—. Al menos no con extraños.

—¿He *preguntado* si estaría dispuesto?

Obi-Wan sintió contraerse su garganta.

—¿Está sugiriendo que fuerce su mente?

—No, por supuesto que no —le aseguró C'baoth. Pero, Obi-Wan sabía que esas palabras iban en beneficio de Anakin. Eso era exactamente lo que C'baoth estaba sugiriendo—. Nosotros somos los protectores de los débiles, no sus opresores. Al mismo tiempo se ha cometido un crimen contra los Jedi. No podemos permitir que tal cosa quede impune. Incluso si la Padawan Jinzler elige no luchar en su propia defensa —añadió misteriosamente.

Obi-Wan frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—No ha habido informes de que sables láser hayan sido vistos en la ciudad, Maestro Kenobi —dijo C'baoth pacientemente—. Ni han llegado noticias a mis oídos de múltiples extremidades cercenadas. Lorana Jinzler es sólo un Padawan, pero ciertamente la he instruido en combate mejor que eso.

—Por supuesto —dijo Obi-Wan golpeado por una idea repentina. Si C'baoth estaba en lo cierto sobre que Lorana, iba tranquilamente con sus secuestradores…—. Gracias por su tiempo Maestro C'baoth.

—Espero que mi Padawan esté a mi lado cuando me reúna con el Magistrado Argente y el Maestro del Gremio Gilfrome por la mañana —le avisó C'baoth.

—Entendido —dijo Obi-Wan. Cortando la conexión, devolvió su comunicador al cinturón.

—¿Cómo vamos a encontrarla? —preguntó Anakin.

—El propio Maestro C'baoth nos dio la pista —le dijo Obi-Wan—. Tiene razón: si Lorana hubiese luchado contra sus atacantes, ciertamente lo habríamos oído. Por lo tanto, no lo hizo.

—De acuerdo —dijo Anakin—. ¿Y qué significa eso?

—Significa que debe de haber decidido que rendirse tranquilamente le aportaría más que pelear —dijo Obi-Wan—. Probablemente ella esperaba que la llevasen al centro de la conspiración donde podría conocer a la gente que está al cargo. Pero.

Dejo la palabra en el aire expectantemente, esperando que Anakin siguiera su lógica.

—Pero ellos deberían estar locos para llevar a un Jedi ante sus líderes —dijo el chico lentamente—. Incluso un Padawan.

—Exactamente —dijo Obi-Wan—. ¿Y cuál es la forma más rápida de saber si alguien como Lorana es un Jedi?

—Si la atrapas llevando un sable láser —dijo Anakin con una voz que iba adquiriendo de repente la misma esperanza prudente de Obi-Wan—. ¡Así que tuvo que deshacerse de él!

—Correcto —confirmó Obi-Wan—. Y probablemente se deshizo de él precipitadamente, en algún lugar cercano adonde fue secuestrada.

—Algún lugar lo suficientemente cerca de nosotros como para ser capaces de sentir su cristal Illum —finalizó Anakin con excitación—. Pero todavía tenemos que estar más cerca, ¿verdad?

—Cierto, pero al menos en la calle seremos capaces de acercarnos lo necesario —señaló Obi-Wan—. Si ella y su sable láser están dentro de una casa, probablemente no seamos capaces de localizar el cristal, al menos no desde el exterior —hizo un gesto hacia la calle, oscura ahora excepto por el débil brillo de las farolas—. Empezaremos aquí, en el área de Maleza Oculta. Jhompfi es lo suficientemente listo para mantenerse lejos de su propia casa, pero puede haber sido lo suficientemente estúpido como para ir a la de un amigo cercano. Si no encontramos nada, empezaremos yendo a través de los barrios más pobres del Distrito Patameene.

—¿Por qué esa es la clase de barrio a la que Jhompfi está acostumbrado?

—No, porque ahí es donde usan setos en lugar de muros para marcar los límites de propiedad —dijo Obi-Wan—. No puedes enterrar un sable láser dentro de un muro de piedra sin que nadie se dé cuenta. Si no la encontramos allí, nos moveremos hacia las áreas más ricas, y si no hacia otros distritos.

Anakin respiró profundamente.

—De acuerdo. Estoy preparado, si tú lo estás.

—Bien —dijo Obi-Wan—. Entonces libera tu mente, mi joven Padawan. Parece que va a ser una larga noche.

Estuvieron pateando las calles durante horas, cuando finalmente Obi-Wan sintió el zumbido que había estado esperando.

El cristal Illum en el sable láser de Lorana estaba al alcance de la mano.

Miró de soslayo a Anakin, esperando que el chico lo sintiera también. Incluso en medio de una situación seria, los ejercicios de entrenamiento eran parte de la vida de un Padawan.

Avanzaron tres pasos más antes de que el paso firme de Anakin vacilara de repente.

—Allí —dijo el chico—. Justo delante, a la izquierda.

—Muy bien —dijo Obi-Wan con aprobación, dejando que sus ojos fuesen a la deriva por el barrio. Aún quedaban dos buenas horas hasta el amanecer, y las casas a su alrededor estaban oscuras y silenciosas, sus habitantes profundamente dormidos.

O al menos la mayoría de ellos. Los habitantes en particular en los que estaban interesados estarían muy bien despiertos.

—No, no vayas hacia él —le dijo a Anakin, agarrando el brazo del chico cuando este se dirigía hacia el seto donde yacía escondido el sable láser de Lorana—. Aquí, alrededor del otro lado —rápido, ahora.

Se movieron juntos alrededor del extremo del seto y se agacharon ocultándose a la vista.

—¿Nos está observando alguien? —murmuró Anakin mientras Obi-Wan los condujo agachados unos cuantos metros hacia el sable láser.

—Lo sabremos en un momento —dijo Obi-Wan—. Dime, ¿qué harías tu si estuvieses custodiando un prisionero en medio de la noche, y de repente algo extraño ocurre fuera?

—No lo sé —dijo Anakin frunciendo el ceño pensativamente—. Supongo que dependería de lo extraño que fuese.

—Descubrámoslo —extendiéndose con la Fuerza, Obi-Wan alcanzó con su mente el sable láser de Lorana y lo encendió.

Con un siseo mudo y conciso, la espada verde apareció, brillando alarmantemente en la oscuridad de la noche. Algunas hojas pequeñas cayeron desde las ramas donde habían sido cortadas, pero el mango estaba sólidamente sujeto en su lugar y permanecía donde estaba.

—Ahora, veamos quién sigue despierto en el barrio —comentó.

No tuvieron que esperar mucho. Menos de un minuto después una puerta en una de las casas de enfrente se abrió, y un solitario Brolf miró ansiosamente afuera, sus ojos iban de un lado a otro. Al no ver a nadie, cruzó la calle hasta el resplandeciente sable láser.

Por un momento lo miró desconcertado. Entonces, cautelosamente, metió la mano entre las ramas y saco el arma. Manteniéndolo a la distancia de un brazo, lo giro con cuidado en su mano, intentando claramente descubrir como apagarlo.

—Permíteme —habló en voz alta, poniéndose de pie detrás del seto. Alcanzándolo con la Fuerza, apagó el sable láser.

El Brolf fue rápido. Casi antes de que la espada se desvaneciese se lanzó a la acción, saltando hacia un lado y arrojando el sable láser directamente hacia la cara de Obi-Wan mientras sacaba un bláster de su túnica.

Rápido, pero estúpido. Obi-Wan era un Jedi, con reflejos Jedi y tenía su propio sable láser preparado en su mano antes incluso de que el Brolf iniciara su salto. Con su mano libre cogió el arma de Lorana y entonces encendió el suyo, captando casualmente el disparo del Brolf en su espada y mandándolo rebotado hacia el cielo nocturno.

Obstinadamente, el Brolf continuó disparando una y otra vez con el firme propósito de un droide de combate. Obi-Wan activó su modo de batalla, centrando su atención hacia el interior mientras dejaba que la Fuerza guiara sus manos, desviando los disparos mientras avanzaba hacia su atacante.

Y entonces, a través de su visión en túnel, sintió levemente que algo ocurría al otro lado de la calle. El Brolf lo escuchó o lo vio, también, y por un segundo su atención vaciló mientras sus ojos se movían hacia aquella dirección.

Era toda la abertura que Obi-Wan necesitaba. Dando un paso extra largo hacia delante, dio un corto y controlado corte que partió limpiamente el bláster en dos.

El Brolf había sido rápido al atacar. Ahora, con igual rapidez, dejó caer la mitad restante de su bláster y salió corriendo calle abajo tan rápido como sus rechonchas piernas pudieron llevarle. Obi-Wan consideró la opción de perseguirle, decidiendo en su contra, y girándose hacia la casa de la que había salido el otro.

Fue sólo entonces cuando se dio cuenta de que Anakin ya no estaba con él.

—¡Maldición! —dijo en voz baja, echando a correr. Había una difusa luz azul parpadeando desde algún lugar del interior de la casa, y mientras se dirigía a través de la calle hasta la puerta abierta escuchó el zumbido familiar del sable láser de su Padawan. Acelerando el paso, embistió hacia adentro.

Encontró a Anakin en una de las habitaciones interiores, parado sobre la forma inerte de Lorana, con el sable láser colocado en posición hacia un par de Brolfi agazapados en una esquina. Un tercer Brolf yacía inmóvil en el suelo, con los restos de un bláster a su lado.

—Maestro —dijo Anakin intentando claramente sonar casual pero sin conseguirlo completamente—. La he encontrado.

—Ya lo veo —dijo Obi-Wan apagando su sable láser y arrodillándose al lado de la joven mujer. Su respiración y su pulso eran lentos pero estables—. ¿Qué habéis usado en ella? —demandó girándose hacia los Brolfi de la esquina.

Ninguno respondió.

—No he visto nada cuando he llegado —dijo Anakin.

—Entonces deben tenerlo ellos —dijo Obi-Wan. Sobrepasando a Anakin, encendió su sable láser y avanzó deliberadamente hacia ellos.

Al igual que con el Brolf con el que había tratado en el exterior, ninguno de esos dos estaba interesado en ser un héroe.

—Lo tiene él —uno de ellos habló precipitadamente, señalando con un dedo a su compañero.

—Sí, aquí está —estuvo de acuerdo el otro, sacando una jeringa del interior de su túnica y lanzándola a los pies de Obi-Wan.

—Gracias —dijo Obi-Wan educadamente—. Añadamos vuestros comunicadores al montón, ¿no? Y cualquier arma, por supuesto.

Un momento después dos comunicadores y un par de cuchillos largos se habían unido a la jeringuilla.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó Anakin.

—Eso depende de con qué la hayan drogado —dijo Obi-Wan amenazadoramente, apagando su sable láser de nuevo y cogiendo la jeringa. Estaba sin etiquetar, por supuesto. Utilizando sus técnicas sensoriales Jedi mejoradas, echo una pequeña gota del líquido sobre su manga y se la acercó a su nariz.

Un olfateo fue todo lo necesario.

—Está bien —le aseguró a Anakin mientras dejaba que la mejora se desvaneciese—. Es un sedante fuerte, no un veneno. Ella estará bien una vez se le pase el efecto.

Señaló hacia los dos Brolfi.

—Lo que significa que no se enfrentaran a ningún cargo de homicidio. —Irguió su cabeza—. A menos, no hasta que su misil casero detone.

Ambos prisioneros se sobresaltaron notablemente al oír la palabra misil.

—Nosotros no tenemos nada que ver con eso —insistió uno de ellos—. Fue todo idea de Filvian. Suya y del humano.

Obi-Wan frunció el ceño. ¿Había un humano involucrado en esto?

—¿Qué humano? —preguntó—. ¿Cómo se llama?

—Se llama a sí mismo Defensor —dijo el Brolf—. Eso es todo lo que sé.

—¿Qué aspecto tiene?

El Brolf miró con impotencia a su compañero.

—El de un humano —dijo el segundo Brolf, ondeando una mano vagamente.

—¿Necesitan un poco más de persuasión, Maestro? —preguntó Anakin dejando que su voz se endureciera.

Obi-Wan reprimió una sonrisa. En su experiencia, las amenazas de un niño de catorce años rara vez eran muy convincentes.

Sus ojos descendieron hasta el Brolf muerto en el suelo. Pensándolo bien, en este caso lo serían.

—No hace falta —le dijo a Anakin—. Probablemente no saben cómo describirle en realidad.

—Apuesto a que Riske podría sacar algo de ellos —sugirió Anakin.

Durante un momento largo, Obi-Wan estuvo tentando. Después de todo, el plan de asesinato era directamente contra el Magistrado Argente. Sería lo apropiado para ellos ser enviados a la gente de Argente para ser interrogados.

Pero esa no era la manera en la que supuestamente los Jedi hacían las cosas.

—Los entregaremos a la policía municipal —le dijo a Anakin sacando su comunicador—. Después creo que tendremos que esperar a que Lorana se despierte. Quizá ella pueda decirnos algo más.

—¿Vamos a esperar aquí? —preguntó Anakin frunciendo el ceño.

—Por supuesto —dijo Obi-Wan sonriendo—. Después de todo, Jhompfi, Filvian o Defensor podrían dejarse caer.

—Claro —murmuró Anakin comprensivamente—. Si tenemos suerte.

La nave Vagaari había estado anclada fuera de la base del asteroide Crustai aproximadamente a un cuarto de circunferencia del túnel de entrada. Con un guerrero Chiss a los controles, Thrawn y los tres humanos cogieron uno de los transportes de fuera de la base y atracó con él.

Para consternación de Car’das, los cuerpos de los alienígenas seguían allí, yaciendo encogidos justo donde habían caído.

Qennto aparentemente no estaba afectado por ese hecho.

—Estáis planeando limpiar este lugar al final, ¿verdad? —preguntó con desagrado mientras elegía sus pasos a través del corredor hasta la sala del tesoro.

—Al final —le aseguró Thrawn—. Primero necesitamos aprender lo que podamos de la estrategia y las tácticas del enemigo, y para eso necesitamos saber donde ocurrió cada combate y como estaba colocado el sujeto cuando murió.

—¿No deberíais haber puesto la nave en algún lugar oculto? —preguntó Maris. Car'das notó que estaba firmemente aferrada al brazo de Qennto mientras caminaban, sin hacerlo aparentemente tan bien, como lo hizo en su última visita. Esto le hizo sentir mejor, de algún modo.

—Finalmente, la llevaremos dentro de la base —dijo Thrawn—. Pero necesitamos asegurarnos primero de que no hay inestabilidades peligrosas en sus motores o su armamento.

La habitación del tesoro, como los corredores, parecían exactamente iguales a como habían estado justo después de la captura de la nave, excepto que ahora había un par de Chiss moviéndose a lo largo de los montones, haciendo aparentemente grabaciones con sensores de varios objetos.

—Desplegaos —ordenó Thrawn a los humanos—. Mirad si podéis encontrar algo con un estilo familiar.

—¿Se refiere a algo como diferentes tipos de dinero? —preguntó Qennto mientras miraba a su alrededor.

—¿O está hablando de gemas? —añadió Maris.

—Estoy hablando, principalmente, de obras de arte —dijo Thrawn—. Podemos aprender más de eso que de lo que podríamos aprender del dinero o las gemas.

Qennto bufó.

—¿Espera encontrar recibos de venta?

—Estaba pensando más en los orígenes de las piezas de arte —señaló hacia un grupo de composiciones de piezas apiladas—. Aquellos, por ejemplo, fueron creados probablemente por seres con una articulación extra entre la muñeca y el codo, que verían principalmente en la parte azul-ultravioleta del espectro lumínico.

Qennto y Maris se miraron mutuamente.

—¿Crees que son los Frunchies? —sugirió Maris.

—Sí, exacto —dijo Qennto con un gruñido. Miró a Thrawn con desconfianza, después desenganchó el brazo de Maris del suyo y se dirigió hacia las composiciones.

—¿Qué son los Frunchies? —preguntó Car'das.

—Los Frunchettan-sai —explicó Maris—. Tienen un par de mundos colonizados en el Borde Exterior. Rak los llama Frunchis porque…

—Que me cuelguen —dijo Qennto, cortándola mientras se inclinaba sobre las composiciones y movía la cabeza hacia un lado.

—¿Qué? —dijo Maris.

—Él está en lo cierto —dijo Qennto sonando aturdido—. Está grabado con escritura ceremonial Frunchy. —Se giró hacia Thrawn con una extraña expresión en la cara—. Creía que había dicho que no habíais llegado al espacio de la República.

—Hasta donde yo sé, no lo hemos hecho —dijo Thrawn—. Pero las características físicas de los artistas son obvias mirando simplemente su trabajo.

—Tal vez para usted sea obvio —gruñó Qennto mirando de nuevo las composiciones—. Le aseguro que para mí no lo es.

—O para mí —le secundó Maris.

Thrawn alzó las cejas hacia Car'das.

—¿Car'das?

Car'das contempló fijamente la obra de arte, intentando descubrir cualquiera de esas pistas que Thrawn había visto. Pero no pudo.

—Lo siento.

—Quizá sólo fue suerte —dijo Qennto, abandonando las composiciones de piezas y arrodillándose al lado de una elaborada escultura azul y blanca—. Qué tenemos aquí… Sí, lo que yo pensaba —miró por encima del hombro hacia Thrawn—. ¿Qué me dice de está?

Por un momento Thrawn estudió la escultura en silencio, desviando los ojos ocasionalmente por el resto de la habitación como si buscase inspiración.

—El artista es humanoide —dijo por fin—. Diferentemente proporcionado que los humanos y los Chiss, con un torso más ancho o unos brazos más largos —sus ojos se estrecharon levemente—. Hay algo de distancia en su estado emocional, también. Diría que su gente se siente a la vez atraída hacia y repelida por o temerosa de los objetos físicos entre los que viven.

El aliento de Qennto salió con un resoplo.

—No puedo creerlo —dijo—. Esos son los Pashvi, correcto.

—Creo que no los conozco —dijo Maris.

—Tienen un sistema en el borde del Espacio Salvaje —dijo Qennto—. He estado allí unas pocas veces —hay un pequeño pero estable mercado para su arte, principalmente en el Sector Corporativo.

—¿Qué quería decir el Comandante Thrawn con miedo de los objetos físicos? —preguntó Car'das.

—Su mundo está salpicado de cientos de pilares de roca —dijo Qennto—. La mayoría de las mejores plantas de las que se alimentan crecen en las cimas. Desafortunadamente, también crece allí un horrible depredador aéreo. Esto hace que… bueno, hace lo que ya ha dicho él.

—¿Y ha captado todo eso de una sola escultura? —preguntó Maris observando a Thrawn con una extraña mirada en la cara.

—Realmente, no —le aseguró el Chiss—. Hay… déjame ver… doce ejemplos más de su arte —señaló hacia otras dos áreas de la habitación.

—¿Está seguro? —preguntó Car'das frunciendo el ceño hacia las esculturas indicadas—. No me parece que sean muy semejantes en absoluto.

—Fueron creadas por diferentes artistas —dijo Thrawn—. Pero la especie es la misma.

—Esto es realmente extraño —dijo Qennto sacudiendo la cabeza—. Como alguna descabellada cosa Jedi.

—¿Jedi? —preguntó Thrawn.

—Ellos son los guardianes de la paz en la República —le dijo Maris—. Probablemente la única razón por la que se ha mantenido unida tanto tiempo. Son muy poderosos, una gente muy noble.

Qennto miró a Car'das, arrugando la nariz levemente. Car'das sabía que su opinión de los Jedi era considerablemente inferior a la de su novia.

—Suena intrigante. —Thrawn asintió hacia la escultura—. Presumo que estos Pashvi no opondrán mucha resistencia contra las incursiones Vagaari.

—Difícilmente —le confirmó Qennto con una mueca—. Son una gente muy agradable. Pésima en la lucha.

—¿Y vuestra República y esos Jedi no los protegen?

—Los Jedi están esparcidos por la galaxia —dijo Car'das—. De todas formas, el Espacio Salvaje realmente no es parte de la República.

—Incluso si lo fuera, el gobierno está demasiado ocupado con sus propias intrigar como para molestarse con pequeños asuntos como situaciones de vida o muerte —dijo Maris con un toque amargo en su voz.

—Ya veo —dijo Thrawn—. Bien, continuemos con la inspección, y por favor, informadme su encontráis algo más de vuestra región o espacio.

Miró a Maris.

—Y mientras buscamos, quizá podrías enseñarme algo más sobre esos Jedi.

9

—El Maestro del Gremio Gilfrome está aquí —dijo suavemente la voz de Anakin desde el comunicador de Obi-Wan—. Está subiendo las escaleras hacia la puerta este.

—El Magistrado Argente está aquí también —le dijo Obi-Wan mirando desde la puerta oeste del edificio administrativo como Argente subía las escaleras de ese lado. Su gente se agrupaba protectoramente a su alrededor—. Y veo al Maestro C'baoth y a Lorana aproximándose a través del mercado.

—¿Entonces ya está? —preguntó Anakin.

Obi-Wan se rascó la mejilla pensativamente. El esperado ataque sobre el Magistrado Argente no había tenido lugar durante la noche, ni en el trayecto hasta la sala de conferencias.

Ahora, con el representante de los mineros en escena, la última oportunidad de los conspiradores había desaparecido, al menos hasta que los negociadores hiciesen una pausa para comer.

—Al menos, por ahora —le dijo a Anakin—. Pero sigue alerta.

Argente y su gente llegaron a la cima de las escaleras y Obi-Wan se inclinó saludando. El grupo lo sobrepasó sin la más mínima mirada de reconocimiento y desapareció en el interior. Suprimiendo un destello de contrariedad, Obi-Wan dirigió su atención hacia C'baoth y Lorana mientras subían las escaleras. Notó que Lorana estaba un poco pálida, sus pasos eran un poco vacilantes. Pero su expresión era decidida, y cuando llegaron a la cima de las escaleras le sonrió un poco torpemente.

—Maestro Kenobi —dijo asintiendo—. No tuve la oportunidad de agradecerle lo que Anakin y usted hicieron por mí ayer.

—Y este tampoco es el momento —intervino C'baoth. Aun así, hubo un destello de aprobación en sus ojos mientras los dos Jedi asentían—. Aún hay peligro, para los negociadores así como para las mismas negociaciones. Quédate aquí con el Maestro Kenobi y observa la multitud en busca de caras familiares.

—Sí, Maestro —dijo Lorana.

Con otro asentimiento hacia Obi-Wan, C'baoth pasó a través de la puerta, dejándolos solos.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Obi-Wan.

—Mucho mejor, gracias —dijo Lorana—. Aunque, realmente no entiendo qué bien puedo hacer aquí —añadió girándose hacia el mercado que se extendía ante ellos a los pies de la escalera—. Sólo vi a tres de los conspiradores.

—Esos son tres más que el resto de nosotros —señaló Obi-Wan—. Sin contar los que ya están bajo custodia, claro.

—Tal vez su arresto asustó a los otros.

—Tal vez les ha asustado como para no atacar con un misil, pero no van a rendirse simplemente y a marcharse —dijo Obi-Wan—. Parecen estar obsesionados con lo que ellos ven como un intento de la Alianza Corporativa de robar la riqueza de su planeta, y

una vez que una persona está obsesionada, él o ella no escucha la lógica. Un momento difícil les ayudara a seguir el resto del camino hasta el final.

Lorana sacudió su cabeza.

—Me temo que no entiendo esa clase de razonamiento.

—Necesitas aprender a entenderlo —le dijo Obi-Wan—. La obsesión es algo que le puede ocurrir incluso a la persona más fuerte, y por el mejor de los motivos —hizo un gesto—. Aun así, contigo y conmigo en esta puerta, Anakin y Riske en la otra y la policía y la seguridad de la Alianza Corporativa vigilando el cielo, deberíamos ser capaces de detener cualquier cosa que nos lancen.

—Espero que tenga razón —murmuró Lorana—. Si no, el Maestro C'baoth nunca nos dejará escuchar el final de todo esto.

Sentado en el bacón de su hotel, Doriana sonreía a la escena que ocurría debajo de él. Los actores estaban preparados, y este era el momento de empezar la actuación.

Cogiendo su comunicador, marcó y tecleó el código de activación adecuado. Entonces, dejando el comunicador a un lado, se acomodó para mirar.

Incluso extendiéndose con la Fuerza, la única advertencia que captó Lorana fue un estallido de conmoción en el borde de la izquierda del mercado, un movimiento repentino de vendedores mientras se dispersaban de uno de los puestos.

—Algo está ocurriendo —le avisó, señalando.

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando el puesto entró en erupción con un fogonazo de luz y una explosión de humo.

—¡Cuidado! —ladró Obi-Wan, el seco siseo de su sable láser sonó detrás de ella.

Lorana sacó su propio sable láser, encendiéndolo mientras intentaba perforar la nube de humo en expansión. Hasta donde ella podía decir, parecía no estar pasando nada más.

—¡A la derecha! —le advirtió Obi-Wan.

Lorana se giró; y para su horror vio un cilindro plateado moviéndose a gran velocidad desde otro de los puestos, volando a un metro escaso sobre el suelo.

Viniendo directamente hacia ellos.

—Lo tengo —dijo ella saltando en medio de su trayectoria y levantando su sable láser en la posición de ataque número 3. Defensa contra objetos remotos inminentes era un ejercicio en el que C'baoth la había entrenado hora tras hora. Detrás de ella, sintió a Obi-Wan moviéndose hacia su derecha en posición de apoyo. Reguló su respiración, mirando el misil aproximándose, intentando no pensar en lo que pasaría si su ataque detonaba la cabeza explosiva…

Estaba casi encima de ella cuando sin previo aviso, la punta del cono explotó en una nube de humo centelleante, y un cono de turbio líquido negro la roció.

Cerró los ojos firmemente, saltando instintivamente hacia un lado mientras lo hacía. Sintió el misil sobrepasarla, y hundió su sable láser tan fuerte como pudo en esa dirección.

Pero su paso lateral la había desequilibrado, e incluso mientras su espada cortaba el aire sabía que llegaba demasiado tarde. Detrás de ella, escuchó el sonido del sable láser de Obi-Wan cambiar mientras él le daba su propio mandoble. Pero el rugido del misil cambió cuando los propulsores nuevos se encendieron, y mientras el calor del tubo de escape del misil pasaba sobre ella, supo que él también había fallado.

—¡Vamos! —gritó él. Una mano agarro su brazo, y de repente estaba corriendo entre el calor y el humo que se disipaba en la estela del misil. Ella parpadeó abriendo los ojos, ignorando el picor mientras el líquido negro goteaba dentro de ellos, para ver el misil zigzagueando de un lado a otro por el ancho corredor central como un droide buscando un objetivo. A través del edificio en la lejana puerta vio a Anakin y a Riske embistiendo desde la otra puerta, el sable láser de Anakin resplandecía en su mano, el bláster de Riske disparaba inútilmente. Soltando el brazo de Lorana, Obi-Wan puso su sable láser en modo permanente y lo arrojó hacia el misil.

Pero incluso mientras la espada verde giraba acercándose, la punta del misil se hundió y dio un giro brusco a la izquierda. Podía sentir a Obi-Wan extendiéndose con la Fuerza, intentando llevar su sable láser de vuelta al objetivo. Pero también podía sentir que no lo haría a tiempo.

Lo que solo les dejaba una cosa que pudiesen hacer. Cerrando sus ojos, se extendió con la Fuerza, centrando sus pensamientos en su Maestro. Maestro C'baoth, envió urgentemente hacia la habitación más allá de la entrada. Peligro. Peligro. Peligro. El misil desapareció a través de la entrada, y ella se unió a los otros corriendo por el pasillo detrás de él. Alcanzó a Obi-Wan justo cuando este llegaba a la abertura y giró la esquina con él.

Y se encontró frente a una visión extraordinaria.

Sentados en lados opuestos de la mesa, los representantes mineros y los de la Alianza Corporativa se habían girado en sus sillas para mirar con una mezcla de sorpresa, fascinación, y terror el misil que se había introducido en sus solemnes procesos. Entre ellos, medio levantado de su propia silla, C'baoth mantenía la palma de su mano extendida hacia el misil, sus ojos llameaban.

Pero el misil ya no se movía. Estaba congelado en medio del aire, a medio camino entre la entrada y la mesa, sus propulsores escupían fuego inútilmente mientras intentaba dirigirse hacia adelante, contra el agarre de la Fuerza de C'baoth.

—No se preocupen —entonó el Maestro Jedi, su voz resonaba con poder y autoridad—. Así que ciertas facciones creen que saben mejor que nosotros lo que es correcto y justo para Barlok, ¿verdad? ¿Que matarnos les dará lo que desean? ¿Que la influencia de la violencia remplazará a la autoridad de la justicia?

Los propulsores dieron un chisporroteo final y se quedaron en silencio, y aun así el misil permanecía en el aire.

—Gracias, Maestro C'baoth… —dijo Obi-Wan avanzando hacia el misil.

—Quédese ahí, Maestro Kenobi —le ordenó C'baoth bruscamente—. Eso es lo que creen nuestros atacantes, Magistrado Argente; Maestro Gilfrome —dijo, echando una dura mirada a cada extremo de la mesa—. ¿Creen lo mismo?

Argente encontró su voz primero.

—No, por supuesto que no —dijo, su voz temblaba, sus ojos estaba fijados en el misil que había estado a punto de traerles una violenta y repentina muerte a todos ellos.

—¿Entonces por qué persiste en socavar los legítimos derechos de la gente de Barlok? —demandó C'baoth—. Y usted —añadió girándose hacia el extremo de la mesa de Gilfrome—. ¿Por qué persiste en negar el tiempo y el gasto que la Alianza Corporativa ha empleado en recursos en desarrollo que de otra manera habrían yacido para siempre inútilmente entre el suelo de vuestro mundo?

Gilfrome se encrespó.

—Mire, Maestro C'baoth…

—No, mire usted —le cortó C'baoth, mirando de nuevo a Argente—. Miren ambos. He escuchado vuestros argumentos, vuestras posiciones y vuestra bajeza egoísta. Esto acaba aquí.

Deliberadamente, cerró su mano extendida. Con un chisporroteo áspero de metal en tensión, el cuerpo del misil se encogió sobre sí mismo.

—La gente de Barlok exige una decisión justa e imparcial —dijo más tranquilamente ahora mientras le hacía un gesto a Obi-Wan—. Os diré cuál va a ser esa decisión.

La habitación estaba en silencio mientras Obi-Wan avanzaba hacia el arma mutilada, extendiendo su mano para soportar su peso en lugar de C'baoth. Sujetándolo con la Fuerza frente a él, se giró y se dirigió hacia la entrada. Lorana le lanzó una mirada interrogativa a C'baoth, recibiendo un microscópico asentimiento en respuesta, y se marchó con Obi-Wan.

Fue sólo entonces cuando se fijó en Anakin de pie bajo la entrada, con los ojos llenos de admiración mientras miraba a través de la habitación hacia C'baoth.

—Les ha dicho eso —murmuró mientras ella y Obi-Wan le alcanzaban.

—Vamos —dijo Obi-Wan, su frente estaba arrugada levemente cuando miró al chico—. Llevemos esta cosa al equipo de eliminación de la policía.

—Informe —ordenó la voz arenosa de Darth Sidious, su cara encapuchada sobrevolaba sobre el holoproyector.

—La operación Barlok ha sido un completo éxito, mi señor —le dijo Doriana—. Ambos lados de las negociaciones estaban tan conmocionados por el ataque que C'baoth fue capaz de forzarlos a llegar a un acuerdo.

—¿Y por supuesto se ha llevado todo el mérito?

—Conociendo a C'baoth, no hay ninguna duda al respecto —dijo Doriana—. Afortunadamente, el planeta entero parece muy feliz de que así sea. Otro día o dos, y será el héroe del sector entero. Démosle una semana, y probablemente estará organizando su propio desfile de la victoria a través de los niveles intermedios de Coruscant.

—Lo has hecho bien —dijo Sidious—. ¿Y qué hay de la imprevista interferencia de Kenobi y Skywalker?

—Insignificante —dijo Doriana, maravillándose de nuevo de la velocidad y la amplitud del conocimiento del Lord Sith. Él ni siquiera había mencionado la inoportuna llegada de Kenobi a Barlok, y aun así, aparentemente, Sidious lo sabía todo sobre eso. Claramente, tenía excelentes fuentes de información—. Todo lo que tuve que hacer fue añadir un atomizador de líquido para asegurarme de que no serían capaces de detenerlo hasta que alcanzara la cámara de conferencias, donde C'baoth podría realizar su obra dramática de tribuna.

—¿Y ni él ni Kenobi sospechan de tu manipulación de los acontecimientos?

—En absoluto, mi señor —le aseguró Doriana—. Kenobi no es del tipo que busca reconocimiento público. C'baoth ciertamente no es del tipo que le ofrecería compartirlo.

—Entonces todo sigue de acuerdo con mis planes —concluyó Sidious con satisfacción—. La oposición del Senado y del Consejo Jedi al proyecto mascota de C'baoth se derretirán ahora ante el fuego de su estatura recién realzada.

—Y si no, tengo otros planes de contingencia para elevarla incluso más —dijo Doriana—. Todo lo necesario son las palabras adecuadas en el oído de Palpatine.

—Sí —dijo Sidious—. Hablando de Palpatine, será mejor que abandones Barlok y regreses a tus asuntos oficiales. También quiero que encuentres la manera de convertirte en el vínculo personal del Canciller Supremo con las preparaciones finales de *Vuelo de Expansión*.

—Eso es fácil, mi señor —le aseguró Doriana—. Palpatine está tan ocupado con otros asuntos que agradecerá la oportunidad de delegar esto en mí.

—Excelente —dijo Sidious—. Lo has hecho bien, amigo mío. Contacta conmigo cuando regreses a Coruscant y discutiremos los detalles finales.

La imagen se desvaneció, y Doriana cortó la conexión. Un hombre más simple, reflexionó, incluso un maestro del Lado Oscuro como Lord Tyrannus, podría haber intentado eliminar a C'baoth directamente mediante un auténtico asesinato, utilizando un ataque más potente de unos conspiradores más competentes.

Pero, como el mismo Sidious había señalado, Doriana era más sutil que eso. Después de todo, ¿por qué deshacerse simplemente de un poderoso agitador como Jorus C'baoth cuando podrías eliminarlo a él y a tantos otros Jedi con los que hablaría para que le acompañaran en el *Vuelo de Expansión*?

Sonriendo para sí mismo, Doriana empezó a desmontar su holoproyector. Jorus C'baoth, Maestro Jedi y amenaza potencial al plan de Darth Sidious para la República, estaba muerto.

Sólo que él aún no lo sabía.

Había sido un día largo y frustrante en el Centro de Preparación, uno más en una serie interminable de ellos extendiéndose hasta el principio de los tiempos, y mientras Chas Uliar abría la puerta de su apartamento se preguntó de nuevo si todo esto alguna vez valdría la pena.

Acababa de terminar la escuela cuando se le aproximaron los reclutadores del *Vuelo de Expansión*, y entre la excitación y el optimismo de la juventud había firmado instantáneamente para formar parte. Pero ahora, después de dos años de preparaciones lentas y retrasos alargados, el brillo había empezado a desaparecer. El último rumor era que el Comité de Asignaciones del Senado había decidido retirar a todas las familias del viaje, lo que convertiría al *Vuelo de Expansión* esencialmente en poco más que una extensa misión militar de reconocimiento.

Lo que, por supuesto, haría desaparecer la única cosa que hacía que todo este proyecto fuese único. Pero entonces, ¿qué les importaba a los corruptos burócratas de Coruscant algo tan trivial como la historia o la gloria o incluso una visión del futuro de la República?

Las placas luminosas de la habitación común estaban apagadas, pero mientras las encendía divisó un resquicio de luz que surgía por debajo de las puertas de cada uno de los dormitorios. Al menos dos de sus tres compañeros de habitación estaban en casa, entonces. Los planificadores habían colocado deliberadamente a los reclutas estrechamente juntos, para simular de esta manera las estrechas habitaciones que existirían a bordo de los seis Acorazados una vez que el *Vuelo de Expansión* comenzara su misión. Algunas personas, en su mayoría de los mundos escasamente poblados del Borde Medio, no habían sido capaces de manejar la falta de privacidad y habían abandonado, pero el propio Uliar no había tenido ningún problema.

Aunque si todas las familias eran apartadas como el Senado quería, pensaba amargamente, probablemente conseguiría una habitación de este tamaño toda para él.

Estaba mirando en la despensa, intentando decidir lo que cenar, cuando una de las puertas se abrió detrás de él.

—Hey, Chas —le saludó Brace Tarkosa desde atrás—. ¿Has oído las noticias?

Uliar sacudió la cabeza.

—He estado en el A-Cinco todo el día intentando arreglar un problema en el circuito de combustible —dijo girándose—. Déjame adivinar: ¿el Senado ha decidido cancelar la operación completamente?

—Casi aciertas —dijo Tarkosa sonriendo. Era un hombre de constitución fuerte, dos años más mayor que Uliar, y supuestamente uno de los cien primeros en haberse unido al proyecto—. No sólo no la han cancelado, sino que han restituido la financiación

completa, autorizado el ensamblaje final de los Acorazados y han cambiado de opinión en lo de retirar a las familias.

Uliar le miró.

—¿Estás bromeando? —dijo—. ¿Ha comido alguien en Coruscant marisco en mal estado y ha empezado a oír voces?

Tarkosa sacudió la cabeza.

—El rumor es que ha sido todo obra del Maestro Jedi C'baoth. Volvió rugiendo de alguna sesión de negociación hace dos días con ímpetu suficiente para conseguir todo esto del comité —levantó un dedo—. Y parece que también vamos a tener algunos Jedi más.

—¿Cuántos?

—No lo sé —dijo Tarkosa—. Tantos como C'baoth quiera, aparentemente.

—Eso sería perfecto —murmuró Uliar con un vestigio de esperanza apenas perceptible. Los rumores por aquí eran tan baratos como los problemas con el hardware, y ciertamente, él no estaba preparado para creérselos literalmente. Pero si los Jedi se habían apuntado realmente al proyecto, quizá las cosas empezaran finalmente a moverse. Después de todo, el viento solar soplaba en todas las velas, y todo el mundo sabía que los Jedi siempre tenían lo mejor de todo—. Entonces ¿cuándo se supone que ocurrirá todo eso?

—Cualquier día a partir de hoy —le aseguró Tarkosa. Sonrió burlonamente—. Hey, ten un poco de fe. Venga, vamos a buscar a Keely y vayamos al café a cenar.

—Ve delante —le dijo Uliar, girándose hacia la despensa y sacando una ración empaquetada de viaje—. Guardaré mis celebraciones hasta que los Jedi estén realmente aquí.

—¿Seis de ellos? —repitió Obi-Wan con incredulidad.

—Incluyendo al propio C'baoth, sí —confirmó Windu, con la espalda rígida mientras miraba por la ventana de la Cámara del Consejo hacia el horizonte anochecido de Coruscant—. Y once Caballeros Jedi se han apuntado para ir también.

Obi-Wan hizo una mueca. Seis Maestros Jedi, más once Caballeros Jedi, no era un número insignificante en estos días cada vez más oscuros.

—Pensaba que usted y el Maestro Yoda le habían dicho que no podía llevar más que otros dos Jedi.

—Eso fue antes de Barlok —dijo Windu tristemente, girándose para mirarle—. *Después* de Barlok… bien, digamos simplemente que ni siquiera el Consejo es completamente inmune a la presión.

—Sí, algo he oído —dijo Obi-Wan, asintiendo—. Ha estado exponiendo sus argumentos a cualquiera que le escuchase.

—Y puede ser muy persuasivo cuando se lo propone —dijo Windu—. No esperaba que contagiase a tantos su excitación.

Obi-Wan sintió como se arrugaba su frente. El Maestro Jedi Windu, tan estrechamente armonizado con la Fuerza como ningún Jedi en la República… ¿y aun así no había previsto algo tan drástico?

—¿No pueden denegarles el permiso?

—Por supuesto que podríamos —dijo Windu—. Pero me temo que eso, en este momento, causaría más disensiones. No podemos permitírnoslo, no en estos tiempos de confusión. Y para ser honesto, hay buenos argumentos para tener un fuerte presencia Jedi a bordo del *Vuelo de Expansión* —hizo una pausa, estudiando la cara de Obi-Wan—. Dime, ¿localizaron o identificaron los investigadores en Barlok al humano que los conspiradores Brolf aseguraban que les había ayudado con el ataque del misil?

—No hasta el momento en el que Anakin y yo nos marchamos —le dijo Obi-Wan—. Tampoco he oído nada desde entonces. ¿Por qué?

—Me molesta de alguna manera —dijo Windu—. Tenemos a un humano ayudando a lanzar un misil, el cual es detenido en el último momento por otro humano. ¿Coincidencia?

Obi-Wan sintió sus cejas alzarse por su frente.

—¿Está sugiriendo que C'baoth pudo haber planeado todo esto por sí mismo?

—No, por supuesto que no —dijo Windu. Pero no sonaba absolutamente seguro—. Sólo un Jedi que se hubiese pasado al Lado Oscuro sería capaz de tal manipulación a sangre fría. No puedo creer que él hiciese eso, ni si quiera por algo en lo que cree tan firmemente.

—Por otro lado, sospechamos que puede haber un Sith en algún lugar allá afuera —señaló Obi-Wan—. Quizá… no. No, tampoco puedo creerlo.

—Aun así, no podemos permitirnos correr riesgos —dijo Windu—. Por eso te pedí que vinieses esta noche. Quiero que tú y Anakin encontréis a C'baoth y le pidáis ir con él. No todo el camino hasta la próxima galaxia —se apresuró a añadir mientras Obi-Wan sentía como su mandíbula caía—. Sólo a través de la parte de la exploración de las Regiones Desconocidas.

—Eso podría llevar meses —protestó Obi-Wan—. Tengo trabajo que hacer en Sulorine.

—A veces la tarea más importante de un Jedi es mantenerse en pie y esperar —argumentó Windu suavemente—. Supongo que le has mencionado eso a Anakin en alguna ocasión, ¿verdad?

Obi-Wan hizo una mueca.

—No más de dos veces al día —concedió—. ¿Tiene alguna sugerencia sobre cómo convencer a C'baoth de dar la vuelta cuando lleguemos al borde de la galaxia y nos traiga de vuelta?

—Esa sería una conversación interesante —dijo Windu secamente—. Pero no, mi idea era colocar una Delta-Doce Skysprite a bordo de uno de los Acorazados para ti. Es

una versión más grande, de dos asientos, de la Delta Siete Aethersprite con la que has estado entrenando, sólo que sin armas. Sistemas Kuat está deseando sacarlas al mercado civil en algún momento de los próximos meses.

—Sin hipermotor interno, ¿verdad?

Windu sacudió su cabeza.

—Usa el mismo anillo hiperimpulsor TransGalMeg que la Aethersprite.

—No sé —dijo Obi-Wan dudosamente, haciendo cálculos en su cabeza—. Estamos hablando de una distancia terrible para algo de ese tamaño. Especialmente con dos personas a bordo.

—Será apretado, pero realizable —le aseguró Windu—. Especialmente dado que ambos, Anakin y tú, podéis usar la hibernación Jedi para alargar los suministros de aire y comida.

Obi-Wan extendió las manos.

—Si eso es lo que el Consejo desea, Anakin y yo estamos listos para obedecer. Si C'baoth nos admite, así será.

—Sólo encuentra la manera de subir a bordo —dijo Windu mientras sus ojos se oscurecían—. De cualquier manera que tengas que hacerlo.

10

—¿Cuál es tu profesión? —preguntó Thrawn en Cheunh.

—Soy un comerciante —dijo Car'das cuidadosamente en el mismo lenguaje, forzando los extraños sonidos a través de sus reacios labios y lengua.

Thrawn alzó las cejas educadamente.

—¿Tu eres un barco de pesca? —preguntó, cambiando a Básico.

Car'das miró a Maris.

—Eso es lo que has dicho —confirmó ella con una sonrisa divertida en su cara.

Levantó una mano ligeramente, dejándola caer en su regazo.

—Soy un comerciante —dijo, rindiéndose y cambiando al lenguaje comercial Minnisiat.

—Ah —dijo Thrawn en el mismo lenguaje—. ¿Eres un comerciante?

—Sí. —Car'das sacudió la cabeza—. ¿Realmente dije que era un barco de pesca?

—*Pohskapforian*; *Poshkapforian* —pronunció Thrawn—. ¿Oyes la diferencia?

Car'das asintió. Podía oír la diferencia entre los sonidos *p* aspirados y los no aspirados en la segunda sílaba, de acuerdo. Simplemente no podía hacer la diferencia con su propia boca.

—Y lo he practicado toda la tarde —se quejó.

—Te advertí que el Cheunh muy probablemente estuviese más allá de tus capacidades físicas —le recordó Thrawn—. Aun así, tu incremento en el nivel de comprensión ha sido muy sorprendente, especialmente después de solo cinco semanas. Y tu progreso con el Minnisiat durante el mismo periodo no ha sido menos notable. Estoy impresionado. —Sus brillantes ojos se posaron en Maris—. Con los dos.

—Gracias Comandante —dijo Car'das—. Haberle impresionado es ya un elogio, ciertamente.

—Ahora tú me estás adulando —advirtió Thrawn con una sonrisa—. ¿Es la palabra correcta? ¿*Adular*?

—La palabra es correcta —confirmó Car'das. Cualquier progreso que él y Maris pudiesen haber hecho en sus estudios, el propio trabajo de Thrawn en Básico les había sobrepasado con mucho, un hecho aún más notable dado el poco tiempo que había dedicado a estudiar el idioma—. Pero yo discutiría su uso —añadió—. Adular implica exageración o incluso falsedad. Mi afirmación era la verdad.

Thrawn inclinó su cabeza.

—Entonces acepto el elogio como tal —se giró hacia Maris—. Y ahora, Ferasi, tengo lista tu petición especial.

Car'das frunció el ceño.

—¿Petición especial?

—Ferasi me pidió que hiciese una descripción de una de las obras de arte a bordo de la nave pirata Vagaari —le dijo Thrawn.

Car'das la miró.

—¿Oh?

—Quería alguna práctica extra con términos abstractos y adjetivos —dijo ella, mirándole a los ojos tranquilamente.

—Sí, por supuesto —dijo Car'das precipitadamente—. Sólo me lo preguntaba.

Ella mantuvo la mirada una fracción de segundo más, entonces se giró hacia Thrawn.

—¿Puedo preguntar qué pieza ha elegido?

—Ciertamente no —la reprendió con una sonrisa—. Tendrás de que deducirlo de mi descripción.

—Oh —dijo ella, sonando momentáneamente desconcertada. Miró a Car'das y apretó la mandíbula firmemente—. De acuerdo. Estoy preparada.

Los ojos de Thrawn parecieron desenfocarse mientras miraba a través de la habitación.

—El cambio de colores es como el borde de un arco iris mezclándose en una cascada iluminada por el sol…

Car'das escuchaba el melodioso fluir de las palabras Cheunh, esforzándose por continuar mientras estudiaba a Maris por el rabillo del ojo. Ella estaba esforzándose un poco también, moviendo ocasionalmente los labios mientras avanzaba con dificultad a través de los términos más complejos. Pero detrás de la concentración, él pensó que podía ver algo más en los ojos de ella mientras miraba a Thrawn.

No era la clase de mirada que un estudiante de idiomas debería echarle a su profesor. Con toda seguridad, no era una mirada que un cautivo debiera echarle a su captor.

Una sensación desagradable comenzó a flotar en sus entrañas. Ella no podía estar enamorándose de Thrawn en realidad, ¿verdad? Seguramente ella no se dejaría atrapar por su inteligencia, su cortesía y su sofisticación.

Porque ella no era sólo la compañera y copiloto de Qennto, después de todo. Y aunque Car'das nunca había visto a Qennto en un ataque de celos, estaba seguro que no quería verlo.

… Con un profundo sentimiento de desconexión y antagonismo entre el artista y su gente.

—Precioso —murmuró Maris, sus ojos brillaban incluso más mientras miraba a Thrawn—. Eso era el lienzo con el borde tallado, ¿verdad? ¿El paisaje con la oscuridad creciendo hacia arriba desde la esquina inferior?

—Correcto —confirmó Thrawn. Miró a Car'das—. ¿Fuiste capaz de identificarlo?

—¿Yo? No —admitió Car'das—. Estaba más concentrado en entender las palabras.

—Uno puede concentrarse tan estrechamente en las palabras de una frase que por consiguiente pierde el significado —señaló Thrawn—. Al igual que puede suceder en cualquier área de la vida. Nunca debes perder la atención del esquema global —miró hacia una serie de luces en la pared encima de la puerta y se levantó—. La lección de hoy ha terminado. Debo ver a mi invitado.

—¿Invitado? —preguntó Maris mientras ella y Car'das se levantaban también.

—Un almirante de la Flota de Defensa Chiss está de camino para tomar posesión de la nave Vagaari —dijo Thrawn mientras todos ellos se dirigían hacia la puerta—. Nada por lo que necesitéis preocuparos.

—¿Podríamos observar la ceremonia de bienvenida con usted? —preguntó Car'das—. Esta vez deberíamos ser capaces de entender lo que se dice.

—Creo que eso será admisible —dijo Thrawn—. La almirante Ar'alani ciertamente habrá oído de vuestra presencia por el Aristócrata Chaf'orm'bintrano, y querrá veros por sí misma.

—¿Son de la misma familia? —preguntó Maris.

Thrawn sacudió la cabeza.

—Los oficiales superiores de la Flota de Defensa no pertenecen a ninguna familia —dijo—. Son despojados del nombre familiar y de privilegios, y pasan a formar parte de la Jerarquía de Defensa para que puedan servir a todos los Chiss sin diferencias o prejuicios.

—¿Así que el mando militar está basado en méritos, y no en algo que viene por las conexiones de la Familia? —preguntó Maris.

—Exacto —confirmó Thrawn—. Los oficiales pasan a formar parte de la Jerarquía una vez que se han probado a sí mismos, al igual que las propias Familias Regentes eligen sus méritos adoptivos.

—¿Qué son méritos adoptivos? —preguntó Car'das.

—Chiss traídos desde fuera del linaje de la Familia para enriquecer, diversificar o revitalizar —le dijo Thrawn—. Todos los guerreros son hechos méritos adoptivos cuando son aceptados en la Flota de Defensa o en la Flota Expansionista —golpeó ligeramente el parche color vino de su hombro—. Esa es la razón por la que todos los guerreros llevan el color de una de las Familias.

—¿Cuál es la tuya? —preguntó Maris.

—La Octava —dijo Thrawn—. Mi posición es realmente diferente de la de muchos guerreros, ya que he sido nombrado nacido en la Prueba de la familia. La mayoría de las posiciones de los guerreros acaban automáticamente cuando dejan las fuerzas armadas, pero la mía conlleva la posibilidad de que sea considerado digno y emparentado permanentemente con la Familia. Quizá incluso me concedan la posición de rango distante, lo que ligará a mis descendientes y linaje a la Familia.

—Suena complicado —comentó Car'das.

—Suena inteligente —rebatió Maris—. La República podría usar mucho de eso, en lugar de andar siempre con linajes directos, o el mejor postor.

—Mmm… —dijo Car'das sin comprometerse. No era el momento de empezar una discusión sobre la política de la República—. ¿Y dice que hay nueve de estas Familias Regentes?

—Hay nueve en este momento —dijo Thrawn—. El número varía con acontecimientos y fortunas políticas. En varios momentos a lo largo de los siglos ha habido tantas como doce y tan pocas como tres.

Alcanzaron la cámara de bienvenida y descubrieron que había sido configurada para la nueva llegada. Las colgaduras de la pared y el techo eran totalmente diferentes de las de la llegada del Aristócrata Chaf'orm'bintrano, y para Car'das la distribución parecía menos elaborada. Quizá incluso un oficial militar de alto rango no estaba considerado tan altamente como un pariente lejano de una de las Familias Regentes.

—La ceremonia será considerablemente corta y menos formal que la última que visteis —dijo Thrawn mientras les indicaba sus posiciones flanqueándole pero dos pasos por detrás de él—. Deberías ser capaces de seguir la conversación —pareció considerarlo, entonces les dedicó una pequeña sonrisa—. La apariencia de la almirante puede sorprenderos un poco —añadió—. Estoy deseando escuchar vuestra opinión más tarde.

Se giró hacia la puerta y asintió a uno de los guerreros. Con un campanilleo suave que le recordó a Car'das un carillón de agua, la puerta se abrió y cuatro guerreros Chiss vestidos de negro la atravesaron, tomando posiciones a cada lado. Preguntándose qué habría querido decir Thrawn con lo de la apariencia de su invitado, Car'das se estiró en su mejor aproximación de atención militar mientras una alta hembra Chiss apareció a la vista.

Solo que en lugar del normal uniforme negro, ella estaba vestida desde el cuello hasta las botas de un deslumbrante blanco.

Car'das parpadeó por la sorpresa mientras ella sobrepasaba a su escolta entrando en la cámara de bienvenida. Cada guerrero Chiss que había visto hasta el momento había vestido invariablemente de negro, excepto a los guardias claramente basados en la familia que habían acompañado a Chaf'orm'bintrano. ¿Era porque ella estaba conectada con la Flota de Defensa en lugar de con la Flota Expansionista?

La almirante avanzó hacia el centro de la sala y se detuvo.

—En nombre de todos los que sirven a los Chiss, yo la saludo, Almirante Ar'alani —entonó Thrawn, dando un paso hacia ella.

—Acepto sus saludos, y le saludo a su vez, Comandante Mitth'raw'nuruodo —respondió la almirante. Sus palabras iba dirigidas a Thrawn, pero Car'das podía asegurar que sus ojos estaban fijos en los dos humanos detrás de él—. ¿Garantiza mi seguridad, y la seguridad de mi tripulación?

—Garantizo su seguridad con mi vida y las vidas de aquellos a mi mando —dijo Thrawn, inclinando su cabeza—. Entre en paz y con confianza.

Ar'alani se inclinó a su vez.

—¿Quiénes son estos que están detrás? —preguntó cambiando de tono sutilmente.

Y con eso, aparentemente, la ceremonia terminó.

—Visitantes de un mundo lejano —le dijo Thrawn, girándose a medias para indicarles que se acercaran—. Car'das y Ferasi, os presento a la Almirante Ar'alani.

—Es un honor, Almirante —dijo Car'das en Cheunh, intentando imitar la inclinación que acababa de ver hacer a Thrawn.

Ar'alani pareció retroceder.

—El Aristócrata Chaf'orm'bintrano no me dijo que hablasen Cheunh —dijo con un toque de desagrado en su tono.

—El Aristócrata Chaf'orm'bintrano no lo sabía —contestó Thrawn educadamente—. Él pasó poco tiempo aquí, y no mostró algún interés en conocer a mis invitados.

Los ojos de Ar'alani fueron de Thrawn a Car'das.

—El informe decía que había tres de ellos.

—El tercero está ocupado —dijo Thrawn—. Puedo convocarle si lo desea.

Ar'alani alzó las cejas.

—¿Se le permite vagar libremente a través de una instalación de la Flota Expansionista Chiss?

Thrawn sacudió la cabeza.

—Los tres están bajo constante vigilancia.

—¿Los estás estudiando, entonces?

—Por supuesto —dijo Thrawn, como si fuese obvio.

Car'das suprimió una mueca. Había sabido desde el principio que esa era una de las razones de Thrawn para mantenerle a él y a los otros alrededor. Pero aun así, era un poco desestabilizante escucharlo en voz alta.

—¿Y qué has aprendido? —preguntó Ar'alani.

—Muchísimo —le aseguró Thrawn—. Pero este no es el momento ni el lugar de discutirlo.

Los ojos de Ar'alani se fijaron en los guerreros de Thrawn, todavía parados con atención contra los muros de la cámara de bienvenida.

—De acuerdo —dijo.

—Supongo que deseará recorrer la nave capturada antes de llevársela —continuó Thrawn—. Tengo una lanzadera esperando.

—Bien —dijo Ar'alani alcanzando su cinturón y tocando la forma lisamente curvada de un comunicador Chiss sujeto allí—. Deje que llame a mi pasajero e iremos.

Los ojos de Thrawn se estrecharon, y por primera vez Car'das sintió un asomo de sorpresa en su cara.

—No se mencionó a pasajero alguno.

—Su presencia no está autorizada oficialmente por la Flota de Defensa —dijo Ar'alani—. Le traje aquí como un favor a la Octava Familia Regente —detrás de ella, un joven varón Chiss salió a la vista, con una túnica corta y botas altas compuestas de un patrón de parches grises y burdeos, una pequeña sonrisa en su cara.

Thrawn se puso tenso.

—¡Thrass! —dijo en una respiración. Avanzó hacia el otro mientras entraba en la cámara, reuniéndose con él a medio camino.

Alzando su mano derecha, agarró el brazo derecho del otro por el codo, mientras el otro le agarraba a su vez.

—Bienvenido —dijo sonriendo—. Ciertamente esto es una sorpresa.

—Una hazaña que raramente he logrado —dijo el otro, inclinando su cabeza. Él aún estaba sonriendo, pero Car'das pudo ver indicios de tensión en las líneas alrededor de sus ojos mientras su mirada pasaba sobre el hombro de Thrawn.

Thrawn obviamente se dio cuenta de ese cambio.

—Mis invitados —dijo, soltando el brazo del otro y señalando hacia los humanos—. Car'das y Ferasi, comerciantes K'rell'n de la República Galáctica.

—La descripción del Aristócrata Chaf'orm'bintrano no les hacía justicia —comentó Thrass, mirándoles de arriba a abajo—. Particularmente en la ropa.

—Su cargamento regular de diseño de estilo desde Csilla debe de haber sido retrasado —dijo Thrawn secamente—. Car'das y Ferasi: este es Síndico Mitth'ras'safis de la Octava Familia Regente —sonrió un poco más ampliamente—. Mi hermano.

—¿Su *hermano*? —dijo Maris con una exhalación.

—¿Y ellos hablan Cheunh? —dijo Mitth'ras'safis con un tono ligeramente oscurecido.

—Hasta cierto punto —dijo Thrawn—. La Almirante Ar'alani y yo íbamos a visitar la nave pirata capturada. ¿Te importaría acompañarnos?

—Esa es la razón principal por la que estoy aquí —dijo Mitth'ras'safis.

—¿La razón *principal*? —preguntó Thrawn.

Los labios del otro se crisparon.

—Hay otras.

—Ya veo —dijo Thrawn—. Pero hablaremos de ellas más tarde. Si viene por aquí, Almirante.

En su mayor parte, el viaje por el lado del asteroide fue hecho en silencio. Thrawn mencionó ocasionalmente algo técnico en el diseño de la nave pirata mientras se aproximaban, pero ni la almirante ni Mitth'ras'safis parecían lo suficientemente interesados como para responder con algo más que gruñidos comentarios monosilábicos o alguna pregunta ocasional.

Un par de veces, a lo largo del recorrido, Car'das advirtió que Mitth'ras'safis fruncía el ceño hacia él y Maris, como si se preguntara por qué Thrawn había traído gente no Chiss al viaje. Pero nunca pidió una explicación, pero Thrawn nunca la ofreció.

Los cuerpos alienígenas hacía tiempo que habían sido retirados de la nave, pero había muchos otros detalles y deducciones que Thrawn era capaz de señalar mientras el grupo avanzaba por los corredores, todo desde las probables características físicas de no menos de tres especies diferentes de esclavos de los Vagaari, hasta el equipo que sus amos les había permitido usar probablemente.

Car'das no había oído nada de ese análisis, y escuchaba asombrado el monologo del comandante. De nuevo, Ar'alani y Mitth'ras'safis absorbieron la información en silencio.

Hasta que llegaron a la sala del tesoro.

—Ah… aquí estáis —resonó la profunda voz de Qennto desde una de las esquinas posteriores, saludando con una mano mientras agarraba un antiguo escudo de batalla decorado con la otra.

—¿Qué está haciendo este alienígena aquí? —preguntó Ar'alani.

—Está ayudando a catalogar los objetos para mí —replicó Thrawn—. Algunos de los sistemas saqueados por los Vagaari están en territorio de la República, y él tiene algunos conocimientos sobre su origen y valor.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Qennto mirando a Maris.

Ella miró interrogativamente a Thrawn.

—En Sy Bisti, por favor —dijo el comandante, cambiando a ese lenguaje—. No queremos dejar a la almirante y al Síndico fuera de la conversación.

—Sí, Comandante —se giró hacia Qennto y tradujo el último comentario de Thrawn.

—Oh, estoy ayudando a catalogar, es cierto —dijo Qennto observando a los recién llegados con desconfianza—. También estoy eligiendo los objetos que me llevaré conmigo a casa.

—¿Qué objetos son esos? —preguntó Ar'alani en Cheunh, estrechando sus brillantes ojos—. ¿Comandante?

—En Sy Bisti, por favor, Almirante —le recordó Thrawn.

—Esto no es un círculo de conversación interespecies —rebatió Ar'alani agriamente ignorando la petición—. ¿Qué les ha prometido exactamente a estos alienígenas?

—Ellos son mercaderes y comerciantes —le recordó Thrawn con una voz un poco rígida—. Les he ofrecido algunos de los objetos como compensación por las semanas de servicio.

—¿Qué servicio? —preguntó Ar'alani, pasando la mirada de Car'das a Maris y después a Qennto—. Les ha proporcionado comida y habitaciones, enseñado Cheunh… ¿y por esto merecen una compensación?

—Nosotros también le hemos enseñado nuestro idioma al comandante —dijo Maris.

—No hablarás a un almirante de los Chiss a menos que te hable primero —le dijo Ar'alani bruscamente.

Maris enrojeció.

—Mis disculpas.

—Aquí hay abundancia de sobra para nuestros visitantes y para la Ascendencia —dijo Thrawn—. Si viene por aquí, hay algunos detalles del cuarto de máquinas que me gustaría mostrarle —dio un paso hacia la puerta.

—Un momento —dijo Ar'alani, sus ojos estaban de nuevo posados en Qennto y en el escudo que seguía sujetando desafiantemente—. ¿Quién decidirá los objetos que sus humanos podrán llevarse?

—Mi intención era dejar esa decisión en gran parte al Capitán Qennto —dijo Thrawn—. Lleva trabajando en este inventario algunas semanas y tiene un extenso conocimiento de su contenido. Puedo facilitarle una copia de la lista completa antes de que se vaya.

—¿Una lista de lo que hay aquí ahora? —preguntó Ar'alani—. ¿O una lista de lo que había aquí *antes* de que se llevase sus objetos seleccionados?

—Ambas listas estarán disponibles —le aseguró Thrawn dando otro paso hacia la puerta—. Y mis controladores han mostrado que las listas y las descripciones son suficientemente precisas. En cualquier caso, tendrá tiempo de examinar ambos, las listas y los tesoros, en el viaje de vuelta.

—O podría examinarlos ahora mismo —dijo Ar'alani, haciendo un gesto a uno de sus dos guerreros—. Tú, consigue la lista. Creo, Comandante, que preferiría hacer mi propio inventario.

—Como desee, Almirante —dijo Thrawn—. Desafortunadamente, no seré capaz de ayudaros en esa tarea. Hay asuntos administrativos que requieren mi atención.

—Puedo hacerlo sin su ayuda —dijo Ar'alani. Por el tono de su voz, Car'das tuvo la sensación de que ella lo haría tan pronto como no lo tuviese mirando sobre su hombro—. Asegúrese de que tengo una lanzadera con la que regresar a mi nave cuando haya acabado —sus ojos se fijaron en el hermano de Thrawn—. Y creo que sería sabio si Síndico Mitth'ras'safis permaneciese conmigo. Con el permiso del Síndico, por supuesto.

—No tengo objeciones —le aseguró Mitth'ras'safis. Para Car'das, su cara parecía un poco molesta.

—Entonces espero conversar de nuevo con usted cuando quiera —dijo Thrawn. Captando la mirada de Car'das asintió hacia la puerta.

Recorrieron veinte metros por el pasillo antes de que Car'das se atreviese a hablar.

—No tiene realmente ningún trabajo administrativo, ¿verdad? —le preguntó a Thrawn manteniendo su voz baja—. Sólo quería mantenerse alejado de la almirante por un rato.

—Una ruda acusación —dijo Thrawn suavemente—. Vas a manchar la elevada opinión que tiene Ferasi sobre mí.

¿Ferasi qué? Car'das miró detrás de él y descubrió que de hecho Maris les había seguido fuera de la sala del tesoro.

—Oh. Hola —dijo débilmente.

—Creo que no lo has pillado, Jorj —dijo ella—. El Comandante Thrawn no quería escabullirse de la almirante. La manejo para que decidiese por sí misma quedarse atrás.

—¿Qué te ha llevado a esa conclusión? —preguntó Thrawn.

—El hecho de que esta es la primera vez que oigo sobre Rak pasando semanas haciendo inventario del tesoro —dijo ella—. Él ciertamente me habría mencionado algo como eso.

—Aun así, no lo ha negado —señaló Thrawn.

—Porque esa parte de la conversación fue en Cheunh —dijo Car'das, cogiéndolo finalmente—. La que él no entendió.

—Excelente —dijo Thrawn asintiendo—. Los dos.

—¿Entonces qué está pasando exactamente? —preguntó Maris.

—He recibido un informe de otro ataque Vagaari, este todavía en curso —dijo—. Voy a echar una mirada.

—¿Cómo de lejos está? —preguntó Car'das—. Me refiero que la sala del tesoro no va a retener su atención tanto tiempo.

—Está aproximadamente a seis horas estándar —dijo Thrawn—. Y espero completamente que la Almirante Ar'alani me dé una severa reprimenda cuando regrese, asumiendo que retrase su partida hasta entonces. Por ahora, sin embargo, todo lo que necesito es que esté distraída lo suficiente para que escapemos.

El estómago de Car'das se tensó.

—No va allí simplemente a observar, ¿verdad?

—El propósito del viaje es evaluar la situación —dijo Thrawn llanamente—. Pero si juzgo que hay una oportunidad razonable de eliminar esta amenaza para la Ascendencia Chiss… —dejo la frase inacabada, pero no había duda de sus intenciones. Iba a atacar.

Y por la manera en la que sacó a Car'das de la sala del tesoro, estaba claro que esperaba que su tutor de lenguaje le acompañase en el viaje.

Car'das respiró profundamente. Él ya había estado en más batallas espaciales de las que le gustaría, y marchar contra un grupo invasor Vagaari completamente armado no era algo que quisiera hacer realmente. Pero quizá aún había una posibilidad de quedarse atrás y salir airoso.

—Estoy seguro de que hará lo que sea correcto —dijo diplomáticamente—. Buena suerte, y…

—¿Podría ir con usted? —le interrumpió Maris.

Car'das le lanzó una mirada alarmada. Sus ojos se fijaron en los de él, con una dura advertencia en su expresión.

—Podría ser bueno tener un testigo cerca —continuó ella—. Especialmente alguien que no tiene conexión con alguna de las Familias Regentes.

—Estoy de acuerdo —dijo Thrawn—. Por eso me llevo a Car'das.

Car'das se sobresaltó. Demasiado para una salida airosa.

—Comandante, aprecio la oferta…

—Dos testigos serían mejor —dijo Maris.

—Realmente, Qennto sería un mejor opción que Maris o yo —intentó Car'das de nuevo—. Él es el que…

—En teoría, sí —estuvo de acuerdo Thrawn mirando a Maris—. Pero no importa cuán cuidadosamente planeada o ejecutada sea una batalla; una batalla siempre conlleva riesgos.

—Él es el que disfruta realmente de esta clase de excitación…

—Al igual que volar con Rak —prosiguió Maris—. Estoy dispuesta a correr el riesgo.

—Yo podría volver y sacarle de la sala del tesoro…

—No estoy seguro de que *yo* esté —contestó Thrawn en el mismo tono—. Si fueses herida o asesinada, no querría ser el que le trajese esas noticias a tu capitán.

—Si estamos juntos en el puente, no tendrá que hacerlo —señaló Maris—. Si muero, probablemente también morirá usted, y alguien más se encargaría de ese trabajo —señaló con el pulgar a Car'das—. Parece que Jorj preferiría quedarse atrás de todas formas. Él puede hacerlo.

—Olvídalo —dijo Car'das firmemente, cambiando de idea. Había visto las habilidades de combate de Thrawn, y había visto el temperamento de Qennto, y sabía cuál sonaba más seguro—. Si va Maris, iremos los dos.

—Estoy honrado por vuestra confianza —dijo Thrawn mientras alcanzaban la bahía de lanzamiento—. Venid entonces. Quizá la fortuna de los guerreros sonría en nuestros esfuerzos.

11

—Un minuto para la reentrada —dijo el timonel.

—Recibido —contestó Thrawn—. Guerreros, permaneced alerta.

De pie detrás de la silla del comandante, Car'das le robó una mirada a Maris. Su cara parecía un poco pálida sobre el ancho cuello de su traje de vacío, pero sus ojos estaba claros y su mandíbula firmemente cerrada. Probablemente esperando que Thrawn fuese noble y honorable, pensó agriamente. Esperando que él alentara su ya estratosférica opinión sobre él. Mujeres.

Así que, ¿qué infiernos estaba haciendo él aquí?

—Si los informes son precisos, llegaremos a un área segura a corta distancia, por detrás del borde exterior de la zona de batalla —dijo Thrawn bajando los ojos hacia los cascos que sujetaban en sus manos—. Aun así, sería mejor para vosotros tener ya los cascos en su lugar.

—Podemos colocarlos suficientemente rápido si lo necesitamos —le aseguró Maris.

Thrawn vaciló, después asintió.

—Muy bien. Entonces estad preparados.

Se giró para mirar hacia adelante. Car'das miró el crono de la cuenta atrás, sintiendo la boca incómodamente seca; y mientras llegaba a cero, las líneas estelares aparecieron en el cielo hiperespacial y se colapsaron en estrellas.

Y a través del ventanal se encontró mirando a la visión más horrorosa que jamás hubiese presenciado.

No era el simple ataque pirata que había esperado, con tres o cuatro merodeadores Vagaari persiguiendo un carguero o una nave de línea. Extendiéndose ante ellos, retorciéndose contra el telón de fondo de un mundo azul verdoso moteado de nubes, había al menos doscientas naves de diversos tamaños, unidas en grupos de dos, tres o más por intercambios salvajes de misiles y fuego láser. En la distancia, al otro lado del planeta, podía ver los brillantes puntos de cien naves más, esperando silenciosamente su turno.

Y a través del vertiginoso combate iban a la deriva los restos, cuerpos y cascos muertos de, quizá, veinte naves más.

Esto no era un ataque pirata. Era una guerra.

—Interesante —murmuró Thrawn—. Parece que calculé mal.

—No me diga —dijo Car'das, las palabras salieron como el croar de un anfibio. Él quería apartar los ojos de la carnicería, pero era incapaz de hacerlo—. Salgamos de aquí antes de que alguien nos vea.

—No, no lo entiendes —dijo Thrawn—. Yo sabía que la batalla sería a esta escala. Lo que no había tenido en cuenta era la verdadera naturaleza de los Vagaari —señaló a través del ventanal al distante grupo de naves—. ¿Ves aquellas otras naves?

—¿Las que esperan su turno para atacar?

—No están aquí para atacar —le corrigió Thrawn—. Esos son civiles.

—¿*Civiles*? —Car'das miró con atención los distantes puntos de luz—. ¿Cómo puede saberlo?

—Por la manera en la que se agrupan en posición defensiva, con auténticas naves de guerra colocadas en posición de pantalla a su alrededor —dijo Thrawn—. El error del que hablaba era que los Vagaari no son simplemente una fuerte y bien organizada fuerza pirata. Son, completamente, una especie nómada.

—¿Eso es un problema? —preguntó Maris. Ella miraba tranquilamente el panorama, notó Car'das con un toque de resentimiento, casi tan tranquilamente como miró las pilas de cuerpos a bordo de la nave del tesoro Vagaari.

—Mucho —le dijo Thrawn con una voz sombría—. Porque esto implica a su vez que todas sus construcciones, soporte e instalaciones de mantenimiento son completamente móviles.

—¿Y? —preguntó Car'das.

—Y no nos servirá de nada capturar uno de los atacantes y usar su sistema de navegación para localizar su mundo natal —dijo Thrawn pacientemente—. No hay mundo natal —señaló a la batalla—. A menos que podamos destruir todas sus naves de guerra de una vez, ellos simplemente se desvanecerán en la inmensidad del espacio interestelar y se reagruparán.

Car'das miró a Maris, sintiendo una ola fresca de tensión recorrerle de arriba a abajo. Con sólo un puñado de naves a su disposición, ¿y él estaba hablando de destruir una maquinaria de guerra alienígena al completo?

—Uh, Comandante…

—Cálmate Car'das —dijo Thrawn conciliadoramente—. No me propongo destruirles aquí y ahora. Interesante —señaló dentro del barullo—. Esos dos defensores dañados, los que intentan escapar. ¿Los veis?

—No —dijo Car'das mirando alrededor. Hasta donde él sabía, ninguna parte de la batalla parecía diferente de otra parte.

—Allí —dijo Maris. Acercándole a ella, estiró un brazo para que él mirase en esa dirección—. Aquellas dos naves dirigiéndose a estribor con un trío de cazas tras ellas.

—Vale, de acuerdo —dijo Car'das localizándolas finalmente—. ¿Qué pasa con ellas?

—¿Por qué no han saltado al hiperespacio? —preguntó Thrawn—. Sus motores e hiperimpulsores parecen intactos.

—Quizá piensen que sería una deshonra abandonar su mundo —sugirió Maris.

—¿Entonces por qué corren? —dijo Car'das frunciendo el ceño hacia el escenario. Los cazas se acercaban rápidamente, y los que huían ya estaban lo suficientemente lejos del campo gravitacional del planeta para hacer el salto a velocidad luz. No podía ver ninguna razón por la que retrasarlo más les sirviese para algo.

—Car'das tiene razón —dijo Thrawn—. Me pregunto… ¡allí!

Abruptamente, con un parpadeo de pseudomovimiento, la nave en cabeza hizo el salto hacia la seguridad. Un momento después, la segunda también parpadeó y desapareció.

—No lo entiendo —dijo Car'das frunciendo el ceño mientras los cazas perseguidores rompían la formación y regresaban a la parte principal de la batalla—. ¿A qué estaban esperando? ¿Claridad?

—En cierto sentido, sí —dijo Thrawn—. Claridad de las leyes de la física.

—Pero ellos ya estaban libres del campo gravitacional del planeta.

—Del campo del planeta, sí —dijo Thrawn—. Pero no del de los Vagaari.

Les miró de nuevo, con un brillo en sus relucientes ojos.

—Parece que los Vagaari han descubierto como crear un campo pseudogravitacional.

Car'das sintió caer su mandíbula.

—Ni siquiera sabía que fuese posible.

—La teoría ha estado ahí durante años —dijo Maris con una voz repentinamente pensativa—. Solíamos hablar de ella en la escuela. Pero siempre requería demasiada energía y una configuración del generador demasiado grande para ser práctica.

—Parece que los Vagaari han resuelto ambos problemas —dijo Thrawn.

Car'das le miró de soslayo. Había algo en la voz y la expresión del comandante que indicaba que no le importaba en absoluto.

—¿Y qué significa eso para nosotros? —preguntó con cuidado.

Thrawn señaló por el ventanal.

—Los Vagaari lo están usando, obviamente, para evitar que su presa escape hasta que puedan extinguirla. Creo que quizá yo podría encontrar usos más interesantes para semejante dispositivo.

Car'das sintió como se tensaba su estómago.

—No. Oh, no. No lo haría.

—¿Por qué no? —contestó Thrawn con los ojos barriendo metódicamente la batalla—. Su principal atención está claramente en otro lado, y sean cuales fueran las defensas que tengan alrededor de sus proyectores de gravedad estarán en formación contra posibles incursiones de sus víctimas.

—Eso asume.

—Vi cómo defendían su nave del tesoro —le recordó Thrawn—. Creo que tengo una buena idea de sus tácticas.

Lo que, traducido, significaba que Car'das tenía cero oportunidades de convencerle para que abandonara este esquema de locos.

—¿Maris?

—A mí no me mires —dijo ella—. Además, él tiene razón. Si queremos coger un proyector, este es el momento de hacerlo.

Algo frío se instaló en la boca del estómago de Car'das. *¿Nosotros?* ¿Estaba empezando Maris a identificarse realmente con estos alienígenas?

—Allí —dijo Thrawn bruscamente, señalando—. Esa gran esfera enrejada.

—La veo —dijo Car'das con un suspiro de resignación. La esfera estaba cerca del extremo Chiss de la batalla, al que podrían llegar sin tener que cargar a través de la lucha. Había tres enormes naves de batalla revoloteando protectoramente entre la esfera y el

área principal del combate, pero sólo un puñado de cazas Vagaari estaban realmente dentro del rango de combate.

Un tentador objetivo, prácticamente indefenso. Por supuesto, Thrawn iba a ir a por él.

—Me gustaría recordarle a todo el mundo que todo lo que tenemos es el *Halcón Brioso* y seis cazas pesados —señaló.

—Y al Comandante Mitth'raw'nuruodo —murmuró Maris.

Thrawn se inclinó hacia ella, entonces se giró hacia el lado de babor del puente.

—¿Análisis Táctico?

—Hemos localizado cinco proyectores más, Comandante —informó en Chiss encargado de los sensores—. Todos están en los extremos del área de combate, todos más o menos igual de bien defendidos.

—El análisis de la disposición del proyector y el patrón de salto de las naves que escaparon, indica que la sombra gravitacional es aproximadamente cónica —añadió otro.

—¿Están las tres naves de guerra defensoras dentro del cono? —preguntó Thrawn.

—Sí, señor —el Chiss pulsó una botón y una pantalla apareció en el ventanal, mostrando un ancho y pálido cono azul extendiéndose desde la esfera enrejada hacia el interior de la zona de combate.

—Como veis, los tres defensores principales se encuentran dentro del cono, lo que limita sus opciones —señaló Thrawn a Car'das y a Maris—. Y las tres naves están colocadas con sus motores principales mirando hacia el proyector. Años de éxito con esta técnica les han hecho demasiado confiados.

—Aunque esos cazas cercanos están entrando y saliendo del cono —señaló Car'das.

—Ellos no serán un problema —dijo Thrawn—. ¿El propio proyector parece plegable?

—Imposible obtener detalles del diseño a esta distancia sin usar sensores activos — informó el Chiss del puesto de sensores.

—Entonces necesitamos un vistazo más cercano —concluyó Thrawn—. Avise a los cazas que se preparen para el combate, rumbo hiperespacial fijado de cero-cero-cuatro a cero-cinco-siete.

—¿Ajuste hiperespacial? —se hizo eco Car'das frunciendo el ceño. En su primer encuentro con los Vagaari, Thrawn había realizado con éxito un microsalto de una fracción de minuto. Pero su esfera objetivo estaba demasiado cerca para que ese truco funcionase.

Y entonces, a su lado, escuchó a Maris reírse de repente.

—Brillante —murmuró ella.

—¿Qué es brillante? —preguntó Car'das.

—El rumbo fijado —dijo ella, señalando—. Está enviándolos al borde del cono gravitacional, el borde a la derecha del proyector.

—Ah —dijo Car'das haciendo una mueca. Por supuesto no había necesidad de un imposiblemente corto microsalto aquí. Los cazas podían dirigirse al hiperespacio como si

intentaran hacer de él su hogar permanente, confiando en que el propio campo los atrapase de nuevo en el lugar preciso donde Thrawn los quería.

—Una vez en posición, eliminarán los cazas enemigos y crearán un perímetro defensivo entre el proyector y las naves de guerra —continuó Thrawn—. El *Halcón Brioso* los seguirá y tratará de recoger la esfera.

Car'das apretó los puños. Muy directo… a menos que no diesen en el borde al que estaban apuntando y fuesen sacados en algún lugar en mitad de la batalla. O a menos que esa clase de salto friese todos sus hiperimpulsores, lo que les conduciría al mismo resultado.

—Equipos de Asalto Uno y Dos prepárense para la operación casco fuera —dijo Thrawn—. Probablemente habrá un equipo de operaciones a bordo del proyector; ellos lo localizarán y neutralizarán con mínimos daños al propio proyector. Se unirán al Ingeniero Jefe Yal'avi'kema y tres de sus hombres, que encontrarán la manera de plegar el proyector hasta alcanzar un tamaño que podamos subir a bordo o si no fijarlo a nuestro casco para transportarlo. Que todos los grupos hagan una señal cuando estén listos.

Los minutos pasaron lentamente. Car'das observaba la batalla, sobresaltándose con cada defensor que ardía y moría bajo los asaltos despiadados y preguntándose cuánto duraría la propia suerte de Thrawn. Ciertamente las naves Chiss habían demostrado sus excepcionales capacidades para el sigilo cuando se habían acercado furtivamente al *Cazador de Gangas* y a la nave de Progga. Pero aun así, tarde o temprano alguien del lado de los Vagaari acabaría por descubrirlos, sentados tranquilamente aquí afuera.

Afortunadamente, la tripulación de Thrawn también reconoció la necesidad de apresurarse. Tres minutos después, los cazas y los equipos de asalto habían hecho la señal de que estaban preparados.

—Manténganse a la espera, cazas —dijo Thrawn con los ojos fijos en la batalla—. Cazas ataquen… *ahora* —En la distancia hubo un parpadeo de pseudomovimiento, y los seis cazas Chiss aparecieron en una línea imprecisa en el lado de estribor del proyector—. Timonel: prepárate para seguirlos.

Thrawn había llamado al esquema de defensa del enemigo demasiado confiado, pero no hubo nada torpe en su respuesta a esta amenaza inesperada. Incluso mientras los cazas Chiss se zambullían al ataque, las naves Vagaari empezaron a dispersarse, intentando privar a los intrusos de objetivos agrupados mientras devolvían el fuego con láseres y misiles.

Desafortunadamente para ellos, el comandante de sus atacantes ya había visto las tácticas de lucha Vagaari en acción. Las naves enemigas lanzaron quizá dos disparos cada una antes de que los Chiss contraatacaran y los cazas Vagaari empezaron a explotar. Menos de un minuto después de la repentina llegada, sólo los Chiss mantenían su posición.

Solos, pero no inadvertidos. En la distancia cercana, las tres naves de guerra más grandes estaban empezando a responder, sus baterías de popa disparando mientras empezaban a dar la vuelta.

—Cazas: tomad posiciones defensivas —ordenó Thrawn—. Timonel: adelante.

Car'das apretó los dientes. Las estrellas comenzaron su convencional alargamiento hasta formar líneas estelares; entonces con un horrible sonido sordo de alguna parte de la popa, las estrellas regresaron.

—Asalto Uno al lado de estribor del proyector —dijo Thrawn—. Asalto Dos a babor. Jefe Yal'avi'kema, tienes cinco minutos.

—La pregunta es, ¿tenemos nosotros cinco minutos? —murmuró Car'das, mirando cómo los disparos empezaban a crepitar alrededor del ventanal del *Halcón Brioso*.

—Eso creo —dijo Thrawn—. Necesitarán acercarse más antes de que puedan atacarnos en serio. De otra manera, se arriesgan a fallar al dispararnos y destruir su propio proyector.

—¿Y? —contestó Car'das—. ¿No es eso lo que probablemente piensan que estamos intentando hacer nosotros?

—Realmente, sospecho que más bien están confundidos sobre nuestras intenciones en este momento —dijo Thrawn—. Un atacante cuyo único propósito fuese destrucción difícilmente habría llegado tan cerca —hizo un gesto hacia la batalla—. Pero cualquiera que crean que es nuestro plan, todavía tienen que dejar que el proyector siga funcionando tanto como sea posible. Una vez que la sombra gravitacional se desvanezca, los defensores en el interior de su cono serán libres para escapar y posiblemente reagruparse. Por lo tanto no pueden arriesgarse a fallar si nos disparan y deben acercarse más.

Car'das hizo una mueca. Ciertamente esa lógica tenía sentido. Pero eso no era garantía de que los Vagaari no hicieran algo estúpido o aterrorizado en su lugar.

Las naves de guerra enemigas se habían girado a medias, permitiéndolas poner sus baterías láser laterales en funcionamiento. Aun así, hasta ahora parecían estar concentrando la mayor parte del fuego en los cazas Chiss colocados contra ellas.

Y entonces, mientras la luz del sol distante pasaba por los lados de las naves de guerra, Car'das vio algo en lo que no se había fijado antes.

—Hey, mirad —dijo señalando—. Tienen las mismas burbujas por todo el casco que vimos en la nave del tesoro.

—Dame un primer plano —ordenó Thrawn estrechando sus ojos. En la pantalla del monitor principal las series de datos técnicos desaparecieron y fueron remplazadas por una nebulosa vista telescópica del patrón de burbujas.

Car'das sintió su garganta estrecharse mientras, detrás de él, escuchaba a Maris respirar bruscamente.

—Oh, no —susurró ella.

Las burbujas no eran puestos de observación, como Qennto había especulado una vez. Ni tampoco eran sensores de navegación.

Eran cárceles. Cada una de ellas contenía un ser vivo, todos ellos de la misma especie que los mutilados cuerpos que Car'das podía ver flotando entre los restos de la batalla. Algunos de los rehenes estaban arrinconados contra de las paredes de sus celdas, otros se

habían encogido con sus espaldas contra el plástico, mientras otros miraban la batalla con la apagada resignación de quienes ya han perdido la esperanza.

Incluso mientras miraban, un misil extraviado explotó en el borde de la visión telescópica. Cuando el destello y los restos se aclararon, Car'das vio que tres de las burbujas habían sido destrozadas, y sus ocupantes desintegrados en el espacio o convertidos en irreconocibles jirones de carne desgarrada. El metal tras las burbujas destrozadas, claramente el casco principal, estaba abollado en algunos lugares, pero parecía intacto.

—Escudos vivientes —murmuró Thrawn, con una voz tan fría y mortal como Car'das nunca antes había oído.

—¿Pueden sus cazas usar sus redes Connor? —preguntó Car'das urgentemente—. Ya sabe, esas cosas que usó con nosotros.

—Todavía están muy lejos —dijo Thrawn—. En cualquier caso, las redes de choque serían inútiles contra la compartimentalización electrónica de naves de guerra de ese tamaño.

—¿No pueden disparar entre las burbujas? —preguntó Maris, su voz empezaba a temblar—. Hay espacio de sobra. ¿No pueden desintegrar el casco sin dar a los prisioneros?

—De nuevo, no a esta distancia —dijo Thrawn—. Lo siento.

—Entonces tiene que llamarlos de vuelta —insistió Maris—. Si siguen disparando, estarán matando a gente inocente.

—Esa gente ya está muerta —replicó Thrawn con una voz repentinamente áspera.

Maris dejó su inesperada cólera.

—Pero…

—Por favor —dijo Thrawn levantando una mano. Su voz estaba tranquila de nuevo, pero aún había una corriente oculta de cólera hirviendo por debajo—. Entiende la realidad de la situación. Los Vagaari los han matado, a todos ellos, si no en esta batalla, entonces en las batallas futuras. No hay nada que podamos hacer para ayudarles. Todo lo que podemos hacer es centrar nuestros recursos en la destrucción final de los Vagaari, para que otros puedan vivir.

Car'das respiró hondo.

—Tiene razón, Maris —le dijo a ella cogiendo su brazo.

Furiosamente, se lo quitó de encima y se giró. Car'das miró a Thrawn, pero la atención del otro ya estaba de vuelta en las naves de guerra que se acercaban y en los seis cazas Chiss que se interponían en su camino.

—Asalto Uno informa que la tripulación Vagaari ha sido eliminada —dijo uno de los tripulantes—. El Jefe Yal'avi'kema informa que han localizado los puntos de plegado del proyector y los están plegando para transportarlo. Asalto Dos está ayudando.

—Ordena a Asalto Uno que ayude también —dijo Thrawn—. Pensaba que habría algún tipo de configuración rápida —añadió para Car'das—. Los Vagaari no querrían mantener posiciones durante horas mientras ensamblaban sus proyectores de gravedad a

plena vista de sus posibles víctimas —miró de nuevo a las naves de guerra Vagaari, su giro era ahora casi completo, y su boca se tensó brevemente—. Preparaos para abrir fuego hacia las naves de guerra.

Car'das miró a Maris, pero ella le daba la espalda, sus hombros estaban encorvados rígidamente bajo su traje de vacío.

—Armas preparadas.

—Disparad una ráfaga completa de misiles a mi orden —dijo Thrawn. Sus ojos se posaron en Maris—. Y ordene a los cazas que disparen redes de choque al puente de las naves de guerra y secciones de mando en el momento de mínima visibilidad.

—Recibido.

—Disparad los misiles —ordenó Thrawn—. Jefe Yal'avi'kema, ahora tienes dos minutos.

—Jefe Yal'avi'kema enterado, y estimo que el proyector será plegado según lo planeado. Frente a las distantes naves de guerra, hubo múltiples destellos de luz cuando los misiles Chiss impactaron.

—¡Cascos! —ladró alguien.

Car'das reaccionó instantáneamente, agarrando rápidamente su casco y poniéndoselo sobre su cabeza, siendo consciente periféricamente de que todo el mundo en el puente estaba haciendo lo mismo. Había cerrado el casco en su cuello y estaba buscando la fuente de la amenaza cuando se produjo una repentina explosión de luz y fuego, y la sección de babor del ventanal se desintegró.

A través de la cubierta sintió el sonido sordo de las puertas herméticas al cerrarse de golpe, y por una fracción de segundo escuchó el gemido de las alarmas de seguridad antes de que la repentina descompresión les robara cualquier medio conductor. Parpadeando contra la consecutiva imagen morada del destello, observó con atención a través de los todavía arremolinados restos el punto de impacto.

Era tan malo como temía. Los tres Chiss que habían estado más cerca de la explosión yacían torcidos y arrugados en la cubierta. Otros Chiss también habían sido lanzados de sus sillas, aunque la mayoría de ellos parecían seguir con vida. Aquí y allá podía ver tripulantes forcejeando con trajes rotos o cascos agrietados mientras ellos o sus compañeros fijaban parches de emergencia en los lugares adecuados. Los paneles de control en el área de la explosión habían sido convertidos en contorsiones mutiladas de metal afilado y cables enmarañados, mientras en otras partes el resto de los paneles parecían muertos.

Todavía estaba evaluando el daño cuando Maris lo apartó de un empujón, casi derribándole, y se puso de rodillas al lado de la silla de mando.

Fue sólo entonces cuando vio que también Thrawn yacía en la cubierta, con sus brillantes ojos cerrados y un violento desgarro ondeante en el pecho de su traje de vacío que dejaba escapar su aire.

—¡Comandante! —gritó, dejándose caer en la cubierta al lado de Maris y buscando en el bolsillo de su traje un parche impermeabilizante—. ¡Médico!

—Tengo uno —dijo Maris con un parche ya en su mano. Quitando la funda protectora, lo colocó contra la tela rota. Por un momento se hinchó con la presión del aire del interior del traje; y entonces, para horror de Car'das, un borde empezó a soltarse—. Esto no se pega a este material —dijo Maris mirando a su alrededor—. Ayúdame a encontrar algo que aguante.

Frenéticamente, Car'das miró a su alrededor. Pero no había nada. Miró hacia las paredes, sabiendo que los Chiss seguramente debían tener medpacs esparcidos por todas las naves de guerra. Pero no pudo enfocar lo suficiente su mente en las letras Cheunh para leer las marcas.

—Da igual —dijo Maris. Presionó los bordes del parche de nuevo; y entonces, con sólo un segundo de vacilación, se inclinó para quedar pecho con pecho sobre su torso, presionando su estómago contra la herida—. Ve a buscar ayuda —le ordenó ella, enrollando los brazos alrededor de la espalda de Thrawn para mantenerse bien colocada—. Vamos, esto no puede estar haciéndole ningún bien a sus heridas.

Saliendo de la parálisis, Car'das se giró hacia la puerta.

Y una vez más estuvo a punto de caer rodando cuando dos Chiss le empujaron, poniéndose de rodillas a cada lado de su inconsciente comandante y la humana tendida a través de él.

—Prepárate para moverte —gritó uno de ellos con un parche enorme agarrado entre sus manos—, …*ahora*.

Maris rodó a un lado. Casi antes de que hubiese salido del área, el Chiss había colocado el parche en su sitio, cubriendo completamente el que Maris había tratado de usar. Ella se alejó completamente, y Car'das vio finos hilillos de humo flotando desde los bordes del nuevo parche.

—Sello bueno —confirmó el Chiss.

El segundo tripulante estaba preparado, insertó la manguera de un tanque de aire del tamaño de una mano, en una válvula situada en el cuello del casco.

—Presión estabilizada —informó mirando una fila de luces indicadoras al lado de la válvula.

—¿Podemos ayudar? —preguntó Maris.

—Ya lo habéis hecho —dijo el primer Chiss—. Nosotros nos encargaremos ahora.

Habían dejado a Thrawn entre ellos y se dirigían hacia la puerta hermética cuando las estrellas de exterior del ventanal destellaron abruptamente formando líneas estelares.

Durante las primeras dos horas los médicos trabajaron tras puertas selladas, sin que saliese ninguna noticia y sólo entraban suministros frescos y más heridos. Car'das se quedó en los alrededores de la bahía médica, intentando mantenerse fuera del camino, siendo presionado ocasionalmente para que llevase encargos para el personal. Al

principio no supo qué había sido de Maris, pero de pequeños trozos de conversación que escuchó descubrió finalmente que estaba ayudando a limpiar restos en el puente.

Todavía estaban a cuatro horas de casa cuando los dos fueron finalmente convocados a la bahía médica.

Encontraron a Thrawn medio acostado, medio sentado en una estrecha cama dentro de un equipo de anillos biosensores que lo envolvían desde el cuello hasta las rodillas como las costillas de una serpiente gigante.

—Car'das, Ferasi —les saludo. Su cara era un cuadro, pero su voz era clara y tranquila—. Me han dicho que os debo la vida. Gracias.

—En realidad, mayormente fue Maris —dijo Car'das sin querer aceptar honores que no se merecía—. Ella es más rápida en situaciones de emergencia que yo.

—Es gracias a pasar tanto tiempo con Rak en el *Cazador de Gangas* —dijo Maris intentando una sonrisa que no llegó a sus ojos—. ¿Cómo se siente?

—No muy bien, pero aparentemente fuera de peligro —dijo Thrawn estudiando su cara—. También me han dicho que has estado ayudando con las tareas de limpieza del puente.

Se encogió de hombros conscientemente.

—Quería ayudar.

—¿Incluso después de que lanzara misiles contra los escudos vivos Vagaari?

Ella bajó sus ojos.

—Lo siento por… bueno, por haberme quejado de eso —dijo—. Soy consciente de que no tenía otra opción.

—Lo que no lo hace necesariamente más fácil de aceptar —dijo Thrawn—. Esta es, desafortunadamente, la clase de decisión que todos los guerreros deben tomar.

—A propósito ¿conseguimos el proyector gravitacional? —preguntó Car'das—. No he oído ni lo uno ni lo otro.

Thrawn asintió.

—Fue plegado y soldado al exterior del casco justo antes de que hiciésemos el salto. También escaparon los seis cazas.

Car'das sacudió la cabeza.

—Tuvimos suerte.

—Tuvimos un buen líder —le corrigió Maris—. Los Vagaari van a estar muy molestos por esto.

—Bien —dijo Thrawn llanamente—. Quizá estén lo suficientemente enfadados como para hacer un movimiento directo contra la Ascendencia Chiss.

Car'das Frunció el ceño.

—¿Está diciendo que trataba de inducirlos a atacar?

—Estaba intentando obtener un proyector gravitacional —dijo Thrawn—. Trataremos con otras consecuencias si y cuando ocurran.

Car'das miró de soslayo a los médicos y asistentes que trabajaban en otras víctimas.

—Por supuesto —murmuró.

—Mientras tanto, nuestra prioridad debe ser regresar a Crustai a máxima velocidad —continuó Thrawn—. Necesitamos la más completa asistencia médica para nuestros heridos y empezar las reparaciones en nuestras naves.

—Y entre tanto, probablemente necesite algo más de descanso —añadió Maris tocando el brazo de Car'das y asintiendo hacia la puerta—. Le veremos más tarde, Comandante.

—Sí —dijo Thrawn, sus ojos se volvieron brillantes rendijas rojas tras sus descendentes parpados—. Y estoy seguro de que tenías razón, Car'das. Imagino que Qennto lamentará haberse perdido toda la diversión.

Llegaron a la base para descubrir que Qennto tenía muchos más asuntos urgentes en la cabeza que las aventuras perdidas.

—La mataré —prometió el gran hombre malévolamente mientras miraba a Maris y a Car'das a través de la acanalada puerta de plástico de su celda—. Si alguna vez me encuentro a solas con ella, juro que la mataré.

—Cálmate —le tranquilizó Maris, su tono era una mezcla de paciencia y entendimiento. Era una combinación que ella parecía usar mucho con Qennto—. Dinos qué ha pasado.

—Ella intentó robarme, eso es lo que ha pasado —dijo Qennto—. Vosotros estabais allí. Thrawn nos dijo específicamente que podíamos coger una parte del botín de la nave pirata en pago por las lecciones de lenguaje. ¿Verdad?

—Más o menos —estuvo de acuerdo Maris cautelosamente—. Desafortunadamente, la Almirante Ar'alani tiene un rango superior.

—No me importa si es la deidad local —contestó Qennto—. Esas cosas que escogí eran *nuestras*. No tiene derecho a quitárnoslo.

—Y, por supuesto, se lo dijiste —murmuró Car'das.

—Yo vigilaría mi boca si fuese tú, chico —le advirtió Qennto mirándole—. Puede que seas la mascota del profesor *aquí*, pero hay un largo camino hasta la civilización.

—¿Y qué le ocurrió a tu colección? —preguntó Maris.

—Va a llevárselo todo con ella —dijo Qennto, dejando que su mirada se demorase en Car'das un par de segundos más antes de girarse hacia Maris—. Afortunadamente para mí, ese otro Chiss, ese Síndico Mitth-lo que sea…

—El hermano de Thrawn —intervino Maris.

Los ojos de Qennto se abrieron.

—¿En serio? Es igual, decidió que necesitaba escuchar la versión de Thrawn primero, así que hizo que ella lo dejase todo. Pero entonces ella insistió en que fuese puesto bajo sello reglamentario, sea lo que sea que signifique eso.

—¿Así que el final es…? —preguntó Car'das.

—El final es que está guardado en algún lugar —gruñó Qennto—. Y de acuerdo con Síndico Mitth-lo que sea, ni siquiera Thrawn puede sacarlo.

—Lo comprobaremos con él —prometió Maris—. De paso, no es Síndico Mitth-lo que sea. Es Síndico Mitthrassafis.

—Sí, claro —dijo Qennto—. Id ya a hablar con Thrawn. Y mientras estáis en eso, mirad si podéis sacarme de aquí.

—Claro —dijo Maris—. Vamos, Jorj. Veamos si el comandante acepta compañía.

Al principio el guardia del exterior de las habitaciones de Thrawn era reacio incluso a preguntar si el comandante les vería. Pero Maris finalmente le convenció para que preguntara, y un minuto después estaban parados al lado de la cama.

—Sí, he visto el informe de Thrass —dijo cuando Maris le contó la situación. Aún parecía débil, pero definitivamente más fuerte que a bordo del *Halcón Brioso*—. El Capitán Qennto necesita aprender a controlar su temperamento.

—El Capitán Qennto necesita aprender a controlar más que eso —dijo Maris tristemente—. Pero ser encerrado nunca le ha hecho ningún bien anteriormente, y mucho menos ahora. ¿Puede liberarle?

—Sí, si le adviertes sobre faltar al respeto a oficiales Chiss al mando —dijo Thrawn—. Quizá simplemente deberíamos encerrarle cada vez que haya uno en la base.

—No sería una mala idea —estuvo de acuerdo Maris—. Gracias.

—¿Qué hay de los objetos que su hermano ha guardado? —preguntó Car'das—. Será imposible vivir con Qennto hasta que los recupere.

—Entonces es el momento de que empiece a desarrollar su paciencia —dijo Thrawn—. Un Síndico de la Octava Familia Regente lo ha declarado sellado contra la demanda de posesión de un oficial al mando. No puede ser abierto hasta que la Almirante Ar'alani regrese para presentar sus argumentos.

—¿Cuándo será eso? —preguntó Car'das.

—Cuando ella así lo elija, pero probablemente no hasta que la nave del tesoro Vagaari haya sido examinada y sus sistemas y equipamiento hayan sido analizados. Ella querrá estar presente para eso.

—Pero eso podría llevar meses —protestó Car'das—. No podemos quedarnos aquí tanto tiempo.

—Y no podemos volver sin los bienes adicionales para aplacar a nuestros clientes —añadió Maris.

—Lo entiendo —dijo Thrawn—. Pero esto verdaderamente está fuera de mi alcance.

Detrás de Car'das la puerta se abrió. Él se giró, esperando ver a uno de los médicos.

—Así que la fortuna de los guerreros al fin te ha fallado —dijo Síndico Mitth'ras'safis mientras entraba en la habitación.

—Bienvenido —dijo Thrawn indicándole que entrara—. Por favor; entra.

—Tenemos que hablar, Thrawn —dijo Mitth'ras'safis, mirando a Car'das y a Maris mientras se dirigía al otro lado de la cama de su hermano—. A solas.

—No tienes que temer su presencia —le aseguró Thrawn—. Nada que sea dicho se repetirá fuera de esta sala.

—No se trata de eso —dijo Mitth'ras'safis—. Tenemos que discutir asuntos Chiss, que no les conciernen en absoluto.

—Quizá no ahora —dijo Thrawn—. Pero en el futuro, ¿quién sabe?

Los ojos de Mitth'ras'safis se estrecharon.

—¿Eso qué significa?

Thrawn sacudió la cabeza.

—Has sido agraciado en muchos aspectos, hermano mío —dijo—. Pero aún tienes que desarrollar la visión de largo alcance que necesitarás para sobrevivir a las intrigas y a los conflictos de la vida política —hizo un gesto hacia Car'das y Maris—. Se nos ha concedido una rara oportunidad: la ocasión de conocer e interactuar con miembros de una vasta pero hasta ahora desconocida entidad política, gente con comprensiones y pensamientos diferentes de los nuestros.

—¿Es por eso por lo que insistes en traerlos incluso cuando le estás dando a un almirante un paseo oficial? —preguntó Mitth'ras'safis mirando a Car'das dudosamente—. ¿Crees que sus ideas serán valiosas?

—Vale la pena escuchar todas las ideas, aunque luego sean juzgadas como valiosas o no —dijo Thrawn—. Pero igualmente importantes son los lazos sociales e intelectuales que estamos creando entre nosotros. Algún día nuestra Ascendencia y su República harán contacto, y los amigos y aliados potenciales que creemos ahora pueden definir qué dirección tomará ese contacto.

Miró a Car'das y a Maris.

—Imagino que ambos han llegado a la misma conclusión, aunque, por supuesto, desde su propio punto de vista.

Car'das miró a Maris. Su labio ligeramente torcido fue toda la respuesta que necesitaba.

—Sí, realmente así es —admitió.

—¿Ves? —dijo Thrawn—. Ya nos entendemos unos a otros, al menos un poco.

—Quizá —dijo Mitth'ras'safis dudosamente.

—Pero tú has venido aquí a discutir asuntos específicos —le recordó Thrawn—. ¿Pueden llamarte mis invitados Thrass, por cierto?

—Absolutamente no —dijo Mitth'ras'safis rígidamente. Miró a Maris, y su expresión se suavizó un poco—. Aunque entiendo que salvasteis la vida de mi hermano —añadió sin entusiasmo.

—Me alegro de haber podido ayudar, Síndico Mitthrassafis —dijo Maris en Cheunh.

Mitth'ras'safis resopló y miró a Thrawn, y el indicio de una sonrisa irónica finalmente tocó sus labios.

—No son muy buenos en esto, ¿verdad?

—Puedes intentarlo en Minnisiat —le ofreció Thrawn—. Lo hablan mejor que el Cheunh. O puedes usar el Sy Bisti, el cual creo que también conoces.

—Sí —dijo Mitth’ras’safis cambiando a un extrañamente acentuado Sy Bisti—. Si así es más fácil.

—En realidad, preferimos que siga con Cheunh, si no le importa —dijo Car’das en ese lenguaje—. Podríamos usarlo como práctica.

—Podríais —dijo Mitth’ras’safis. Vaciló, entonces inclinó la cabeza—. Y ya que ambos participasteis en salvar la vida de mi hermano… supongo que estaría bien que me llamaseis Thrass.

Maris bajó la cabeza.

—Gracias. Nos honra con su aceptación.

—Simplemente no quiero seguir escuchando mi nombre mal pronunciado. —Thrass se giró hacia Thrawn—. Ahora —dijo con el tono endurecido de nuevo—. ¿Qué crees que estás haciendo exactamente?

—El trabajo que se me encomendó —replicó Thrawn—. Estoy protegiendo la Ascendencia de sus enemigos.

—Sus *enemigos* —dijo Thrass recalcando la palabra—. No enemigos *potenciales*. ¿Entiendes la diferencia?

—Sí —dijo Thrawn—. Y no.

Thrass levantó una mano y se golpeó el muslo.

—Déjame ser honesto, Thrawn —dijo—. La Octava Familia Regente no está contenta contigo.

—¿Te han enviado hasta aquí para decirme eso?

—Éste no es un asunto de broma —dijo Thrass—. Esa nave del tesoro pirata ya era suficientemente mala. Pero esta última escapada se sale de los límites. Y bajo las narices de un almirante.

—Los Vagaari no son piratas, Thrass —dijo Thrawn en voz baja vehemente—. Son una especie completamente nómada, cientos de miles de ellos, quizá millones. Y tarde o temprano, alcanzarán las fronteras de la Ascendencia.

—Bien —dijo Thrass—. Cuando lo hagan, les destruiremos.

—¿Pero por qué esperar hasta entonces? —presionó Thrawn—. ¿Por qué darles la espalda mientras millones de seres son obligados a sufrir?

—La respuesta filosófica es que *nosotros* no obligamos a nadie a sufrir —contestó Thrass—. La respuesta práctica es que nosotros no podemos defender toda la galaxia.

—No estoy hablando de defender toda la galaxia.

—¿En serio? Y según tú ¿dónde deberíamos detenernos? —Thrass hizo un gesto hacia la pared—. ¿Diez años luz más allá de nuestras fronteras? ¿Cien? ¿Mil?

—Estoy de acuerdo con que no podemos proteger toda la galaxia —dijo Thrawn—. Pero es temerario permitir siempre que nuestros enemigos elijan el momento y el lugar del combate.

Thrass suspiró.

—Thrawn, no puedes continuar forzando los límites de esta manera —dijo—. La observación pacífica es la manera de los Chiss y las Nueve Familias Regentes no se quedarán de brazos cruzados mientras ignoras la doctrina militar básica. Es más, la Octava Familia ha dejado claro que te relevarán antes que permitir que tus acciones dañen su posición.

—Ambos nacimos como plebeyos —le recordó Thrawn—. Puedo vivir de esa manera de nuevo si tengo que hacerlo —sus labios se tensaron brevemente—. Pero haré lo que pueda para asegurar que la Octava Familia no te releva o degrada por mi culpa.

—No estoy preocupado por mi propia posición —dijo Thrass rígidamente—. Estoy intentando evitar que mi hermano desperdicie una buena y honorable carrera por nada.

Los ojos de Thrawn parecían distantes.

—Si la desperdicio —dijo tranquilamente—, te garantizo que no será por nada.

Durante un momento los dos hermanos se miraron en silencio. Entonces Thrass suspiró.

—No te entiendo Thrawn —dijo—. No estoy seguro de que alguna vez lo haga.

—Entonces simplemente confía en mí —sugirió Thrawn.

Thrass sacudió la cabeza.

—Puedo confiar en ti sólo hasta donde lo hagan las Nueve Familias Regentes —dijo—. Y esa confianza se está tensando hasta el punto límite. Este último incidente… —sacudió la cabeza otra vez.

—¿Tiene que decírselo? —habló Maris.

—¿Con cuatro guerreros muertos? —contestó Thrass dirigiendo sus brillantes ojos hacia ella—. ¿Cómo guardo eso en secreto?

—Era una misión de reconocimiento que se fue de las manos —dijo Maris—. El Comandante Thrawn no fue allí con ninguna intención de luchar.

—Cualquier misión en esa región se pasa de la raya —le dijo Thrass duramente—. Aun así, puedo intentar presentarlo en esos términos —miró de nuevo a Thrawn—. Pero puede ser que nada de lo que diga suponga ninguna diferencia. La acción se llevó a cabo y las muertes sucedieron. Puede que eso sea lo único que les preocupe a las Familias Regentes.

—Sé que harás lo que puedas —dijo Thrawn.

—¿Pero lo que *pueda* hacer es lo mismo que lo que *debería* hacer? —preguntó Thrass—. Parece que protegiéndote de las consecuencias de decisiones autodestructivas meramente te da libertad para seguir haciéndolo. ¿Es esa la mejor manera de servir a mi hermano y a mi familia?

—Sé cuál sería mi respuesta —dijo Thrawn—. Pero debes encontrar la respuesta por ti mismo.

—Quizá algún día —dijo Thrass—. Mientras tanto, tengo que preparar un informe —le dedicó a Thrawn una mirada de resignación—. Y un hermano que proteger.

—Debes hacer lo que creas correcto —dijo Thrawn—. Pero no conoces a esos Vagaari. Yo sí. Y los derrotaré, no importa lo que cueste.

Thrass sacudió la cabeza y fue hacia la puerta. Allí se detuvo con la mano encima del control.

—¿Se te ha ocurrido —dijo sin girarse—, que ataques como el tuyo pueden provocar a seres como los Vagaari a moverse contra nosotros? ¿Que si simplemente les dejamos solos, probablemente nunca se conviertan en una amenaza para la Ascendencia?

—No, nunca he tenido esa clase de pensamientos —replicó Thrawn llanamente.

Thrass suspiró.

—No lo creo. Buenas noches Thrawn —pulsando el control para abrir la puerta, dejo la habitación.

12

—Allí —dijo C'baoth, señalando a través del ventanal mientras su transporte llegaba alrededor de la curva de Yaga Menor—. ¿Lo ves?

—Sí —dijo Lorana mientras contemplaba el sólido objeto suspendido en una órbita baja sobre el planeta. Seis naves de guerra acorazadas completamente nuevas, dispuestas en un patrón hexagonal alrededor de un núcleo central de almacenamiento, todo ello unido por una serie de sólidos postes turboascensor—. Es realmente impresionante.

—Es más que impresionante —dijo C'baoth gravemente—. Ahí yace el futuro de la galaxia.

Lorana le miró furtivamente. Durante las últimas tres semanas, incluso desde su ascensión oficial de Padawan a Caballero Jedi, C'baoth había mostrado un notable cambio de actitud. Hablaba con ella más a menudo y durante más tiempo, pidiéndole su opinión sobre política y otros asuntos, abriéndose a ella como a un igual.

Era gratificante, incluso halagador. Pero al mismo tiempo, despertaba algunos sentimientos incómodos. Al igual que había esperado tanto de ella como su Padawan, parecía que ahora esperaba que tuviese de repente toda la sabiduría, la experiencia y el poder de un maduro Jedi experimentado.

Este viaje a Yaga Menor era sólo un ejemplo más. Afuera, bajo el cielo claro y despejado la había invitado a ir con él para observar las fases finales de la preparación. Habría sido más apropiado, en su opinión, que invitase al Maestro Yoda o uno de los otros miembros del Consejo para que fuese a despedirle en su histórico viaje.

Pero en su lugar la había elegido a ella.

—La tripulación y las familias ya están a bordo, asegurando sus pertenencias y haciendo las preparaciones finales —continuó C'baoth—. Al igual que la mayoría de los Jedi que nos acompañarán, aunque dos o tres aún están en camino. Querrás reunirte con todos ellos antes de que partamos, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Lorana automáticamente, sintiendo tensarse sus músculos mientras un pensamiento terrible se le ocurría de repente—. Cuando dice nosotros, Maestro C'baoth, exactamente a quién… quiero decir…

—No titubees, Jedi Jinzler —la reprendió C'baoth suavemente—. Las palabras de un Jedi, como sus pensamientos, deben ser siempre claras y confiadas. Si tienes alguna pregunta, hazla.

—Sí, Maestro C'baoth. —Lorana cogió fuerzas—. Cuando dice *nosotros*… ¿espera que yo le acompañe en el Viaje de Expansión?

—Por supuesto —dijo frunciendo el ceño hacia ella—. ¿Por qué si no crees que recomendé tu ascensión a Caballero Jedi tan pronto?

Una opresión familiar se enrolló alrededor del pecho de Lorana.

—Pensé que era porque estaba preparada.

—Obviamente lo estabas —dijo C'baoth—. Pero aún tienes mucho que aprender. Aquí, a bordo del *Vuelo de Expansión*, tendré el tiempo necesario para enseñarte.

—Pero no puedo ir —protestó Lorana, su cerebro se movía desesperadamente buscando algo que decir. No quería dejar la República y la galaxia. Ciertamente no con tanto trabajo que hacer por aquí—. No he hecho ningún preparativo, no he pedido permiso al Consejo Jedi…

—El Consejo me ha garantizado cualquier cosa que necesite —le cortó C'baoth agriamente—. Y por los preparativos, ¿qué clase de preparativos necesita un Jedi?

Lorana apretó sus dientes firmemente. ¿Cómo había podido tomar una decisión así sin consultarlo si quiera con ella?

—Maestro C'baoth, aprecio su oferta. Pero no estoy segura…

—No es una oferta, Jedi Jinzler —la interrumpió C'baoth—. Ahora eres un Jedi. Irás a cualquier parte que el Consejo elija enviarte.

—A cualquier parte de la República, sí —dijo Lorana—. Pero esto es diferente.

—Sólo diferente en tu mente —dijo C'baoth firmemente—. Pero eres joven. Crecerás —señaló al grupo de naves que se aproximaban—. Una vez que veas lo que hemos hecho y conozcas a los otros Jedi estarás más entusiasmada por el destino que nos aguarda.

—¿Qué hay de este? —Preguntó Tarkosa golpeando con los dedos un estante de acoplamientos negativos—. ¿Chas?

—Sólo un segundo, sólo un segundo —gruñó Uliar, escaneando los estantes ya en su sitio mientras maldecía en silencio al grupo de asistentes técnicos que la Oficina del Canciller Supremo había enviado desde Coruscant para ayudar con el cargamento. Durante la mayor parte, habían demostrado ser completamente inútiles: dejando caer componentes delicados, colocando otros en áreas de almacenamiento incorrectas, y más a menudo usando el doble de piezas de repuesto mientras el equipo adecuado quedaba enterrado en alguna parte de las entrañas del núcleo muy por debajo de ellos.

—Eso va ahí —le dijo Tarkosa señalando a un punto cercano a un estante de partes de una bomba refrigerante.

—¿Qué *mundos*…? —dijo una profunda voz detrás de él.

Uliar se giró para ver a un hombre calvo de mediana edad parado en la entrada.

—¿Quién eres tú? —preguntó él.

—Maestro Jedi Justyn Ma'Ning —dijo el otro arrugando la frente mientras observaba el caos de la habitación—. Este equipo debería haber sido asegurado hace dos días.

—Lo fue —dijo Uliar—. Pésimamente. Estamos intentando arreglarlo.

—Ah —dijo Ma'Ning con una irónica mirada sagaz. Aparentemente, también había conocido a los asistentes técnicos de Coruscant—. Mejor que os deis prisa. El Maestro C'baoth llega hoy, y no estará nada contento si ve las cosas así. —Con un asentimiento se giró y avanzó por el corredor.

—Como si la felicidad Jedi fuese nuestro problema —murmuró Uliar en voz baja hacia la entrada vacía. Se volvió hacia los estantes; y mientras lo hacía, la pantalla del diagnóstico repetidor parpadeó repentinamente.

—¿Lo tienes? —llamó una voz, y un hombre joven sacó la cabeza a través de un panel de acceso abierto en el suelo.

—Aguarda. —Uliar activó la pantalla y exploró la lista de opciones—. Parece perfecto —confirmó. Los asistentes técnicos de Coruscant podían ser inútiles, pero los pocos técnicos reales que habían venido con ellos eran otra historia—. Gracias.

—No hay problema —dijo el otro, colocando su caja de herramientas en el suelo al lado del panel y saliendo del agujero—. ¿Aún tienes problemas con el repetidor en la bahía del reactor de popa?

—A menos que lo que acabas de hacer lo haya arreglado también —dijo Tarkosa.

—Probablemente no —dijo el joven mientras colocaba el panel de acceso de vuelta en su sitio—. Esas cosas están conectadas en paralelo, pero dudo que el circuito se extienda tan lejos. Intentaré acercarme cuando vuelva del A-Uno.

—¿Por qué no hacerlo ahora? —Sugirió Uliar—. El A-Uno está en el lado opuesto del hexágono. ¿Por qué hacer todo el camino hasta allí y después tener que volver?

—Porque el A-Uno es también la nave de mando —le recordó el técnico—. Los Mon Cal pueden parecer blandengues, pero cuando el Capitán Pakmillu dice que quiere algo arreglado, quiere decir *ahora*.

Tarkosa resopló.

—¿Qué va a hacer? ¿Degradarnos a civiles?

—No sé lo que te haría a *ti* —dijo el técnico secamente—. Pero yo preferiría seguir teniendo un trabajo una vez que os adentréis en la salvaje negrura. No me llevará mucho, lo prometo.

—Te tomamos la palabra —dijo Uliar—. ¿Estás seguro de que no podemos convencerte para que vengas? Estás a años luz de muchos de nuestros técnicos regulares.

Un músculo se agitó en la mejilla del otro.

—Lo dudo, pero gracias de todas formas —dijo—. No estoy preparado para dejar la civilización todavía.

—Harías mejor en esperar que la civilización no te deje a *ti* —le advirtió Tarkosa—. Tal y como están yendo las cosas en Coruscant, no apostaría por ello.

—Tal vez —dijo el técnico, cogiendo su caja de herramientas—. Nos vemos luego.

—De acuerdo —dijo Uliar—. Gracias de nuevo.

El otro sonrió y dejó la habitación.

—Un buen hombre —comentó Tarkosa—. ¿Sabes su nombre?

Uliar sacudió la cabeza.

—Dean algo, creo. No importa, no es como si fuéramos a volver a verle después de mañana. Vale Ese estante de condensadores de choque va al lado de los acoplamientos negativos.

—El sistema entero puede ser manejado desde aquí —dijo el Capitán Pakmillu, ondeando una mano aleta alrededor del vasto Centro de Operaciones Conjuntas—. Eso significa que si hay una emergencia o desastre en cualquiera de las naves, pueden establecerse contramedidas inmediatamente sin la necesidad de enviar a nadie físicamente a esos lugares.

—Impresionante —dijo Obi-Wan mirando a su alrededor. Situado justamente en la parte posterior del cruce de pasillos detrás del complejo puente/sala de monitores, el Centro OpCom se extendía probablemente treinta metros hacia popa y ocupaba todo el espacio entre los dos pasillos principales de proa del Acorazado. Actualmente era una colmena de actividad, con docenas de humanos y alienígenas corriendo de un lado al otro y la mitad de los paneles de acceso y consolas de mandos abiertos para comprobaciones o ajustes de último minuto.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Anakin, señalando a un panel de control dos filas más allá de donde ellos se encontraban—. Se parece al sistema y a la pantalla de control de una Vaina de carreras.

—Tienes vista de lince, jovencito —dijo Pakmillu girando sus enormes ojos hacia el chico—. Sí, así es. Lo usamos para controlar nuestra flota de deslizadores y motos.

—Está bromeando —dijo Obi-Wan, frunciendo el ceño hacia el panel de mandos—. ¿Usa motos por esos pasillos?

—El *Vuelo de Expansión* es un lugar enorme, Maestro Kenobi —le recordó Pakmillu—. Mientras que cada Acorazado está conectado mediante los postes turboascensor a sus vecinos y al núcleo, hay una gran cantidad de viaje involucrado hasta donde no llegan los turboascensores. Los deslizadores son vitales para mover multitudes de un lado a otro tanto en situaciones de emergencia como normales.

—Sí, pero ¿motos? —insistió Obi-Wan—. ¿No habría sido más seguro y eficiente un sistema de turboascensores más extenso?

—Ciertamente —retumbó Pakmillu—. Desafortunadamente, también habría sido más caro. Los Acorazados originales no incluían tal sistema, y el Senado no deseaba pagar el coste del reacondicionamiento.

—Aunque esos sistemas de control son realmente buenos —le aseguró Anakin—. Algunos de los corredores de Tatooine los usan cuando prueban un nuevo circuito.

—No hay cincuenta mil personas entrando y saliendo de un circuito de Vainas en el que podrían ser atropellados —señaló Obi-Wan.

—Pero hay muchos animales en los recorridos —contestó Anakin, un poco ásperamente—. Ya sabes, como dewbacks y banthas.

—Anakin… —Empezó Obi-Wan a modo de aviso.

—Ya hemos probado el sistema, Maestro Kenobi —dijo Pakmulli rápidamente—. Como el Padawan Skywalker dice, funciona realmente bien.

—Le tomaré la palabra —dijo Obi-Wan mirando a Anakin misteriosamente. El chico había desarrollado el mal hábito de falta de disciplina últimamente, especialmente en público cuando quizá pensaba que su maestro estaría poco dispuesto a reprenderle. En parte era por su edad, Obi-Wan lo sabía, pero aun así era inaceptable.

Pero Anakin también sabía hasta donde podía ir. En respuesta a la mirada reprobatoria de Obi-Wan, bajó la mirada, su expresión indicaba al menos un arrepentimiento externo.

Y con eso, ese incidente particular había terminado, aparentemente. Tomando una nota mental para mantener otra charla con el chico la próxima vez que estuviesen solos, Obi-Wan se volvió hacia Pakmillu.

—Entiendo que hará un corto recorrido por el espacio de la República antes de entrar en las Regiones Desconocidas.

—Una clase de crucero de prueba, sí —dijo Pakmillu—. Debemos confirmar que nuestro equipo funciona adecuadamente antes de ir más allá de cualquier instalación de reparación.

Se colocó al lado de una consola de navegación y pulsó un botón, y un holo de la galaxia apareció sobre su cabeza.

—Desde aquí iremos hasta Lonnaw en el sector Droma —dijo señalándolo—. Después de eso, atravesaremos por el borde del sector Glythe hacia Argai en el sector Haldeen. Entonces viajaremos a través de los sectores Kokash y Mondress, con una posible parada final en el sector Albanin si se considera necesario.

—Esas son un montón de paradas —dijo Obi-Wan.

—La mayoría serán de pasada —le aseguró Pakmillu—. En realidad no pararemos a menos que haya problemas.

—¿Qué ocurrirá entonces? —preguntó Anakin.

—Si todo va bien, dentro de tres semanas entraremos formalmente en el Espacio Desconocido —dijo Pakmillu—. En ese punto, aproximadamente a doscientos treinta años luz del borde del Espacio Salvaje nos detendremos para una calibración de navegación final —los zarcillos de su boca se movieron mientras apagaba el holo—, y entonces empezaremos nuestro viaje en serio. A través de las Regiones Desconocidas, y hacia la próxima galaxia.

Anakin silbó suavemente.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que regresen?

—Varios años al menos —le dijo Pakmillu—. Pero el núcleo de almacenamiento tiene suministros suficientes para diez años, y esperamos ser capaces de complementar sus provisiones de comida y agua a lo largo del camino. Además, nuestra población puede disminuir si encontramos mundos habitables que colonizar.

—No irá a dejar gente atrás en las Regiones Desconocidas, ¿verdad? —preguntó Anakin frunciendo el ceño.

—Si lo hacemos, será con suficiente comida y equipo para asentarse —le aseguró Pakmillu—. También dejaríamos uno de los Acorazados para defensa y transporte. Como

puedes ver en el diseño del *Vuelo de Expansión*, será relativamente fácil desenganchar una sola nave del resto del complejo.

Anakin sacudió la cabeza.

—Aun así suena peligroso.

—Estamos bien preparados —le recordó Pakmillu—. Y por supuesto, tenemos dieciocho Jedi a bordo. Será seguro.

—O al menos tan seguro como un puede estar en cualquier parte en estos tiempos —murmuró Obi-Wan.

—Y también será una gloriosa aventura —continuó Pakmillu mirando a Anakin—. Una pena que no te unas a nosotros.

—Aún hay muchas cosas que quiero hacer aquí —dijo Anakin con un inesperado destello de emoción tiñendo su voz y su sentido. Miró de soslayo a Obi-Wan, y la emoción se desvaneció bajo una compostura más propia de un Jedi—. Además, no puedo dejar a mi Maestro hasta que mi entrenamiento esté completo.

—Con seis Maestros Jedi a bordo tendrías muchas opciones donde escoger un maestro —señaló Pakmillu.

—Realmente no funciona así —le dijo Obi-Wan. A veces le sorprendía cómo la gente no tenía ni idea del funcionamiento interno de la metodología Jedi y sin embargo tenían igualmente pocos escrúpulos para mostrar esa ignorancia—. ¿Dijo que el Maestro C'baoth llegará pronto?

—De hecho ya está aquí —la voz de C'baoth retumbó por toda la habitación.

Obi-Wan se giró. Allí, entrando en ese momento en la sala, estaban C'baoth y Lorana Jinzler.

—Esto es una sorpresa, Maestro Kenobi —continuó C'baoth mientras avanzaba casualmente a través del barullo de actividad. En realidad nadie tenía que moverse para dejarle pasar, observó Obi-Wan, pero hubo un buen número de fallos. Afortunadamente, muchos de los técnicos estaban demasiado preocupados para notar su paso. Lorana escogió su camino a través de la multitud con más cuidado, con un aspecto claramente incómodo—. Pensaba que estarías de camino a Sulorine a estas alturas.

—Fui relevado de esa misión —dijo Obi-Wan—. Hay algo que debo discutir con usted Maestro C'baoth.

C'baoth asintió.

—Ciertamente. Adelante.

Obi-Wan se dio ánimo. Entre C'baoth y Anakin, esto probablemente iba a ser desagradable.

—Anakin y yo queremos unirnos a la expedición.

Por el rabillo del ojo vio a Anakin girarse hacia él, atónito.

—¿Queremos? —preguntó el chico.

—Queremos —dijo Obi-Wan firmemente—. Al menos hasta el borde de la galaxia.

Los labios de C'baoth se curvaron.

—¿Así que el Maestro Yoda finalmente acepta que podría encontrar de hecho a Vergere?

—¿Quién es Vergere? —preguntó Lorana.

—Una Jedi perdida —dijo C'baoth con los ojos aún en Obi-Wan—. El maestro Kenobi intentó una vez encontrarla y falló.

—No hay nada en el plan de viaje sobre una misión de búsqueda y rescate —dijo Pakmillu con una voz repentinamente alerta.

—Eso es porque son asuntos Jedi, Capitán, y no de su incumbencia —le dijo C'baoth—. No se preocupe, no interferirá con nuestro itinerario —alzó las cejas hacia Obi-Wan—. Espero que no pidieses venir con la esperanza de apaciguar algún sentimiento de culpa.

—No pedí venir en absoluto —dijo Obi-Wan—. Simplemente hago lo que el Consejo me ordena.

—Como lo hacemos todos —dijo C'baoth, con un toque de ironía en la voz mientras fijaba su atención en Anakin—. ¿Qué hay de ti, joven Skywalker? No pareces contento con este cambio de planes.

Obi-Wan contuvo la respiración. Había varias razones por las que no le había hablado a Anakin previamente del encargo de Windu, no era la última de ellas el hecho de que obviamente el chico aún tenía a C'baoth en gran estima. Si le hubiese dicho a Anakin que venían a Yaga Menor a echarle un ojo al hombre, habría insistido en una explicación mayor. Esto no habría hecho más que desilusionarle con las inquietudes de Windu sobre la posible implicación de C'baoth en el incidente de Barlok.

Afortunadamente, fue rápidamente evidente que la decisión de mantener al chico en la ignorancia había sido la adecuada.

—No estoy desilusionado en absoluto, Maestro C'baoth —dijo Anakin con una voz clara y un sentido de completa honestidad—. Sólo estoy sorprendido. El Maestro Obi-Wan no me había hablado de esto.

—¿Pero tú quieres venir a ver las Regiones Desconocidas conmigo?

Anakin vaciló.

—No quiero dejar la República para siempre —dijo—. Pero me impresionó la manera en la que manejó las cosas en Barlok, poniendo fin a ese punto muerto y todo lo demás. Creo que aprendería mucho simplemente observándole en sus actividades diarias.

C'baoth sonrió burlonamente hacia Obi-Wan.

—Al menos le has dado una cosa al muchacho, Maestro Kenobi: una lengua refinada.

—Espero haberle dado más que eso —dijo Obi-Wan llanamente—. Aun así, tiene razón sobre lo mucho que podría aprender de usted —asintió hacia Lorana—. Como estoy seguro que la Padawan Jinzler estará de acuerdo.

—Ciertamente —dijo C'baoth—. Y ahora es Jedi Jinzler. Fue ascendida a Caballero Jedi hace tres semanas.

—¿En serio? —dijo Obi-Wan ocultando cuidadosamente su sorpresa. Por la manera en la que ella había hablado en Barlok, él habría pensado que ese evento tendría lugar

algunos años en el futuro—. Mis disculpas, Jedi Jinzler, y mis felicitaciones. ¿Entonces también viajarás a bordo del *Vuelo de Expansión* con el Maestro C'baoth?

—Claro que lo hará —dijo C'baoth antes de que Lorana pudiese contestar—. Ella es una de los elegidos, una de las pocas personas, incluso entre los Jedi en las que confío completamente.

—¿No confía en todos los Jedi? —preguntó Anakin sonando sorprendido.

—He dicho que confío en ella *completamente* —le dijo C'baoth gravemente—. Ciertamente hay otros en los que confío. Pero sólo hasta cierto punto.

—Oh —dijo Anakin, claramente pillado por sorpresa.

—Afortunadamente, tú y tu maestro estáis entre ese grupo algo mayor —dijo C'baoth con una pequeña sonrisa tocando sus labios—. Muy bien, Maestro Kenobi. Usted y su Padawan pueden acompañarme hasta el borde de la galaxia, contando con que haga sus propios arreglos para el regreso a la República.

—Gracias —dijo Obi-Wan—. La Delta-Doce Skysprite que usaremos en nuestro regreso está en la superficie, lista para ser subida a bordo.

—Bien —dijo C'baoth—. Os quedaréis aquí, a bordo del Acorazado-Uno. Capitán, disponga unas habitaciones para ellos.

—Sí, Maestro C'baoth —retumbó Pakmillu—. Le diré al oficial de Intendencia…

—*Usted* dispondrá unas habitaciones para ellos —repitió C'baoth, con un sutil pero inconfundible énfasis en la primera palabra—. Estos son Jedi. Serán tratados en consecuencia.

Los zarcillos de la boca de Pakmillu se crisparon.

—Sí, Maestro C'baoth —se acercó a una de las consolas y tecleó con sus manos aleta—. ¿Y la Jedi Jinzler?

—Ya he reservado su habitación cerca de la mía —le dijo C'baoth—. Cubierta tres, Suite A-Cuatro.

—Muy bien —dijo Pakmillu, observando la pantalla—. Maestro Kenobi, usted y el Padawan Skywalker tendrán la Suite A-Ocho en la cubierta cinco. Confío en que será aceptable.

—Lo será —dijo C'baoth antes de que Obi-Wan pudiese responder—. Ahora puede asignar a alguien que los escolte a sus habitaciones.

Desde detrás de ellos llegó un sonido repentino de metal desgarrándose. Obi-Wan se giró y vio que una plancha grande de rejilla conductora secundaria se había soltado de la pared, y estaba colgando precariamente sobre un grupo de paneles de control. Se extendió con la Fuerza.

C'baoth llegó hasta allí primero, cogiendo la lámina en un agarre de Fuerza mientras se soltaba del todo.

—Jedi Jinzler: ayúdalos —le ordenó.

—Sí, Maestro C'baoth —dijo Lorana apresurándose.

—Capitán Pakmillu, ¿iba a buscar una escolta para nuestros nuevos pasajeros? —continuó C'baoth en un tono de conversación, mientras seguía manteniendo la rejilla en el aire.

—Eso no será necesario —dijo Obi-Wan—. He estudiado los planos de las cubiertas del Acorazado en el viaje hasta aquí. Podemos encontrar nuestro propio camino.

C'baoth frunció el ceño levemente y por un segundo Obi-Wan pensó que iba a insistir en lo de la escolta de todas formas, como correspondía al tratamiento Jedi adecuado. Pero entonces las arrugas se alisaron y asintió.

—Muy bien —dijo—. El Capitán Pakmillu es el anfitrión de una cena de Primera Noche en la sala de oficiales superiores a las siete. Mis compañeros Maestros Jedi estarán allí. Acudiréis también.

—Será un honor —dijo Obi-Wan.

—Y tendréis que parar en el centro médico del Acorazado-Uno —añadió Pakmillu—. El representante del Canciller Supremo ha dado instrucciones de que se le haga una revisión completa a todo el personal, incluyendo análisis de sangre y muestras de tejido para enviarlas a Coruscant. Aparentemente, hay alguna preocupación sobre virus de colmena o epidemias potenciales.

—Iremos a la revisión —le prometió Obi-Wan—. Entonces, hasta la noche.

Le dio un codazo a Anakin, y juntos se abrieron paso a través del cuarto.

—El Maestro C'baoth ciertamente parece saber lo que quiere ¿verdad? —comentó.

—No hay nada malo en ello —dijo Anakin firmemente—. Si el Maestro Yoda o el Maestro Windu le hablasen de esa forma al Canciller y al Senado de vez en cuando, quizá se harían más cosas.

—Sí —murmuró Obi-Wan—. Quizá.

La rejilla era pesada, y bastante flexible como para ser difícil de agarrar. Afortunadamente, ese no era un problema para un Jedi. Extendiéndose con la Fuerza, Lorana la subió a su posición, sujetándola en su lugar mientras los técnicos trabajaban deprisa en sus fijaciones.

—Gracias —jadeó el supervisor cuando lo aseguró finalmente—. Estas cosas son realmente odiosas, hacen un auténtico daño cuando se sueltan así.

—No hay problema —le aseguró Lorana—. Me alegro de poder ayudar.

—Yo también —gruñó él—. ¿He oído a alguien decir que tu nombre era Jinzler?

—Sí —confirmó ella—. ¿Por qué?

—Porque nosotros tenemos un Jinzler en nuestro grupo de trabajo —dijo él, sacando a tientas un comunicador y tecleando un código—. Un tipo llamado Dean. ¿Es pariente tuyo?

—No lo sé —dijo Lorana—. Tenía solo diez meses cuando entré en el Templo Jedi. No sé nada de mi familia.

—¿Qué? ¿Nunca fueron a verte?

—No se permiten las visitas de las familias —le dijo Lorana.

—Oh —dijo el otro sonando sorprendido. Un tono sonó, y subió el comunicador a sus labios—. ¿Jinzler? Brooks. ¿Dónde estás?… Vale, encuentra un lugar donde detenerte y ve de un salto a la sala común… Porque quiero verte, ése es el por qué.

Apagó el comunicador y lo devolvió a su cinturón.

—Por aquí Jedi Jinzler —dijo señalando hacia una de las puertas de estribor del Centro OpCom.

—Pero ya te he dicho que no le conozco —protestó Lorana mientras le seguía.

—Sí, pero quizá él te conozca a ti —dijo Brooks. Atravesaron la puerta entrando en el corredor y giraron hacia el turboascensor más cercano—. Merece la pena comprobarlo de todas formas, ¿no?

Lorana sintió encogerse su garganta.

—Supongo.

Bajaron en turboascensor tres niveles desde la cubierta de mando y avanzaron a lo largo de un estrecho corredor hasta una sala repleta de largas mesas con un mostrador de servicio extendiéndose a lo largo de un extremo. Una docena de humanos y alienígenas estaban esparcidos en grupos de dos y de tres alrededor de diversas mesas, conversando en voz baja sobre líquidos multicolor, mientras tres droides de servicio estaban ocupados detrás del mostrador.

—Ahí está —dijo Brooks, señalando a una mesa junto a la pared posterior. Un hombre solitario de pelo oscuro se sentaba allí, con la espalda hacia la habitación, sujetando una bebida humeante entre sus manos—. Ven, te presentaré.

Avanzó a través de la habitación, intercambiando asentimientos y saludos con algunos de los otros mientras pasaba. Lorana le siguió, sus pequeñas dudas se volvían cada vez más fuertes… y cuando estaban a tres metros del hombre, él se giró a medias, y ella echó la primera mirada a su perfil.

Era el hombre que había visto tantas veces en Coruscant.

Se paró en seco, con todo su cuerpo poniéndose tenso. Brooks no se dio cuenta, sino que continuó el resto del camino hasta la mesa.

—Hey, Jinzler —dijo haciendo un gesto hacia ella—. Quiero presentarte a alguien.

El joven se giró completamente en su silla.

—No es necesario —dijo, su voz era estable pero teñida con una mezcla desagradable de tensión y amargura—. Jedi Lorana Jinzler, supongo.

Con un esfuerzo, Lorana encontró su voz.

—Sí —dijo. La palabra salió más calmada de lo que había esperado—. Dean Jinzler, supongo.

—¿Os conocéis? —preguntó Brooks, frunciendo el ceño de uno a otro.

—Apenas —dijo Jinzler—. Sólo es mi hermana.

—¿Tú…? —Brooks le miró fijamente, después a Lorana—. Pero yo pensé…

—Gracias —dijo Lorana, captando su mirada y asintiendo microscópicamente hacia la puerta.

—Uh… sí —mirándolos aún con confusión, Brooks se retiró de espaldas entre las mesas con las manos tanteando detrás de él por los obstáculos. Alcanzó la puerta y escapó de la habitación.

—Supongo que vas a querer sentarte —dijo Jinzler con un toque de desafío en la voz.

Lorana volvió su atención hacia él. La estaba mirando con la misma amargura que había notado en sus otros encuentros. Sus ojos, al contrario de lo que esperaba, no eran oscuros sino del mismo tono extraño de gris de los suyos.

—Sí —dijo ella, yendo a por una silla en el lado opuesto de la mesa. Reuniendo sus ropas a su alrededor, se sentó.

—Supongo que debería felicitarte por pasar las pruebas —dijo Jinzler—. Ahora eres un Jedi autentico.

—Gracias —dijo Lorana observando su cara. Había un parecido familiar ahí, podía verlo. Era extraño que no se hubiese dado cuenta antes—. ¿Estás al tanto de ese tipo de cosas?

—Mis padres lo están —su boca se tensó—. *Nuestros* padres lo están —se corrigió a sí mismo.

—Sí —murmuró ella—. Me temo que no sé nada sobre ellos. O sobre ti.

—No, por supuesto que no —dijo él—. Pero *yo* lo sé todo sobre *ti*. *Todo*, desde tu entrenamiento como joven aprendiz, tu aprendizaje con Jorus C'baoth, tu primer sable láser, hasta tu ascensión a Caballero Jedi.

—Estoy impresionada —dijo Lorana, intentando una sonrisa vacilante.

—No lo estés —dijo él sin devolverle la sonrisa—. Sólo lo sé porque mis padres tenían un amigo que seguía trabajando dentro del Templo. Metían a la fuerza cada logro tuyo por mi garganta. Te querían, ya sabes —resopló amablemente—. No. Por supuesto que no. Nunca te molestaste por descubrirlo.

Bajó los ojos de su cara y le dio un sorbo a su bebida. Lorana le miró, estremeciéndose por la cólera y la amargura que flotaban hacia ella como el vapor de su bebida. ¿Qué había hecho ella para enfadarle tanto?

—No se nos permite como Padawans saber nada de nuestras familias —dijo ella en el silencio—. Incluso ahora que soy un Jedi, es complicado.

—Sí —dijo él—. Seguro.

—Y hay buenas razones para ello —continuó ella tenazmente—. Hay muchos mundos en la República donde las conexiones y posiciones familiares son las partes más importantes de su cultura. Un Jedi que supiese de qué familia provenía podría encontrar imposible intervenir imparcialmente en cualquiera de las disputas de su gente.

—Aunque eso no evita que la familia te encuentre a ti, ¿verdad? —le contestó él—. Porque la mía lo hizo claramente. Incluso después de que tus preciosos Jedi los despidiesen siguieron apañándoselas para observarte…

—Espera un minuto —le interrumpió Lorana—. ¿Qué quieres decir con que los despidieron? ¿Quién los despidió?

—¿Vosotros los Jedi tenéis problemas de oído? —preguntó él—. Ya te lo he dicho: uno de tus elevados y poderosos Jedi. Mamá y Papá eran trabajadores civiles del Templo, ocupándose del mantenimiento electrónico y las reparaciones en las áreas públicas. Eran buenos en eso, también. Sólo después de que fuiste elegida, ellos fueron despedidos. Tus Jedi no los querían ni siquiera en el mismo edificio que tú, supongo.

Lorana sintió un nudo en el estómago. Ella no sabía nada de este incidente en particular, aunque había habido otros que ella había oído. Pero estaba claro que no haría ningún bien el darle a su hermano las razones que había detrás de la estricta política de aislamiento del centro.

—¿Fueron capaces de encontrar otros trabajos?

—No, todos nosotros nos morimos de hambre —replicó él—. Pues claro que encontraron otros trabajos. Trabajos mal pagados, por supuesto, trabajos en los que tuvieron que pelearse para conseguir que empaquetáramos y nos mudásemos porque nadie se había molestado si quiera en decirles que no podrían seguir en el Templo una vez que estuvieras allí. Pero esa no es la cuestión.

—Entonces, ¿cuál *es* la cuestión?

Durante un largo minuto simplemente la miró, con su agitación surgiendo como el borde de un océano en una tormenta invernal.

—Vosotros los Jedi pensáis que sois perfectos —dijo por fin—. Pensáis que sabéis lo que es mejor para todo el mundo y para todas las cosas. Pues bien, no lo sois, y no lo sabéis.

Lorana sintió estrecharse su garganta.

—¿Qué te ha pasado, Dean? —le preguntó educadamente.

—Oh, así que ahora es Dean, ¿no? —dijo él con desprecio—. ¿Ahora quieres fingir que eres mi querida hermana mayor? ¿Crees que puedes agitar tu mano o tu precioso sable láser y cambiarlo todo?

—¿Cambiar el qué? —insistió Lorana—. Por favor, quiero saberlo.

—Pensaba que los Jedi lo sabíais todo.

Lorana suspiró.

—No, por supuesto que no.

—Bien, nunca lo habrías sabido escuchando a tus padres —dijo él—. Eras la chica perfecta, con la que el resto del nosotros éramos comparados. Lorana habría hecho esto, Lorana habría hecho aquello, Lorana habría dicho esto, Lorana *nunca* habría dicho eso. Era como vivir con un dios menor. Y tan completamente absurdo —ellos posiblemente no podían tener la más mínima idea de lo que realmente podrías hacer o decir en esas situaciones. Apenas sí podías caminar cuando te dejaron.

Sus ojos se enfurecieron aún más.

—Pero, por supuesto, tu no estabas, ¿verdad? Eso era lo que hacía que todo funcionara. Nunca estabas para cometer errores o perder las formas o tirar la cena por el

suelo. Ellos podían colocar su pequeño altar en tu honor sin siquiera haber visto nada que pudiese explotar la burbuja de perfección que habían construido a tu alrededor.

Levantó de nuevo su bebida, pero la volvió a dejar sin haber bebido.

—Pero *yo* lo sé —gruñó mirando su bebida—. Te he estado vigilando. No eres perfecta. Ni siquiera estás cerca de serlo.

Lorana pensó en todos los cansados años de entrenamiento, y las críticas constantes de C'baoth.

—No —murmuró ella—. No lo soy.

—Tampoco eres muy observadora —hizo un gesto hacia ella—. Déjame ver tu arma fantástica.

—¿Mi sable láser? —frunciendo el ceño, lo descolgó de su cinturón y lo colocó sobre la mesa.

—Sí, ese es —dijo sin hacer ningún movimiento para tocarlo—. Es una amatista, ¿verdad?

—Sí —dijo ella, centrándose en el botón de activación—. Fue un regalo de unas personas a las que el Maestro C'baoth y yo ayudamos en uno de los niveles medios de Coruscant.

Jinzler sacudió la cabeza.

—No, fue un regalo de tus padres. Conocían a esa gente, y les pidieron que te lo dieran —su boca se torció—. Y tú ni siquiera pudiste adivinarlo, ¿verdad?

—No, claro que no —dijo Lorana, su frustración con este hombre y la cólera de él amenazaban con convertirse en la cólera de ella—. ¿Cómo podría?

—Porque eres un Jedi —le contestó—. Se supone que lo sabéis todo. Apuesto a que tu Maestro C'baoth sabía de dónde venía.

Lorana respiró cuidadosamente.

—¿Qué quieres de mí, Dean?

—Hey, *tú* eres la que ha venido buscándome, no al revés —contestó él—. ¿Qué quieres *tú*?

Durante un momento se miraron a los ojos. ¿Qué quería ella de él?

—Quiero que aceptes lo que es —le dijo—. El pasado se ha ido. Ninguno de nosotros puede cambiarlo.

—¿Quieres que yo *no* cambie el pasado? —dijo con desprecio—. Sí, vale, creo que podré hacerlo.

—Quiero que lo aceptes, sean cuales sean tus sentimientos por tus —por mis— padres, tu valor no se define por sus opiniones o juicios —continuó ella, ignorando el sarcasmo.

Él resopló.

—Perdón, pero ya has dicho que no cambie el pasado —dijo—. ¿Algo más?

Ella le miró directamente a los ojos.

—Quiero que dejes de odiar —dijo tranquilamente—. Deja de odiarte a ti mismo… y deja de odiarme a mí.

Vio los músculos tensarse brevemente en su cuello.

—No odio —dijo él con una voz firme—. El odio es una emoción, y los Jedi no tienen emociones, ¿verdad?

—Tú no eres un Jedi.

—Y ese es el verdadero problema, ¿no? —dijo amargamente—. Eso es lo que Mamá y Papá querían: Jedi. Y yo no lo soy, ¿verdad? Pero no te preocupes, puedo seguir jugando el juego. *No hay emoción; hay paz. Los Jedi sirven a otros en lugar de gobernarlos, por el bien de la galaxia. Los Jedi respetan todas las formas de vida.* ¿Lo ves?

De repente, Lorana había tenido suficiente.

—Lo siento, Dean —dijo levantándose—. Lo siento por tu dolor, el cual no puedo curar. Lo siento por tu pérdida percibida, la cual no te puedo devolver —se forzó a fijar la mirada en la de él—. Y siento que estés desperdiciando tu vida, una decisión que sólo tú puedes cambiar.

—Genial —dijo él—. La única cosa en la que nadie puede superar a un Jedi es dando discursos. Especialmente discursos de despedida —alzó las cejas—. Eso era un discurso de despedida ¿no?

Lorana miró a su alrededor, recordando tardíamente donde estaba. *Vuelo de Expansión*…

—No he tomado una decisión.

Él alzó sus cejas.

—¿Realmente tienes decisión? —dijo él—. Pensaba que el Consejo Jedi tomaba todas tus decisiones por ti.

—Espero que encuentres tu camino, Dean —dijo Lorana, cogiendo su sable láser y colocándolo en el cinturón—. Espero que encuentres tu cura.

—Bueno, puedes pasarte los próximos años preocupándote por eso —dijo él—. Vuelve pronto. Tenemos mucho de qué hablar. Hermana —cogiendo su bebida se giró en su asiento para darle la espalda.

Lorana miró la parte posterior de su cabeza con el sabor ácido de la derrota en su boca.

—Hablaremos más tarde —dijo ella—. Mi… hermano.

Él no replicó. Parpadeando para evitar las lágrimas, Lorana salió rápidamente de la sala.

Durante un momento considerable vagabundeó por el laberinto de pasillos, maniobrando mecánicamente alrededor de los técnicos y los droides mientras intentaba superar el dolor que le oscurecía los ojos y la mente. Fue de hecho con un cierto sentido de choque distante que sus ojos se aclararon para mostrarle que estaba de vuelta en el Centro OpCom del Acorazado.

C'baoth y Pakmillu aún estaba allí, manteniendo una discusión sobre una de las consolas de navegación.

—Ah, Jedi Jinzler —dijo C'baoth, haciéndole un gesto—. Confío en que tus habitaciones sean satisfactorias.

—En realidad, no las he visto todavía —admitió Lorana.

—Pero se unirá a nosotros, ¿verdad? —añadió Pakmillu con su grave voz—. Entiendo que hay cierta confusión en este punto.

—No hay confusión —insistió C'baoth—. Ella viene con nosotros.

Los enormes ojos de Pakmillu estaban fijos en ella.

—¿Jedi Jinzler? —la invitó.

Lorana respiró profundamente, con la cara de su hermano flotando en frente de ella. La cara que a partir de este momento revolotearía para siempre en los bordes de su vida.

—El Maestro C'baoth está en lo cierto —le dijo al Capitán—. Será un honor para mí viajar con usted a bordo del *Vuelo de Expansión*.

Y, amargamente añadió para sí misma, cuanto antes nos vayamos, mejor.

13

—… Y la tripulación final y lista de pasajeros —dijo el Capitán Pakmillu, entregando la última tarjeta de datos.

—Gracias —dijo Doriana, aceptando la tarjeta y guardando todo el montón en su abrigo—. ¿No necesita nada más?

—Nada que a mí o a otras cincuenta mil personas se nos ocurra —dijo Pakmillu con el típico humor seco Mon Cal—. Creo que el *Vuelo de Expansión* está listo para partir.

—Excelente —dijo Doriana—. El Canciller Supremo Palpatine estará encantado de oírlo.

—No lo habríamos conseguido sin su ayuda —dijo Pakmillu gravemente—. Por favor, transmítale nuestra gratitud una última vez por todos sus esfuerzos en nuestra representación.

—Así lo haré —prometió Doriana. También sería una última vez—. Entonces eso es todo. Le veré en… ¿Cuánto? ¿Cinco años? ¿Diez?

—El tiempo que sea necesario —dijo Pakmillu, mirando el puente de mando de su Acorazado-Uno—. Pero volveremos.

—Esperaré con ilusión su regreso —dijo Doriana con toda la falsa sinceridad que pudo reunir—. Mientras tanto, que tengan un viaje seguro. Y no lo olvide, si se le ocurre algo más que necesite, la Oficina del Canciller Supremo está preparada para atenderle. Aún tiene tres semanas antes de abandonar el espacio de la República —tiempo suficiente para reunir y transportar suministros y equipo de emergencia hasta aquí.

—Lo recordaré —dijo Pakmillu inclinando la cabeza—. ¿Puedo acompañarle hasta su transporte?

—No es necesario —le aseguró Doriana—. Sé que debe de tener cientos de asuntos que resolver todavía, antes de dejar Yaga Menor. Vuele sin contratiempos, y que la Fuerza le acompañe.

—Con diecinueve Jedi a bordo, estoy seguro de que así será —le aseguró Pakmillu—. Más bien, diecinueve y medio.

—Definitivamente —asintió Doriana, manteniendo su sonrisa en su lugar mientras fruncía el ceño por detrás. ¿Diecinueve Jedi? ¿Y medio?—. Adiós Capitán.

Esperó hasta que el piloto hubo sacado el trasporte del hangar del Acorazado uno y hubieron pasado rozando suavemente los alrededores de la atmósfera de Yaga Menor antes de sacar la lista de pasajeros de Pakmillu e introducirla en su datapad. Los últimos números Jedi que había oído hablaban de un total de diecisiete, no diecinueve. ¿Se había producido un repentino cambio de planes? ¿Y qué demonios era medio Jedi, de todas formas? Los rumores sobre cómo había muerto Darth Maul vinieron desagradablemente a su cabeza…

Sacó la lista de Jedi y empezó a revisarla. Los nombres eran muy familiares, la mayoría de ellos potenciales problemáticos que él mismo había acercado sutilmente hasta C'baoth para que los invitara a su gran expedición. La primera añadidura a la lista,

Lorana Jinzler, no era una sorpresa realmente; Doriana siempre había pensado que posiblemente el Padawan de C'baoth decidiría quedarse con él un poco más. Los otros dos eran Obi-Wan Kenobi y su Padawan, Anakin Skywalker.

Doriana sonrió para sí mismo. Así que Skywalker era el medio Jedi de Pakmillu. Encantador; y una gratificación inesperada por todo su duro trabajo, también. Desde que Kenobi y el chico casi había hecho naufragar la operación de Barlok, había tenido una sensación poco confortable acerca de ese par. Sus muertes a bordo del *Vuelo de Expansión* serían agradablemente convenientes.

Vuelo de Expansión se había desenganchado del último de los equipos de amarre y soporte y se dirigía desde el pozo de gravedad de Yaga Menor hacia el espacio profundo. Un minuto después, mientras Doriana seguía mirando por el parabrisas del transporte, parpadeó y desapareció en el hiperespacio.

Volvió la vista a su datapad. De todas formas, gratificación o no, mejor que lo comprobase con Sidious y le hiciese saber que Kenobi y Skywalker estaba a bordo, sólo para asegurarse que eso coincidía con los planes del Lord Sith.

Y sería mejor que lo comprobase antes de que el *Vuelo de Expansión* serpentease fuera de la República. Para siempre.

La lanzadera le llevo al Espaciopuerto de Yavvitiri, a pocos kilómetros del Centro de Preparación donde había tenido lugar todo el trabajo preliminar en el *Vuelo de Expansión*. Palpatine y el Senado habían intentado no llamar la atención sobre el proyecto, quizá temiendo una reacción violenta por todo el dinero que habían gastado, y en su mayor parte lo habían conseguido. En sus varios viajes oficiales y no oficiales de las últimas seis semanas, Doriana no había encontrado a nadie que hubiese oído nada de ello.

Aunque aquí, en el mismo centro del proyecto, difícilmente podía ser ignorado. Pero para su humilde sorpresa, no había escuchado ni una sola palabra sobre la partida del *Vuelo de Expansión* mientras caminaba por los pasillos del espaciopuerto. La verdad, el trabajo había sido trasladado en su mayor parte a los propios Acorazados hace cuatro semanas, sacando el proyecto de la vista cotidiana del público. Pero aun así había esperado que *alguien* hubiese levantado la cabeza del barro lo suficiente para notar tal acontecimiento histórico.

Quizá en estos días de creciente confusión política y social, meditó, incluso los acontecimientos históricos se olvidaban rápidamente. En este caso en particular, había sido así.

Había dejado su propia nave atracada al otro lado del espaciopuerto, en la zona restringida, reservada para diplomáticos y oficiales de alto rango. Pasando a través del control de seguridad, se dirigió a través del laberinto de pasillos de su muelle de atraque.

Tecleó para abrir la escotilla y entró, cerrándola de nuevo tras él, entonces se dirigió hacia la cabina del piloto. Se sentó en el asiento del piloto y contactó con la torre.

—Aquí Kinman Doriana de la Oficina del Canciller Supremo Palpatine —se identificó a sí mismo cuando respondió el controlador—. Solicitando rampa de despegue en treinta minutos.

—Recibido Doriana —dijo el otro—. Rampa de despegue en treinta minutos confirmada.

—Gracias —cortando la comunicación, Doriana tecleó una puesta en marcha completa, observando de cerca las pantallas mientras los sistemas empezaban a activarse.

—Llega tarde, Comandante Stratis.

Doriana dedicó una última mirada pausada a las pantallas. Entones, igual de pausado, se dio la vuelta.

El neimodiano estaba medio oculto en el rincón del holoproyector por el mamparo de popa de la cabina, brillando bajo su pequeño gorro de cinco puntas.

—Vicelord Siv Kav —le saludó Doriana—. ¿Podría decirle lo incómodo que parece?

—Muy divertido —gruñó Kav. Moviendo los hombros de un lado a otro, se las arregló para liberarse a sí mismo y a sus elaboradas ropas del rincón del holoproyector—. Debería haber estado aquí hace una hora.

—¿Por qué? —contestó Doriana tranquilamente—. ¿No está su flota preparada?

—Por supuesto que lo está.

—Y el *Vuelo de Expansión* acaba de despegar —dijo Doriana—. Tiempo de sobra para preparar nuestra emboscada —alzó la cabeza levemente—. ¿O simplemente está molesto porque le hice esconderse en su pequeño agujero más de lo que esperaba?

—No estaba escondido —insistió el neimodiano rígidamente—. Simplemente no quería que me vieran si alguien de la Autoridad del Espaciopuerto llegaba inesperadamente.

—Podía haber conseguido eso, esperando en la cabina de invitados como le enseñé —señaló Doriana—. Pero por supuesto, allí no habría sido capaz de escuchar a escondidas mi petición de despegue a la torre. Dígame: ¿Ha valido la espera el conocimiento de mi verdadero nombre y posición?

Los enormes ojos de Kav estudiaron su cara.

—Fuimos traicionados una vez por su Maestro —dijo con una voz misteriosa—. Darth Sidious nos prometió que Naboo sería nuestro, que tendríamos el apoyo necesario allí. Pero la batalla cambió de rumbo y nos abandonó.

—El revés en la batalla no fue culpa suya —contestó Doriana—. Si quiere culpar a alguien, culpe a Amidala. Y no fuisteis abandonados.

—¿Naboo es nuestro, entonces? —dijo Kav sarcásticamente—. Debo haber pasado por alto ese hecho.

—Naboo no es nada —dijo Doriana—. La continua existencia y funcionamiento de su Federación de Comercio es infinitamente más valiosa. ¿O también ha pasado por alto el hecho de que aún no ha sido castigada por sus excesos?

—La ausencia de castigo no ha sido gracias a Sidious —insistió Kav—. Ha sido gracias al poder judicial y al coste demasiado elevado de representantes legales.

Doriana sonrió levemente. ¿Realmente piensa que el poder judicial no se habría inclinado ante la presión del Senado a estas alturas sin alguien operando en la sombra en su beneficio?

Un asomo de incertidumbre cruzó el rostro de Kav.

—¿Usted? —sugirió él.

Doriana se encogió de hombros.

—Lord Sidious tiene muchos sirvientes.

—Aunque este sirviente en particular reside en la Oficina del Canciller Supremo —dijo Kav señalándole—. Eso debe ser muy útil para él.

Doriana dejó que su cara se endureciera.

—Sí, lo es —dijo suavemente—. Y a partir de este momento olvidará que alguna vez escuchó ese nombre y esa posición. Para siempre. ¿Está claro?

Kav comenzó a inhalar con desprecio, dando otra mirada al rostro de Doriana.

—Está claro, Maestro Stratis —dijo esta vez.

—Bien. —Doriana señaló hacia la puerta de la cabina—. Entonces si usted regresa a su cabina, yo haré despegar la nave. ¿Tiene las coordenadas de la flota?

—Sí —los largos dedos de Kav se introdujeron en un recoveco de su túnica y salieron con una tarjeta de datos—. No nos llevará más de dos días llegar hasta ellos.

—Bien —dijo Doriana—. Eso debería darnos tiempo de terminar nuestra estrategia de ataque.

—*Yo* soy el experto en tácticas de combate —dijo el otro rígidamente—. La estrategia de ataque será mía.

—Por supuesto —dijo Doriana suprimiendo un suspiro—. Sólo quería decir que estoy disponible si necesita ayuda. Ahora, si regresa a su cabina, nos marcharemos.

El neimodiano se irguió, y con su orgullo apaciguado al menos momentáneamente, salió de la habitación.

Sacudiendo la cabeza, Doriana fue hacia el rincón del holo. *Neimodianos*. Si no controlasen una de las mejores colecciones de recursos militares de la República, habría recomendado hace tiempo que los arrojasen por el cubículo sanitario. Sólo esperaba que Sidious estuviera buscando alguien más competente para remplazarlos.

Colocándose en el rincón, tecleó por repetidor de la HoloRed. Las luces se encendieron, y llamó a su Maestro.

La espera fue más larga de lo normal, y más de una vez consideró dar un rápido paseo para comprobar de nuevo los paneles de estado. Pero cada vez resistía la tentación. Si Sidious llegaba y tenía que esperar, no estaría contento.

Al fin, la familiar figura encapuchada apareció.

—Informe.

—El *Vuelo de Expansión* está de camino, Lord Sidious —dijo Doriana—. Tengo al Vicelord Kav a bordo, y nos dirigiremos al punto de encuentro dentro de una hora.

—Excelente… —dijo Sidious—. ¿Y sabes exactamente dónde parará el *Vuelo de Expansión* en las Regiones Desconocidas?

—Sí, mi señor —dijo Doriana—. El Capitán Pakmillu tiene dos comprobaciones de navegación separadas planeadas para los primeros ochocientos años luz más allá del espacio de la República. Tengo las coordenadas de ambas.

—Asegúrate de alcanzar la primera —le advirtió Sidious—. Puede ser que C'baoth, en su impaciencia, ordene cancelar la segunda.

—Ese es mi plan de hecho, mi señor —confirmó Doriana—. Una última cosa. Tengo la lista final de pasajeros de Pakmillu, y se han añadido tres Jedi más.

—Uno de ellos será sin duda Lorana Jinzler —dijo Sidious—. C'baoth informó previamente al Senado de que ella le acompañaría —las comisuras caídas de su boca se alzaron brevemente en una sonrisa sardónica—. Aunque no creo que se lo haya mencionado a la propia mujer.

—Si, ella es uno de ellos —confirmó Doriana—. Los otros son Obi-Wan Kenobi y su Padawan, Anakin Skywalker.

La sonrisa de Sidious se desvaneció.

—¿Skywalker? —siseó—. ¿Quién lo autorizó?

—No lo sé, mi señor —dijo Doriana, sintiendo su corazón empezar a desbocarse en su pecho. La última vez que había visto así a Sidious, alguien había muerto. Violentamente—. Debe de haber sido C'baoth…

—Él no puede ir en esa nave —le cortó Sidious abruptamente—. Debe permanecer aquí. Te encargarás de que así sea.

—Entendido, mi señor —dijo Doriana rápidamente—. No se preocupe, le sacaré de allí.

Se dispuso a apagar el aparato, con su mente remolineando mientras intentaba ordenar sus opciones. La primera parada programada del *Vuelo de Expansión* era en el sistema Lonnaw. Si de dirigía allí inmediatamente…

Pero no podía, no con el Vicelord Kav a bordo. No podía correr el riesgo de que alguien viese al neimodiano e hiciese una conexión que no se podía permitir. Primero tendría que dejar a Kav con la fuerza atacante y después ir tras el *Vuelo de Expansión*. Eso significaba que la conexión en Lonnaw no funcionaría, lo que significaba que tendría que intentarlo en la siguiente parada, Argai, en el sector Haldeen. Si los perdía allí…

—Espera.

Doriana se detuvo, con la mano flotando sobre el control. Los labios de Sidious se habían tensado, y Doriana tenía la sensación de que el Lord Sith estaba siguiendo la misma lógica que él había estado utilizando.

Y aparentemente había llegado a la misma conclusión.

—No, continúa con el plan —dijo con la voz de nuevo en calma—. Yo sacaré a Skywalker del *Vuelo de Expansión*.

—Sí, mi señor —dijo Doriana respirando aliviado. No tenía la más mínima idea de cómo Sidious iba a sacar a ese, especialmente con C'baoth y otros cinco Maestros Jedi a

mano, para oponérsele. Pero ese era el problema del Lord Sith. Doriana estaba fuera del asunto y eso era lo importante—. Contactaré con usted de nuevo cuando la misión haya sido completada.

—Hazlo, Doriana —dijo Sidious. Sus ojos, como siempre, estaban ocultos por su capucha; De todos modos, Doriana casi pudo verlos arder a través de los largos años luz que los separaban antes de que la imagen fluctuara y se desvaneciese.

Durante unos segundos Doriana permaneció donde estaba, respirando profundamente mientras desaparecía la tensión que todavía le recorría el cuerpo. Una vez más, el juego casi había resultado fatal. Una vez más, había logrado salir ileso.

Una de estas veces, quizá, no lo hiciera.

Pero ese futuro estaba muy lejano. En este momento tenía una flota que encontrar, y una emboscada que preparar.

Y dieciocho Jedi que liquidar.

Apagando el holoproyector, volvió a la silla del piloto e introdujo la tarjeta de datos de Kav en la ranura lectora. Era el momento de saber exactamente dónde estaban yendo.

14

La puerta del coche del poste turboascensor se abrió en otra espaciosa área del vestíbulo.

—Bien —dijo Anakin, inclinándose hacia afuera para mirar—. Y este es… —lanzó una mirada cautelosa a la señal del lateral—. ¿Acorazado-Cuatro?

—Correcto —dijo C'baoth, poniendo una mano en el hombro del chico y empujándole fuera del coche—. Ahora estamos en el lado más alejado de la nave comandante del *Vuelo de Expansión*, el Acorazado-Uno.

—Se parece a Tatooine en ese sentido —añadió Obi-Wan secamente.

—Cierto —dijo Anakin—. Solo que más frío y menos arenoso.

—¿Tatooine? —preguntó C'baoth.

—Un pequeño planeta donde creció Anakin —le explicó Obi-Wan—. A los lugareños les gusta decir que es el lugar más alejado del centro del universo, al igual que el Acorazado-Cuatro es el más alejado de las áreas de mando del Acorazado-Uno.

C'baoth asintió.

—Ah.

La arquitectura y el equipamiento del Acorazado Cuatro, notó Obi-Wan, eran idénticos a los de las otras naves que había visitado en el recorrido de C'baoth. Realmente no era sorprendente, considerando cómo había sido estructurada la expedición. Al igual que en los otros Acorazados, la gente que pasaba por los pasillos a su alrededor parecían moverse con un paso enérgico, como si estuviesen ocupados, con expresiones alegres, confiadas y determinadas.

No era de extrañar. Contra todo pronóstico su gran aventura había comenzado finalmente, y el cálido brillo de ese logro todavía estaba con ellos.

—El Maestro Jedi Justyn Ma'Ning está al cargo de este Acorazado Particular —dijo C'baoth mientras se dirigían hacia popa—. Creo que hablaste con él durante la cena de Primera Noche.

—Sí, hablamos durante unos minutos —dijo Obi-Wan—. Pensaba que el Comandante Omano estaba al cargo del Acorazado-Cuatro.

—Me refería a que el Maestro Ma'Ning supervisa las operaciones y actividades Jedi —dijo C'baoth—. Él debería estar de vuelta en la Sala Cinco de Conferencias con sus dos Caballeros Jedi y un selecto grupo de familias. Vayamos a ver cómo les va.

—¿Para qué han sido seleccionadas estas familias? —preguntó Obi-Wan.

—El mayor honor posible —dijo C'baoth—. A lo largo de los próximos días, un niño de cada familia empezará el entrenamiento Jedi.

Obi-Wan le miró fijamente.

—¿Entrenamiento *Jedi*?

—Ciertamente —confirmó C'baoth—. A demás de por sus habilidades técnicas básicas, los colonos potenciales también fueron escogidos por tener niños sensibles a la Fuerza. A aquellas familias con los más prometedores se les concedió un estatus

preferencial, aunque por supuesto mantuvimos eso en secreto hasta ahora. Tenemos once candidatos en total, incluyendo los tres que hay aquí en el Acorazado-Cuatro.

—¿Cómo de mayores son esos niños? —preguntó Obi-Wan.

—Son de edades comprendidas desde los cuatro hasta los diez —dijo C'baoth. Alzó una ceja mirando a Anakin—. Que es, creo, la misma edad que tenía el Padawan Skywalker cuando lo tomaste como Padawan.

—Así es —confirmó Obi-Wan, sintiendo crisparse sus labios. Durante siglos, la política estándar del Templo había sido aceptar solamente bebes en el entrenamiento Jedi, y C'baoth lo sabía. Desafortunadamente, Anakin era una excepción deslumbrante a esa regla, una excepción que claramente C'baoth intentaba usar como justificación para esto—. ¿Qué hay de sus padres?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Todos han dado su consentimiento para este entrenamiento?

—Lo harán —le aseguró C'baoth—. Como he dicho, entregar un niño a los Jedi es el mayor honor posible.

—¿Así que aún no se lo ha preguntado realmente?

—Por supuesto que no —dijo C'baoth con un toque de desconcierto en su voz—. ¿Qué padre no estaría orgulloso de tener un hijo o una hija Jedi?

Obi-Wan se preparó mentalmente.

—Pero y si por alguna razón no lo ven de esa manera…

—Después —le interrumpió C'baoth, señalando hacia una puerta a su derecha—. Ya estamos aquí.

La sala de conferencias era una de las muchas áreas de reunión de tamaño medio esparcidas por el típico Acorazado. En el extremo opuesto, de pie ante un estrado, estaba el Maestro Jedi Ma'Ning, escuchando atentamente una pregunta de una mujer de la primera fila. Flanqueándole, vestidos con ropas Jedi, había un par de Duros.

Y sentados en las filas de sillas frente a ellos, ocupando casi completamente el espacio disponible, había quizá cuarenta hombres, mujeres y niños. Mucho más que las tres familias que C'baoth había insinuado que estarían aquí.

C'baoth también estaba claramente sorprendido.

—¿Qué dem…? —retumbó en voz baja con los ojos relampagueando mientras miraba alrededor.

—Tal vez trajeron a sus amigos —sugirió Anakin vacilantemente.

—Los amigos no estaban invitados —gruñó C'baoth. Empezó a moverse hacia adelante, entonces pareció pensárselo mejor. En lugar de eso, hizo un gesto impaciente a su derecha. Girándose en esa dirección, Obi-Wan vio a Lorana Jinzler despegarse de la pared posterior donde había estado parada y caminó hacia él.

Ella asintió a modo de saludo cuando llegó hasta él.

—Maestro C'baoth —dijo tranquilamente—. El Maestro Ma'Ning dijo que podría reunirse con nosotros.

—Y es una suerte que lo hiciera —dijo C'baoth. Su voz estaba baja, pero Obi-Wan pudo ver unas cuantas personas en la última fila que miraban a su alrededor para ver que estaba pasando—. ¿Qué está haciendo toda esta gente aquí?

—El Maestro Ma'Ning invitó a todos los secundarios y a sus familias también —le dijo Lorana.

—¿Secundarios? —preguntó Obi-Wan.

—Aquellos con una pequeña cantidad de sensibilidad latente a la Fuerza, demasiado pequeña para que lleguen a ser Jedi alguna vez —dijo C'baoth, mirando con ira a través de la sala a Ma'Ning—. ¿Qué hay de ti, Jedi Jinzler? ¿Por qué no estás atendiendo a tus obligaciones en el Acorazado-Uno?

—El Maestro Ma'Ning me pidió que viniese —dijo Lorana con la voz un poco tensa.

C'baoth retumbó en lo más hondo de su garganta.

—Ya veo —dijo misteriosamente.

Esperaron en silencio mientras Ma'Ning respondía a la pregunta que le habían hecho —algo relacionado con la redistribución de las raciones para aquellos cuyos niños realizaran el entrenamiento— y preguntaba si alguien tenía alguna pregunta más. No hubo ninguna, y con unas palabras finales de agradecimiento dio por terminada la reunión.

Y mientras la audiencia comenzaba a juntarse, C'baoth caminó a grandes pasos por el pasillo hacia el frente. Obi-Wan lo seguía, con Anakin y Lorana a cada lado. Hasta donde Obi-Wan podía decir de los fragmentos de conversación que pudo oír, la mayoría de la gente parecía de hecho contenta o incluso entusiasmada por el hecho de que tuviesen futuros Jedi en sus familias.

La mayoría de ellos. Pero no todos.

Ma'Ning les saludó con un asentimiento mientras el grupo se aproximaba.

—Maestro C'baoth —dijo—. Maestro Kenobi; Joven Sky…

—¿Qué pretende trayendo a los secundarios a esta reunión? —exigió C'baoth.

—Pensé que sería útil que todo el mundo supiese al mismo tiempo por qué habían sido seleccionados para el *Vuelo de Expansión* —dijo Ma'Ning. Su voz estaba tranquila, pero Obi-Wan pudo ver líneas de tensión alrededor de sus ojos—. Dado que los secundarios son los que tienen más probabilidades de tener descendencia Jedi en el futuro, pensé que deberían saber lo que esperar.

—Eso podría haber sido manejado siempre y cuando ocurriese —gruñó C'baoth—. No debería haber sido así.

—Nada de esto es como debería haber sido —contestó Ma'Ning—. Niños de esta edad —y apartados de sus familias a la fuerza…

—¿A la fuerza? —intervino Obi-Wan.

—No espero que la fuerza sea necesaria —insistió C'baoth, mirando a Obi-Wan y a Ma'Ning—. Los pocos padres que tienen dudas indudablemente se convencerán. Ciertamente los propios niños estarán emocionados por empezar su entrenamiento.

—La pregunta sigue siendo por qué estamos haciendo esto —dijo Ma'Ning.

—Estamos haciendo esto porque nos hemos embarcado en un largo y peligroso viaje —le dijo C'baoth—. Necesitamos a todos los Jedi que podamos conseguir, muchos más de los que el Maestro Yoda me permitió invitar. Muy bien; así que los criaremos por nosotros mismos. Y por favor, no me cite ese sinsentido aprendido sobre cuán joven tiene que ser un candidato Jedi, pero eso es todo lo que es: un sinsentido.

—El Maestro Yoda no estaría de acuerdo con usted —dijo Ma'Ning.

—Entonces el Maestro Yoda se equivocaría —dijo C'baoth llanamente—. No entrenamos a niños o adultos porque elegimos no hacerlo. Esa es la *única* razón —señaló a Anakin—. El Padawan Skywalker es la prueba de que los niños mayores pueden ser entrenados.

Los labios de Ma'Ning se contrajeron.

—Quizá —concedió—. Pero hay otras razones para aceptar solamente bebes.

—¿Qué otras razones? —preguntó C'baoth—. ¿Tradición? ¿Política? Ciertamente no hay nada en el propio Código que hable específicamente del asunto.

—En realidad, eso no es cierto —dijo Obi-Wan—. Las escrituras del Maestro Simikarty son muy claras al respecto.

—Las escrituras del Maestro Simikarty son su interpretación del Código, no parte del propio Código —dijo C'baoth—. Más tradición bajo un nombre diferente.

—¿No aprueba la tradición? —preguntó uno de los Duros.

—No apruebo su simple y ciega aceptación como la verdad —le dijo C'baoth—. Ni podemos permitirnos hacer eso. La lista de Jedi está reduciéndose a lo largo y ancho de la República. Si continuamos con nuestro papel como los guardianes de la paz y la justicia, debemos encontrar maneras de aumentar nuestros números.

—¿Apartando a los aprendices a la fuerza de sus padres? —preguntó Ma'Ning—. En especial considerando el hecho de que ninguno de esos padres quiso que sus niños se convirtiesen en Jedi en primer lugar.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó C'baoth.

—El hecho de que si lo hubiesen querido, le habrían hecho la prueba cuando eran bebes —dijo Ma'Ning.

—Quizá había otras razones —retumbó C'baoth—. Pero de acuerdo, sí, los padres siempre han tomado la decisión de si sus hijos serían o no entrenados. Más tradición. ¿Pero qué hay de los deseos de los niños? ¿No sería más ético dejarles tomar esa decisión?

—Pero como ha dicho el Maestro Ma'Ning, *hay* buenas razones para aceptar sólo bebes —dijo Obi-Wan.

—Muchas de las cuales no se aplican aquí —dijo C'baoth firmemente—. No hay jerarquías familiares profundamente enraizadas a bordo del *Vuelo de Expansión* con las que tratar. Ni los niños estarán a cientos o miles de años luz en el Templo de Coruscant donde sus familias nunca los volverán a ver —al lado de C'baoth, Lorana se agitó pero permaneció en silencio—. No, aquí estarán a meramente un viaje en turboascensor en el

núcleo de almacenamiento —continuó C'baoth—. Después de algún entrenamiento inicial, podríamos incluso considerar dejarles pasar alguna tarde con sus familias.

—¿Va a colocarlos en el núcleo de almacenamiento? —preguntó Ma'Ning frunciendo el ceño.

—Quiero que el centro de entrenamiento tan lejos del ruido y la confusión mental como sea posible —le dijo C'baoth—. Hay mucho espacio allí.

Ma'Ning sacudió la cabeza.

—Esto sigue sin gustarme, Maestro C'baoth.

—Las nuevas ideas al principio son desconcertantes, al igual que las nuevas formas de hacer las cosas —dijo C'baoth, mirando a cada uno de los otros, de uno en uno—. En muchos sentidos todo el *Vuelo de Expansión* es un gran experimento. Y recuerde que si tenemos éxito, podríamos regresar a la República con la clave para la renovación completa de toda la Orden Jedi.

—¿Y si *no* tenemos éxito? —preguntó Obi-Wan.

—Entonces… fallaremos —dijo C'baoth rígidamente—. Pero no será así. —Obi-Wan miró a Ma'Ning. El otro todavía no parecía contento, pero estaba claro que no tenía nuevos argumentos que ofrecer.

Además, C'baoth tenía razón. Algo nuevo había que intentar si la Orden Jedi quería sobrevivir.

Y hace mucho tiempo, de acuerdo con las historias, los Jedi habían estado dispuestos a asumir riesgos.

—De acuerdo —dijo al fin Ma'Ning—. Intentaremos este gran experimento suyo. Pero vaya con cuidado, Maestro C'baoth. Vaya con mucho cuidado.

—Por supuesto —dijo C'baoth como si no hubiese ninguna duda—. Entonces lo único que falta es preparar el centro de entrenamiento —se giró hacia Lorana—. Ya que estás aquí, Jedi Jinzler, te encargarás de eso.

Lorana inclinó la cabeza.

—Sí, Maestro C'baoth.

—Y en el futuro —añadió C'baoth, mirando a Ma'Ning—. consultarás conmigo antes de relevar a cualquiera de mis Jedi de sus tareas asignadas.

El labio de Ma'Ning se contrajo levemente, pero él también inclino la cabeza.

—Como desee, Maestro C'baoth.

C'baoth sostuvo la mirada un momento más, entonces se giró hacia Obi-Wan y Anakin.

—Y ahora, continuaremos con nuestro recorrido —dijo señalando hacia la puerta.

Caminó a grandes pasos por el pasillo hacia la parte posterior, ignorando los pequeños grupos de tripulantes que todavía conversaban tranquilamente entre ellos, y salió al pasillo.

—Ha mencionado tareas Jedi —dijo Obi-Wan mientras se dirigían a popa—. ¿Qué quiere que hagamos exactamente?

—Por el momento, la clase de cosas que siempre estáis haciendo —dijo C'baoth—. Patrullar el *Vuelo de Expansión* y ayudar donde se os necesite. Después, quiero que ayudes con el entrenamiento de nuestros Jedi potenciales. Y, por supuesto, necesitaremos mantener el orden a bordo de las naves.

—No he notado mucho desorden —señaló Obi-Wan.

—Lo habrá —dijo C'baoth con desagrado—. Tanta gente no puede vivir tan junta sin fricciones. Incluso antes de que dejemos las Regiones Desconocidas, estoy completamente seguro que se nos llamará regularmente para resolver disputas entre pasajeros, así como para organizar normas de conducta apropiadas.

¿*Normas de conducta*?

—¿No son esa clase de cosas responsabilidad del Capitán Pakmillu? —preguntó Obi-Wan cuidadosamente.

—El Capitán Pakmillu tendrá sus manos ocupadas con los requerimientos físicos de manejar el *Vuelo de Expansión* —dijo C'baoth—. A demás, nosotros somos los mejor cualificados para tales tareas.

—Siempre y cuando recordemos que nuestro papel es aconsejar y mediar —advirtió Obi-Wan—. Los Jedi sirven a otros en lugar de gobernarlos, por el bien de la galaxia.

—No he dicho nada de gobernar a nadie.

—Pero si nos encargamos del trabajo del Capitán Pakmillu de mantener el orden, ¿no es esencialmente eso lo que estaríamos haciendo? —preguntó Obi-Wan—. Mediación ofrecida con la amenaza subyacente del apremio difícilmente puede llamarse mediación.

—¿Como amenazar a ambos lados en Barlok? —preguntó C'baoth con mordacidad.

Obi-Wan vaciló. Recordaba haberse sentido incómodo con el tono que C'baoth había usado con los dos lados después del ataque frustrado del misil. ¿Se había extralimitado de hecho al forzarlos a aceptar sus condiciones? ¿O habría llegado el apremio meramente por el propio ataque, unido al repentino y desilusionante reconocimiento de que las negociaciones ya no eran puramente asuntos de gráficas y números abstractos?

¿Y cuál era la conexión de C'baoth, si la había, con el ataque? Esa era una pregunta que él todavía no podía responder.

—Ellos necesitan que alguien les diga lo que hacer —ofreció Anakin entre sus pensamientos—. Y se supone que nosotros tenemos sabiduría y entendimiento que la gente no Jedi no tiene.

—Algunas veces la sabiduría requiere que nos mantengamos a un lado y no hagamos nada —dijo Obi-Wan, recuperando las palabras que Windu le dijo en el Templo. Aun así, si el Consejo hubiese reprendido a C'baoth por sus acciones, Windu no lo habría mencionado—. De otra manera la gente nunca podría aprender a manejar los problemas por sí misma.

—Y esa sabiduría llega sólo a través de una comprensión estrecha de la Fuerza —dijo C'baoth, indicando con su tono que la discusión había terminado—. Como aprenderás, joven Skywalker —señaló hacia adelante—. Ahora, por aquí tenemos el conjunto central de armas y escudos.

C'baoth y los otros desaparecieron a través de la puerta de la sala de conferencias. Lorana les vio marcharse, suspirando de cansancio y frustración.

¿Por qué le habría pedido Ma'Ning que viniese, de todas formas? ¿Porque ella presumiblemente conocía a C'baoth mejor que nadie más a bordo? Si eso era así, ciertamente ella no había sido de mucha ayuda durante la conversación. ¿Se suponía que ella tenía que unirse a los otros oponiéndose a su plan de entrenamiento Jedi, entonces? Bien, también había fallado en eso.

—¿Es siempre tan arrogante?

Lorana se giró. Los dos Duros se habían alejado y estaban hablando tranquilamente entre ellos, pero Ma'Ning aún estaba parado allí, mirándola pensativamente.

—Él no me parece particularmente arrogante —dijo ella, defendiendo automáticamente a su Maestro.

—Quizá es sólo su personalidad —dijo Ma'Ning. Pero había una mirada de entendimiento en su cara. Quizá él había visto a otros Jedi salir en defensa de C'baoth con anterioridad, por las mismas razones que tenía Lorana. Fuesen cuales fuesen esas razones—. Dime ¿qué piensas de este esquema suyo?

—¿Se refiere al entrenamiento de niños mayores? —se encogió de hombros con impotencia—. No lo sé. Todo esto es nuevo para mí.

—¿No ha hablado sobre esto antes?

—No —dijo ella—. Al menos, no conmigo.

—Mmmm —dijo Ma'Ning frunciendo los labios—. Ciertamente, es un concepto interesante. Y tiene razón: ha habido excepciones en el pasado, la mayoría de ellas han funcionado bien.

—¿Como Anakin?

—Tal vez —dijo Ma'Ning cuidadosamente—. Aunque hasta que un Padawan consigue realmente ser un Caballero Jedi, siempre existe el peligro de que él o ella puedan abandonar. No espero eso de Skywalker, por supuesto.

—No —estuvo de acuerdo Lorana—. Si me disculpa, Maestro Ma'Ning, necesito encontrar algunos tripulantes que me ayuden a empezar a organizar el nuevo centro de entrenamiento.

—Ciertamente —dijo Ma'Ning, asintiendo—. Hablaré contigo más tarde.

Él camino hacia los dos Duros uniéndose a su conversación. Tres Jedi, manteniendo una conversación privada entre ellos.

Con Lorana en el exterior. Como si ella fuera todavía sólo un Padawan.

Aun así, ella había dicho que se iba. Tal vez eso fuera todo. Respirando profundamente, quitándose esas ideas de la cabeza, se dirigió por el pasillo hacia la puerta.

Estaba casi allí cuando un hombre se puso en medio de su camino.

—Disculpe Jedi —dijo con indecisión—. ¿Me permite unas palabras?

—Ciertamente —dijo Lorana, centrándose en él por primera vez. Era el típico tripulante, joven y de ojos brillantes, con el pelo corto y oscuro y un leve asomo de suciedad grasienta en el cuello de su mono. Convocado directamente desde su turno a la reunión de Ma'Ning, probablemente. Detrás de él permanecía una joven mujer con un bebe dormido en un brazo y un niño de cinco o seis años parado a su lado. Su mano libre descansaba en el hombro del chico—. ¿Cómo puedo ayudarles?

—Mi nombre es Dillian Pressor —dijo el hombre, señalando hacia los otros—. Mi hijo, Jorad, tiene una pregunta.

—De acuerdo —dijo Lorana acercándose al chico, notando que mientras se aproximaba la mujer parecía tensar su agarre en el hombro de su hijo—. Hola Jorad —dijo alegremente, agachándose frente a él.

Él la miró, su expresión era una mezcla de incertidumbre y temor.

—¿Realmente eres un Jedi? —preguntó.

—Sí, claro —le aseguró—. Soy la Jedi Jinzler. ¿Puedes decirlo?

Él frunció los labios titubeantemente.

—¿Jedi Jisser?

—Jinzler —dijo su padre—. *Jinzler*.

—Jedi Jissler —intentó de nuevo el niño.

—O puede ser simplemente Jedi Lorana —sugirió Lorana—. ¿Tienes una pregunta para mí?

El niño lanzó una mirada indecisa a la cara de su madre. Entonces, endureciéndose, miró de nuevo a Lorana.

—El Maestro Ma'Ning dijo que solo la gente que él llamó será un Jedi —dijo él—. Querría saber si podría ser uno yo también.

Lorana miró a la mujer, notando las líneas de tensión en su cara.

—Me temo que no es algo que ninguno de nosotros pueda decir —dijo ella—. Si no has nacido con sensibilidad a la Fuerza, no podemos entrenarte para ser un Jedi. Lo siento.

—Bien, ¿y si mejoro? —persistió Jorad—. Él dijo que el resto de nosotros estábamos cerca, y ha pasado mucho tiempo desde que nos hicieron la prueba. Tal vez he mejorado.

—Tal vez —dijo Lorana. En teoría, por supuesto, no podía. La sensibilidad a la Fuerza podía ser alimentada, pero no creada.

Por otro lado, C'baoth había dicho que estas eran las familias que tenían sensibilidad baja pero insignificante. Era, al menos teóricamente, posible que la prueba del niño hubiese sido inexacta.

—Te diré algo —dijo ella—. Hablaré con el Maestro Ma'Ning para probarte de nuevo, ¿de acuerdo? Si has mejorado, veremos si podemos añadirte al programa.

Los ojos de Jorad se encendieron.

—De acuerdo… ¿Cuándo puedo hacerlo?

—Hablaré con el Maestro Ma'Ning —repitió ella, preguntándose si ya había prometido más de lo que podía cumplir—. Él hablará con tu padre.

—¿Jorad? —apremió la madre del chico.

—Gracias —dijo Jorad obedientemente.

—De nada —dijo Lorana levantándose y mirando al bebe en el brazo de su madre—. ¿Esta es tu hermana?

—Sí, esta es Katarin —dijo Jorad—. La mayor parte del tiempo sólo llora mucho.

—Eso es lo que los bebes hacen mejor —estuvo de acuerdo Lorana, mirando a la madre y después a Dillian—. Gracias a todos por venir.

—No hay problema —dijo Dillian, tomando la mano de su hijo y caminando hacia la puerta. Esta se abrió, y salió con su hijo al pasillo—. Gracias de nuevo, Jedi Jizler.

—Jedi Lorana —le corrigió Jorad.

Casi con desgana, Dillian sonrió.

—Jedi Lorana —corrigió. Dándole la mano a su esposa, la condujo afuera tras Jorad…

—*Ahí* estás —llamó una voz irritada por el pasillo.

Lorana salió al pasillo detrás de los otros. Avanzando hacia ellos venía un hombre joven con el pelo color agua sucia, su boca era una fina línea mientras miraba a Dillian.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Pressor?

—Era una reunión especial —dijo Dillian señalando a Lorana—. Esta es la Jedi Lorana Jinzler…

—¿Desde cuándo te vas en mitad de un turno por una reunión? —le cortó el hombre—. En el caso de que lo hayas olvidado, es un poco difícil hacer una comprobación profunda de comunicación en el reactor de hiperimpulso sin que el hombre del hiperimpulsor este realmente allí.

—Lo sé —dijo Pressor dándole la mano de Jorad a su madre—. Lo siento —pensé que terminaría antes.

—Bien, no fue así —el hombre fijó su mirada en Lorana—. ¿Esto va a ser un acontecimiento regular por aquí, Jedi Jinzler?

—¿A qué te refieres, ah…?

—Chas Uliar —dijo el hombre inmediatamente—. Me refiero a que vosotros los Jedi llegáis e interferís con nuestros horarios de trabajo.

—No estoy segura de qué quieres decir —dijo Lorana.

—Hace dos días el Maestro Ma'Ning sacó a todo el mundo del control de sistemas para un simulacro de una fuga del líquido de refrigeración —dijo Uliar—. Sin importar que ya habíamos hecho cinco el mes pasado. Ahora convocáis reuniones especiales que sacan a la gente de sus importantes puestos de trabajo. ¿Qué hay preparado para mañana? ¿Práctica con cápsulas de escape?

—¿Hay algún problema, Uliar? —llegó la voz de Ma'Ning detrás de ellos.

Lorana se giró mientras Ma'Ning salía al pasillo.

—Solo quiero hacer mi trabajo diario en paz para que pueda dormir el sueño de los virtuosos —dijo Uliar con un atisbo de sarcasmo—. ¿O necesito hacer una petición formal para eso?

—En absoluto —le aseguró Ma'Ning—. Pressor, eres libre para volver a tu puesto.

—Gracias —dijo Pressor.

—Y en el futuro intentaremos ser más considerados con los varios horarios de trabajo —añadió Ma'Ning para Uliar.

—Bien —dijo Uliar, un poco truculentamente—. Vamos, Pressor. Intentemos acabar esto antes de que llegue el siguiente turno.

Se dirigió de vuelta por el corredor a paso rápido.

—Te veo luego —dijo Pressor tocando el brazo de su mujer y apresurándose tras él.

—Adiós, Jedi Lorana —dijo Jorad gravemente, mirándola—. Espero que volvamos a vernos.

—Estoy segura de ello, Jorad —dijo Lorana sonriendo al chico—. Cuida bien de tu hermana pequeña, ¿de acuerdo?

—Lo haré —agarrando la mano de su madre fuertemente, se dirigieron por el pasillo en la otra dirección.

—Suena como un tipo irritable —le comentó Lorana a Ma'Ning.

—¿Quién, Uliar? —el Maestro se encogió de hombros—. Un poco. Aun así, tiene razón sobre que cambiamos las cosas alrededor sin avisar. ¿Querrías hablar con el Maestro C'baoth sobre eso?

—Pensaba que él había dicho que *tú* ordenaste el simulacro de escape de líquido refrigerante.

—Bajo las órdenes del Maestro C'baoth. —Ma'Ning sonrió burlonamente—. Y tiene razón —tenemos un simulacro de cápsulas de escape programado para esta semana.

Lorana asintió.

—Hablaré con él —prometió.

Pasaron seis días estándar desde que salieron de Yaga Menor y se habían detenido para una comprobación rutinaria de navegación en el sistema Lonnaw cuando empezaron los problemas.

Una muchedumbre ya se había reunido en la sección de popa de pasajeros en el Acorazado-Dos cuando llegó Obi-Wan.

—Déjenme pasar por favor —dijo, empezando a abrirse camino entre la multitud.

—Mirad… ahí hay otro —murmuró una voz rodiana.

—¿Otro qué? —preguntó Obi-Wan, girándose en esa dirección.

—Otro Jedi —dijo el Rodiano mirándole directamente a la cara.

—Tranquilo, Feeven —le advirtió un hombre cercano—. No empieces a señalar y a culpar.

—¿Puede decirme qué pasa? —preguntó Obi-Wan.

—Lo que ocurre es que hay ladrones en la noche —dijo el Rodiano—. Ladrones con túnicas y sables láser.

—Feeven, cállate —dijo el hombre. Él miró a Obi-Wan, bajando la vista—. Vinieron por el niño de alguien, eso es todo.

—En medio de la noche —insistió Feeven.

—¿Qué noche? —se burló el hombre—. Esto es el espacio. Aquí siempre es de noche.

—La familia estaba durmiendo —contestó Feeven—. Eso lo hace noche.

—Gracias —dijo Obi-Wan, separándose de ellos y continuando a través de la multitud. En medio de la noche de la nave o no, quizá debería llamar a C'baoth.

No fue necesario. Llegó al área despejada en el centro de la multitud y descubrió que C'baoth ya estaba allí.

—Maestro C'baoth —dijo observando el resto de la escena de un vistazo. Parado en la entrada de una de las habitaciones estaba la gigantesca figura de un hombre, sus manos agarraban los lados de la entrada como si retara a cualquiera a pasar. Detrás de él, en la habitación había una mujer de mirada frenética, arrodillada en el suelo apretando firmemente contra ella un niño. El propio chico parecía asustado pero también extrañamente atento.

C'baoth se giró a medias para mirarle con el ceño fruncido.

—¿Qué estás haciendo aquí? —demandó—. Deberías estar durmiendo.

—Oí que había algo de alboroto —dijo Obi-Wan, llegando hasta la entrada—. Hola —le dijo al hombre.

—No os lo llevaréis —dijo el otro llanamente—. No me importa cuantos de vosotros haya, no os lo llevaréis.

—No tienes elección —le dijo C'baoth llanamente—. Como el Maestro Jedi Evrios te explicó hace casi una semana. Tu hijo es un Jedi en potencia, y él está de acuerdo con ser entrenado. Eso significa que viene con nosotros.

—¿Quién lo dice? —replicó el hombre—. Las leyes de la nave dicen que las decisiones sobre los niños serán tomadas por sus padres. Lo miré.

—Las leyes de la nave no se escribieron para cubrir esta situación —dijo C'baoth—. Por consiguiente no se aplica.

—¿Así que ahora deja a un lado la ley cuando no le satisface?

—Por supuesto que no la dejamos a un lado —dijo C'baoth—. Meramente la rescribimos.

—¿Quién lo hace? —demandó el hombre—. ¿Vosotros, los Jedi?

—El Capitán Pakmillu es la última autoridad legal a bordo del *Vuelo de Expansión* —intervino Obi-Wan—. Le llamaremos y le preguntaremos…

—Él *puede* ser la última autoridad legal —dijo C'baoth cortándole con una mirada de advertencia—. Eso está por ver.

Obi-Wan sintió un escalofrío incomodo por su piel.

—¿Qué quiere decir?

—El *Vuelo de Expansión* es ante todo un proyecto Jedi —le recordó C'baoth—. Los requerimientos Jedi por lo tanto sobrepasan toda su otra autoridad.

Obi-Wan respiró cuidadosamente, consciente de repente de la silenciosa presión de la gente a su alrededor.

—¿Podría hablar con usted un momento, Maestro C'baoth? ¿En privado?

—Después —dijo C'baoth, estirando su cuello sobre la multitud—. El Capitán Pakmillu ha llegado.

Obi-Wan se giró para ver como se abría la muchedumbre para dejar pasar a Pakmillu. Incluso sacado de la cama como debía haber sido, el uniforme del Mon Cal estaba inmaculado.

—Maestro C'baoth —dijo con una voz incluso más grave que la habitual—. Maestro Kenobi. ¿Cuál es el problema?

—Quieren llevarse a mi hijo —dijo el hombre de la puerta.

—El niño va a ser entrenado como Jedi —dijo C'baoth tranquilamente—. Su padre intenta negarle ese derecho.

—¿Qué derecho? —gritó el hombre—. ¿Su derecho? ¿Nuestro derecho? ¿Vuestro derecho?

—Los Jedi son los guardianes de la paz —le recordó C'baoth—. Como tales…

—Tal vez lo erais en la República —le cortó el hombre—. Pero eso es por lo que estamos dejando la República ¿no? Para escapar de reglas arbitrarias, justicia caprichosa y…

—Quizá deberíamos esperar hasta mañana para discutir esto —interrumpió Obi-Wan—. Creo que todos estaremos más calmados y con la mente más clara.

—No hay necesidad de eso —insistió C'baoth.

—El Maestro Kenobi habla sabiamente —dijo Pakmillu—. Nos encontraremos mañana después del desayuno en la sala de conferencias del mando delantero del Acorazado-Dos —sus ojos giraron primero hacia el hombre y después hacia C'baoth—. Allí cada uno de vosotros tendréis la oportunidad de presentar vuestros argumentos, así como artículos relevantes de las leyes de la República.

C'baoth exhaló sonoramente.

—Muy bien, Capitán —dijo—. Hasta mañana —con una mirada final al hombre y al chico, se marchó, la multitud se abría incluso más rápido para él que como lo había hecho para Pakmillu. Obi-Wan le siguió, avanzando en el espacio antes de que se cerrara.

Durante los primeros cien metros caminaron en silencio. Obi-Wan estaba empezando a preguntarse si C'baoth sabía siquiera que le había seguido cuando terminó de hablar.

—No deberías haber hecho eso, Maestro Kenobi —retumbó C'baoth—. Los Jedi nunca deberían discutir en público.

—No sabía que intentar clarificar una situación se considerase discutir —dijo Obi-Wan, extendiéndose en la Fuerza buscando paciencia—. Aunque si llega a eso, un Jedi nunca debería enfrentarse deliberadamente con la gente a la que se supone que sirve.

—Escoger a un niño para el entrenamiento Jedi no es enfrentamiento.

—Hacerlo en medio de la noche lo es —contestó Obi-Wan—. No hay razón por la que no pudiera haber esperado hasta la mañana —hizo una pausa—. A menos, claro, que esté intentando deliberadamente forzar la cuestión del control.

Había esperado que el otro lo negara instantánea y ardientemente. Pero C'baoth meramente le miró de soslayo.

—¿Y por qué habría de hacer eso?

—No lo sé —dijo Obi-Wan—. Particularmente dado que el Código prohíbe específicamente que los Jedi gobiernen sobre otros.

—¿Lo hace? ¿Lo hace realmente?

Obi-Wan sintió un hormigueo en la parte de atrás de su cuello.

—Ya hemos tenido esta discusión —le recordó.

—Y mi postura sigue siendo la misma que entonces —dijo C'baoth—. La Orden Jedi ha acumulado muchas normas a lo largo de los siglos que son claramente erróneas. ¿Por qué esta no debería ser una de ellas?

—Porque los Jedi no están preparados para gobernar —dijo Obi-Wan—. Porque buscar el poder es el Lado Oscuro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó C'baoth—. ¿Cuándo fue la última vez que se nos dio siquiera la oportunidad de intentarlo?

—Lo sé porque así lo dice el Código —dijo Obi-Wan llanamente—. Estamos aquí para guiar, no para convertirnos en dictadores.

—¿Y cuál es el propósito de normas y regulaciones si no es guiar a la gente en el comportamiento que les servirá mejor a ellos y a su sociedad? —contestó C'baoth.

—Ahora está jugando con la semántica.

—No, estoy hablando de determinación —le corrigió C'baoth—. Gobernar es el Lado Oscuro porque éste busca el beneficio personal y la satisfacción de los propios deseos sobre los derechos y deseos de los otros. Guiar, en cualquier forma, busca los mejores intereses de las otras personas.

—¿Es verdaderamente eso lo que está buscando aquí?

—Eso es lo que todos buscamos —dijo C'baoth—. Vamos, Maestro Kenobi. ¿Puedes decir sinceramente que el Maestro Yoda y el Maestro Windu no podrían dirigir la República con más sabiduría y eficiencia que Palpatine y los burócratas gobernantes?

—Si pudiesen resistir la atracción del Lado Oscuro, sí —dijo Obi-Wan—. Pero esa atracción siempre estaría ahí.

—Al igual que lo está en todo lo que hacemos —dijo C'baoth—. Eso es por lo que buscamos la guía de la Fuerza por nosotros mismos al igual que por aquellos a los que servimos.

Obi-Wan sacudió la cabeza.

—Es un camino peligroso, Maestro C'baoth —le advirtió—. Se arriesga a traer el caos y la confusión.

—La confusión será mínima, y acabará —prometió C'baoth—. Cualquier autoridad que se nos conceda, ten la seguridad de que será con el apoyo de la gente —levantó un

dedo—. Pero no olvides nunca por qué la mayoría de ellos están aquí en primer lugar. Has oído a ese hombre: se unieron al *Vuelo de Expansión* para escapar de la corrupción de los mundos que estamos dejando atrás. ¿Por qué no deberíamos ofrecer algo mejor?

—Porque eso se acerca peligrosamente al borde —dijo Obi-Wan—. No puedo creer que el Código pueda estar tan equivocado como parece creer.

—No equivocado, sino meramente mal interpretado —dijo C'baoth—. Quizá deberías centrar tu meditación en esa cuestión. Como por supuesto lo haré yo —añadió—. Juntos, estoy seguro, obtendremos la comprensión para encontrar el camino adecuado.

—Quizá —dijo Obi-Wan—. Me gustaría asistir a la reunión de mañana por la mañana.

—No es necesario —dijo C'baoth—. El Maestro Jedi Evrios y yo manejaremos las cosas. Además, creo que tiene programado ayudar con el blindaje de la nueva sala auxiliar de navegación del Acorazado-Uno en ese momento.

—Estoy seguro de que eso podría esperar.

—Y ahora querrás regresar a tu descanso —dijo C'baoth mientras alcanzaban el vestíbulo del poste turboascensor—. Mañana tienes un día atareado.

—Al igual que todos —dijo Obi-Wan con un suspiro—. ¿Y usted?

C'baoth miró pensativamente a través del pasillo.

—Creo que esperaré al Capitán Pakmillu —dijo—. Que duermas bien, Maestro Kenobi. Te veré mañana.

En la reunión a la mañana siguiente, después de que todos los argumentos diversos se hubiesen presentado y el debate se hubiese llevado a cabo, el Capitán Pakmillu se puso del lado de C'baoth.

—Se llevaron al niño tres horas después —dijo Uliar frunciendo el ceño hacia sus amigos a través de la mesa.

—¿Qué esperabas? —preguntó Tarkosa razonablemente al otro lado de la mesa—. Los Jedi son tan escasos como las plumas de dewback. Puedo entender por qué no querrían que nadie con el talento se les escapase entre los dedos.

—Pero antes eran solamente los bebés —le recordó Jobe Keely, arrugando la cara con incertidumbre—. Niños que ni siquiera saben que ya están vivos, mucho menos saben quiénes son Mamá y Papá. Estos niños son todos más mayores.

—Pero todos ellos tenían el deseo de ir, ¿no? —contestó Tarkosa—. Incluso el niño de esta mañana. Estaba asustado, claro, pero también estaba emocionado. Acéptalo, Jobe: la mayoría de los críos piensa que sería realmente genial ser un Jedi.

—Mi pregunta es qué van a hacer con todos ellos —intervino Uliar—. ¿Van a meter a todos en uno de los Acorazados y construir su pequeño Templo Jedi allí?

—Estoy seguro que C'baoth tiene algunas ideas —dijo Tarkosa firmemente—. Me parece que está demasiado por encima de todo.

—Sí —gruñó Uliar—. Tienes razón.

Durante unos minutos ninguno de ellos habló. Uliar dejó que sus ojos vagaran por la habitación común número tres, parecía tan estéril y militar como todo lo demás a bordo del *Vuelo de Expansión*. La gente comiendo sus cenas parecían estériles y militares, también, en sus monos de trabajo y otros atuendos operacionales.

Lo que el lugar necesitaba era algo de personalidad, decidió. Tal vez debería reunir algunas personas y ver si el Comandante Omano les dejaría redecorar las salas comunes con diferentes temas. Tal vez un agradable club de cena de Coruscant a escala para una, una cafetería del Borde Medio para otra, algo con una apariencia de mala fama para una tercera, animando a la gente a vestirse adecuadamente cuando fueran a comer o a beber.

—¿Qué sabes tú? —dijo Keely en sus pensamientos, cabeceando detrás de Uliar—. Ahí hay uno ahora.

Uliar se giró. Con mucha seguridad, era la mujer Jinzler que había llevado a Dillian Pressor a una reunión cuando se suponía que el hombre estaba trabajando: Estaba parada en la entrada de la sala común, moviendo lentamente la cabeza mientras escaneaba a los ocupantes. Una pareja de comensales alzaron la mirada hacia ella, pero la mayoría ni siquiera parecía notar que estaba allí.

—¿Buscando más Jedi? —sugirió.

—No parece que haya muchos niños por aquí —señaló Keely mirando alrededor—. ¿Crees que irán a por los adultos después?

—Tal vez C'baoth les ha dado una cuota que rellenar —dijo Uliar—. Ya sabes, como las CorSec y las multas de tráfico.

—Las patrullas CorSec no tienen cuotas —dijo Tarkosa despectivamente—. Eso es un mito.

—Bueno, si tiene una, no va a llenarla esta noche —comentó Keely mientras Jinzler se giraba y dejaba la habitación—. C'baoth no va a estar contento con *ella*.

—Si me lo preguntas, no creo que C'baoth esté alguna vez contento con nada —dijo Uliar cogiendo su bebida—. Nunca he conocido a nadie tan lleno de sí mismo.

—Tuve un profesor en el instituto que era igual que él —dijo Tarkosa—. Una noche algunos estudiantes se colaron en su oficina, desmontaron su escritorio y lo armaron en el cubículo sanitario del vestíbulo. Pensé que iba a estallarle cada vaso sanguíneo de la cara cuando lo vio.

—Pero apuesto a que eso no solucionó nada —comentó Keely—. La gente así nunca aprende —se giró hacia Uliar—. Hablando de solucionar cosas, Chas, ¿has conseguido arreglar ese problema del circuito de fluctuación en el que estabas trabajando ayer? Tuvimos que apagar todo el sistema turboláser de babor.

—Oh, sí, está arreglado —le dijo Uliar, apartando la mente de los Jedi y comedores aburridos—. Esto va a matarte. ¿Conoces a b'Crevnis, ese enorme y condenadamente alegre Pho Ph'eahiano que está supuestamente al cargo del mantenimiento del flujo? Parece que se las apañó para rotular erróneamente uno de sus propios manómetros…

Le llevó hasta la cuarta sala común del A-4 que visitó, pero Lorana finalmente encontró a la familia Pressor.

—Hola —dijo ella, sonriendo mientras se acercaba a la mesa—. ¿Qué tal estáis esta noche?

—Estamos bien —dijo Pressor, sus ojos repentinamente alerta mientras alzaba la mirada hacia ella—. ¿Hay algún problema?

—Eso depende de como se mire —dijo Lorana, arrodillándose entre Jorad y su madre—. Quería decirte, Jorad, que tu nueva prueba ha dado de nuevo negativo. Lo siento.

El niño hizo una mueca.

—Está bien —dijo claramente desilusionado—. Mamá y Papá dijeron que probablemente no cambiaría.

—Las mamás y los papás son así de listos —dijo Lorana—. Espero que no estés muy decepcionado.

—Estoy segura de que lo superará —dijo su madre con una nota de alivio en su voz—. Hay muchísimas otras cosas que puede hacer con su vida.

—Sí —murmuró Lorana, la cara de su hermano le vino a la memoria—. Todos nosotros tenemos que aceptar nuestras fuerzas y talentos, y seguir a partir de ahí.

—Aunque, a veces, con un pequeño empujón —dijo Pressor con desagrado—. Escuché que los Jedi tuvisteis algún tipo de punto muerto en el A-Dos ayer.

—Escuché algo sobre eso —confirmó Lorana—. Yo no estaba allí, así que no puedo decir si fue un punto muerto o no. Aunque entiendo que se resolvió pacíficamente.

—Oí que llevaron al niño a la escuela Jedi —contestó Pressor.

—Si ese es su derecho de nacimiento, ¿cómo puede nadie negárselo? —preguntó Lorana—. La vida de un Jedi puede ser dura —y sí, requiere sacrificios, de los padres así como del niño. Pero nada que no valga la pena.

—Supongo —dijo Pressor, claramente no convencido.

—Bien, dejaré que volváis a vuestra comida —dijo Lorana, poniéndose en pie de nuevo—. Gracias por vuestro tiempo.

—Gracias por pasar por aquí —dijo Pressor.

—Adiós, Jedi Lorana —añadió Jorad. Durante un momento sus ojos parecieron demorarse en su sable láser antes de volver a su comida.

Lorana se abrió camino a través de la sala común, intentando conseguir una sensación de la gente a su alrededor. La mayoría de ellos a lo largo de su camino la miraban casualmente mientras pasaba, después se volvían hacia su comida y conversaciones sin ningún cambio detectable en su estado de ánimo. La mayoría de los que estaban sentados más lejos ni siquiera se fijaron en ella. Todo el mundo parecía más o menos contento, dejando a un lado las molestias directas del trabajo por sus turnos laborales. Si había algún resentimiento creciente hacia los Jedi, ella no podía detectarlo.

Así que quizá sus miedos fueran infundados. Después de todo, todos ellos todavía estarían a bordo del *Vuelo de Expansión* por mucho tiempo, e incluso aquellos que estaban enfadados por la forma en la que se habían llevado a los niños se darían cuenta finalmente que cuantos más se convirtiesen en Jedi, más fácil y seguro sería el viaje.

Pero por ahora, era el momento de regresar al trabajo. Algunos equipos de último momento que habían sido empaquetados en el núcleo de almacenamiento necesitaban recolocarse en otras áreas. Los tripulantes tenían manos de sobra y elevadores para el trabajo, pero siempre había una posibilidad de que uno de los montones de cajas se desviara inesperadamente, y sería más seguro si un Jedi estaba presente para evitar que eso ocurriera. Habría indudablemente heridos y muertos a lo largo de su viaje, pero Lorana no tenía intención de dejar que esos incidentes ocurriesen tan pronto. No si podía evitarlos.

Saliendo al pasillo, se dirigió hacia el poste turboascensor de popa. Uno de estos días, se prometió a sí misma, vería como echarle el guante a una de esas motos que el Capitán Pakmillu había dicho que estaban a bordo.

15

—… Y ésta es la sala de máquinas —dijo Thrawn, haciéndose a un lado para dejar a Thrass mirar a través de la escotilla de acceso, a la sala de máquinas del *Cazador de Gangas*—. Te darás cuenta de que tiene un diseño radicalmente diferente al de las naves Chiss de este tamaño.

—Sí —dijo Thrass. Miró en interior durante un momento, después se giró hacia Car'das—. ¿Cuánto tiempo puede viajar a velocidad subluz sin repostar?

—No estoy seguro —dijo Car'das, mirando a Qennto. El otro estaba parado al lado de Maris, la cual le susurraba la traducción simultánea—. ¿Rak? —le invitó en Básico.

—¿Por qué? —gruñó Qennto—. ¿Quiere hacer un vuelo de prueba o algo?

—Vamos Rak —insistió Car'das con voz aduladora, evitando cuidadosamente la mirada de Thrawn. Qennto no había estado contento con dejar que Thrawn le diese una vuelta a su hermano por su nave, y había llevado esa molestia en la manga desde que habían llegado.

El problema era que o no recordaba que Thrawn ahora podía entender Básico, o simplemente no le importaba.

Hasta el momento el comandante no había respondido a los sarcásticos comentarios de Qennto, pero ese freno debía tener un límite. Si se cansaba lo suficiente de esto, y mandaba a Qennto de vuelta al calabozo, ni siquiera Maris sería capaz de sacarle de nuevo.

Qennto puso los ojos en blanco.

—Podemos hacer seiscientas horas en subluz antes de repostar —dijo a regañadientes—. Seis cincuenta si tenemos cuidado con la aceleración.

—Gracias —cambiando a Minnisiat, Car'das se lo tradujo a Thrawn.

—Impresionante —dijo el Síndico, echándole otro vistazo a la sala de máquinas—. Su eficiencia de combustible debe ser ligeramente mejor que la nuestra.

—Sí, pero sus hipermotores aparentemente son más frágiles —dijo Thrawn—. Nuestros ataques con red de choque desactivaron los suyos y los de sus atacantes sin dificultad.

—¿Armamento?

—Simple, pero adecuado —le dijo Thrawn—. El equipo es difícil de conseguir, pero mis expertos lo han estudiado en profundidad. Sus armas de energía y misiles son menos sofisticados que los nuestros, y no llevan ninguna red de choque u otros equipos desactivadores. Por otro lado, ten en cuenta que es meramente un pequeño carguero privado.

—Cierto. —Thrass miró a Car'das—. Tu gente tiene naves de guerra, supongo.

—La República no tiene ejército propio —dijo Car'das, escogiendo sus palabras cuidadosamente. La observación pacífica podía ser la manera de los Chiss, pero aun así no le gustaría poner nerviosa a esta gente—. Por supuesto, muchos de nuestros sistemas miembros tienen sus propias fuerzas de defensa.

—¿Las cuales pueden usarse para atacar?

—Eso ocurre a veces —asintió Car'das—. Pero el Canciller Supremo puede pedir a un sistema miembro que ayude a detener a un agresor, y eso normalmente hace que las cosas acaben rápidamente. La mediación de los Jedi puede a veces detener los problemas antes de llegar tan lejos.

—¿Jedi?

—Una clase de seres desconocidos para nosotros —le dijo Thrawn—. Ferasi ha intentado explicarme lo que son.

Car'das miró a Maris sorprendido. Él no había sabido que ella tenía charlas privadas con el comandante. Los ojos de ella se encontraron con los suyos, bajándolos culpablemente, y por primera vez desde que empezó la sesión, su traducción simultánea vaciló.

Qennto no pasó por alto nada de esto. Sus ojos se estrecharon, mirando a Maris, después a Car'das, de nuevo a Maris, y finalmente a los dos Chiss.

—Aparentemente son capaces de acceder a algún campo de energía desconocida —continuó Thrawn para su hermano. Si había captado la interacción, no lo mostró—. Puede ser usada para mejora sensorial, descubrir las motivaciones y pensamientos de otros, o como arma directa.

—Pero sólo para defenderse —dijo Maris—. Los Jedi nunca atacan primero.

—¿Estáis hablando de los Jedi? —intervino Qennto—. ¿Car'das? ¿Ella ha dicho *Jedi*?

—Está intentando describirles a los Jedi —dijo Car'das—. Los Chiss aparentemente no tienen nada como ellos.

—Bien —gruño Qennto—. Al menos les superamos en algo. ¿Y qué está diciendo?

—Estaban hablando sobre los poderes Jedi —dijo Car'das mirando a los dos Chiss. La cara de Thrawn era inexpresiva, mientras que Thrass estaba claramente molesto con esta conversación paralela en un lenguaje que no entendía—. Pero podemos hablar sobre esto después.

—Sí —dijo Qennto—. Seguro.

Terminaron con el resto del recorrido y regresaron a la base. Car'das todavía no podía decir qué pensaba Thrass de todo esto, pero se sintió languidecer de alivio cuando él y los otros fueron libres de volver a sus habitaciones. Había medio esperado que el Síndico ordenara encarcelarlos a todos.

El alivio fue prematuro. Mientras empezaba a pasar las habitaciones de Qennto y de Maris y se dirigía hacia la suya, Qennto cogió su brazo y le arrastró a través de la puerta.

—¿Qué—?

—Cállate —dijo Qennto, empujándole el resto del camino y dejando que la puerta se cerrara tras él. Dándole un empujón hacia Maris, puso su espalda contra la puerta y cruzó los brazos desafiantemente sobre su pecho—. De acuerdo —dijo—. Oigámoslo.

—¿Oír el qué? —preguntó Car'das, con el corazón empezando a latir rápidamente.

—La historia sobre ti, Maris y Thrawn —dijo Qennto fríamente—. Específicamente, esas charlas privadas que Maris y él han estado teniendo.

Car'das retuvo su aliento, e instantáneamente se maldijo a sí mismo por su reacción. Si Qennto le hubiese pedido una confesión de culpa por escrito, difícilmente podría haberle dado una mejor.

—¿A qué te refieres? —preguntó buscando tiempo.

—No querrás decir, ¿cómo lo sé? —bufó Qennto—. ¿Qué, crees que sólo porque no voy a vuestra pequeña escuela de idiomas he estado simplemente sentado mirando a las paredes? —cabeceó hacia la computadora en el otro lado de la habitación—. Maris fue suficientemente amable para dejarme mirar la ruta de acceso a las listas de vocabulario.

Car'das sintió encogerse su estómago.

—¿Así que entiendes Cheunh?

—Entiendo lo suficiente. —Qennto miró a Maris—. También sé cómo leer la expresión de una mujer.

—No lo entiendes —dijo Maris con la voz baja y calmada.

—Bien —dijo él—. Explícamelo.

Ella respiró profundamente.

—Admiro al Comandante Thrawn —dijo. Su voz seguía en calma, pero Car'das podía escuchar las grietas que empezaban a formarse. Ella conocía el temperamento de Qennto incluso mejor que él—. Él es inteligente y noble, con una sensibilidad artística que no había visto desde que dejé la escuela.

Qennto bufó.

—¿Quieres decir desde que dejaste a esos superficiales idiotas cabezas de aguja a los que solías frecuentar?

—Sí, muchos de ellos eran idiotas —asintió sin avergonzarse—. Viene de ser joven, supongo.

—¿Pero Thrawn es diferente?

—Thrawn es una versión adulta —dijo ella—. Su sentido artístico esta emparejado con madurez y sabiduría. Me gusta pasar el tiempo hablando con él —sus ojos relampaguearon—. *Sólo* hablando con él, si eso cuenta.

—Realmente no —gruñó Qennto. Pero mientras Car'das veía como algo de tensión desaparecía de él, podía decir que sí contaba—. Así que si esas reuniones son tan inocentes, ¿por qué las has estado ocultando?

Un músculo se contrajo en la mejilla de Maris.

—Porque sabía que reaccionarías exactamente así.

—Y este secretismo fue todo idea tuya, ¿no?

Ella vaciló.

—En realidad, creo que Thrawn lo sugirió.

Qennto gruñó.

—Eso pensaba.

—¿Y qué se supone que significa *eso*? —preguntó Maris, estrechando sus ojos amenazadoramente.

—Eso significa que te está tomando por tonta —dijo Qennto sin rodeos—. Puede que yo no sea culto o artístico, pero he andado mucho por el mundo. Conozco a los tipos como él, y no es lo que parece. Nunca lo son.

—Tal vez él sea la excepción.

—Puedes creerlo si quieres —dijo Qennto—. Sólo te digo que en algún lugar a lo largo de la línea, esta pequeña pirámide de cartas que has construido a su alrededor va a derrumbarse. Apuesto lo que quieras.

—Yo también —dijo ella, ahora sus ojos llameaban abiertamente—. Asegúrate de señalarlo cuando ocurra. —Dándole la espalda, fue hacia el ordenador y se dejó caer en la silla.

Qennto la observó marchar, después de giró hacia Car'das.

—¿Tienes algo que decir? —le retó.

—No —dijo Car'das rápidamente—. Nada.

—Entonces lárgate —dijo Qennto apartándose de la puerta—. Y recuerda lo que he dicho. No confíes en él.

—Claro —pasando furtivamente por su lado, Car'das escapó al pasillo y fue hacia su habitación.

A través de la fila de ventanales del puente de la nave de guerra de la Federación de Comercio, *Oscura Venganza*, las líneas estelares desvanecieron una vez más en estrellas.

—Hemos llegado —anunció el Vicelord Kav desde su silla-trono de mando.

—Mm —murmuró Doriana escurridizamente desde su asiento en el sofá de los observadores curvándose al lado del otro. En general, los neimodianos tenían excelentes sistemas de navegación. Pero los sistemas sólo eran tan buenos como sus operadores, y en el caso del *Oscura Venganza*, eso era cuestionable. Sidious había insistido en que las tripulaciones de todas las naves de la fuerza de choque se mantuviesen al mínimo, dejando sólo a aquellos en los que se podía confiar para que mantuviesen sus bocas cerradas y trayendo droides para encargarse de los momentos de baja actividad.

Más de una vez, Doriana se había preguntado si el plan final de Sidious era matar a cualquier superviviente de la misión para asegurarse doblemente de que nada de esto se filtraba fuera. Si así fuera, las pequeñas tripulaciones ciertamente lo harían más fácil.

—Sus preocupaciones son innecesarias —dijo Kav arrogantemente, perdiendo completamente la dirección que los pensamientos que Doriana habían tomado—. Hemos hecho doble comprobación del lugar.

—Gracias —dijo Doriana inclinando su cabeza educadamente. La reducida tripulación no afectaría, por supuesto, a sus capacidades de ataque en gran medida. Eso sería manejado por cazas droide, y ese sistema era en su mayor parte automatizado.

Miró alrededor del puente a los neimodianos y a los droides trabajando atareadamente en los diversos fosos hundidos de control, después devolvió su atención al panel táctico. La fuerza de choque estaba dispuesta en la típica estructura de defensa neimodiana: Los dos enormes Acorazados con forma de anillo hendido, en el centro donde serían mejor protegidos, los seis transportes armados clase *Hardcell* de la Techno Unión formando un escudo defensivo piramidal a su alrededor, y los siete cruceros escolta de la Federación de Comercio formando una nube patrulla más allá de ellos.

Era una colección impresionante de potencia de fuego, posiblemente la más grande reunida en un lugar desde el fracaso de Naboo. Incluso contra el armamento de seis nuevos Acorazados, no deberían tener problemas para solucionar el día.

Asumiendo, por supuesto, que los navegadores de Kav le hubiesen traído al lugar adecuado en el sistema adecuado. Si perdían aquí al *Vuelo de Expansión,* tendrían que apresurarse otros seiscientos años luz hacia delante para atraparlo en su segunda parada de navegación.

—Nuestra posición está confirmada —dijo Kav con satisfacción. Sus membranas-párpado pestañearon mirando a Doriana—. *Si* las coordenadas que nos ha proporcionado son correctas.

—Lo son —dijo Doriana—. Si el *Vuelo de Expansión* sigue su horario, llegarán en poco menos de once días. Hasta entonces, haremos ejercicios de entrenamiento para asegurarnos de que su gente y equipo estarán listos.

—Ellos están más que preparados —insistió Kav rígidamente—. Los programas de combate para los cazas droides son los mejores, y entre nuestras dos naves de combate tenemos casi tres mil de ellos. No importa cuán fuerte sean las defensas del *Vuelo de Expansión*, no importa cuán expertos sean sus artilleros, les destruiremos con facilidad.

Eso es lo que dijisteis de Naboo. Con un esfuerzo, Doriana guardó el comentario para sí mismo.

—Estoy seguro de que está en lo cierto —dijo en su lugar—. Aun así pasaremos los próximos días llevando a cabo mis simulacros.

Kav hizo un ruido en lo profundo de su pecho.

—Como desee —dijo con tensa paciencia—. Pero el gasto extra de combustible y de energía será responsabilidad suya. ¿Cuándo quiere empezar?

Doriana miró a las estrellas.

—No hay mejor momento que el presente —dijo—. Lanzaremos los cazas en diez minutos.

—Y ésta —dijo C'baoth mientras les mostraba el camino hacia la sala con el techo extraordinariamente bajo—, es la sala de control de la Burbuja de Armas Número Uno. Notaréis que el techo es bajo, para dar un espacio extra al equipo de carga turboláser sobre nosotros.

—Suerte que no tenemos a ningún Gungan a bordo —comentó Obi-Wan, agachando la cabeza un poco mientras entraba. La sala estaba equipada con un enorme panel de control envolvente en el centro, con consolas auxiliares y de apoyo a lo largo de las paredes. Por número de sillas colocadas en los diversos puestos, parecía que el equipo normal sería de quince personas incluyendo a los tres artilleros auténticos.

—A los gungans no se les permitiría estar en ninguna parte cerca de estos puestos aunque hubiese alguno a bordo —dijo C'baoth llanamente—. Los especialistas en armamento necesitan mucha más sofisticación e inteligencia que eso.

—En mi experiencia, esas dos no van necesariamente unidas —comentó Obi-Wan—. ¿Y hay cuatro de estas burbujas en cada Acorazado?

—Correcto —dijo C'baoth cruzando la sala hasta la consola principal de fuego y apoyando la mano en el reposacabezas de una de las sillas—. Ven y siéntate, Padawan Skywalker.

Anakin miró a Obi-Wan, después caminó hacia allí y se sentó cautelosamente en el asiento.

—Parece complicado —comentó.

—En realidad no —dijo C'baoth, señalando sobre su hombro las diversas secciones del panel—. Aquí están los auténticos controles de disparo. Fíjate en que puedes apuntar y disparar los turboláser delanteros y traseros desde aquí al igual que tu armamento del lado de estribor. Aquí está el monitor de fijación de sensores; este es el control de disparo secundario; este es el panel de estado de las armas; este es el comunicador; este es el sistema de pantalla táctica. Todo muy claro.

—Aun así un poco complicado —dijo Anakin—. Apuesto a que yo podría diseñar una disposición mejor.

—Estoy seguro de que podrías —dijo C'baoth, lanzándole a Obi-Wan una mirada divertida—. Desafortunadamente, Impulsores Estelares Rendili no pensaron en consultar a ningún Jedi durante la producción. Aun así aprenderás a manejarlo rápidamente. Empezaremos con un tutorial general y después una simulación simple. Puedes acceder a ambos aquí…

—Espere un momento —dijo Obi-Wan frunciendo el ceño mientras se colocaba al otro lado de Anakin—. ¿Qué está haciendo?

—Estoy enseñándole al Padawan Skywalker cómo manejar el armamento del Acorazado-Uno, por supuesto —dijo C'baoth.

—¿No tiene ya el Capitán Pakmillu tripulantes experimentados para ese trabajo?

—La experiencia no siempre es el aspecto más importante del combate —señaló C'baoth—. Precisión y coordinación son también la clave, y ninguna cantidad de experiencia puede darles a los artilleros ordinarios el filo que ya poseemos. Dime, Padawan Skywalker, ¿te ha hablado alguna vez el Maestro Kenobi de la fusión Jedi?

—Creo que no —dijo Anakin—. ¿Qué es lo que hace?

—Eso permite a un grupo de Jedi conectar sus mentes de forma tan cercana como para actuar como una sola persona —le dijo C'baoth.

—También puede ser muy peligroso —le advirtió Obi-Wan—. Eso lleva a un Maestro Jedi de gran poder y profundidad en la Fuerza a crear tal estado sin matar o destruir las mentes de los involucrados.

—Un Maestro Jedi como yo —dijo C'baoth tranquilamente—. He tenido éxito realizando la fusión en cuatro ocasiones diferentes.

Obi-Wan le miró fijamente.

—*¿Cuatro?*

—Tres fueron ejercicios de entrenamiento, por supuesto —concedió C'baoth—. Pero el cuarto fue bajo serias condiciones de campo, con otros cinco Jedi en la fusión. Como puedes ver, la realizamos exitosamente.

—Eso fue con seis —señaló Obi-Wan—. Hay diecinueve Jedi a bordo del *Vuelo de Expansión*.

—Veinte, incluyendo al Padawan Skywalker —le corrigió C'baoth, poniendo una mano sobre el hombro de Anakin—. Ciertamente necesitamos proceder con precaución. Discutiré el procedimiento con cada uno de mis Jedi, y realizaremos un número de sesiones de práctica antes de que dejemos el espacio de la República. Aun así, una vez que todos estemos cómodos con la técnica, nos convertiremos en una potencia de fuego impresionante. Con los Jedi trabajando como uno en los sistemas de armamento de los seis Acorazados, el *Vuelo de Expansión* será virtualmente invencible.

Obi-Wan bajó la mirada hacia Anakin. El chico estaba absorbiendo todo esto ávidamente, aparentemente con ninguna nausea en absoluto.

—No sé, Maestro C'baoth. Control de armas, combate a gran escala —ese no es el camino Jedi.

—Lo será —dijo C'baoth con desagrado, mirando al infinito—. Se acerca el momento en el que todos los Jedi se verán obligados a coger las armas contra una gran amenaza para la República. Lo he vislumbrado.

Obi-Wan sintió un escalofrío por su columna. C'baoth siempre parecía orgulloso y confiado, a menudo hasta el punto de la arrogancia. Pero había algo oscuro e incierto en él otro ahora. Algo casi aterrador.

—¿Le ha hablado de esto al Maestro Yoda? —preguntó.

Los ojos de C'baoth volvieron a enfocarse y soltó un bufido.

—El Maestro Yoda tiene su propio Consejo, y no escucha a nadie —dijo con un toque de desprecio—. Pero ¿por qué crees que he trabajado tan duro para que el *Vuelo de Expansión* diera sus frutos? ¿Por qué crees que fui tan insistente en que debían acompañarnos tantos Jedi como fuera posible? —Sacudió su cabeza—. Se aceran días oscuros, Maestro Kenobi. Puede ser que nosotros en el *Vuelo de Expansión* seamos todo lo que quede para insuflar vida de nuevo en las cenizas del universo que una vez conocimos.

—Quizá —dijo Obi-Wan—. Pero el futuro es incierto, y cada uno de nosotros tiene el poder para influir en lo que será —miró de nuevo a Anakin—. A veces sin que sepamos siquiera lo que estamos haciendo.

—Estoy de acuerdo —dijo C'baoth—. El *Vuelo de Expansión* es mi manera de influir en el futuro. Y ahora, joven Skywalker…

Se interrumpió mientras el comunicador de su cinturón pitaba insistentemente.

—Un momento —dijo, sacándolo y activándolo—. Maestro Jedi C'baoth.

La voz en el otro extremo era demasiado débil para que Obi-Wan pudiese entender las palabras, pero pudo oír la urgencia en el tono. También pudo ver la exasperación apareciendo en la cara de C'baoth.

—Retenlos a ambos ahí —ordenó—. Voy para allá.

Apagando el comunicador, se inclinó y pulsó un par de botones en el panel.

—Aquí está el tutorial —le dijo a Anakin—. Empieza aprendiendo dónde está cada cosa y cómo funciona —le lanzó a Obi-Wan una dura mirada—. Quédate aquí, Maestro Kenobi. Volveré enseguida.

Con sus ropas ondeando tras él, dejó la sala.

—¿Maestro? —preguntó Anakin con indecisión.

—Sí, continúa —confirmó Obi-Wan. Apretando su mandíbula, se marchó detrás de C'baoth.

El otro ya había hecho un buen progreso por el pasillo, andando a grandes pasos con su habitual indiferencia hacia aquellos que tenían que moverse para salir de su camino. Obi-Wan lo siguió a una distancia discreta, intentando no atropellar a alguien.

Unos minutos después, llegaron a una aglomeración de gente agrupada en el medio del pasillo.

—A un lado —ordenó C'baoth.

La multitud se abrió, y Obi-Wan vio a un hombre medio tumbado, medio sentado contra la pared del pasillo, su cara estaba torcida por el silencioso dolor mientras se agarraba el hombro derecho. A unos pasos un segundo hombre permanecía al lado de uno de los deslizadores monoplaza del Acorazado-Uno, sus manos se movían nerviosamente a los lados.

—¿Qué ha pasado? —demandó C'baoth, arrodillándose al lado del hombre herido.

—Me ha atropellado —dijo el hombre, torciendo la cara incluso más por el esfuerzo de hablar—. Estrellándose directamente contra mi hombro.

—Él saltó frente a mí —protestó el hombre del deslizador—. No pude parar a tiempo.

—Si no hubieses conducido tan rápido…

—Suficiente. —C'baoth pasó las manos delicadamente por el hombro herido del otro—. Es simplemente una dislocación —su mano se retorció mientras se extendía en la Fuerza…

—¡Aaahhh! —jadeó el hombre, alzando su cuerpo violentamente antes de volver a recostarse contra la pared—. Aahh —respiró más tranquilamente.

C'baoth se levantó y escogió a dos personas de la multitud con la mirada.

—Tú y tú: acompañadle al centro médico de la parte media.

—Sí, Maestro C'baoth —dijo uno de ellos. Inclinándose al lado del hombre herido, lo ayudaron a levantarse.

—Y en cuanto a ti —continuó C'baoth, girándose hacia el conductor del deslizador mientras los otros se abrían paso entre la muchedumbre—. Claramente conducías con imprudencia.

—Pero no lo hacía —protestó el otro—. No es culpa mía. Estas cosas están ajustadas a una velocidad muy elevada.

—¿En serio? —dijo C'baoth fríamente—. Entonces ¿cómo explicas que en doce días, entre casi doscientos deslizadores y motos a bordo de seis Acorazados, este sea el primer accidente que tiene lugar? Los he conducido cuatro veces por mí mismo sin ningún problema.

—Eres un Jedi —dijo el hombre agriamente—. Nunca tienes problemas como esos.

—Puede que sea eso —dijo C'baoth—. No obstante, por tu papel en este accidente, se te descontará un día de sueldo.

Los ojos del hombre se ensancharon.

—¿Qué? Pero eso…

—También se te prohíbe usar el sistema de deslizadores del *Vuelo de Expansión* durante una semana —le interrumpió C'baoth.

—Espera un momento —dijo el hombre, la consternación empezaba a asomar en su conmoción—. No puedes hacer eso.

—Acabo de hacerlo —dijo C'baoth tranquilamente. Miró a su alrededor a la multitud, como si desafiase a alguien a discutir ese punto, entonces sus ojos se detuvieron en un Rodiano con uniforme de mantenimiento—. Tú: lleva este deslizador de vuelta a su área de aparcamiento. Los demás, volved a vuestro trabajo.

Reluctantemente, pensó Obi-Wan, la multitud empezó a dispersarse. C'baoth esperó lo suficiente para ver al Rodiano marcharse con el deslizador, entonces se giró y volvió por donde había venido, su boca se torció cuando vio a Obi-Wan.

—Te dije que te quedases con el Padawan Skywalker —dijo mientras se aproximaba.

—Lo sé. —Obi-Wan hizo un gesto hacia la muchedumbre que se disipaba—. ¿Qué fue eso exactamente?

—Fue justicia —dijo C'baoth, pasando a Obi-Wan sin perder el paso.

—¿Sin una audiencia? —preguntó Obi-Wan, apresurándose para alcanzarle—. ¿Sin ni siquiera una investigación?

—Por supuesto que hubo una investigación —dijo C'baoth—. Estabas ahí, lo escuchaste.

—Un par de preguntas a los participantes difícilmente pueden considerarse una investigación —dijo Obi-Wan rígidamente—. ¿Qué hay de preguntarle a los testigos, o un examen del propio deslizador?

—¿Qué hay de la Fuerza? —contraatacó C'baoth—. ¿No tenemos nosotros como Jedi una comprensión que nos permite tomar estas decisiones más rápidamente que otros?

—En teoría, tal vez —dijo Obi-Wan—. Pero eso no significa que debamos ignorar los otros recursos disponibles.

—¿Y qué harías con esos recursos? —preguntó C'baoth—. ¿Nombrar un comité y pasarte horas en entrevistas y exámenes? ¿Crees que gastando todo ese tiempo y esfuerzo llegarías a un resultado diferente?

—Probablemente no —tuvo que admitir Obi-Wan—. Pero emitió un juicio sin consultar siquiera al capitán o las leyes de la nave.

—Bah —bufó C'baoth, ondeando una mano desechándolo—. Una pequeña cantidad de dinero como castigo, más una temporal y perfecta restricción razonable de sus movimientos. ¿Realmente querrías que gastase el tiempo del Capitán Pakmillu —y el mío— con algo tan trivial?

—El capitán aún tiene que ser informado.

—Lo será —prometió C'baoth, mirándole pensativamente—. Tu actitud me sorprende, Maestro Kenobi. ¿No es esta la clase de mediación y resolución de conflictos precisamente la misma que los Jedi realizan cada día a lo largo y ancho de la República?

Obi-Wan miró con enfado al pasillo.

—Normalmente, una parte o la otra piden específicamente la asistencia de los Jedi. Aquí ninguno de ellos lo hizo.

—¿Pero no le obliga el honor a un Jedi que ve tal problema a aportar su ayuda? —señaló C'baoth—. Pero ahora centrémonos en cosas más importantes. Tu Padawan debe de haber terminado con el tutorial a estas alturas. Veamos cuán rápido ha asimilado esta forma de combate.

16

Car'das despertó sobresaltado y encontró un par de ojos rojos relucientes flotando sobre él en la oscuridad.

—¿Quién es? —preguntó ansiosamente.

—Thrawn —le llegó la voz del comandante—. Vístete.

—¿Qué pasa? —preguntó Car'das mientras apartaba la manta y sacaba las piernas por el borde de la cama.

—Uno de mis exploradores ha informado de un grupo de naves no identificadas en el área —dijo Thrawn—. Rápido, ahora —partimos en treinta minutos.

Cuarenta y cinco minutos después, el *Halcón Brioso* salía por el túnel del asteroide y saltaba a la velocidad de la luz.

Y no sólo el *Halcón Brioso*. Antes de que hiciesen el salto Car'das contó no menos de otras once naves formando alrededor y detrás de ellos, incluyendo dos cruceros más de las dimensiones del *Halcón Brioso*.

—¿Son más Vagaari? —preguntó mientras las líneas estelares se fundían formando el cielo hiperespacial.

—No parece ser eso —dijo Thrawn—. Los diseños de las naves con completamente diferentes. Quiero que estés a bordo para ver si puedes identificarlas.

—Habría hecho mejor trayendo a Qennto en mi lugar —le advirtió Car'das—. Él tiene más conocimiento sobre esas cosas que yo.

—Pensé que era mejor dejarle a él y a Ferasi detrás —dijo Thrawn—. He sentido ciertos… problemas allí.

Car'das dio un respingo.

—Tiene razón —tuvo que admitir—. ¿Y dónde están los invasores exactamente?

—¿Por qué les llamas invasores?

—Bueno, yo… —titubeó Car'das—. Simplemente asumí que estaban en espacio Chiss, después de esa charla que tuvo con su hermano. —Frunció el ceño—. *Están* en espacio Chiss, ¿verdad?

—El cometido de la Flota de Defensa Expansionista es observar y explorar la región alrededor de la Ascendencia Chiss —dijo Thrawn—. Eso es todo lo que intentamos hacer hoy.

Lo cual era exactamente lo mismo que había dicho sobre el ataque Vagaari. Estupendo.

—¿Cuánto falta para que lleguemos allí?

—Aproximadamente cuatro horas —dijo Thrawn—. Mientras tanto, tengo un traje de combate preparado para ti, uno con más blindaje y capacidades autoaislantes que tu traje del *Cazador de Gangas*. Ve abajo y póntelo. El armero te ayudará.

Les llevo a Car'das y al armero la mayoría de las primeras tres horas ajustar el traje correctamente, empleando la cuarta hora en enseñarle sus características. Una vez que

estuvo terminado encontró que el traje era muy cómodo de llevar, aunque notablemente más pesado que los simples trajes de vacío a los que estaba acostumbrado.

Regresó al puente para descubrir que en su ausencia Thrawn y el resto de la tripulación del puente también se habían puesto sus trajes de combate.

—Bienvenido de nuevo —le saludó el comandante, recorriendo su traje con la mirada—. Estamos casi allí.

Car'das asintió y se movió hacia su lugar habitual al lado de la silla de mando del otro. Escuchando los comentarios entrecortados de la tripulación del puente, dejó vagar sus ojos por las pantallas, los paneles de estado y esperó. La cuenta atrás llegó a cero, y estuvieron una vez más entre las estrellas.

—¿Dónde están? —preguntó, mirando por los ventanales a las estrellas y al muy distante sol.

—Allí —dijo Thrawn, señalando unos cuantos grados afuera del arco de estribor—. Sensores: amplificación —la pantalla principal ondeó y se estabilizó…

Car'das contuvo la respiración, su pecho se comprimió estrechamente de repente contra su corazón. En el centro de la pantalla había una horrible, aterradora e imposible visión: Un par de naves de combate de la Federación de Comercio.

—¿Los reconoces?

Durante un momento la pregunta de Thrawn no se registró. Car'das continuó mirando la imagen, sus ojos siguieron la configuración curva en forma de anillo hendido de las naves y subieron por las torres de antenas que distinguían las naves de combate de la Federación de Comercio de los simples cargueros. Entonces su cerebro pareció captarlo, y apartó los ojos de la visión.

Para encontrar al comandante mirándole a él, con una dura y conocedora expresión en su cara… y una vez más, Car'das supo que sería fatal mentir.

—Sí, los reconozco —dijo, maravillándose de qué calmada sonaba su voz—. Son naves de combate de un grupo llamado la Federación de Comercio.

—¿Miembros de tu República?

Car'das vaciló.

—Técnicamente hablando, sí —dijo—. Pero últimamente parecen estar ignorando ampliamente nuestras leyes y directivas —se obligó a fijar la mirada en Thrawn—. Pero ya sabía de donde venían, ¿verdad?

—Las marcas del casco siguen un patrón similar a las del *Cazador de Gangas* —dijo Thrawn—. Pensé que había una oportunidad razonable de que fuesen de tu República.

—Pero ellos no representas a la República en sí misma —añadió Car'das precipitadamente—. La República no tiene ejército propio alguno.

—Eso me has dicho —dijo Thrawn, con una voz repentinamente fría—. También me dijiste que la República no permite la esclavitud.

—Cierto, no lo hace —asintió Car'das cuidadosamente.

—Entonces ¿por qué encontré evidencias de esclavitud a bordo de la nave que estaba persiguiéndoos?

Los anillos de tensión alrededor del pecho de Car'das se estrecharon un poco más. Había olvidado completamente a Progga.

—También le dije que había algunas culturas en nuestra zona que tienen esclavos —dijo, luchando por mantener su voz firme—. Los Hutts son una de ellas.

—¿Y la Federación de Comercio?

—No —dijo Car'das—. Bueno, no que yo haya oído, en cualquier caso. Tienen tal exceso de droides que probablemente no sabrían que hacer con los esclavos si los tuvieran. —Car'das cabeceó hacia la pantalla—. Lo que podría ser un serio problema para nosotros ahora mismo. Cada una de esas naves de combate lleva alrededor de mil cazas droide, por no mencionar unos cuantos miles de droides de combate y las naves de desembarco y de transporte para moverlos de un lado a otro.

—¿Entonces es una fuerza invasora?

Car'das dio un respingo.

—No lo sé —dijo—. No lo creo, no con sólo dos de ellos.

—Pero ellos podrían estar aquí para atacarnos.

—No sé por qué están aquí —insistió Car'das, el sudor se acumulaba en su cuello. Una cosa era escuchar a Thrawn hablar sobre ataques preventivos contra crueles conquistadores como los Vagaari. Otra cosa completamente diferente era estar aquí y verle colocar mentalmente a la Federación de Comercio o incluso a todo la República en la misma categoría—. ¿Por qué no les pregunta?

Una débil sonrisa arrugó el rostro de Thrawn.

—Sí. ¿Por qué no?

Se giró.

—Comunicaciones: identifique su frecuencia de mando principal y abra un canal —ordenó—. Esta gente habla básico, supongo.

—Sí —dijo Car'das, frunciendo el ceño. Seguramente el comandante no iría a intentar nada potencialmente tramposo en un lenguaje que había aprendido mínimamente, ¿verdad?—. Pero también tienen droides de protocolo a bordo que pueden traducir Sy Bisti.

—Gracias, pero preferiría ver su reacción cuando les salude en el lenguaje de la República —dijo Thrawn.

—Preparado Comandante —dijo el oficial de comunicaciones.

Thrawn pulsó un botón en su panel.

—Aquí el Comandante Mitth'raw'nuruodo de la Flota de Defensa Expansionista Chiss —dijo—. Por favor, identifíquense y expongan sus intenciones.

Doriana todavía se colocaba nerviosamente el cinturón de su túnica mientras se apresuraba a través de las puertas blindadas abiertas hacia el puente.

—¿Qué es eso de un ataque? —preguntó mientras cruzaba la pasarela hasta donde estaba Kav en frente de su silla de mando.

—Tranquilícese, Comandante Stratis —dijo Kav—. No es tan serio como parecía.

—Aquí el Comandante Mitth'raw'nuruodo de la Flota de Defensa Expansionista Chiss —dijo una voz desde el altavoz de comunicaciones al lado de la silla del Vicelord—. Por favor, identifíquese y exponga sus intenciones.

—Ha estado repitiendo ese mensaje durante diez minutos —dijo Kav despectivamente—. Pero ¿qué más puede hacer?

—Explíquese —gruño Doriana. Después de haber sido sacado de la cama, no estaba de humor para autosuficiencia neimodiana—. Puede empezar diciéndome quién es él.

—¿Cómo podría saberlo? —dijo Kav desdeñosamente—. Pero es el fanfarrón más grande que he visto.

Se sentó en su silla y tocó un control, y una pantalla táctica apareció en la pantalla principal.

—Observe —dijo, ondeando sus largos dedos—. Se atreve a amenazarnos con tres pequeños cruceros y nueve cazas. Seguramente son piratas con un sentido del alarde más grande que el orgullo de un Dug.

El mensaje se repitió.

—No escucho ninguna amenaza en ese mensaje, Vicelord —señaló Doriana, intentando suprimir su creciente enfado. ¿Había sido sacado de la cama por *esto*?—. Todo lo que oigo es una petición local sobre lo que estamos haciendo en su territorio.

—La amenaza está implícita, Comandante Stratis —contestó Kav—. Se construye dentro de todas las naves de combate, es tan parte de ellas como las armas o los escudos.

Doriana miró a la pantalla táctica, después a la correspondiente pantalla telescópica. Incluso sabiendo donde estaban las naves, era increíblemente difícil distinguirlas entre el campo estelar que había tras ellas. Camuflaje excelente, lo que significaba que Kav tenía razón. Eran naves de combate, de acuerdo.

—Tal vez tiene más potencia de fuego en reserva.

—No —le aseguró Kav—. Hemos hecho un escáner completo de toda el área. Esas doce naves son todo lo que hay.

—Aquí el Comandante Mitth'raw'nuruodo…

—¿Deberíamos considerar esto un simulacro no programado? —añadió Kav mientras el mensaje continuaba sonando de fondo.

—Intentemos hablar primero —sugirió Doriana, sentándose en el sofá al lado del otro. El hecho de que este Mitth'raw'nuruodo hablase básico podría significar perfectamente que era un pirata con alguna familiaridad con algunos de los ámbitos externos de la República.

Pero también podía significar que era un truco de una persona o personas desconocidas para descubrir la verdad sobre la misión del *Oscura Venganza*.

—Abran un canal de saludo —ordenó.

—Abierto.

Doriana se inclinó sobre el puesto de Kav y pulsó el control.

—Saludos, Comandante Mitth'raw'nuruodo —dijo, tropezando un poco en los inusuales glottals de las pausas de la segmentación—. Aquí Stratis, comandante del Destacamento Especial número Uno.

—Saludos por mi parte, Comandante Stratis —regresó la voz de Mitth'raw'nuruodo—. Por favor, explíqueme el propósito de su destacamento.

—No pretendemos daño alguno para usted o su gente —dijo Doriana—. Pero me temo que los detalles de nuestra misión deben permanecer confidenciales.

—Me temo, por mi parte, que sus aseguraciones son insuficientes —dijo Mitth'raw'nuruodo.

Al lado de Doriana, Kav murmuró algo.

—Lo siento, Comandante —dijo Doriana, lanzándole una mirada de aviso al neimodiano—. Desafortunadamente, sólo cumplo órdenes.

—¿Por qué pierde el tiempo de esta manera? —demandó Kav.

Maldiciendo para sí mismo, Doriana se abalanzó sobre el control de silencio.

—Con el debido respeto, Vicelord, ¿qué cree que está haciendo?

—¿Qué cree que está haciendo *usted*? —Contestó Kav—. No son más que un parásito volando agitadamente contra una ventana. Destruyámoslos y acabemos con esto.

—Si no le importa, primero me gustaría descubrir quiénes son y de dónde vienen —dijo Doriana, invocando cada pedazo de paciencia que pudo reunir.

—Podremos enterarnos de eso de sus restos chamuscados —dijo Kav, estirándose en toda su estatura—. Y *usted* no está al mando de esta flota, Stratis. Lo estoy *yo*.

—Sí, por supuesto —dijo Doriana, cambiando rápidamente a un tono más tranquilizador.

Pero era demasiado tarde. El Vicelord había decidido ofenderse por el desaire no intencionado, y también había concluido que ésta era una rápida y fácil victoria. Con un Neimodiano, esa era una mala combinación.

—El tiempo de hablar se ha acabado —anunció Kav. Con un golpe decisivo de su dedo, cortó el canal de comunicación—. Ordene al Guardián que lance la mitad de sus cazas droide —llamó a través del puente, haciendo gestos hacia la segunda nave de combate de la Federación de Comercio—. Tres grupos atacarán a los intrusos, el resto formará una pantalla protectora alrededor de la fuerza de choque. Y ordene una transferencia de mando; controlaré todos los cazas desde aquí.

—Sí, Vicelord —dijo uno de los neimodianos—. ¿Lanzamos nuestros cazas también?

—Los mantendremos en reserva. —Kav miró a Doriana—. En caso de que tengan refuerzos en camino —añadió casi a regañadientes.

Doriana suspiró silenciosamente para sí mismo. Le habría gustado saber más sobre ese Mitth'raw'nuruodo y sus Chiss antes de masacrarlos. Sólo podía esperar que quedasen suficientes restos que examinar.

—Aquí vienen —dijo Car'das, señalando a la pantalla—. Cazas droides ¿Los ve?

—Sí, por supuesto —dijo Thrawn tranquilamente—. A todas las naves, retírense. Car'das, dijiste que los droides pueden pensar y actuar por sí mismos. ¿Estos cazas droide también tienen esa capacidad?

—No lo creo —dijo Car'das, intentando descongelar su mente y pensar mientras el *Halcón Brioso* empezaba a retroceder. La visión de tantos cazas de la Federación de Comercio acercándose era suficiente para poner nervioso a cualquiera—. No, estoy seguro de que no. Son controlados remotamente en grupos desde una de las naves de combate.

—¿Comunicaciones? —Llamó Thrawn—. ¿Ha localizado e identificado sus frecuencias de control?

—Sí, Comandante —informó el oficial de comunicaciones—. El control parece estar asegurado con un sistema de encriptación giratorio. Estimo un rango máximo de diez mil *visvia*.

—Retíranos a once mil —ordenó Thrawn, girándose hacia Car'das—. Diez mil *visvia* son aproximadamente dieciséis mil de vuestros kilómetros. ¿Te parece el rango correcto de operaciones?

Car'das extendió sus manos impotentemente.

—Lo siento, pero no lo sé.

—No hace falta que te disculpes —le aseguró Thrawn—. En cualquier caso, pronto lo sabremos.

—Los cazas enemigos siguen aproximándose —avisó uno de los tripulantes—. El grupo principal se contiene.

—Interesante —dijo Thrawn pensativamente—. El cuerpo principal parece estar formando una pantalla defensiva alrededor de las naves más grandes. Considerando su ventaja numérica, este Comandante Stratis parece inusualmente precavido.

—Eso es típico de los Neimodianos que construyen y manejan esas cosas —le dijo Car'das, sintiendo como se arrugaba su frente. Ahora que lo pensaba, sin embargo, la voz de Stratis había sonado humano, no Neimodiana. ¿Podría la Federación de Comercio haber empezado a vender o a alquilar sus naves de combate?

—Atacantes retirándose —dijo el oficial de sensores—. Reagrupándose en una pantalla exterior entre nosotros y la flota.

—Aparentemente, estábamos en lo cierto sobre el rango de diez mil *visvia*. —Concluyó Thrawn—. Excelente.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Car'das, mirando a los repletos caza intranquilamente.

Por un momento Thrawn estuvo sentado en silencio, sus ojos se estrecharon mientras miraba las pantallas.

—Vamos a intentar un experimento —dijo por fin—. *Ciclón*: muévase a la posición de despliegue. Caza Cuatro: ataque sonda, curso uno-uno-cinco por tres-ocho-uno.

Hubo un par de recibido, y Car'das observó mientras una de las otras dos naves del tamaño del *Halcón Brioso* se separaba del grupo, dirigiéndose a estribor, mientras uno de los nueve cazas se dirigía en la dirección contraria.

—¿Qué tipo de experimento? —preguntó.

—Con tantos cazas que controlar, sospecho que los diseñadores del sistema no tuvieron campo libre para ser excesivamente listos —dijo Thrawn—. Veamos cómo de listos fueron.

—¡Aproximándose! —Dijo agudamente uno de los neimoidianos en los pozos de control—. Un único caza, vector cero-cuatro-dos por cero-ocho-ocho.

—Idiota —dijo Kav con un bufido—. ¿Cree que estamos distraídos? Grupo exterior: interceptar y destruir.

Doriana observaba las pantallas mientras los tres grupos de cazas droide se reagrupaban desde sus puestos en la pantalla exterior y se zambullían para interceptar al solitario caza alienígena. Pero apenas habían reajustado su vector de ataque cuando el intruso se detuvo, girando en una curva cerrada y volviendo a la distancia de seguridad.

—Regresad a la patrulla —ordenó Kav—. ¿No se da cuenta este Mitthrawdo de lo malamente que es aventajado?

—Quizá todo lo que quiere es quedarse sentado fuera del alcance y observarnos —señaló Doriana—. No necesito recordarle que no podemos permitirnos tener testigos cuando llegue el *Vuelo de Expansión*.

—¿Está sugiriendo que son espías del Senado?

—O podrían ser de los Jedi, o de Palpatine, o de alguien más —dijo Doriana—. Todo lo que sé es que nadie tan alejado de la República debería estar hablando básico.

—Viene de nuevo hacia nosotros, Vicelord —dijo el neimoidiano de los sensores—. Mismo caza, mismo vector.

—Misma respuesta entonces —dijo Kav en respuesta, inclinándose hacia adelante para estudiar las pantallas—. Tal vez está intentando averiguar exactamente hasta dónde se extiende nuestro control.

—Tenga cuidado —le advirtió Doriana—. Si averiguan como interferir la señal, esos cazas se quedarán inactivos.

—Y se autodestruirán pocos minutos después —dijo Kav impacientemente—. Gracias, Comandante Stratis; estoy familiarizado con mi propio armamento. Mire —de nuevo se retira, no es más inteligente que la vez anterior.

—A menos que sea un señuelo —dijo Doriana, mirando las otras pantallas—. No se olvide del crucero que se separó del grupo al mismo tiempo que el caza.

—No lo he olvidado —le aseguró Kav—. Pero ese meramente ha viajado a lo largo de nuestro flanco, y no ha hecho ningún intento de atacar o acercarse.

Doriana sacudió la cabeza.

—Está planeando algo, Vicelord.

—Sea lo que sea, no le servirá de nada —dijo Kav—. El *Vuelo de Expansión* no llegará hasta dentro de nueve días. Eso es tiempo más que suficiente para elegir como tratar con esta molestia. —En la pantalla el caza en retirada se lanzó y cargó de nuevo.

—Vicelord… —empezó un neimoidiano.

—Misma respuesta —le cortó Kav. Pero esta vez había una nota de satisfacción en su voz—. Ahora veo su plan, Comandante Stratis. Espera agotar el combustible de los cazas y entonces avanzar sin oposición. De lo que no se da cuenta es que aún tengo todos los cazas del *Oscura Venganza* en reserva, más la mitad del *Guardián*.

—Quizá —murmuró Doriana, su vago sentido de inquietud se hacía más profundo mientras observaba la misma representación por tercera vez. Seguramente Mitth'raw'nuruodo podía hacer algo mejor que realizar el mismo ataque de mente simple una y otra vez.

Y siempre, exactamente en el mismo vector. ¿Estaba intentando encontrar un punto débil en la formación de ataque de los cazas droide?

Una vez más los cazas persiguieron al intruso. Una vez más, la nave alienígena voló fuera del alcance, y se lanzó a por otra pasada. El show se repitió dos veces más, y Doriana estaba comprobando el crono para ver cómo de cerca estaban los cazas de su límite de veinticinco minutos de combustible cuando Kav golpeó abruptamente su puño contra el brazo de la silla.

—Me estoy cansando de este juego —dijo—. Tú —ordena al *Guardián* que se mueva hacia los alienígenas.

—Cuidado, Vicelord —le previno Doriana mientras el operador en cuestión se giraba hacia su panel—. No se apresure a dividir la flota.

—He sido más que paciente —contestó Kav—. Es el momento de acabar con esto. Avise al *Guardián* para que avance, y lance el resto de sus cazas en configuración escudo…

—Espere —le cortó Doriana. De repente el escenario había cambiado. El caza estaba retirándose de nuevo con cazas persiguiéndole pero esta vez el resto de las fuerzas alienígenas habían saltado hacia adelante, dirigiéndose directamente hacia el hueco que se había abierto entre ellos y la fuerza de choque principal.

—Y así ellos cometen su error final —dijo Kav con satisfacción—. Ordene a los cazas atacar. —El neimoidiano lo recibió y tecleó en su panel.

Pero para asombro de Doriana los droides no respondieron. En lugar de eso, continuaron persiguiendo el caza que se retiraba.

—¡Ordéneles atacar! —Gritó Kav de nuevo—. ¿Qué estás haciendo? ¡Diles que ataquen!

—No responden —dijo el otro neimoidiano.

—Imposible —insistió Kav—. No pueden haber interferido nuestra señal.

—No lo han hecho —dijo Doriana con desagrado—. Si los cazas no estuvieran recibiendo una señal, se habrían apagado y estarían inactivos. Pero siguen volando a plena potencia.

—Pero se están alejando de nosotros. ¿Cómo puede ser eso? —demandó Kav claramente desconcertado.

—No importa *cómo* —escupió Doriana—. Aquí vienen.

—No puedo creerlo —murmuró Car'das mientras observaba a los cazas droide ignorar las naves Chiss completamente mientras se dirigían descuidadamente hacia el espacio profundo—. ¿Cómo ha conseguido que hagan eso?

—La señal de mando usa una encriptación rotatoria —explicó Thrawn mientras el *Halcón Brioso* salía disparado sobrepasando la ahora desvanecida, pantalla de defensa exterior—. Pero con tantos cazas pidiendo señales, sabía que la rotación tendría que ser una limitada. Resultó que solo había tres patrones de encriptación diferentes para este grupo. Simplemente grabé la versión que los droides estarían esperando que fuese la próxima, después la transmití hacia ellos con suficiente potencia para sobrepasar cualquier cosa que sus amos de las naves de combate estuvieran intentando enviarles.

—Pero cómo pudo descubrirlo… oh —se interrumpió Car'das cuando finalmente todo encajó—. Con su caza yendo siempre en el mismo vector, y la orden de los droides siempre el mismo código de «sal de la formación y ataca al enemigo en este vector», la única parte que cambiaba era el propio patrón de encriptación.

—Lo que nos permitió aislar la orden que queríamos y duplicarla —confirmó Thrawn—. El secreto de un análisis exitoso, Car'das: siempre que sea posible, reduce los factores a una sola variable.

Delante, los cazas más cercanos en la pantalla interior empezaban a tomar posiciones, moviéndose desde su patrón general de defensa hacia vectores de intercepción.

—Aunque no creo que vaya a funcionar en el resto —avisó Car'das—. Están viniendo de formaciones iniciales diferentes, y hay probablemente códigos y encriptaciones totalmente diferentes para ellos.

—Eso no importa —le aseguró Thrawn—. Todo lo que necesitaba era atravesar el grupo exterior y ponerme dentro de un campo de acción más cercano. —Pulsó un botón en su panel—. A todas las naves: patrón de ataque *d'moporai*.

—Aquí vienen —murmuró Doriana, hundiendo los dedos tensamente en el cojín del sofá de al lado. A primera vista, no había manera de que la lamentable colección de naves de patrulla de Mitth'raw'nuruodo pudiese hacer nada contra el poder combinado de la fuerza de choque de la Federación de Comercio. Ninguna manera en absoluto.

Pero el comandante alienígena acababa de pasar tres grupos de cazas droide sin disparar ni una sola vez, y se suponía que eso también era imposible. Fuera lo que fuese lo que Mitth'raw'nuruodo tenía en mente para el siguiente truco, Doriana tenía un fuerte presentimiento de que no iba a gustarle.

Aun así, a pesar de su aprensión, una pequeña parte de él estaba deseando ver cuál podría ser ese truco.

No tuvo que esperar mucho. Los inminentes alienígenas ensancharon su formación, sacrificando la protección de los escudos superpuestos para ganar espacio extra de maniobra. Enjambres de cazas de las partes más cercanas de la pantalla de defensa estaban rompiendo su propia formación en respuesta, barriendo en una ancha ola frontal de tres dimensiones hacia los intrusos. Los dos grupos estaban casi dentro del campo de acción de los láser del otro…

Y entonces cada uno de los cazas alienígenas lanzó un único misil.

Hubo un leve parpadeo en las luces indicadoras del panel de control computarizado del *Oscura Venganza* mientras la información de los sensores de los cazas era reunida, compilada y analizada, y se formulaba la respuesta adecuada. La respuesta era traducida en cientos de órdenes actualizadas, las cuales eran ordenadas, encriptadas y transmitidas de nuevo a los primitivos cerebros droides montados en sus envolturas blindadas. Un microsegundo después, los cazas respondían a esas órdenes con una lluvia de fuego láser concentrado que convirtió los nueve misiles en metralla.

—Un estúpido derroche de esfuerzo —comentó Kav—. El campo de acción era claramente demasiado grande para…

—Espere —dijo Doriana, frunciendo el ceño hacia las pantallas. Había algo que aún se movía a lo largo de las líneas de vuelo de los misiles despedazados, puntos transparentes de casi invisible neblina que parecían estar haciéndose más grandes a medida que aceleraban hacia los inminentes cazas—. Llámalos de vuelta —le dijo a Kav urgentemente.

Pero era demasiado tarde. Incluso mientras la formación de ataque alienígena se dispersaba, con las once naves saliendo disparadas en diferentes direcciones, los puntos de neblina impactaron con sus grupos de cazas objetivos. Hubo múltiples destellos a media luz.

—¡No responden! —dijo uno de los neimoidianos desde el panel computarizado—. Nueve grupos de droides se han quedado en silencio.

—Redes Connor —gruñó Doriana, hundiendo sus dedos aún más fuertes en el cojín. Nueve grupos de cazas, limpia y eficazmente.

Fuera de combate, pero no fuera de la lucha. Su inercia aún los llevaba hacia adelante… y mientras los observaba con impotente fascinación, se estrellaron violentamente con el otro grupo que había cambiado sus propios vectores para perseguir a los dispersos alienígenas. Hubo múltiples destellos, este grupo mucho más brillante que el último.

Y de repente el agujero en la pantalla defensiva de la fuerza de choque ya no tenía ningún caza con el que rellenarlo.

—Esto es imposible —dijo Kav, su sombrero de cinco puntas se balanceaba mientras movía su cabeza de un lado al otro del puente—. ¿Cómo ha podido *hacer* esto?

—Saque el resto de los cazas al espacio —soltó Doriana—. Ahora.

Kav no necesitó que se lo repitiera.

—Ordene al Guardián activar todos los cazas droide restantes —dijo—. Que los lancen cuando estén listos. Y muevan los que ya están fuera para interceptarlos.

—Espere un minuto —se opuso Doriana—. No pueden dejar nuestros otros flancos desprotegidos.

—¿Contra qué? —Replicó Kav—. Este es el frente de batalla. Si no lo defendemos, no habrá flancos que proteger —hizo un gesto a través del puente—. Obedeced mi orden.

—Aquí vienen —murmuró Car'das, preguntándose si Thrawn habría cortado más de lo que podía servir. Los Chiss habían despachado estos primeros grupos de cazas droide con relativa facilidad, pero trucos como esos sólo funcionaban una vez contra un mismo adversario.

Y ahora todo el resto de los cientos de cazas estaban barriendo los flancos de la flota de la Federación de Comercio, dirigiéndose directamente hacia ellos.

A menos que eso fuese exactamente lo que Thrawn hubiese estado esperando. Car'das miró las pantallas, buscando el crucero que se había separado de ellos antes de empezar la batalla. Si la fuerza Chiss principal era meramente una distracción…

Pero el *Ciclón* no estaba embistiendo desde un lado en un ataque inesperado. Todavía estaba parado tranquilamente en el espacio, aparentemente dejado en reserva.

Miró de nuevo a los cazas que se aproximaban.

—Espero que tenga La Gran Madre de las redes de choque en la manga —le advirtió.

—Ciertamente tendremos que considerar crear tal dispositivo si empezamos a enfrentarnos a oponentes como estos de forma regular —dijo Thrawn secamente—. Dime, ¿qué les ocurre a estos droides si se corta la señal de comunicación?

—¿Sí, se…? ¿Se refiere a interferir la señal?

—¿Lo desapruebas?

—No, por supuesto que no —dijo Car'das—. Pero se supone que las señales de mando de la Federación de Comercio no pueden ser interferidas. Pueden cambiar la frecuencia y los patrones de mando instantáneamente —en el momento que bloquee una parte del espectro ellos cambiarán a otra.

—¿Y si bloqueas todo el espectro de una vez?

Car'das le miró fijamente. El hombre hablaba en serio.

—No puede cubrir toda el área, Comandante —dijo con los dientes apretados—. Es demasiado grande. En el momento en el que empiece sabrán lo que está haciendo y

enviarán un conjunto de órdenes de contingencia para todo fuera de su bloqueo. Esos cazas droide pueden no ser muy listos, pero ciertamente son capaces de descargar suficientes ordenes generales para mantenerlos funcionando hasta que nos hayan reducido a polvo.

—Sólo si queda algún caza fuera de la interferencia —señaló Thrawn—. Pero parece que nuestro oponente se ha ocupado de ese problema por nosotros —señaló—. Incluso mientras acortamos la distancia, está reuniendo a todos sus cazas en esa pequeña área.

Car'das miró fijamente a las pantallas. Thrawn tenía razón… el comandante de la Federación de Comercio había abandonado el resto de su área defensiva para enviar a todos sus cazas al ataque. ¿No se daba cuenta de las posibles consecuencias de lo que estaba haciendo?

—¿Qué hay de nuestras propias comunicaciones? —preguntó—. Si interfiere el espectro completo, perderá el contacto con su propia gente.

—Afortunadamente, mis guerreros son capaces de mucho más que descargar simplemente órdenes generales —dijo Thrawn—. Veamos qué lado de la filosofía de guerra resulta ser más versátil —inclinándose hacia adelante, respiró profundamente—. Interfiriendo el espectro completo: ahora.

Durante un largo y terrorífico segundo, el puente del *Oscura Venganza* se llenó con un chirrido como algo proveniente de los intranquilos no muertos de las antiguas leyendas de Coruscant. Entonces el neimoidiano de comunicaciones se lanzó a por el control, cortando el gemido y dejando sólo un pitido distante en los oídos de Doriana.

—¿Qué demonios…?

—Vicelord ¡estamos siendo interferidos! —Dijo el neimoidiano, mirando a su panel con obvia incredulidad—. Todos los cazas se han paralizado.

Doriana miró fijamente por los ventanales, su estómago se estrechó en un fuerte nudo. Sí, los cazas se habían bloqueado, ahora cada uno de ellos seguía volando sin pensar en la misma dirección que llevaban por última vez.

Y desviándose con facilidad a través del curso de obstáculos a la deriva, disparando sin parar a los indefensos cazas mientras se movían, las naves alienígenas de Mitth'raw'nuruodo fueron en línea recta hacia ellos, los cazas en formación de pantalla delante de los dos cruceros.

—Haz que los cazas estén de nuevo en línea —ordenó Kav tensamente, alzando una mano hacia los neimoidianos del panel de mando—. Recupéralos.

—Lo estamos intentando —dijo uno de ellos—. Estamos abriendo comunicación por láser con tantos como podemos.

Pero esas comunicaciones por láser eran líneas visibles, sabía Doriana, y con un sentimiento de fracaso se dio cuenta de que esta limitación iba a hacerse mayor mientras nubes de polvo en expansión y restos de los cazas destrozados empezaban a bloquear

incluso este método de comunicaciones de último aliento. Unos cuantos cazas estaban volviendo a la vida, pero fueron seleccionados y destruidos por los alienígenas antes de que pudieran organizarse en una fuerza de ataque efectiva.

—¿Qué pasa con las otras naves? —demandó—. ¿Por qué no están atacando?

—¡Allí! —llamó alguien, y Doriana vio un brazo señalando hacia arriba desde uno de los pozos.

—Los Hardcells han lanzado sus misiles.

—Justo a tiempo —murmuró Doriana, sintiendo una cautelosa esperanza creciendo en su interior mientras cinco grupos de tres misiles cada uno se disparaban hacia los atacantes.

Los atacantes reaccionaron inmediatamente, cinco de los cazas cortaron su impulso hacia las naves de combate y tomaron la curva hacia el exterior de la formación de la Federación de Comercio. Los misiles, fijándose por el movimiento, les siguieron.

—Bien —dijo Kav con satisfacción—. La próxima andanada sacará al resto de cazas y dejará a los cruceros indefensos. Entonces nuestras propias baterías cuádruples láser podrán destruirlos con facilidad.

——Quizá —dijo Doriana con precaución, siguiendo la maniobra evasiva alienígena con sus ojos. Estaban yendo en zig zag a través de la masa de cazas a la deriva, intentando claramente quitarse de encima las fijaciones buscadoras de los misiles.

Pero en vano. El hardware de la Techno Union estaba entre los mejores de la República, y los misiles maniobraron a través del desorden con facilidad mientras seguían acortando la distancia. Los alienígenas alcanzaron el borde de la nube de cazas y tomaron una curva cerrada de vuelta a su interior. De nuevo los misiles realizaron las maniobras adecuadas. Los cazas salieron fuera; y entonces, casi al unísono, cada uno lanzo un pequeño objeto desde la popa hacia sus perseguidores.

Y Doriana se quedó de piedra mientras una bien conocida nube neblinosa hizo erupción de cada uno de ellos, desplegándose directamente en la trayectoria de los grupos de misiles entrantes.

—¡Más redes Connor! —restalló.

Pero no había nada que los espectadores pudiesen hacer. Las redes envolvieron los grupos de misiles y deslumbraron sus descargas asesinas de corriente de alto voltaje, destruyendo electrónica de búsqueda y sistema de propulsión por igual y dejando los misiles tan muertos como los cazas a la deriva a su alrededor.

Solo una vez más, Mitth’raw’nuruodo no se había conformado simplemente con proteger sus propias naves del ataque. Incluso mientras las manos de Doriana se apretaban en puños de impotencia, su inercia envió los misiles directamente hacia las naves de la Techno Union. Hubo múltiples explosiones mientras secciones del casco metálico se hacían pedazos saliendo hacia el espacio.

Y entonces, como un pequeño sol explotando demasiado cerca, una de las naves explotó completamente.

—¿Qué dem…? —Kav se quedó sin aliento—. ¡No! No por un simple grupo de misiles. ¡Eso es imposible!

—Todo lo que *hace* Mitth'raw'nuruodo es imposible —replicó Doriana amargamente—. Los misiles deben de haber impactado en un punto débil.

—¿Qué tipo? ¿Dónde pudo ser?

Doriana bufó.

—Sólo mire sus naves. Estarán apuntando al mismo lugar en todas las demás.

Estaba en lo cierto. En pocos minutos los cazas alienígenas y los cruceros habían esquivado con éxito la desesperada ráfaga de misiles que las naves de la Techno Union estaban lanzándoles y habían destruido eficientemente cada una de ellas. El punto, notó Doriana con mórbida fascinación, era la línea de unión de las enormes células de combustible externas.

—Debemos escapar —dijo Kav con la voz temblorosa—. Timonel, prepare el salto a la velocidad de la luz.

—Espere un momento —protestó Doriana, cogiéndolo del brazo. El espectro de la derrota surgió frente a él, junto con el destino de aquellos que fallaban a Darth Sidious—. No puede simplemente abandonar la flota.

—¿Qué flota? —Bufó Kav—. Mire a su alrededor, Stratis. ¿Qué flota?

Doriana sintió como se cerraba su garganta. Estaba en lo cierto, por supuesto. Los seis Hardcells de la Techno Union habían desaparecido, la mitad de ellos destruidos por sus propios misiles. Los siete cruceros escolta, que ni siquiera habían intentado operar contra tales enemigos sin el apoyo de una nave acorazada, estaban siendo sistemáticamente cazados y eliminados. Sólo las dos naves de combate de la Federación de Comercio estaban todavía en condiciones de luchar o escapar.

Pero con las comunicaciones aún bloqueadas, no había manera de ordenar una retirada general. Si el *Oscura Venganza* se iba, lo haría solo.

—Salto calculado —dijo el timonel.

—Haga el salto —ordenó Kav, mirando a Doriana como si le retara a discutir—. ¿Me ha oído? ¡*Ahora*!

—¡El hipermotor no responde! —dijo el timonel, su voz bullía con el pánico repentino—. Dice que estamos demasiado cerca de una masa planetaria.

Doriana se giró para mirar a la fila de paneles de estado. Eso es lo que decían las lecturas, correcto.

Pero no había ninguna masa planetaria cerca, ni siquiera asteroides de tamaño considerable.

—¿Disfunción?

—No disfunción —murmuró Kav, su voz era torpe y fatalista—. Simplemente más brujería Chiss.

Un nuevo destello de luz captó la atención de Doriana, y miró de nuevo por los ventanales. A través del campo de la carnicería, cazas droide estaban empezando a explotar cuando pasaron demasiados minutos sin comunicación y empezaron a activar

sus mecanismos de autodestrucción. A través de las ráfagas dispersas de fuego, Doriana vio al Guardián tambalearse de repente, mientras la superficie superior de mitad de su anillo de estribor entraba en erupción con cientos de pequeñas explosiones.

—¡Vicelord! —llamó alguien.

—Lo sé —dijo Kav con un suspiro de cansancio—. Los cazas que ordené que preparasen están explotando.

Doriana asintió, su propia amargura se había desvanecido hacía tiempo con un sentimiento de algo inevitable. Los refuerzos habrían estado volando por los hangares cuando la interferencia de Mitth'raw'nuruodo empezó y se paralizaron. Cayendo impotentemente a gran velocidad en un pasillo curvado, se habrían estrellado contra mamparos, perchas de sujeción u otros equipos. Allí habrían yacido, enredados y destrozados, mientras esperaban que sus propios cronos de autodestrucción llegasen a cero.

—Esto se ha acabado —dijo Kav tranquilamente. Levantando sus manos, se quitó con cuidado su gorro de cinco puntas y lo puso con igual cuidado en el suelo frente a él—. Estamos todos muertos.

—Eso parece —admitió Doriana automáticamente, sintiendo como se arrugaba su frente mientras un extraño hecho le golpeaba de repente.

Con toda la muerte, los restos y los cascos chamuscados de las naves que flotaban a su alrededor, el *Oscura Venganza* todavía no había recibido ni un arañazo.

Echó otra larga mirada a los paneles de estado. Excepto por el inexplicablemente dormido hipermotor, todo lo demás parecía perfectamente funcional.

—O quizá no —añadió—. Creo que Mitth'raw'nuruodo tiene algo más en mente para nosotros.

Kav bufó burlonamente.

—¿Y qué le da esa impresión precisamente?

Desconcertado, Doriana se giró.

Para encontrar que uno de los cruceros alienígena había aparecido en el exterior de los ventanales. Estaba flotando a escasos metros del transpariacero, sus filas de misiles apuntando al puente en una advertencia silenciosa y una orden clara.

—Apague las baterías cuádruples de la parte media, Vicelord —dijo Doriana tranquilamente—. Después selle las salidas del hangar principal y apague todos los cazas droides —tomo aire con cuidado—. Y después —dijo—, prepárese para tener compañía.

17

La puerta del último turboascensor se abrió, y a veinte metros por el corredor Car'das vio por fin las puertas blindadas abiertas del puente de la nave de combate.

Veinte metros de corredor que estaban delineados a ambos lados por droides de combate armados y con apariencia tensa.

Thrawn siquiera vaciló. Caminó a grandes pasos tranquilamente, sus dos guerreros estaban igual de tranquilos mientras caminaban a su lado. Tragando saliva, sin querer recorrer caminando ese guante de seguridad pero aún menos quedarse agazapado en el coche del turboascensor a solas, Car'das se forzó a sí mismo a continuar.

Había docenas de droides ocupados en el puente, la mayoría eran unidades de servicio o de monitorización sentados o enchufados en diversos puestos en los pozos de control. Parados en el centro de la tranquila actividad estaban los dos seres auténticos, esperando juntos al lado de la silla libre del timonel: un alto neimoidiano con elaboradas ropas, y un varón humano vestido con menos ornamentos. De nuevo, Thrawn no se detuvo, sino que se dirigió por la pasarela hacia ellos. Se paró a tres metros, y durante un momento pareció evaluarlos. Entonces, deliberadamente, se giró para mirar al humano.

—Comandante Stratis —dijo, asintiendo a modo de saludo—. Soy el Comandante Mitth'raw'nuruodo.

—Stratis no está al mando de esta nave —dijo el neimoidiano rígidamente antes de que Stratis pudiese responder—. Soy el Vicelord Kav de la Federación de Comercio. Y usted, Comandante Mitthrawdo, ha cometido un acto de guerra.

—Vicelord, por favor —dijo Stratis. Su voz estaba calmada, pero había un toque de advertencia en ella—. Las recriminaciones no servirán para ningún propósito útil.

—No crea que ha conseguido nada con su audacia —continuó Kav, ignorándole—. Incluso ahora, podría destruirle donde está.

Hizo un gesto, y desde atrás de él llegó un repentino estrépito metálico. Car'das se giró, con el corazón congelado mientras un par de droides destructores droideka aparecieron rodando y se detuvieron en las puertas blindadas del puente. Se desplegaron en su posición trípode, y un segundo después Car'das se encontró mirando a los cañones de cuatro pares de blasters de alta potencia.

—Vicelord, idiota —intervino Stratis con urgencia—. ¿Qué cree que está—?

—Cálmese, Comandante —le tranquilizó Thrawn—. No estamos en peligro.

Con mucho cuidado, sin atreverse a penas a respirar, Car'das giró la cabeza. Los ojos de Stratis se habían ensanchado, los músculos de su cuello estaban tensos mientras agarraba el brazo del neimoidiano. Pero Thrawn meramente permanecía parado tranquilamente, su cara era inexpresiva mientras estudiaba a los droidekas. Los guerreros Chiss tenían las manos en sus armas, pero siguiendo el ejemplo de su comandante no las habían desenfundado.

—Interesante diseño —continuó Thrawn—. Esa esfera brillante… ¿Un pequeño escudo de fuerza?

—Uh… sí —dijo Stratis cuidadosamente—. Le aseguro, Comandante…

—Gracias por la demostración, Vicelord —le interrumpió Thrawn, volviendo sus brillantes ojos rojos de nuevo hacia Kav—. Pero ahora los despedirá.

Durante un largo y terrible momento, Car'das pensó que el neimoidiano iba a desafiar la orden de Thrawn del mismo modo en que había ignorado la recriminación de Stratis. El Chiss y el neimoidiano se miraron fijamente, y durante media docena de latidos en puente estuvo en silencio.

Y entonces, el cuerpo entero de Kav pareció languidecer, apartó los ojos de la mirada de Thrawn mientras medio levantaba una mano hacia los droidekas. Mirando de nuevo sobre su hombro, Car'das observó con alivio como los destructores se plegaban de nuevo y salían rodando del puente.

—Gracias —dijo Thrawn—. Ahora. Como le pedí anteriormente: por favor, exponga sus intenciones y las de su fuerza de choque.

—Una fuerza de choque que ya no existe —dijo Kav con una voz entre la rabia y el abatimiento.

—Esa pérdida fue cosa suya —contestó Thrawn—. Todo lo que yo deseaba era una respuesta civilizada —se giró a Car'das—. ¿Es correcto? ¿*Civilizada*?

—O simplemente *cortés* —le dijo Car'das, sintiendo su cara arder el ser de repente introducido en el medio de la conversación—. O educada.

—Cortés —dijo Thrawn, como si probara la palabra contra algún conjunto desconocido de pautas—. Sí. Todo lo que deseaba, Comandante, era una respuesta cortés.

—Sí, lo sé —dijo Stratis, mirando a Car'das—. ¿Podría preguntar el nombre y el origen de su compañero?

—Soy solo un visitante —dijo Car'das rápidamente. La última cosa que quería era que esta gente conociese su nombre. Eso es todo.

—No del todo —le corrigió Thrawn—. Car'das *era* simplemente un visitante. Ahora es mi traductor —su expresión se endureció—. Y mi prisionero.

Car'das sintió que tenía la boca abierta, y por segunda vez en dos minutos sintió que se le congelaba el corazón.

—¿Soy *qué*?

—Llegaste, sin ser invitado, a espacio Chiss —le recordó Thrawn misteriosamente—. Ahora, menos de tres meses después, una flota invasora de tu gente ha aparecido. ¿Coincidencia?

—No tengo cosa alguna que ver en esto —protestó Car'das.

—Y nosotros no somos una flota invasora —añadió Stratis.

—Convencedme de eso —dijo Thrawn, con una voz más misteriosa todavía—. Ambos.

Car'das miró a Stratis. De repente, en un parpadeo, todo este viaje adicional había cobrado un sabor muy malo.

—¿Comandante? —le rogó.

Los ojos de Stratis se fijaron en él, después volvieron a Thrawn, una expresión pensativa apareció de repente en su cara.

—Muy bien —dijo señalando hacia un lado del puente—. Hay una oficina ahí atrás donde tendremos más privacidad.

Thrawn inclinó la cabeza levemente.

—Indíquenos el camino.

Doriana les guió hasta la oficina de mando de Kav, su piel hormigueaba por la anticipación y la emoción de la esperanza renovada. Hacía una hora todo estaba perdido, la misión había fracasado, Doriana era uno más de los muertos andantes. Incluso si sus atacantes les permitían regresar a la República, él sabía qué pago exigiría Darth Sidious por su fallo.

Pero ahora, de repente, todo había cambiado. Tal vez.

—Por favor, pónganse cómodos —les invitó Doriana, indicando a sus invitados los asientos que miraban hacia el escritorio mientras él rodeaba la maciza estructura de madera esculpida y se sentaba en la igualmente elaborada silla de Kav. Por el rabillo del ojo vio al vicelord mirándole furiosamente, pero no tenía tiempo ahora para el mezquino orgullo neimoidiano—. ¿Puedo ofrecerles algún refrigerio?

—No gracias —dijo Mitth'raw'nuruodo mientras él y Car'das se sentaban. Los dos guardias Chiss, como Doriana había esperado, permanecieron de pie en la entrada donde podían observar a todo el mundo en la sala así como mantener un ojo en lo que podía estar pasando en el propio puente.

—De acuerdo —dijo Doriana, centrando todo su intelecto en la tarea que tenía entre manos. Eso era esto—. Permítame hablarle sobre un proyecto llamado *Vuelo de Expansión*.

Empezó desde el principio, describiendo el origen del proyecto y su misión, y asegurándose de enfatizar el tamaño de los Acorazados y su armamento.

—Interesante —dijo Mitth'raw'nuruodo cuando terminó—. ¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—El hecho de que el *Vuelo de Expansión* es un peligro tanto para la República como para su propia gente —le dijo Doriana—. ¿Recuerda que mencioné un grupo a bordo llamado los Jedi? Esos seres tienen gran poder, pero son también peligrosos agitadores.

—¿En qué sentido?

—Tienen ideas muy rígidas de cómo la gente debería actuar y lo que deberían pensar y hacer —dijo Doriana, mirando a Car'das con el rabillo del ojo. Habría sido más fácil sin la presencia de alguien que realmente sabía algo sobre los Jedi, pero Mitth'raw'nuruodo habría sospechado inmediatamente si Doriana hubiese pedido que el joven quedase al margen de la conversación. Ahora tendría que caminar por una estrecha

línea entre hacer que los Jedi le pareciesen peligrosos a Mitth'raw'nuruodo y al mismo tiempo no decir nada que Car'das supiese que era una mentira concluyente.

Y de hecho, Car'das parecía un poco sorprendido por las alegaciones de Doriana. Pero al mismo tiempo, también podía ver una creciente incertidumbre en la cara del joven. La arrogancia de los Jedi, unida con su incapacidad para hacer nada con el creciente caos y estancamiento, tenía preguntándose a la gente a lo largo de la República si quizá sus supuestos guardianes de la paz eran más ruido y fanfarronadas que efectividad auténtica.

—Creen que tienen todas las respuestas —continuó—, y que todos los demás deberían someterse a su concepto de justicia.

—Aunque dice que están viajando a otra galaxia —le recordó Mitth'raw'nuruodo—. De nuevo, ¿cómo afecta esto a los Chiss?

—Porque antes de que partan, intentarán explorar algunas de las partes desconocidas de nuestra propia galaxia —dijo Doriana, deseando que el Chiss fuese tan fácil de leer como Car'das. Hasta ahora, no había tenido ninguna pista sobre la clase de impresión que estaba creando en él—. Si llegan al espacio Chiss, ciertamente intentarán imponer su voluntad sobre su gente.

—*Intento* es la palabra correcta —dijo Mitth'raw'nuruodo, endureciendo su expresión—. Los Chiss no aceptamos simplemente conceptos alienígenas sin una cuidadosa consideración. *Ciertamente* no nos sometemos a la dominación. De nadie.

—Por supuesto que no —dijo Doriana, su cuidadosa esperanza resplandecía un poco más brillante. Así que la especie y el orgullo profesional eran los agarres en el corazón de Mitth'raw'nuruodo. Excelente—. Pero le advierto que no les subestime. Los Jedi son crueles y sutiles, y me atrevería a decir que su poder está más allá de cualquier cosa con la que alguna vez se haya encontrado.

—Se sorprendería con lo que nos hemos encontrado —dijo Mitth'raw'nuruodo, con una voz sombría. Bruscamente, se levantó—. Pero discutiremos esos asuntos más tarde. Ahora mismo, hay otros asuntos que requieren mi atención.

—Por supuesto —dijo Doriana levantándose también—. ¿Qué desea que hagamos en su ausencia?

—Por el momento, ambos permaneceréis en este puente —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Enviaré a por vosotros cuando desee veros de nuevo. Mientras tanto enviaré a bordo un equipo para examinar vuestra nave y su equipamiento.

—¡Nunca! —Gritó Kav—. Esta nave es propiedad de la Federación de Comercio…

—Silencio —le cortó Doriana, mirándole furiosamente. ¿Es que el idiota no entendía *nada*?—. Les prestaremos, por supuesto, cualquier ayuda que puedan precisar.

—Gracias —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Tendrán nuevas órdenes para vosotros cuando terminen. Obedeceréis esas órdenes.

Doriana asintió.

—Como desee.

Mitth'raw'nuruodo miró a Kav, y Doriana pudo sentir la tensión entre ellos. Pero el neimoidiano permaneció en silencio, y después de un momento Mitth'raw'nuruodo se giró hacia Car'das.

—Vamos.

Dejaron la habitación, los guardias Chiss cogieron el paso detrás de ellos. Doriana los observó hasta que desaparecieron a través de las puertas blindadas del puente, entonces se giró hacia Kav.

—Con todo el debido respeto, Vicelord, en el nombre de su madre larva ¿qué pensaba que estaba haciendo?

—Esa es *mi* pregunta para *usted* —contestó Kav—. ¿Simplemente se da la vuelta y le entrega nuestras vidas y propiedades a este alienígena primitivo?

—Mire a su alrededor, Vicelord —dijo Doriana con desagrado—. Este primitivo alienígena acaba de destrozar nuestra fuerza de choque al completo. Y a menos que esté equivocado, no perdió una sola nave en el proceso.

—¿Y desea hacerle incluso más fuerte ofreciéndole acceso a los secretos de la Federación de Comercio?

Doriana respiró profundamente.

—Escúcheme —dijo, escogiendo las palabras cuidadosamente. Era como si estuviera de vuelta en Barlok, intentando hacer entender a esos idiotas Brolfi un sencillo esquema de asesinato—. Hemos fallado en nuestra misión. Incluso si Mitth'raw'nuruodo da media vuelta ahora mismo y nos deja en paz, no hay forma en el universo de que nuestra única nave de combate pueda superar los seis Acorazados del *Vuelo de Expansión*. No tendríamos más opción que regresar a la República y enfrentarnos a la rabia de Darth Sidious… y puedo asegurarle que desearía haber muerto hoy, destrozado en agonía por los cazas Chiss —alzó un dedo—. *A menos*.

Dejó la palabra en el aire.

—¿A menos? —preguntó Kav, con la voz doblegada.

—*A menos* —dijo Doriana—, que podamos persuadir a Mitth'raw'nuruodo de que destruya el *Vuelo de Expansión* por nosotros.

Durante un largo momento la habitación estuvo en silencio.

—Ya veo —dijo Kav por fin—. ¿Cree que podrá hacerlo? Y si puede, ¿cree que *él* podrá conseguir esa victoria?

—No lo sé —tuvo que admitir Doriana—. Él no es idiota, y seguramente sabe que mi descripción del *Vuelo de Expansión* y de los Jedi estaba horriblemente sesgada. Es probable que cortase la discusión para que pudiese salir y que Car'das le contase todo.

—¿Pero por qué escucharía a un humano que cree que es un espía? —objetó Kav.

—No lo cree —dijo Doriana sonriendo tensamente—. Si lo hiciera, ciertamente no lo habría dicho directamente en frente del hombre. Creo que sólo quería que nosotros creyésemos eso para que no pensásemos que escucharía el consejo de Car'das.

Kav sacudió la cabeza.

—Esto es demasiado complicado para mí.

—Sí, lo sé —dijo Doriana—. Eso es por lo que tiene que dejármelo todo a mí. *Todo*.

Kav masculló algo en voz baja.

—Muy bien —gruñó—. Por ahora, pero le estaré vigilando.

—Hágalo —dijo Doriana—. Solo tenga en mente que su vida vale mucho más que su orgullo.

—Quizá —dijo Kav—. Pero dijo que Mitthrawdo no cree en sus advertencias sobre los Jedi. ¿Cómo le convencerá entonces para destruir el *Vuelo de Expansión*?

—Tengo más en mi arsenal persuasivo que simples mentiras sobre los Jedi —dijo Doriana—. Confíe en mí.

—Muy bien. —Kav inclinó la cabeza—. Por ahora.

Car'das había estado sentando a solas, en el escritorio del ordenador en su cuarto del *Halcón Brioso* durante tres horas, abriéndose paso a través de páginas y páginas de texto técnico Cheunh, cuándo Thrawn finalmente llegó.

—Mis disculpas por mi larga ausencia —dijo el comandante mientras la puerta se cerraba tras él—. Confío en que te has mantenido ocupado.

—He estado estudiando los informes de los equipos técnicos como me pidió —dijo Car'das rígidamente volviéndose hacia el ordenador. Fue mal educado, lo sabía, pero no estaba de un humor muy hospitalario ahora mismo.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Tu valoración de las capacidades de la Federación de Comercio? —preguntó Thrawn pacientemente.

Car'das suspiró, sintiéndose como una nave con un giroscopio defectuoso. Justo antes de la batalla, Thrawn le había acusado de mentir sobre la extensión de la esclavitud en la República; y entonces, justo después de la batalla, le había acusado de ser un espía de la Federación. ¿Ahora quería su valoración militar?

—Esos cazas droide son lo último en armamento —gruño—. Leí un informe hace unos cuantos meses que especulaba que la única razón por la que no arrasaron completamente con sus atacantes en Naboo fue que tenían que controlar todas esas tropas terrestres al mismo tiempo que sobrecargaban los sistemas de control y hacían el control de cazas más lento de lo que debería haber sido. Aquí, no estaban controlando ningunas tropas terrestres. En mi humilde opinión de civil, si no hubiera derrumbado sus comunicaciones de la forma que lo hizo, nos habrían hecho jirones.

—Estoy de acuerdo —dijo Thrawn—. Afortunadamente, las naves de la Flota Expansionista están equipadas con transmisores más potentes que los de las fuerzas regulares de la Flota de Defensa, ya que rara vez tenemos la oportunidad de usar una red de un sistema de colonias normal de impulsores y repetidores. ¿Qué opinas del Vicelord Kav y del Comandante Stratis personalmente?

—¿Por qué se molesta en preguntarme esto? —demandó Car'das, rindiéndose y girándose para mirarle—. Pensaba que no confiaba en mí.

Thrawn sacudió la cabeza.

—En absoluto —dijo—. Si tú y tus compañeros fueseis espías, habríais usado vuestro acceso al ordenador de la base para estudiar nuestra tecnología y aprender la localización de nuestros mundos. En lugar de eso, meramente habéis trabajado en mejorar vuestras habilidades con el idioma. ¿Puedo sentarme?

—Sí, por supuesto —dijo Car'das, levantándose de su silla y extendiendo una mano. Preocupado por su propia incertidumbre y su orgullo magullado, ni siquiera había notado el cansancio absoluto en la cara y la postura de Thrawn—. ¿Se encuentra bien?

—Estoy bien —le aseguró Thrawn, rechazando con un gesto el ofrecimiento mientras se acercaba a la litera y se hundía en ella—. Simplemente ha sido un día muy largo.

—Parece más que cansado —comentó Car'das, observándole detenidamente—. ¿Algo va mal?

—Nada serio —dijo Thrawn—. Acabo de recibir la noticia de que la Almirante Ar'alani viene de vuelta.

Car'das frunció el ceño. Había pasado apenas cinco semanas desde que Ar'alani se había llevado el carguero capturado con ella.

—¿Ya han terminado de estudiar la nave Vagaari?

—Creo que ella ha cortado abruptamente su papel en la investigación —dijo Thrawn—. Por eso te acuse claramente de espionaje delante de mis guerreros. Después de los eventos de hoy, ella indudablemente les interrogará, y deseaba tener una razón plausible registrada de por qué tú y los otros seguís en espacio Chiss. Mis disculpas por cualquier desasosiego que pueda haberte causado.

—No se preocupe por eso —dijo Car'das frunciendo el ceño—. ¿Cree que Ar'alani sospecha de usted?

—No tengo la menor duda —dijo Thrawn—. Particularmente dados los informes que ha estado recibiendo desde Crustai.

—¿Pero quién de su base habría…? —Car'das se detuvo mientras un pensamiento horrible le golpeó—. ¿Thrass? ¿Su *hermano*?

—¿Quién más habría creído necesario mantenerla informada?

—¿Está diciendo que su propio *hermano* está intentando hundirle? —demandó Car'das, sin poder creerlo todavía.

—Mi hermano se preocupa profundamente por su linaje, incluido yo —dijo Thrawn, su voz estaba teñida de tristeza—. Pero está preocupado por lo que el ve como mi comportamiento autodestructivo… y como un Síndico de la Octava Familia Regente, su deber es proteger el honor y la posición de la familia.

—¿Así que él llama la atención de un *almirante* sobre usted?

—Si la Almirante Ar'alani está aquí para cambiar mis órdenes, seré incapaz de hacer nada que conlleve más problemas. —Señaló Thrawn—. O eso cree él. Con un único curso de acción él nos protege de esa manera a mí y a la Octava Familia.

Car'das pensó en el ataque Vagaari que había presenciado, y en la gente acribillada impotentemente bajo el fuego en sus burbujas del casco.

—Y mientras tanto, gente como los Vagaari serán libres de seguir su camino.

—Ciertamente. —Thrawn presionó la palma de su mano contra su frente—. Aun así, hasta que llegue la almirante, el mando sigue siendo mío. ¿Cuál es tu impresión sobre el Vicelord Kav y el Comandante Stratis?

Con un esfuerzo, Car'das alejó su mente de las imágenes de los escudos vivientes de los Vagaari.

—Para empezar, no creo que Stratis esté realmente al mando. Simplemente no puedo ver a los neimoidianos entregando sus naves a un humano de esa manera.

—A menos que el humano tenga más autoridad de alguna forma de la que ellos tienen —señaló Thrawn—. O si el humano es un agente de esa persona. Stratis es por supuesto un seudónimo.

—Podría ser —estuvo de acuerdo Car'das—. Aunque creo que estaban diciendo la verdad sobre que no son un fuerza invasora. Incluso si sus anillos de almacenamiento están repletos de droides de combate, posiblemente no podrían tener suficientes para una ocupación planetaria.

—¿Entonces concluyes que su misión es de hecho emboscar al *Vuelo de Expansión*?

—Podría, si supiese lo que es el *Vuelo de Expansión* —dijo Car'das—. Pero nunca he oído nada sobre él, y no confío necesariamente en las opiniones de Stratis.

Thrawn asintió.

—Quizá Qennto o Ferasi tengan más información.

—Tal vez —dijo Car'das—. ¿Nos dirigimos de vuelta a Crustai, entonces?

—Necesito estar allí para darle la bienvenida a la Almirante Ar'alani —le recordó Thrawn—. Mi gente puede terminar la investigación sin nosotros.

—¿Qué pasa si Kav y Stratis deciden matarlos a todos y huir de aquí?

—No lo harán —le aseguró Thrawn—. Para empezar, no pueden simplemente saltar al hiperespacio, no importa cuanto lo desee el vicelord. No con el *Ciclón* clavándolos en su lugar.

—Ah… ha —dijo Car'das, con la cara ardiendo por la vergüenza. Con todo lo que había ocurrido, había olvidado completamente el crucero que Thrawn había enviado hacia un lado antes de que empezara la batalla. Aparentemente, los técnicos Chiss habían descubierto una manera de acoplar el proyector gris Vagaari dentro del casco de una nave.

—Pero aunque pudieran escapar, no creo que lo hagan —continuó Thrawn—. Stratis quiere muchísimo que destruya el *Vuelo de Expansión* por él.

Car'das sintió como se le salían los ojos.

—¿Es *eso* de lo que va todo esto?

—¿A qué crees que venía toda esa charla sobre armamento y peligrosos Jedi? —contestó Thrawn.

—Yo sólo… quiero decir, yo pensé que estaba intentando que le dejara marchar —dijo Car'das, tropezándose con su propia lengua—. ¿No estará pensando—?

—Haré lo que sea necesario para proteger a aquellos que dependen de mí —dijo Thrawn, con una voz cuidadosamente precisa—. Ni más, ni menos.

Se levantó.

—Pero no te preocupes por eso —dijo—. Una vez más, gracias por tu asistencia.

—No hay problema —dijo Car'das levantándose también. ¿Era su imaginación, o se había tambaleado el comandante levemente mientras se ponía en pie?—. Será mejor que descanse. No sería divertido para nadie si sufre un colapso por agotamiento antes de que Ar'alani tenga la oportunidad de enviarle al calabozo.

—Gracias por tu preocupación —dijo Thrawn secamente—. Intentaré no decepcionarla.

—Una última pregunta… si me permite —añadió Car'das mientras el comandante llegaba hasta la puerta—. ¿Cómo estaba tan seguro de que aquellos droidekas no nos dispararían?

—¿Aquellos…? Oh, los luchadores droide rodantes —dijo Thrawn—. No fue difícil. Todo en el diseño del puente hablaba de una gente que nunca estaría dispuesta a ponerse a sí misma en más peligro del absolutamente necesario.

—Esos son los neimoidianos, cierto —asintió Car'das—. ¿Pudo saber eso sólo por el diseño del puente?

—La arquitectura es meramente otra forma de arte —le recordó Thrawn—. Pero incluso sin esas indicaciones, las triples puertas blindadas por las que pasamos me habría dicho que estos neimoidianos no son guerreros.

—Lo cual es la razón por la que tienen droides de combate para luchar por ellos —dijo Car'das—. ¿Pero dispararnos no es exactamente lo que harían los cobardes como ellos?

Thrawn sacudió su cabeza.

—El Vicelord Kav estaba demasiado cerca de la línea de fuego. Nunca habría ordenado a los droidekas que atacaran.

Car'das hizo una mueca.

—Una fanfarronada.

—O estaba comprobando una suposición —dijo Thrawn—. Esos droides de combate son un concepto nuevo para mí, pero vale la pena comprobarlo cuidadosamente —hizo una mueca—. Sinceramente, espero que los Vagaari no hayan visitado un mundo donde podrían haber conseguido tales armas.

—Probablemente no —dijo Car'das—. Los neimoidianos se mantienen muy cerca de casa.

—Ya veremos. —Thrawn tocó el control y la puerta se abrió—. Que duermas bien, Car'das.

Durante unos minutos Car'das miró hacia la puerta cerrada. Así que Thrawn le había asegurado que realmente no había sospechado que fuese un espía. Era reconfortante…

excepto que había dicho exactamente lo contrario delante de testigos, y con el mismo grado de aparente sinceridad.

¿Así que cuál *era* la verdad? ¿Eran él, Qennto y Maris simples peones en alguna clase de juego político? Y si era así, ¿cuál era el juego?

Car'das sabía que Maris confiaba en el honor de Thrawn. Qennto desconfiaba con la misma fuerza de su alienismo y del hecho de que era un oficial militar. El propio Car'das ya no sabía lo que pensar.

Pero una cosa estaba clara. Las cosas se estaban calentando por aquí, y tenía el incómodo sentimiento de que la tripulación del *Cazador de Gangas* había alargado demasiado su bienvenida. De alguna manera tenían que encontrar una manera de escapar.

Y tenían que encontrarla rápido.

La primera vez que Uliar supo que había problemas fue cuando giró la esquina y se encontró a los otros dos miembros de su turno de guardia parados fuera de la puerta del cuarto vigilancia.

—¿Qué está pasando? —preguntó mientras se acercaba a ellos.

—Hay una excursión especial —le dijo Sivv, el oficial superior—. Ma'Ning y algunos brotes.

—¿Algunos *qué*?

—Algunos de sus Jedi menores —dijo Algrann burlonamente—. Entraron rápidamente antes de que terminara el turno de Grassling y echaron a todo el mundo.

—¿Y no se nos permite entrar? —preguntó Uliar, sin creérselo.

Sivv se encogió de hombros.

—Le dijo a Grassling que le haría saber cuando podía volver a entrar —dijo—. Realmente no he preguntado por mí mismo.

Uliar miró con furia a la puerta. Jedi. De nuevo.

—¿Te importa si pruebo?

Sivv movió una mano.

—Todo tuyo.

Avanzando hacia la puerta, Uliar golpeó el control. Se abrió, y entró.

El Maestro Jedi Ma'Ning estaba parado al lado del panel principal, en mitad de una discusión sobre cómo funcionaban los monitores y sistemas de control. Sus ojos se volvieron inquisitivamente hacia Uliar mientras entraba, pero no perdió en ritmo de su conferencia. Sentado en el propio panel había cuatro niños, los dos más bajos tenían que arrodillarse en los asientos para poder ver.

Era como una escena sacada de una clase de segunda fila, excepto porque eso no era un panel de garabatear ni una maqueta de entrenamiento. Este era el auténtico y verdadero sistema de control de uno de los reactores que mantenían la potencia del Acorazado-4.

Ma'Ning acabó la frase que estaba diciendo y alzó sus cejas hacia Uliar.

—Sí, ¿Uliar? —preguntó.

—Disculpe, Maestro Ma'Ning —dijo Uliar acercándose a los otros—, pero ¿qué infiernos está haciendo?

Las líneas alrededor de los ojos de Ma'Ning podrían haberse tensado un poco.

—Estoy instruyendo a los jóvenes Padawan en las nociones básicas del funcionamiento de un reactor.

Uliar dio otra mirada a los niños. Edades entre cinco y ocho, supuso, todos ellos con los ojos brillantes y la curiosidad inquieta de los niños de todas partes.

Pero había algo más allí, ahora lo veía. Una capa subyacente de seriedad que definitivamente no era característica de los niños de esa edad. ¿Alguna cosa Jedi?

—Por mucho que aprecie su deseo de aprender, este no es lugar para niños —dijo—. Y si se me permite decirlo, usted difícilmente es el indicado para instruir a nadie en las sutilezas del funcionamiento de un reactor.

—Yo, simplemente, les estoy dando una visión general —le aseguró Ma'Ning.

—No debería estar dándoles *nada* —contestó Uliar—. En lo que concierne al equipo de alta energía, un pequeño conocimiento es peor que inútil, y peligroso por encima de todo. ¿De quién fue esta estúpida idea, de todas formas?

Los labios de Ma'Ning se tensaron levemente.

—El Maestro C'baoth ha decidido que todos los Jedi y Padawans necesitan aprender cómo manejar los sistemas críticos del *Vuelo de Expansión*.

Uliar le miró fijamente.

—Está bromeando.

—En absoluto —le aseguró Ma'Ning—. No te preocupes, nos quitaremos de tu camino en otra media hora.

—Estaréis fuera de nuestro camino mucho antes que eso —gruño Uliar, alcanzando entre dos niños el control de comunicación—. Puente; aquí Control Tres del Reactor. Comandante Omano, por favor.

—Un momento.

Uliar miró hacia Ma'Ning, preguntándose si el otro intentaría detener esto. Pero el Jedi sólo estaba parado ahí, con los ojos bajados en una especie de mirada medio meditativa.

—Comandante Omano.

—Técnico Cuatro del Reactor Uliar, Comandante —se identificó Uliar—. Hay personal no autorizado en nuestra sala de control que se niega a marcharse.

El suspiro de Omano fue un siseo débil en el altavoz del comunicador.

—¿Jedi?

Uliar tuvo el repentino sentimiento de que el suelo se preparaba para desaparecer bajo sus pies.

—Uno de ellos es un Jedi, sí —dijo cuidadosamente—. Aun así no están autorizados a…

—Desafortunadamente, lo están —le cortó Omano—. El Maestro C'baoth ha solicitado que su gente tenga acceso total a todas las áreas y sistemas a bordo del *Vuelo de Expansión*.

Aunque había sospechado lo que se avecinaba, las palabras fueron aun así como una bofetada de agua fría en la cara.

—Con todo el debido respeto, Comandante, eso es absurdo *y* peligroso —dijo Uliar—. Tener niños en el…

—Tiene sus órdenes, Técnico Uliar —le cortó de nuevo Omano—. Si no le gustan, es bienvenido de hablarlo con el Maestro C'baoth. Omano fuera —hubo un click, y el comunicador murió.

Uliar alzó la mirada y encontró los ojos de Ma'Ning fijos en él.

—Bien —dijo encontrando la mirada del Jedi de frente. Si pensaban que iba a inclinarse y a rascar sólo porque llevaban esas ropas campesinas afectadas y sables láser, tenían una idea extra viniendo—. ¿Dónde encuentro al Maestro C'baoth?

—Está abajo, en el centro de entrenamiento Jedi —dijo Ma'Ning—. Núcleo de almacenamiento, sección uno veinticuatro.

Uliar le miró fijamente.

—¿Vuestra escuela está en el *núcleo de almacenamiento*? ¿Qué tienen de malo los Acorazados?

El labio de Ma'Ning se contrajo.

—El Maestro C'baoth pensó que sería mejor si estábamos tan lejos de las distracciones como fuera posible.

¿Distracciones como padres, familia, y gente normal? Probablemente. En lo profundo de su ser, la molestia de Uliar estaba empezando a convertirse en auténtica e hirviente cólera.

—Bien —dijo—. Volveré.

—¿Y bien? —preguntó Algrann cuando salió al corredor.

—Omano se ha doblegado —les dijo agriamente—. Voy a hablar con el Gran Clouf en persona y ver si puedo hacerle entrar en razón.

—¿El Capitán Pakmillu?

—Parece ser que Pakmillu ya no dirige el espectáculo —gruñó Uliar—. Voy a ver a C'baoth. ¿Alguno de vosotros quiere venir conmigo?

Ellos intercambiaron miradas, y Uliar casi pudo verlos encogiéndose detrás de sus caras.

—Mejor nos quedamos aquí —respondió Sivv—. En cualquier momento que Ma'Ning acabe, se supone que tenemos que estar trabajando.

—Seguro —dijo Uliar, sintiendo contraerse su labio por el desdén. ¿Por qué todo el mundo se volvía instantáneamente invertebrado cuando un Jedi estaba involucrado?—. Os veo luego.

Cogió un turboascensor hacia el nivel más inferior del Acorazado-4, entonces se abrió camino hacia delante hasta que alcanzó uno de los macizos pilares que unían los

Acorazados con el núcleo de almacenamiento bajo ellos. Cuatro de los seis coches turboascensor que recorrían el pilar estaban en algún otro lugar, pero los otros dos estaban esperando, y pocos minutos después llegaba al núcleo de almacenamiento.

El núcleo estaba distribuido en una serie de habitaciones enormes, cada una casi llena con montones de cajas sujetas en su lugar por múltiples envoltorios de redes de emergencia. Una sección relativamente estrecha en el frente de cada habitación estaba vacía, proporcionando un pasillo y un área de trabajo para ordenar las cajas. A cada extremo del pasillo había un par de puertas que daban a las habitaciones anterior y posterior a ella: una de las puertas era del tamaño de una persona, la otra era un panel de acceso mucho más grande requerido para trasladar carros.

El ascensor le dejo en la sección 120, Uliar lo vio en una pequeña placa sujeta a la red de emergencia. Ma'Ning le había dicho que la escuela Jedi estaba en la 124, y se dirigió hacia la popa.

Ninguna de las puertas dentro de la 124 estaba marcada con alguna señal especial de su nuevo estado de aula. Endureciéndose, intentando no pensar en todas las leyendas sobre los poderes Jedi, caminó hacia la puerta más pequeña y tocó el control.

No ocurrió nada. Lo intentó de nuevo; aún nada. Se movió a la puerta más grande de carga, sólo para descubrir que esta también estaba cerrada. Volviendo a la puerta más pequeña, curvó su mano en un puño y golpeó delicadamente en el metal.

No hubo respuesta. Llamó otra vez, incrementando gradualmente el nivel de volumen. ¿Estaban *todos* ellos haciéndose los sordos?

—¿Qué quieres?

Saltó, girándose hacia una pantalla de comunicación que había sido colocada a su izquierda justo dentro de la red de carga. La cara de C'baoth estaba enmarcada allí, brillando hacia él.

—Necesito hablar con usted sobre sus estudiantes y sus profesores —dijo Uliar sintiendo su resolución empezar a erosionarse bajo esa mirada intimidatoria—. Están en la sala de control y monitorización del reactor donde no tienen nada…

—Gracias por tu interés —le interrumpió C'baoth—. Pero no es necesario que te preocupes.

—Discúlpeme, Maestro C'baoth, pero es muy necesario que me preocupe —insistió Uliar—. Algunos de esos sistemas son muy delicados. Me llevó *cuatro* años aprender a manejarlos apropiadamente.

—Tus métodos no son los métodos Jedi —señaló C'baoth.

—Ese es un bonito eslogan —gruño Uliar. Su rabia, que se había desvanecido de alguna manera durante el viaje hasta aquí, estaba empezando a burbujear de nuevo—. Pero la devoción a los tópicos no es sustituta de la escuela de ingeniería.

La oscura mirada de C'baoth se volvió un poco más oscura.

—Su carencia de fe es irreflexiva y ofensiva —dijo—. Te marcharás ahora, y no regresarás.

—No hasta que esos niños estén fuera de mi sala del reactor —dijo Uliar tenazmente.

—He dicho *vete* —repitió C'baoth.

Y de repente una mano invisible estaba presionando contra el pecho de Uliar, empujándole inexorablemente lejos de la puerta cerrada y de vuelta hacia el otro extremo de la sección.

—¡Espere! —protestó Uliar, luchando inútilmente contra la presión de su pecho. Nunca se había dado cuenta de que los Jedi pudiesen hacer esto a través de una pantalla de comunicación, sin estar realmente en persona—. ¿Qué pasa con los niños?

C'baoth no respondió, su imagen siguió a Uliar con la mirada hasta que estuvo casi en la puerta más alejada. Entonces, simultáneamente, la imagen de la pantalla y la presión en el pecho de Uliar se desvanecieron.

Durante un largo minuto Uliar se quedó parado donde estaba, con el corazón latiendo con tensión y disipante adrenalina, intentando decidir si debía volver a través de la habitación e intentarlo de nuevo. Pero obviamente no había ningún sentido en hacer eso. Tomando aire profundamente, se giró y se volvió al Acorazado-4 y a la sala del reactor.

Ma'Ning y los niños se habían ido cuando llegó, y Sivv y Algrann estaban en sus puestos.

—¿Y bien? —preguntó Sivv mientras Uliar tomaba asiento silenciosamente.

—Me dijo que me largara y que me metiese en mis propios asuntos —le dijo Uliar.

—Estos *son* nuestros asuntos.

—No me lo digas a *mí* —dijo Uliar agriamente—. Ve a decírselo a *él*.

—Tal vez deberíamos hablar con Pakmillu —sugirió Algrann vacilantemente.

—¿Para qué? —Gruñó Uliar—. Me parece que los Jedi son los que dirigen ahora el espectáculo.

Algrann maldijo en voz baja.

—Estupendo. Dejamos una tiranía dirigida por burócratas y políticos corruptos, sólo para acabar en una dirigida por Jedi.

—Esto no es una tiranía —discrepó Sivv.

—No —dijo Algrann tensamente—. No aún.

18

—*Vuelo de Expansión* —repitió Qennto, frunciendo el ceño hacia el espacio mientras sacudía lentamente la cabeza—. No. Nunca oí hablar de él.

—Yo tampoco —secundó Maris—. ¿Y dices que esos Kav y Stratis quieren *destruirlo*?

—Kav y quien sea —dijo Car'das—. Thrawn piensa que *Stratis* es un alias.

—Bien. Kav y el Maestro Nadie —dijo Qennto impacientemente—. ¿Y por qué quieren destruirlo?

Car'das se encogió de hombros.

—Stratis estuvo dando vueltas a una enorme manga pastelera sobre lo peligrosos que son los Jedi y cómo quieren asumir el control y hacer que todo el mundo haga las cosas a su manera. Pero eso tiene que ser una mentira.

—No necesariamente —dijo Qennto—. Mucha gente allá afuera está empezando a preguntarse acerca de los Jedi.

—Ciertamente ellos están ayudando a sostener la burocracia de Coruscant —señaló Maris—. Cualquiera que quiera una auténtica reforma del gobierno tendrá que convencer a los Jedi para que cambien de bando.

—O si no matarlos —dijo Qennto.

Maris tembló.

—No puedo creer que alguna vez se llegue a eso.

—Bueno, te aseguro que Stratis no estaba hablando de persuasión —dijo Car'das—. ¿Qué pasa con esos Acorazados? ¿Alguna vez habéis oído algo?

—Sí, son el último regalo de Motores Estelares Rendili para los obsesivos militares —dijo Qennto—. Seiscientos metros de largo, con escudos pesados y un puñado entero de cañones turboláser actualizados, la mayoría de ellos agrupados en cuatro burbujas en la línea media donde pueden descargar una terrible andanada por los costados. La tripulación normal ronda los dieciséis mil, con espacio para otras dos mil o tres mil tropas. He oído que el Sector Corporativo ha estado comprándolos como recuerdos del Día Transland, y algunos de los Mundos del Núcleo más grandes no se han quedado atrás.

—¿Ha comprado Coruscant alguno? —preguntó Maris.

Qennto se encogió de hombros.

—Últimamente se ha hablado sobre que la República tuviese finalmente su propio ejército y una autentica flota de combate. Pero llevan hablando así durante años, y no han conseguido nada.

—Así que con seis Acorazados, ¿estamos hablando de cien mil personas a bordo del *Vuelo de Expansión*? —preguntó Car'das.

—Probablemente no más que la mitad —dijo Qennto—. Muchos de los trabajos estándar serán duplicados entre las naves. A demás de eso, querrás construir un espacio extra en una nave colonizadora a largo plazo.

—Aun así es mucha gente para matar si todo lo que quieren es atrapar a unos pocos Jedi —señaló Maris.

—No te preocupes, estoy seguro que tu noble Comandante Thrawn no se inclinará por eso —dijo Qennto amargamente.

—Pero aún si Thrawn no coopera, Stratis sigue teniendo a mano una nave de combate intacta de la Federación de Comercio —les recordó Car'das—. Eso es mucha potencia de fuego, y podrían tener mucha más de camino.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Maris.

—*Nosotros* no hacemos nada —dijo Qennto firmemente—. No es *nuestro* trabajo cuidar del *Vuelo de Expansión*.

—Pero no podemos sentarnos aquí y no hacer nada —protestó Maris.

—No, podemos correr como halcones-murciélago escaldados —replicó Qennto.

—Pero…

—Maris —dijo Qennto, cortándola levantando una mano—. No es nuestro problema. ¿Me oyes? *No es nuestro problema*. Si los Jedi van a adentrarse en las Regiones Desconocidas, les corresponde a *ellos* averiguar cómo protegerse. Nos corresponde a *nosotros* descubrir cómo sacarnos de aquí. Es decir, si crees que puedes apartarte de toda esta nobleza y cultura.

—Eso no es justo —protestó Maris, sus ojos se endurecieron incluso mientras un toque rosado aparecía en sus mejillas.

—Es igual. —Qennto se giró hacia Car'das—. Tú eres su confidente estos días, chico. ¿Crees que puedes convencerle para que nos deje tener ese botín Vagaari que su hermano puso bajo llave? —Señaló con el pulgar a Maris—. ¿O debería pedirle a Maris que lo hiciera?

—Rak… —empezó Maris.

—No creo que convencerle sea la cuestión —dijo Car'das apresuradamente. La tensión entre Qennto y Maris estaba empezando a entrar en la zona roja de nuevo—. Él no puede entregárnoslo a menos que su hermano y la Almirante Ar'alani se lo permitan.

—¿Entonces cómo traemos a Ar'alani de vuelta? —preguntó Maris.

—No tenemos que hacerlo —dijo Car'das con desagrado mirando a su crono—. De hecho, probablemente Thrawn esté dándole la bienvenida a la base en este momento.

—Genial —dijo Qennto iluminándose—. Tengamos nuestra audiencia, cojamos nuestro botín y salgamos de aquí.

—No lo creo —dijo Car'das—. Está aquí para ver si Thrawn debería ser relevado del mando o no.

Hubo un momento de aturdido silencio.

—Eso es una locura —dijo Maris al fin—. Él es un *buen* comandante. Él es un bueno *hombre*.

—¿Y cuándo algo de eso ha importado? —Murmuró Qennto—. Oh, chico. Y ella ya estaba empeñada en negarnos las cosas Vagaari. Esto no es bueno.

—¿Puedes olvidarte por un momento de tu botín? —Le preguntó Maris de mal humor—. Estamos hablando de la carrera y la vida de Thrawn.

—No, *no puedo* olvidarme del botín —contestó Qennto—. Por si lo has olvidado, cariño, ya llevamos dos meses y medio de retraso en entregarle a Drixo sus pieles y gemas de fuego. Lo *único* que va a mantenernos con vida cuando finalmente aparezcamos va a ser si tenemos algo extra con lo que calmarla.

Maris puso una mueca.

—Lo sé —murmuró.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Car'das.

—Lo que *tú* vas a hacer es convencerles de que nos lo entreguen —dijo Qennto—. Y no preguntes cómo —añadió mientras Car'das abría la boca—. Suplica, halaga, soborna —lo que sea necesario.

—Tú eres el único que puede hacerlo —afirmó Maris sobriamente—. En cualquier momento que Rak o yo salimos de nuestra habitación, tenemos una escolta siguiéndonos.

Car'das suspiró.

—Haré lo que pueda.

—Y no olvides que no tenemos mucho tiempo —le advirtió Qennto—. Ahora mismo, tenemos al menos medio aliado en Thrawn. Si le dan la patada, ni siquiera tendremos eso.

Brevemente, Car'das se preguntó qué dirían si les decía que Thrawn les había acusado públicamente a los tres de espionaje. Pero no había motivo para preocuparles más de lo que ya estaban.

—Haré lo que pueda —dijo de nuevo, levantándose—. Nos vemos luego.

Dejó su habitación y comenzó a andar por el corredor. La ceremonia de bienvenida de Ar'alani probablemente había acabado, pero ella y Thrawn estarían seguramente todavía juntos. Probablemente hablando de las acusaciones de Thrass; Ar'alani no le había parecido del tipo que desaprovecharía más tiempo con delicadezas ceremoniales de lo necesario. Tal vez podría pedirle a uno de los oficiales de Thrawn que quería ver al comandante lo antes posible.

—Así que tienes libre acceso a la base.

Car'das se giró. Thrass había aparecido detrás de él, su expresión no indicaba lo que pasaba detrás de aquellos brillantes ojos.

—Síndico Mitth'ras'safis —le saludó Car'das, peleando para poner su cerebro en línea otra vez—. Perdone mi sorpresa; Asumí que estaría con su hermano y la almirante.

Thrass inclinó su cabeza.

—Acompáñame, por favor —se giró y se fue por el pasillo en sentido contrario. Con su pulso latiendo incómodamente en su garganta, Car'das le siguió.

Thrass le condujo hasta el nivel superior de la base, dónde Thrawn y los oficiales superiores tenían sus habitaciones. Se cruzaron con unos cuantos guerreros por el camino, ninguno de ellos les dedico al Síndico o al humano más que una mirada de curiosidad, y finalmente llegaron a una puerta marcada con símbolos cheunh que Car'das no pudo descifrar completamente.

—Aquí —dijo Thrass, abriendo la puerta y señalando al interior. Dándose ánimos, Car'das entró en la habitación.

Se encontró en una pequeña sala de conferencias con media docena de sillas equipadas con ordenadores, dispuestas en un círculo alrededor de una proyección holográfica central. Sentada en el lado opuesto del círculo, resplandeciente en su uniforme blanco, estaba la Almirante Ar'alani.

—Siéntate, Car'das —dijo en cheunh mientras Thrass entraba en la sala detrás suyo.

—Gracias, Almirante —dijo Car'das en el mismo idioma mientras tomaba asiento directamente frente a ella—. Bienvenida de nuevo.

Ella asintió en reconocimiento, estudiándole pensativamente mientras Thrass se sentaba en la silla a la derecha de ella.

—Tu destreza con el cheunh ha mejorado —comentó—. Mis felicitaciones.

—Gracias —dijo Car'das de nuevo—. Es un idioma muy bonito de escuchar. Sólo lamento que nunca lo hablaré tan bien como un Chiss.

—No, no lo harás —afirmó Ar'alani—. Entiendo que estabas con el Comandante Mitth'raw'nuruodo en esta última aventura militar. Cuéntanos que pasó.

Car'das miró a Thrass y de nuevo a Ar'alani.

—Perdone mi impertinencia, pero ¿no debería preguntarle esto al Comandante Thrawn en vez de a mí?

—Lo haremos —le aseguró Ar'alani oscuramente—. En este momento, estamos preguntándote a ti. Háblanos de este último acto de agresión.

Car'das respiró hondo.

—Para empezar, realmente no fue un acto de agresión —dijo, eligiendo las palabras cuidadosamente—. Fue una expedición para investigar unas naves de combate desconocidas que habían sido vistas en el área.

—Naves que no habrían sido vistas en absoluto si Mitth'raw'nuruodo no estuviese inclinado a acciones militares prematuras —señaló Ar'alani.

A su lado, Thrass se removió en su asiento.

—El cometido de la Flota Expansionista requiere observación y exploración de las regiones alrededor de la Ascendencia Chiss —dijo él.

—Observación y exploración —contestó Ar'alani—. No acciones militares no provocadas —alzó las cejas—. ¿O niegas que se tomaron acciones militares y hubo víctimas Chiss?

Car'das frunció el ceño. Thrawn no había mencionado nada sobre víctimas.

—No sabía que se hubiese perdido ningún guerrero Chiss.

—El *Ciclón* no regresó de la batalla —dijo Ar'alani.

—Oh —dijo Car'das, respirando un poco mejor. Por supuesto; el crucero perdido todavía estaba en el campo de batalla, manteniendo al *Oscura Venganza* clavado con el proyector gris Vagaari. Pero obviamente él no podía decirle eso a Ar'alani—. Sigo manteniendo que el Comandante Mitth'raw'nuruodo luchó sólo en defensa propia.

—¿Disparó el enemigo desconocido primero?

—Disparar las armas no siempre es el primer acto de agresión —contestó evasivamente Car'das, de nuevo sintiendo como si estuviese andando por un borde estrecho sobre un pozo de gundarks—. Las naves de la Federación de Comercio lanzaron una fuerza masiva de cazas droide. He leído informes de batallas en las que se usaron estas armas, y si el Comandante Mitth'raw'nuruodo no hubiese actuado para neutralizarlos, su fuerza habría sido rápidamente aplastada.

—Quizá —dijo Ar'alani—. Lo sabremos mejor una vez que nos hayas enseñado la zona de batalla.

Car'das sintió que su boca se quedaba repentinamente seca.

—¿La zona de…?

—¿Te opones? —preguntó Ar'alani.

—Bueno, para empezar, ni siquiera sé dónde está —dijo Car'das, haciendo tiempo mientras pensaba furiosamente. Si Ar'alani encontraba el *Oscura Venganza* parado allí…

—La localización no es un problema —le aseguró Ar'alani, sujetando un cilindro delgado afilado en ambos extremos—. Tengo los datos de navegación de valor de los últimos dos meses del *Halcón Brioso*.

Car'das reprimió una mueca. Fantástico.

—De acuerdo —dijo—. ¿Pero no deberíamos preguntarle antes al Comandante Mitth'raw'nuruodo?

—Nos vamos ahora precisamente porque *no* quiero que el Comandante Mitth'raw'nuruodo lo sepa —dijo Ar'alani—. Le he enviado en un barrido de seguridad de los sistemas cercanos, lo que debería darnos tiempo para examinar el campo de batalla y regresar —sus ojos relucieron—. Y sólo *entonces* le preguntaremos por sus versión de la batalla.

—Preparándose para el primer objetivo —dijo C'baoth, con su voz profunda sonando tenso mientras resonaba desde el bajo techo de la burbuja de armas—. Fuego ahora —sus manos se movieron casi de una manera imposible sobre los controles, y hubo un destello de luces indicadoras mientras uno de los grupos de turboláseres del Acorazado-1 descargaba una masiva explosión lateral.

Parado al lado de la puerta de la burbuja, Obi-Wan se extendió en la Fuerza. En el otro lado del Acorazado pudo sentir a Lorana Jinzler disparando también sus turboláseres, mientras en el otro extremo del *Vuelo de Expansión*, en el Acorazado-4, Ma'Ning y los dos Jedi Duros hacían lo mismo.

—Guau —susurró Anakin a su lado—. Eso fue… intenso.

—Sí —estuvo de acuerdo Obi-Wan, mirando a C'baoth detenidamente. Esta era la tercera fusión del Maestro Jedi en el día de hoy, y la tensión del procedimiento tenía que estar alcanzándole. Pero si así era, Obi-Wan no podía detectarla en la cara o el sentido del otro.

Siempre había asumido que al menos parte de la inquebrantable confianza en sí mismo de C'baoth era una actuación o si no una enorme sobreestimación de sus habilidades reales. Ahora, por primera vez, empezaba a preguntarse si el hombre podría ser realmente tan poderoso en la Fuerza como afirmaba.

—Control de observación: todas las pruebas-uno acertaron al objetivo —informó una voz desde el panel de comunicación.

—Bastante bien —susurró Anakin.

—*Muy bien*, querrás decir —dijo Obi-Wan—. ¿Puedes sentir las órdenes del Maestro C'baoth, o simplemente la presencia de la propia fusión?

—No lo sé —dijo Anakin, y Obi-Wan podía sentir al chico tensando su concentración.

—Preparándose para el segundo objetivo —anunció C'baoth—. Control de observación preparado.

—Fuego… ¡ahora! —dijo C'baoth.

De nuevo las luces parpadearon.

—Objetivo dos alcanzado —informó el observador—. Un fugitivo.

—¿Qué es un fugitivo? —preguntó Anakin.

—Significa que uno de los disparos ha fallado el blanco —le dijo Obi-Wan frunciendo el ceño. Hubo algo raro en ese último disparo, algo que no podía señalar completamente. Extendiéndose con la Fuerza de nuevo, centrándose esta vez en los bordes de la fusión en lugar de en su centro, intentó rastrearlo.

—Preparándose para el tercer objetivo —dijo C'baoth—. Fuego ahora. —Y esta vez, cuando los indicadores parpadearon de nuevo, Obi-Wan lo vio.

C'baoth había dispuesto un total de seis objetivos en este ejercicio. Obi-Wan se obligó a esperar hasta que los seis hubiesen sido destruidos, los últimos cuatro con un grado de exactitud tan impresionante como los dos primeros.

El observador entregó su informe final, y con una sacudida de su cabeza C'baoth rompió la fusión. Durante unos segundos simplemente se sentó ahí, parpadeando rápidamente mientras los últimos zarcillos de conexión entre él y sus compañeros Jedi se disolvían completamente. Entonces, respirando profundamente, exhaló un largo suspiro y se giró hacia Obi-Wan y Anakin.

—¿Qué te parece, joven Skywalker?

—Muy intenso —dijo Anakin—. Nunca antes había visto algo parecido. ¿Cuándo podré intentarlo?

—No hasta después de que hayas completado tu entrenamiento —dijo C'baoth—. Esto no es algo con lo que los Padawans deban jugar.

—Pero puedo manejarlo —insistió Anakin—. Soy muy poderoso en la Fuerza —puede preguntarle a Obi-Wan…

—*Cuando* seas un Jedi —dijo C'baoth firmemente, arrugando la frente levemente mientras posaba sus ojos en Obi-Wan—. ¿Tienes alguna pregunta, Maestro Kenobi?

—Si tiene un momento, sí —dijo Obi-Wan, intentando mantener una voz casual—. Anakin, por qué no vuelves al Reactor Dos y ves si ya están preparados para que les ayudemos con ese puñado de varillas refrigerantes. Estaré allí en pocos minutos.

—De acuerdo —dijo Anakin, arrugando su frente brevemente mientras dejaba la habitación.

—¿Y bien? —preguntó C'baoth, haciendo de la palabra un desafío.

—Tiene a los Padawans del A-Cuatro en las burbujas de armas con el Maestro Ma'Ning ahora mismo, ¿verdad? —preguntó Obi-Wan.

—Sí, así es —dijo C'baoth llanamente—. ¿Hay algún problema con eso?

—Acaba de decirle a Anakin que eso está más allá de las habilidades de un Padawan.

C'baoth sonrió levemente.

—Tranquilízate, Maestro Kenobi —dijo—. Por supuesto que no están participando realmente en la fusión.

—¿Entonces por qué estaban allí?

—Por la misma razón por la que tu Padawan estaba aquí —dijo C'baoth, con un borde de impaciencia apareciendo en su voz—. Para que pudieran hacerse una idea de lo que es una fusión Jedi.

—¿Qué clase de idea podrían hacerse? —preguntó Obi-Wan—. Apenas han empezado su entrenamiento. Difícilmente podrían ver algo más que los otros no Jedi.

—De nuevo, ¿es eso un problema? —preguntó C'baoth.

Obi-Wan tomó aire cuidadosamente.

—Lo es si el atractivo de esas avanzadas técnicas los incita a avanzar demasiado rápido y con mucha impaciencia.

Los ojos de C'baoth se estrecharon.

—Hable con cuidado, Maestro Kenobi —le advirtió—. Esa impaciencia es la marca del Lado Oscuro. No permitiré que me acuses de andar ese camino, ni de guiar a otros por él.

—No le acuso de nada —dijo Obi-Wan rígidamente—. Excepto quizá de tener excesivamente altas expectativas de aquellos bajo su tutela.

C'baoth bufó.

—Mejor expectativas demasiado altas para los Padawans que alcanzar completamente unas tan bajas que nunca necesiten extenderse más allá de lo que ya saben.

—Mejor que sean objetivos altos pero realistas que permitan obtener satisfacción y confianza por alcanzarlos —contestó Obi-Wan.

Abruptamente, C'baoth se levantó.

—No dejaré que diseccionen mi filosofía educativa como si fuese un interesante espécimen biológico —gruñó—. Particularmente no por alguien tan joven como tú.

—La edad no es necesariamente el mejor indicador de conocimiento en la Fuerza —señaló Obi-Wan, luchando por conseguir calma.

—No, pero la experiencia lo *es* —respondió C'baoth—. Cuando hayas entrenado a tantos Jedi como yo, discutiremos esto a fondo. Hasta entonces, creo que tu Padawan te está esperando en el Reactor Dos.

Obi-Wan tomó aire cuidadosamente.

—Muy bien, Maestro C'baoth —dijo—. Hasta entonces.

Salió al pasillo, reuniendo la Fuerza para encontrar la calma. Él realmente no había querido subir a bordo del *Vuelo de Expansión*, a pesar de sus preocupaciones y las de Windu sobre C'baoth. Ni siquiera con la posibilidad de encontrar a Vergere como incentivo extra.

Ahora, en cambio, se alegraba de haber venido. De hecho, cuando llegaran al sistema Roxuli dentro de cuatro días, su parada final en el espacio de la República, podría considerar contactar con Windu y pedirle permiso para que Anakin y él permaneciesen a bordo del *Vuelo de Expansión* durante la duración completa de su misión.

Porque una de las razones de coger sólo bebes en el Templo era que los cogían antes de que pudiesen desarrollar ideas preconcebidas de cómo era la vida Jedi y con qué rapidez podrían alcanzar ciertos objetivos. Si todos los Padawans de C'baoth hubiesen sido sujetos cautelosos como Lorana Jinzler, sería un asunto que probablemente nunca habría considerado.

Pero aunque inexperto, Obi-Wan podría estar entrenando futuros Jedi, ese era un problema del que sabía todo.

Y si la impaciencia se había sentido en los niños viendo la fusión indicaba algo, los Jedi del *Vuelo de Expansión* iban a tener sus manos ocupadas manteniendo a sus nuevos Padawans alejados de forzar impacientemente sus límites, posiblemente justo encima del Lado Oscuro.

De alguna manera, si C'baoth quería escucharle o no, tenía que hacerle llegar ese mensaje. Antes de que fuera demasiado tarde.

Las líneas estelares se despejaron, y un pequeño y distante sol rojo apareció en los ventanales del puente del *Oscura Venganza*.

—¿Y bien? —gruñó Kav.

—Paciencia, Vicelord —aconsejó Doriana, observando al alienígena de piel azul parado al lado del timón, mirando al pequeño dispositivo en su mano. Mitth'raw'nuruodo había dejado al técnico atrás para guiarlos al lugar que el comandante Chiss había especificado. Un momento después el técnico dio un pequeño asentimiento y murmuró unas pocas palabras al droide traductor plateado TC-18 a su lado.

—Dice, «Ya estamos aquí», Vicelord Kav —informó el droide con su voz melódica.

Kav bufó.

—Donde quiera que sea *aquí*.

—Aquí es donde quiera que el Comandante Mitth'raw'nuruodo quiere que estemos —dijo Doriana sin molestarse por ocultar su asco por el otro. Kav había tenido tiempo de sobra para afrontar la destrucción de su fuerza de choque, pero seguía tan enfadado e irritable como siempre.

Y si no vigilaba su lengua o su temperamento, iba a conseguir que los matasen a todos.

—¿Y dónde *está* él? —demandó Kav.

—Dos naves aproximándose —llamó el neimoidiano en los sensores—. Un crucero Chiss y una nave más pequeña.

El técnico Chiss habló de nuevo en el idioma de comercio sy bysti.

—Son el *Halcón Brioso* y una lanzadera de largo alcance —anunció el droide TC remilgadamente—. El Comandante Mitth'raw'nuruodo deseará subir inmediatamente.

—Dile al comandante que su puerta de embarque habitual ha sido preparada para él —dijo Doriana.

Unos minutos después, Mitth'raw'nuruodo atravesaba las puertas blindadas del puente, con un par de guerreros Chiss tras él.

—Bienvenido a bordo, Comandante Mitth'raw'nuruodo —dijo Doriana, levantándose del sofá.

—Gracias —dijo Mitth'raw'nuruodo, sus ojos parpadearon brevemente ante la rígida cara y la postura de Kav—. Aprecio el rápido cumplimiento de mis instrucciones.

—Como le dije antes, deseamos cooperar completamente —le recordó Doriana.

—Excelente —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Deseo que empecéis a descargar vuestros cazas droides.

Kav saltó como si le hubiesen dado una patada.

—¿Qué está diciendo? —respiró, con los ojos saliéndose más de lo habitual.

—Sus cazas droide deben ser transportados a ese asteroide —señaló Mitth'raw'nuruodo por los ventanales hacia una pequeña e irregular media luna de débil luz contra las estrellas—. Después de eso, requeriré los servicios de aquellos que programan sus movimientos de combate.

Kav gorjeó en voz baja, y por una vez Doriana pudo simpatizar con él. La fuerza principal de una nave de combate de la Federación de Comercio radicaba en sus cazas, las baterías cuádruples láser reconstruidas a lo largo de la línea media del anilló hendido eran más una idea de último momento que armamento defensivo serio. Sacar sus cazas dejaría al *Oscura Venganza* tan indefenso como el carguero que una vez había sido.

—Esto es un ultraje —protestó el neimoidiano—. No consentiré que…

—Cállese —le cortó Doriana, mirando a Mitth'raw'nuruodo. O quería que el *Oscura Venganza* quedara indefenso, o—… Tiene un plan para ocuparse del *Vuelo de Expansión*, ¿verdad?

—Tengo un plan —confirmó Mitth'raw'nuruodo—. Que lo lleve a cabo o no depende de si están preparados o no para decirme la verdad.

Un bulto incomodo se formó en la garganta de Doriana.

—Explíquese, por favor.

—Su nombre no es Stratis —dijo Mitth'raw'nuruodo—. No eres tu propio amo, sino que respondes ante otro. Y la amenaza social atribuida a los Jedi no es la razón verdadera de su búsqueda de la destrucción del *Vuelo de Expansión* —alzó las cejas—. Si ciertamente, busca en realidad su destrucción.

—¿Qué otra razón tendríamos para estar aquí? —preguntó Doriana.

—Quizá su intento sea reunirse con él —sugirió Mitth'raw'nuruodo—. Si el *Vuelo de Expansión* está lleno de guerreros en lugar de colonos, juntas sus fuerzas combinadas habrían tenido la potencia de fuego y el personal necesario para lanzar una invasión cabeza de playa efectiva.

—Ya le dije que no estamos aquí para conquistar.

—Sé que me lo dijo —dijo Mitth'raw'nuruodo, sin expresión en la cara—. Ahora debe persuadirme para creerlo.

—Por supuesto —dijo Doriana. Esto iba a ser arriesgado, lo sabía, pero había sospechado desde el principio que Mitth'raw'nuruodo llegaría finalmente a esa conclusión. Era el momento de contarle el resto de la verdad—. Creo que puedo responder a todas sus preguntas a la vez. Si me acompaña, me gustaría presentarle a mi superior —deliberadamente, miró a Kav—. Usted, Vicelord, permanezca aquí.

No esperó a la inevitable protesta de Kav, sino que avanzó por el puente, dirigiendo a Mitth'raw'nuruodo de vuelta a la oficina en la que conferenciaron por primera vez dos días antes. Condujo al Chiss al interior y cerró la puerta. El comandante confiaba por completo en sus habilidades y dedujo claramente que Doriana no era una amenaza para él.

Al menos, no todavía.

El holoproyector especial de Doriana ya estaba conectado al sistema de comunicaciones del *Oscura Venganza*. Tecleando el código de acceso, hizo un gesto a Mitth'raw'nuruodo hacia la silla del escritorio.

—Su primera afirmación es totalmente correcta —comenzó, cruzando los dedos mentalmente porque el enorme transmisor de la nave de combate fuera capaz de enviar una señal de vuelta al sistema de HoloRed de la República—. Mi verdadero nombre es Kinman Doriana, una identidad que me he ocupado de mantener en secreto para la tripulación del Vicelord Kav y otros asociados.

—¿Interpreta mutuamente papeles opuestos, entonces?

Doriana se sobresaltó.

—¿Cómo lo sabe?

—Era obvio —dijo Mitth'raw'nuruodo—. ¿Quiénes son sus dos amos?

—Mi amo público y oficial es el Canciller Supremo Palpatine, la cabeza del gobierno de la República —dijo Doriana, las palabras resonaban extrañamente en sus oídos. Difícilmente se atrevía si quiera a pensar tales cosas en la privacidad de su mente. Decirlo en alto, y a un alienígena desconocido, era virtualmente inimaginable—. Mi verdadero Amo es un Lord Sith llamado Darth Sidious.

—¿Un Lord Sith es…?

—Un ser que se opone a los Jedi y a su control sobre la República —explicó Doriana.

—Ah —dijo Mitth'raw'nuruodo, con una leve sonrisa en las comisuras de su boca—. Una lucha de poder.

—En cierto sentido —concedió Doriana—. Pero en un plano muy diferente del que ocupamos seres como usted o yo. Lo que es importante ahora mismo es que Lord Sidious tiene acceso a fuentes de información que no tienen los Jedi.

—¿Y qué le dicen esas fuentes?

Doriana se preparó.

—Hay una invasión inminente —dijo—. Una fuerza masiva de asalto de naves oscuras, figuras sombrías y armas de gran poder, basadas en tecnología orgánica de una clase que nunca hemos visto antes. Creemos que estos Extranjeros Lejanos, como los llamamos, ya tienen un punto de apoyo en el borde alejado de la galaxia, e incluso ahora tienen patrullas de exploración buscando información sobre mundos y pueblos que conquistar.

—Historias de misteriosos invasores son a la vez convenientes y difíciles de desmentir —señaló Mitth'raw'nuruodo—. ¿Por qué me dice esto sólo ahora?

Doriana asintió hacia la puerta.

—Porque el Vicelord Kav, y sus asociados no lo sabe —dijo—. Así como tampoco nadie más en la República. No aún.

—¿Cuándo se lo dirá Darth Sidious?

—Cuando haya transformado el caos de la República en orden —dijo Doriana—. Cuando construyamos un ejército y una flota capaz de ocuparse de la amenaza. Anunciarlo antes no haría más que crear pánico y dejarnos expuestos al desastre.

—¿Cómo encaja el *Vuelo de Expansión* en todo esto?

—Como he dicho, creemos que los Extranjeros Lejanos actualmente siguen reuniendo información —dijo Doriana—. Hasta ahora, no hay indicios de que sepan nada sobre la República —sintió tensarse su garganta—. En realidad, eso no es completamente cierto —se corrigió a sí mismo con desagrado—. Uno de los Jedi, un ser llamada Vergere, desapareció en esa región hace algún tiempo. De hecho esa es una de las agendas privadas del *Vuelo de Expansión*: intentar descubrir que le ha ocurrido.

—Ya veo —dijo Mitth'raw'nuruodo asintiendo lentamente—. Y mientras un sólo prisionero sólo puede aportar pistas de su origen, toda una nave llena de ellos puede aportar todo lo que sea necesario para una invasión exitosa.

—Exactamente —dijo Doriana—. Por no mencionar todos los archivos y tecnología que podrían examinar. Si el *Vuelo de Expansión* se tropieza con su cabeza de playa, podríamos encontrarnos frente a un ataque mucho antes de que estemos preparados.

—¿Y los Jedi no entienden esto?

—Los Jedi piensan en sí mismos como los amos de la galaxia —dijo Doriana amargamente—. Especialmente el Maestro Jedi supremo a bordo del *Vuelo de*

Expansión, Jorus C'baoth. Incluso si supiera algo sobre los Extranjeros Lejanos, dudo que supusiese alguna diferencia para él.

Sobre el holoproyector, la familiar figura encapuchada se hizo visible. En holograma estaba un poco más rasgado de lo normal, notó Doriana, pero la propia conexión parecía más sólida de lo que había temido que sería. Sidious estaba evidentemente en algún lugar más cercano que sus lugares habituales de Coruscant.

—Informe —ordenó el Lord Sith. Sus ocultos ojos parecieron captar la imagen de Mitth'raw'nuruodo, y las caídas comisuras de su boca cayeron un poco más—. ¿Quién es ese? —demandó.

—Este es el Comandante Mitth'raw'nuruodo de la Flota Expansionista de Defensa Chiss, Lord Sidious —dijo Doriana, colocándose detrás de Mitth'raw'nuruodo para que éste estuviera a la vista—. Me temo que hemos tenido un leve contratiempo en nuestra misión.

—No deseo oír sobre contratiempos, Maestro Doriana —dijo el Lord Sith, su voz arenosa tomó un tono amenazante.

—Sí, mi señor —dijo Doriana, intentando permanecer en calma. Incluso a cientos de años luz, podía sentir prácticamente el agarre de Fuerza de Sidious colocado contra su garganta—. Permítame explicarle.

Le hizo un resumen a Sidious de la batalla unilateral con los Chiss. En algún momento de la explicación, la cara de Sidious pasó de mirarle a él para mirar a Mitth'raw'nuruodo.

—Impresionante —dijo cuando Doriana terminó—. ¿Y sólo una de vuestras naves sobrevive?

Doriana asintió.

—Y sólo porque el Comandante Mitth'raw'nuruodo eligió dejarla intacta.

—Más impresionante —dijo Sidious—. Dígame, Comandante Mitth'raw'nuruodo, ¿es usted típico en su especie?

—No tengo manera de responder esa cuestión, Lord Sidious —dijo Mitth'raw'nuruodo con calma—. Sólo puedo señalar que soy el más joven de mi gente que alguna vez ocupó la posición de Comandante de Fuerza.

—Puedo ver por qué —dijo Sidious, una leve sonrisa iluminó por fin algo de su amenazante oscuridad—. ¿Entiendo por su presencia aquí que Doriana le ha explicado la necesidad de detener al *Vuelo de Expansión* antes de que vaya más allá de «nuestro territorio»?

—Lo ha hecho —confirmó Mitth'raw'nuruodo—. ¿Tiene alguna prueba de esta inminente amenaza alienígena?

—Tengo informes —dijo Sidious. Si fue insultado porque Mitth'raw'nuruodo cuestionase su palabra, no lo mostró—. Doriana se los detallará si desea. Asumiendo que esté convencido, ¿cuál sería su respuesta?

Los ojos de Mitth'raw'nuruodo se fijaron brevemente en Doriana.

—Asumiendo que esté convencido, estaría de acuerdo con la petición de Doriana de interceptar y detener al *Vuelo de Expansión*.

—Excelente —dijo Sidious—. Pero tenga cuidado. Los Jedi no aceptarán la derrota a la ligera, y tienen el poder de atravesar grandes distancias para tocar y manipular la mente de los otros. No puede permitir que sepan de su ataque antes de que se efectúe.

—Lo entiendo —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Dígame: ¿Esta habilidad de tocar las mentes de otros también funciona en la dirección opuesta? Si yo, por ejemplo, estoy suficientemente impresionado con la necesidad de que vuelvan a casa, ¿influiría mi urgencia en sus pensamientos y decisiones?

—Ellos ciertamente sentirían su urgencia —dijo Sidious, las comisuras de su boca cayeron de nuevo—. Pero no espere que actúen sobre eso. El Maestro C'baoth no regresará bajo ninguna circunstancia a la República. Incluso ofrecerle esa posibilidad le privaría de su única oportunidad de un ataque sorpresa.

—Quizá —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Sin embargo para aquellos que pueden tocar la mente de otros el concepto de sorpresa puede ser limitado en el mejor de los casos.

—Por eso Doriana propuso usar cazas droide como el empuje principal de su ataque —señaló Sidious—. Aun así, todo poder conlleva una debilidad. En medio de la confusión de miles de mentes a bordo del *Vuelo de Expansión*, incluso la sensibilidad Jedi se verá entorpecida. Y una vez que esas mismas personas empiecen a morir en la batalla… —su labio se contrajo—, esa desventaja aumentará todo lo posible.

—Entiendo —dijo de nuevo Mitth'raw'nuruodo—. Gracias por su tiempo, Lord Sidious.

—Estoy deseando escuchar el informe de su victoria —dijo Sidious, inclinando su cabeza. Le dedicó una mirada final a Doriana, y con un parpadeo la imagen desapareció.

Durante un largo momento Mitth'raw'nuruodo permaneció sentado sin hablar, sus brillantes ojos relucían pensativamente.

—Necesito una completa lectura técnica del *Vuelo de Expansión* y de sus Acorazados constituyentes —dijo por fin—. Confío en que tenga información actual.

—Actualizada e incluyendo incluso la lista final de pasajeros —le aseguró Doriana—. Ahora que conoce el poder de los Jedi contra artilleros vivos, ¿debería cancelar su orden de descargar nuestros cazas droide?

—Por supuesto que no —dijo Mitth'raw'nuruodo, sonando suavemente sorprendido—. Y espero que la descarga esté completa al final del día. También necesitaré que dos de sus droidekas y cuatro de sus droides de combate sean empaquetados y cargados a bordo de mi lanzadera de largo alcance para transportarlos a mi base. Supongo que seis droides pueden ser controlados por algo más portátil que el ordenador de esa nave, ¿verdad?

—Sí, hay sistemas de localización en datapads que pueden manejar hasta doscientos droides cada uno —dijo Doriana, reprimiendo una mueca. Kav estaba bastante enfadado con él por entregar sus cazas para que los Chiss los recogieran. No iba a estar nada contento por perder sus droides de combate—. Empaquetaré uno con los droidekas.

—Bien —dijo Mitth’raw’nuruodo—. Entiendo que sólo los droidekas vienen con esos escudos de fuerza incorporados.

—Correcto —dijo Doriana—. Pero si está pensando adaptar los escudos para el uso de sus guerreros, le advierto que no lo haga. Hay un alto cociente de densa radiación involucrado, además de campos magnéticos altamente cambiantes que se vuelven bastante desagradables para los seres vivos.

—Gracias por su preocupación —dijo Mitth’raw’nuruodo, inclinando su cabeza levemente—. Sin embargo, de alguna manera estamos familiarizados con tales dispositivos, aunque generalmente se usan con polaridad inversa.

—¿Polaridad inversa? —Doriana frunció el ceño—. ¿Quiere decir con el campo deflector hacia *adentro*?

—Se usan como trampas para intrusos —explicó Mitth’raw’nuruodo—. Muchos ladrones incautos se incineran a sí mismos cuando intentan disparar a un guardia o al dueño de la casa desde el interior.

Doriana se estremeció.

—Ah.

—Pero como dijo, resultaron ser demasiado peligrosos para los transeúntes y los inocentes que fueron atrapados accidentalmente —continuó el comandante—. Su uso se interrumpió hace muchas décadas —se levantó—. Debo marcharme ahora. Regresaré más tarde para confirmar que mis órdenes se han llevado a cabo.

19

—Catorce naves —declaró la Almirante Ar'alani, sus brillantes ojos barrían el campo de restos que se extendía ante ellos—. Posiblemente trece, si las dos secciones de escombros a la derecha formaron parte de una sola nave que se partió antes de explotar.

—¿Ese es el número correcto, Car'das? —preguntó Thrass.

—Sí, eso suena acertado —estuvo de acuerdo Car'das, sus músculos se relajaron uno poco con alivio. La decimoquinta nave, la nave de combate intacta de la Federación de Comercio, no estaba a la vista. Sólo esperaba que hubiese sido Thrawn el que la había movido, y que no hubiera logrado escapar por sí misma—. Por supuesto, yo sólo era un observador —les recordó—. No tuve acceso a la información de los sensores.

—Además había un número considerable de esos —continuó Ar'alani, señalando las secciones chamuscadas de dos cazas droides que pasaron flotando ante el parabrisas del puente—. Demasiado pequeños para ser pilotados.

—Son dispositivos mecánicos llamados droides —dijo Car'das—. Esos en particular se llaman cazas droide.

Thrass gruñó.

—Si el campo de batalla es indicativo de sus habilidades de combate, diría que tienen el nombre equivocado.

—No se engañe con las habilidades de combate de su hermano, Síndico Mitth'ras'safis —advirtió Ar'alani—. Si estos droides fuesen tan inútiles como supone, nadie gastaría el tiempo ni el esfuerzo construyéndolos.

—He visto informes de ellos en combate —confirmó Car'das—. Contra la mayoría de oponentes, son considerablemente formidables.

—Aun así no veo evidencia de que esas armas o de sus dueños atacaran primero —señaló Ar'alani.

—Yo sólo puedo repetir lo que dije antes, Almirante —le dijo Car'das—. El mero acto de lanzar los cazas era un claro acto de agresión. El Comandante Mitth'raw'nuruodo respondió de la única manera que pudo para proteger sus fuerzas.

—Quizá —dijo Ar'alani—. Eso lo decidirá un tribunal militar.

Car'das sintió encogerse su estómago.

—¿Va a presentar cargos contra él?

—Eso también lo decidirá el tribunal —dijo Thrass—. Pero primero necesitamos examinar las grabaciones de la batalla y entrevistar a los guerreros que estuvieron presentes.

—En esta batalla así como en el anterior asalto contra los Vagaari —añadió Ar'alani.

—Entiendo —dijo Car'das, con el corazón latiéndole un poco más rápido. Aquí estaba la oportunidad que había estado buscando—. Hablando de los Vagaari, mis compañeros y yo esperábamos poder resolver la cuestión del tesoro que se nos prometió cuanto antes para que podamos ponernos en camino.

Las cejas de Ar'alani se arquearon.

—Ahora, de repente, ¿tenéis prisa por volver a casa?

—Somos comerciantes —le recordó Car'das—. Este ha sido un viaje interesante y productivo, pero la carga que llevamos tiene gran retraso en la entrega.

—Una carga que os gustaría incrementar con un saqueo pirata robado.

—Sí, pero sólo porque nuestros clientes exigen penalizaciones por retrasos en la entrega —explicó Car'das—. No hay manera de que las paguemos sin los objetos que el Capitán Qennto solicitó.

—Deberíais haberlo pensado antes de decidir quedaros —dijo Thrass—. En cualquier caso, el asunto del tesoro tendrá que esperar hasta que el tribunal haya tomado su decisión. Si se encuentra que mi hermano ha violado la doctrina militar Chiss, no tendrá la oportunidad de interferir por vosotros en el asunto.

—Entiendo —dijo Car'das pesadamente—. ¿Cuánto suele durar esta audición?

—Eso depende de lo rápido que pueda reunir los detalles de las dos batallas —dijo Ar'alani—. Una vez que lo haya hecho, solicitaré que un tribunal se reúna.

Semanas, en otras palabras. Posiblemente incluso meses.

—¿Y cuál será la posición del Comandante Mitth'raw'nuruodo hasta entonces?

—Yo supervisaré sus operaciones e inspeccionaré todas sus órdenes —dijo Ar'alani. Inclinó la cabeza imperceptiblemente hacia Thrass—. A petición del Síndico Mitth'ras'safis.

Car'das miró a Thrass, con un hormigueo en su coronilla. De nuevo, el análisis de Thrawn había resultado ser correcto.

—¿Le ha hecho esto a su propio hermano?

Los músculos en las mejillas de Thrass se tensaron, pero fue Ar'alani la que respondió.

—Ni el Síndico Mitth'ras'safis ni yo somos incompasivos con el Comandante Mitth'raw'nuruodo —dijo llanamente—. Sólo deseamos protegerle de sus propios excesos de entusiasmo y habilidad.

—¿De su exceso de habilidad? —bufó Car'das—. *Eso* es nuevo.

—Es un comandante y un táctico agraciado —dijo Ar'alani—. Pero sin las restricciones adecuadas finalmente iría demasiado lejos y acabaría sus días en el exilio. ¿Qué bien le harían esos dones a nadie?

—Y mientras tanto, ¿los Vagaari están libres para destruir y matar?

Ar'alani miró hacia otro lado.

—Las vidas de otros seres no son nuestras para interferir con ellas, para bien o para mal —dijo—. No podemos confiar ni confiaremos en cualquier sentimiento de compasión que podamos tener por las víctimas de la tiranía.

—Entonces confíen en Mitth'raw'nuruodo —apremió Car'das—. Ambos están de acuerdo con que es un táctico superdotado; y él está convencido de que los Vagaari son una amenaza con la que finalmente tendrán que enfrentarse. Cuando más esperen, más tecnología y armamento alienígena les dejaran robar, más fuertes serán.

—Entonces nos enfrentaremos a eso —dijo Thrass firmemente—. Y como Síndico de la Octava Familia Regente no puedo escuchar nada más de esto —señaló con un dedo a la masacre del exterior del ventanal—. Ahora. Describe esta batalla para nosotros.

Había pasado media hora desde el cambio de turno, y la sala común número tres del A-4 estaba abarrotada mientras Lorana entraba en ella. Apartándose con un paso largo de la entrada y de la gente que entraba y salía, buscó entre la multitud al Maestro Jedi Ma'Ning.

Pero no lo encontró en ninguna parte. Dándole un último vistazo a la sala, empezó a girarse hacia la puerta.

—¡Hey! —La llamó la voz de un niño sobre el zumbido de la conversación de fondo—. ¡Hey! ¡Jedi Lorana!

Era Jorad Pressor, agitando su tenedor por encima de su cabeza para atraer su atención. Sus padres, al contrario, tenían sus ojos firmemente clavados en sus platos mientras continuaban comiendo. Ignorándola deliberadamente y no era difícil suponer por qué. Dos días antes el Maestro Ma'Ning había tomado el control de la bahía de mantenimiento del hipermotor de Pressor para enseñársela a algunos jóvenes candidatos Jedi, y uno de los niños se las había apañado para vaciar un envase de acoplamientos inversos por todo el suelo. Pressor había tenido unas palabras con Ma'Ning sobre eso, hasta el punto donde C'baoth había intervenido y la había descontado a Pressor dos días de paga.

Sería mejor si les dejaba solos hasta que se recuperasen, decidió Lorana. Agitando su mano y sonriéndole a Jorad, se giró para marcharse.

Y casi se chocó con Chas Uliar cuando él entraba en la sala común.

—Visitando los barrios bajos, ¿verdad? —preguntó él, sin intentar ocultar su frialdad.

—Estoy buscando al Maestro Ma'Ning —dijo ella, determinada a no responder igual a su abierta animosidad. C'baoth había querido enviar a Uliar al calabozo del A-4 por su intento de entrar a la fuerza en la escuela Jedi algunos días atrás, y sólo con enorme tacto y diplomacia el Capitán Pakmillu había conseguido disuadirle—. ¿Le has visto?

—Oh, él nunca viene aquí —dijo Uliar—. Los oficiales y otra gente importante comen en una de las salas comunes más *agradables*.

Los ojos de Lorana echaron un rápido vistazo a la sala, centrándose esta vez en la decoración. A ella le parecía adecuada.

—Oh, estoy seguro de que esta es como las que tenéis en el A-Uno —siguió Uliar—. Pero podía haber sido mucho más interesante si vosotros los Jedi tuvieseis un centímetro cúbico de estilo y creatividad entre vosotros.

—¿Qué tiene que ver nuestro estilo o creatividad con esto? —preguntó Lorana.

Durante un momento, los ojos de Uliar examinaron su cara como si buscaran una mentira. Después sus labios se contrajeron.

—Supongo que realmente *no* lo sabes —dijo a regañadientes—. Queríamos decorar esta habitación como uno de los niveles inferiores de Coruscant —ya sabes, de la clase de uno de mala fama cerca de la superficie. Los compañeros situados más adelante ya habían decorado sus salas comunes con estilos temáticos.

—¿Y?

—Y tu duro-como-el-permacreto Maestro Ma'Ning no nos dejó —dijo Uliar ásperamente—. Alguna tontería sobre bajas culturas promoviendo actitudes rebeldes.

Lorana se estremeció. Ahora que lo mencionaba, ella *había* escuchado algo sobre este debate. Aunque no había tenido mucho sentido para ella.

—Déjame hablar con él —se ofreció—. Quizá pueda convencerle para que cambien de idea. ¿Alguna idea de dónde puede estar?

—Podrías probar en la sala de reuniones de los oficiales superiores —dijo Uliar, y ella pudo sentir una pequeña grieta en su animosidad—. He oído que pasa mucho tiempo allí cuando no la usan.

—Gracias —dijo Lorana—. Regresaré para contarte lo de la decoración.

Encontró a Ma'Ning solo en la sala de reuniones, sentado en una de las sillas mientras miraba por el pequeño ventanal hacia el cielo hiperespacial que pasaba flotando.

—¿Maestro Ma'Ning? —le llamó con indecisión mientras la puerta se cerraba detrás de ella.

—Jedi Jinzler —dijo sin girarse—. ¿Qué te trae al A-Cuatro?

—No respondía a su comunicador —dijo—. El Maestro C'baoth me pidió que viniera a buscarle.

—Estaba meditando —le explicó—. Siempre apago mi comunicador en esos momentos.

—Ya veo —dijo Lorana, estudiándole detenidamente mientras se colocaba a su lado. Su cara y su actitud parecían extrañamente tensas—. ¿Está bien?

—No estoy seguro —dijo—. Dime, ¿qué piensas sobre lo que el Maestro C'baoth está haciendo?

La pregunta le pilló por sorpresa. ¿A qué se refiere?

—¿Sabes que ha suspendido la autoridad del Tribunal del Comandante para mediar en las ofensas?

—No, no lo sabía —dijo ella—. ¿Qué sistema ha planeado usar en su lugar?

—Nosotros —dijo Ma'Ning—. Hasta donde puedo imaginar, esencialmente quiere que nos encarguemos de supervisar cada aspecto de la vida a bordo del *Vuelo de Expansión*.

—¿Como la manera en la que la gente decora sus salas comunes?

Ma'Ning hizo una mueca.

—Has estado hablando con Chas Uliar y su comité.

—Hablé con Uliar —le confirmó Lorana frunciendo el ceño—. No sabía que tuviese un comité.

—Oh, es sólo un grupo de gente que no les gusta que otros les digan lo que tienen que hacer —dijo Ma'Ning, moviendo la mano desechando la idea—. La mayoría son técnicos del complejo de reactor y gente de soporte. La mayoría de sus quejas son triviales, como todo esto de las salas comunes.

—Con el debido respeto, Maestro Ma'Ning, para nosotros incluso involucrarse en la decoración del *Vuelo de Expansión* nos parece un poco ridículo —le dijo Lorana.

—No me lo digas a mí —admitió Ma'Ning—. Pero el Maestro C'baoth fue inflexible —dijo que la idea de decorar el lugar como una guarida de criminales promovería actitudes antisociales que no podemos permitirnos en una comunidad tan unida. El hecho es que estoy sintiendo un resentimiento creciente hacia nosotros de la gente en general. Estoy preocupado por que el Maestro C'baoth pueda estar llevando sus así llamadas reformas demasiado lejos.

—Aun así es difícil argumentar con su premisa básica —dijo Lorana, sintiéndose claramente incómoda por hablar sobre C'baoth a sus espaldas de esta manera—. La gente en conexión con la Fuerza *debería* ser más capaz de repartir justicia y mantener la integridad que aquellos que no lo están. Pero también es difícil ver qué tiene que ver eso con cómo decore la gente sus propias salas comunes.

—Exacto —estuvo de acuerdo Ma'Ning—. Pero parece que no puedo hacerle ver esa distinción. ¿Crees que podrías hacerle entender?

Lorana hizo una mueca. Primero Uliar le había pedido que hablara con Ma'Ning, y ahora Ma'Ning le estaba pidiendo que hablase con C'baoth. ¿La había declarado alguien mediadora oficial de la Orden Jedi cuando no estaba mirando?

—Dudo que me preste más atención a mí que a usted —le advirtió—. Pero puedo intentarlo.

—Eso es todo lo que pido —dijo Ma'Ning, sonando aliviado—. Y no te infravalores. Hay un lazo especial entre Maestro y Padawan, un lazo que puede ser más profundo que cualquier otra relación. Puedes ser la única persona a bordo del *Vuelo de Expansión* a la que escuchara.

—No estoy segura de eso —dijo—. Pero haré lo que pueda.

—Gracias —dijo Ma'Ning—. ¿Dijiste que el Maestro C'baoth está intentando contactar conmigo?

Lorana asintió.

—Quería que todos los Maestros Jedi se reunieran esta noche a las ocho en la sala de reuniones de los oficiales superiores del A-Uno.

—Más reformas, sin duda —gruño Ma'Ning mientras se levantaba—. Habla pronto con él, ¿de acuerdo?

—Si consigo que vaya más lento lo suficiente —dijo Lorana—. Mientras tanto, ¿qué le digo a Uliar?

Ma'Ning suspiró.

—Dile que pensaré sobre ello. Tal vez el Maestro C'baoth esté finalmente tan saturado con tantos otros asuntos que no se dé cuenta de cómo está decorado el *Vuelo de Expansión*.

Lorana miró hacia el cielo hiperespacial.

—De alguna manera, no lo creo.

Ma'Ning agitó su cabeza con fuerza.

—No, yo tampoco.

Había sido un día largo y agotador, pero el último grupo de cazas droide finalmente había sido descargado y desplegado a través del paisaje accidentado del asteroide. Ahora, su rugiente estómago le recordó a Doriana lo tarde que era, se dirigió hacia el comedor de Oficiales Superiores del *Oscura Venganza* para conseguir algo de comer.

Kav ya estaba allí, sentado solo en una da las mesas del rincón, su expresión desafiaba a cualquiera a interrumpirle. Doriana pilló el mensaje y dirigió al droide de servicio hacia una de las mesas en el lado opuesto de la sala. El vicelord había estado de un humor atronador todo el día, lo que era casi divertido en una especie tan cobarde como los neimoidianos. Pero nadie más a bordo había osado reírse, y Doriana no iba a intentarlo tampoco. Incluso los cobardes podían ser empujados demasiado lejos.

Estaba a la mitad de su cena cuando Kav se puso en pie repentinamente y atravesó la habitación.

—Este Mitthrawdo —dijo sin preámbulos mientras se sentaba en frente de Doriana—. Cree que es un genio, ¿verdad?

—Le considero un comandante y táctico militar altamente efectivo —dijo Doriana mirando al otro. ¿De dónde había venido *esto*?—. No puedo asegurar sus habilidades en el arte o la filosofía.

—Muy divertido —gruñó Kav—. Pero él ni siquiera es un buen táctico. Él es, en cambio, un tonto —sacando un datapad del interior de sus ropas, lo puso en la mesa frente a Doriana—. Mire la reprogramación que ha ordenado para mis cazas.

Doriana miró a la pantalla del datapad, cubierta con símbolos de lenguaje droide.

—No leo técnico —dijo—. ¿Qué tal si me lo dice en básico?

Kav bufó despectivamente.

—Ha programado los cazas para ataques de aproximación cercana.

Doriana frunció el ceño mirando el datapad.

—¿Cómo de cerca?

—Creo que el termino es rozando el casco —dijo Kav, golpeando la pantalla—. El jefe programador me ha informado que el ataque ha sido fijado a no más de cinco metros sobre el casco.

Doriana se rascó la mejilla pensativamente. Tácticamente, tenía sentido colarse tan cerca de las naves de un enemigo. Eso colocaba al atacante dentro de los puntos

defensivos del armamento del defensor, así como permitía la clase de puntería que facilitaría la destrucción eficiente de equipo vulnerable y de las líneas de conexión de las planchas del casco.

Lo malo, por supuesto, es que era enormemente difícil introducirse en esos puntos defensivos en primer lugar.

—Supongo que nadie pensó mencionarle que los Acorazados estarán dotados de sistemas muy buenos de puntos defensivos.

—Los programadores no pensaron que estuvieran en posición de discutir con él.

—¿Y usted tampoco?

—¿Yo? —Kav fingía inocencia—. Usted, entre todos, debería saber mejor que nadie que no se cuestionan las órdenes de un genio militar.

Doriana respiró profundamente.

—Vicelord, le sugiero contundentemente que recuerde nuestro objetivo final aquí. Nos han envidado a destruir el *Vuelo de Expansión*. Sin la ayuda de Mitth'raw'nuruodo, no tenemos ninguna oportunidad de hacerlo.

—Aun así un ser de su genialidad es ciertamente capaz de entender lecturas técnicas —dijo Kav blandamente—. Tal vez su plan sea lanzar nuestros cazas contra el *Vuelo de Expansión* en un asombroso despliegue de metal desintegrándose que asustará al Capitán Pakmillu hasta la sumisión.

Doriana dejó que su mirada se endureciera, completamente disgustado por esta patética excusa de un comandante militar.

—Así que lo único que le preocupa es su orgullo —dijo—. Ni siquiera le preocupa si Darth Sidious nos ejecuta a ambos mientras pueda encontrar algún pequeño punto en el que pueda sentirse superior a Mitth'raw'nuruodo.

—Cálmese —dijo Kav, reacomodándose confortablemente en su silla—. No hay razón por la que mi orgullo y mi victoria no puedan coexistir.

—Explíquese.

—No le he dicho a Mitthrawdo el fallo de su plan —dijo el Vicelord con rencorosa satisfacción—. Pero le he dado instrucciones al jefe programador para que cree un segundo patrón de ataque para los cazas, el cual ha sido cubierto por el patrón primario de Mitthrawdo. Una vez que haya gastado la primera oleada en su estúpido ataque de aproximación cercana, tomaré el mando y seguiré una línea de ataque más efectiva.

Doriana consideró la idea. Eso probablemente funcionaría, decidió.

—Aun así nos deja sin una oleada completa de atacantes —le recordó a Kav—. Sin mencionar el elemento sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —Se mofó Kav—. Tan pronto como vean el *Oscura Venganza* se prepararán para los cazas droide.

Doriana presionó las puntas de sus dedos. Seguramente incluso un vicelord neimoidiano no podía ser *así* de torpe.

—Supongo que no se le ha ocurrido que Mitth'raw'nuruodo podría haber descargado los cazas precisamente porque no pretende dejar que el Capitán Pakmillu vea al *Oscura*

Venganza —sugirió—. Que, de hecho, no pretende que el *Oscura Venganza* participe en absoluto en la batalla.

Aparentemente, *no* se le había ocurrido a Kav.

—Eso es ridículo —protestó ensanchando los ojos—. Ningún comandante militar rechazaría tener una nave de combate de tanto poder en su flota.

—¿Excepto quizá un comandante que ya ha visto lo fácil que puede ser destruida? —Doriana no pudo resistirse a preguntar.

El cuerpo entero de Kav se puso rígido.

—Percibo que ha caído bajo el hechizo de Mitthrawdo, Comandante —dijo llanamente—. Pero no se deje engañar por sus maneras instruidas y su voz cultivada. Sigue siendo un salvaje primitivo… y no importa el resultado, al final tendrá que morir.

Doriana suspiró. Desafortunadamente, él ya había llegado a la misma conclusión. Mitth'raw'nuruodo había entrado en contacto con Car'das y sus compañeros de a bordo, y él podría fácilmente volver a tocar el borde de la República. Hasta que todos los testigos de la traición de Darth Sidious al *Vuelo de Expansión* no hubiesen sido silenciados, la misión no estaría completada.

—No obstante, por el momento seguimos necesitándole vivo —dijo—. ¿Cómo se las ha arreglado para que manejemos este segundo nivel de la programación?

—Tendré un control de relevo —dijo Kav—. Una vez que el fracaso de Mitthrawdo sea evidente, tendré los cazas de nuevo bajo mi control, y completaré nuestra misión —irguió su cabeza—. A menos que tenga más objeciones.

Doriana sacudió la cabeza.

—Aunque tendremos que asegurarnos de estar en su puente cuando la batalla comience.

—Eso se lo dejo a usted —dijo Kav—. Él también es un tonto en otras áreas. ¿Sabía que ha cogido veinte de mis cazas y los ha unido de dos en dos con un depósito de combustible de repuesto entre ellos?

—¿Qué bien hará eso? —Preguntó Doriana frunciendo el ceño—. Esos cazas funcionan con cargas de combustible sólido.

—Imagino que se ha inspirado en el diseño del *Vuelo de Expansión* —dijo Kav despectivamente—. Probablemente lamente que sus tanques sean demasiado pequeños para unir seis cazas a su alrededor.

—¿Está seguro que son tanques de *combustible*?

—¿Qué más podrían ser? —contestó Kav, levantándose—. Que tenga una tarde agradable, Comandante.

El neimoidiano se marchó, y Doriana volvió a su comida. De alguna manera, la comida no le sabía tan buena como cinco minutos antes.

—Allí —dijo el Capitán Pakmillu, señalando con una mano aleta al planeta visible a través de los ventanales del puente del A-1—. Roxuli, nuestra última parada en el espacio conocido. A partir de este punto, entramos en territorio nunca visto antes a lo largo de todas las edades de viaje estelar de la República.

—Es de hecho un momento histórico —estuvo de acuerdo Obi-Wan—. Con su permiso, Capitán, me gustaría enviar una señal a Coruscant a través de la conexión de la HoloRed de Roxuli.

—Claro —dijo Pakmulli señalando hacia popa—. La sala segura de comunicaciones estará a tu disposición tan pronto como nuestro invitado termine.

Obi-Wan frunció el ceño. Menos de una hora desde que el *Vuelo de Expansión* había entrado en órbita, ¿y ya tenían un invitado?

—¿Uno de los oficiales locales?

—Difícilmente —dijo Pakmillu secamente, sus ojos moviéndose hacia las puertas blindadas de popa—. Ah.

Obi-Wan se giró, y se quedó con la boca abierta. Nada de un oficial local. Su visitante no era otro que el mismo Canciller Supremo Palpatine.

—Maestro Kenobi —le llamó Palpatine mientras cruzaba el puente hacia ellos—. Justo el hombre que necesito.

—Es un honor inesperado, Canciller Palpatine —dijo Obi-Wan, intentando encontrar la voz—. ¿Puedo preguntarle que le trae por este borde de la República?

—Lo mismo que nos mueve a todos nosotros a través de las estrellas estos días —replicó Palpatine con una lívida sonrisa—. La política, por supuesto. En este caso, problemas entre el gobierno central de Roxuli y las colonias mineras de los asteroides del sistema.

—Debe ser serio si ha venido personalmente —comentó Obi-Wan.

—Realmente, no me quieren en absoluto —dijo Palpatine secamente—. Todo lo que quieren de mi es que les consiga los servicios del héroe de las negociaciones de Barlok, el mismo Maestro Jorus C'baoth.

Obi-Wan miró a Pakmillu.

—No estoy seguro de que el Maestro C'baoth esté interesado en el trabajo —le advirtió a Palpatine.

—De hecho, no lo está —le confirmó el Canciller Supremo—. Ya he hablado con él, y se niega rotundamente a dejar el *Vuelo de Expansión*.

—Podríamos retrasar nuestra partida hasta que las negociaciones hayan acabado —ofreció Pakmillu—. No hay razón por la que no podamos pasar algunos días aquí.

—No, ya le he sugerido ese opción —dijo Palpatine sacudiendo la cabeza—. Él no cambiará el itinerario del *Vuelo de Expansión*. Ni lo dejara para eso —miró de nuevo a Obi-Wan—. Pero *hay* otra alternativa. Tal vez usted estaría dispuesto a mediar en su lugar.

Obi-Wan parpadeó sorprendido.

—Con el debido respeto, Canciller Palpatine, no creo que esa sustitución les satisfaga.

—Al contrario —dijo Palpatine—. Acabo de hablar con ellos, y estarían muy contentos si les prestase su asistencia —sonrió de nuevo—. Después de todo, hubo otros héroes en Barlok además del Maestro C'baoth.

Obi-Wan hizo una mueca. Bajo otras circunstancias, habría estado muy contento de ayudar. Pero con todo lo que estaba ocurriendo a bordo del *Vuelo de Expansión*, había decidido pedirle al Consejo permiso para prolongar su viaje. Ahora, de repente esa decisión estaba siendo suprimida para él.

Porque si C'baoth no estaba dispuesto a posponer la partida del *Vuelo de Expansión* para sí mismo, ciertamente no lo haría para Obi-Wan. Si él y Anakin se iban ahora, no podrían volver a bordo.

—¿Cómo de serio es el problema? —preguntó.

—Suficientemente serio —dijo Palpatine, las líneas de su cara se hicieron más profundas cuando su pequeño intento de levedad desapareció—. Si la violencia estalla, cargamentos vitales de minerales para la mitad de los sistemas en este sector se suprimirán. Dependiendo del daño que reciban las minas, la escasez podría durar años.

—Tengo que consultarlo con el Consejo —señaló Obi-Wan.

—Con el tiempo volviéndose crítico, ya me he tomado la libertad de hacerlo —dijo Palpatine—. El Maestro Yoda ha dado su permiso para que abandone el *Vuelo de Expansión* aquí, en lugar de continuar.

Y aunque estaba suavizada en términos de permiso, Obi-Wan todavía conocía una orden cuando la oía.

—Muy bien —dijo con un suspiro—. Supongo que llevaré a mi Padawan también.

—Difícilmente podría dejarle ir hasta la siguiente galaxia sin usted —estuvo de acuerdo Palpatine, las líneas se alisaron un poco, y Obi-Wan pudo sentir su alivio—. Os llevaré a los dos en mi nave. Después de eso, me temo que debo regresar a Coruscant, pero dejaré a uno de mis guardias y su nave escolta para traeros de vuelta cuando hayáis terminado.

—Gracias —dijo Obi-Wan, preguntándose brevemente si él y Anakin deberían tomar en su lugar el Delta-12 Skysprite que Windu había dispuesto para ellos en el hangar del A-3. Pero llevaría tiempo activarlo y prepararlo, y el tiempo aquí parecía ser esencial. Además, un nave escolta de Palpatine sería indudablemente más espaciosa y confortable, incluso si eso significaba colocarlos con uno de esos hombres serios que Palpatine siempre parecía contratar como sus guardias estos días—. Le diré a Anakin que comience a empacar. Estaremos listos en una hora.

—Gracias Maestro Kenobi —dijo Palpatine, con voz baja y entusiasmada—. Nunca sabrá cuanto significa esto para mí.

—Es un placer, Canciller —dijo Obi-Wan, sintiendo una punzada de arrepentimiento mientras sacaba su comunicador—. Nosotros los Jedi sólo vivimos para servir.

—Ahí va —murmuró Anakin mientras la lanzadera de Palpatine caía hacia la nebulosa atmósfera del planeta bajo ellos.

Obi-Wan miró hacia arriba, pero donde había estado el *Vuelo de Expansión* ya no había nada más que espacio vacío.

—Tienen un horario que cumplir —dijo.

—Supongo —dijo el chico, y Obi-Wan pudo escuchar algo de su propio descontento resonando en la voz del otro—. Me gustaría que hubiésemos podido ir un poco más lejos con él.

—¿Quién? ¿El Capitán Pakmillu? —preguntó Palpatine.

—No, el Maestro C'baoth —dijo Anakin—. Es un líder realmente bueno —siempre parece conseguir que se hagan las cosas. Atraviesa directamente la confusión y encuentra la manera de que todo el mundo haga lo que es mejor para ellos.

—Ciertamente tiene ese don —estuvo de acuerdo Palpatine—. Hay muy pocos como él en estos problemáticos días. Aun así, nuestra perdida es la ganancia del *Vuelo de Expansión*.

—Estoy seguro de que están encantados de tenerle a bordo —murmuró Obi-Wan.

—Pero él tiene su tarea ante él, y nosotros tenemos la nuestra —continuó Palpatine, dándole a Obi-Wan una tarjeta de datos—. Aquí está todo lo que tengo de la disputa de Roxuli. Sería mejor que se familiarizase con ello antes de que aterricemos.

—Gracias —dijo Obi-Wan, cogiendo la tarjeta y poniéndola en su datapad—. Sin duda los propios implicados aportarán cualquier detalle que se haya dejado.

—Sin duda —dijo Palpatine secamente—. Introdúzcase, Maestro Kenobi. Probablemente será un día largo y agotador.

El grupo de inspección de Ar'alani regresó a Crustai desde el lugar de la batalla de la Federación de Comercio casi dos horas antes de que Thrawn regresara del viaje de reconocimiento al que le había enviado la almirante. Su informe, como es lógico, fue rápido, y estaba de vuelta con Car'das y Maris para una rápida sesión de lenguaje menos de una hora después. Si se dio cuenta de que algo significativo había sucedido en su ausencia, Car'das no podía descubrirlo en su cara o en su voz.

Los dos días siguientes pasaron lentamente. Ar'alani pasó la mayoría de su tiempo en su habitación estudiando los datos que había reunido del campo de batalla, saliendo solo para comer o para vagar por la base buscando guerreros a los que preguntar. Hasta ahora no parecía haber encontrado a los dos que había escuchado a Thrawn anunciar sus sospechas sobre la tripulación del *Cazador de Gangas*, pero Car'das sabía que era cuestión de tiempo el que lo hiciera.

El propio Thrawn entraba y salía mucho esos días, tomando aparentemente la ilegítima orden de inspección de Ar'alani muy en serio. Car'das sólo tuvo una autentica conversación con el comandante durante ese tiempo, una larga charla nocturna en el cuarto de Car'das justo después de la inspección del campo de batalla de Ar'alani. La fatiga de Thrawn y la tensión eran evidentes, y cuando por fin se fue, Car'das reflexionó largo y tendido acerca de si el comandante podría haberse sobrepasado finalmente.

Durante esos días Car'das también trató de pasar más tiempo con Qennto y Maris. Pero sus conversaciones eran incluso más deprimentes. Qennto estaba empezando a actuar como un animal enjaulado, sus amenazas estaban sazonadas con planes descabellados que implicaban asaltos a la armería y al cuarto de almacenamiento seguidos de escapes arriesgados en el *Cazador de Gangas*. Maris, por su parte, seguía profesando confianza en el honor de Thrawn, pero incluso ella estaba empezando claramente a tener dudas privadas sobre su habilidad para protegerlos frente Ar'alani.

Algo tenía que hacerse. Y era Car'das el que tendría que hacerlo.

Había pocos preparativos que pudiese hacer. El *Cazador de Gangas* estaba demasiado bien guardado, y de todas formas no tenía intención de intentar pilotar el desgarbado carguero a través del túnel de entrada con los cazas de Thrawn persiguiéndole. Pero en el otro extremo del área de atraque había una lanzadera de largo alcance que los Chiss parecían ignorar en su mayor parte. Unas cuantas horas pasadas en los tutoriales de vuelo del sistema central de la base, combinado con su entrenamiento previo leyendo símbolos Cheunh, y habría aprendido las nociones básicas para pilotarla. Después se las arreglaría para subir a bordo de la lanzadera sin ser visto y pasar una hora en el asiento del piloto, repasando mentalmente las lecciones, lista de comprobaciones y asegurándose que sabía dónde se encontraba todo. Cuando llegara el momento, no quería que la Almirante Ar'alani arremetiera contra la lanzadera para encontrarle manoseando nerviosamente los controles equivocados.

Conseguir una copia de los datos de navegación del *Halcón Brioso* de Ar'alani era de alguna manera más problemático. El propio Thrawn proporcionó la oportunidad para eso, invitando a Ar'alani y a Thrass a una cena formal la segunda noche. El cilindro que la almirante le había mostrado estaba mezclado con un montón de tubos similares que contenían los datos que había recogido en el lugar de la batalla, y le llevó unos cuantos tensos minutos localizar el adecuado.

Y con esto, sus preparativos habían terminado.

Se fue pronto a la cama esa noche, pero no le sirvió de nada. Se pasó la mayor parte de la noche pensando y preocupándose, su sueño llegó de pronto, somnolencias llenas de pesadillas. Como la extraña calma antes de la explosión de una tormenta masiva, sabía que la tranquilidad de los dos días anteriores estaba a punto de finalizar.

A media mañana del tercer día, finalizó.

—No —dijo Car'das firmemente, mirando a los brillantes ojos de Ar'alani tan tranquilamente como podía—. No somos espías. Ni de la República ni de nadie más.

—Entonces ¿Qué quería decir exactamente el Comandante Mitth'raw'nuruodo con su acusación? —Contestó la almirante—. Y no niegues que lo dijo. Tengo las declaraciones juradas de los dos guerreros que estaban presentes en ese momento.

—No lo niego —dijo Car'das, mirando brevemente a Thrass. El Síndico estaba de pie silenciosamente unos cuantos pasos por detrás de Ar'alani, su expresión era incluso más dura que la de la almirante. Quizá él sabía mejor que ella lo que un cargo de albergar espías supondría para la carrera de su hermano—. Pero también puedo explicarlo. Quizá estaba intentado confundir a los comandantes de la Federación de Comercio.

—Comandantes que aparentemente se han desvanecido —dijo Ar'alani mordazmente—. Junto a una nave alienígena aparentemente intacta.

—No sé nada sobre eso, tampoco —insistió Car'das—. Todo lo que sé es lo que ya le he dicho: somos mercaderes que tuvimos un accidente con el hipermotor y perdimos el camino. Pregúntele al resto de mi tripulación si no me cree.

—Oh, lo haré —le aseguró Ar'alani—. Mientras tanto, estás recluido en tu habitación. Fuera.

Durante un momento Car'das estuvo tentado a recordarle que él estaba todavía bajo la autoridad de Thrawn, no la de ella, y que ella simplemente no podía darle órdenes. Pero sólo durante un momento. Girándose, salió de la habitación.

Pero no fue a su cuarto. Los guerreros Chiss estaban acostumbrados a verle vagar libremente por la base, y no parecía que Ar'alani fuese a hacer ningún pronunciamiento oficial para prohibirlo hasta después de que hubiera interrogado a Qennto y a Maris.

Tenía todo ese tiempo para escapar.

La lanzadera seguía estando aparcada donde había estado el día anterior. Había unos pocos Chiss trabajando en el área, pero el momento del sigilo hacía tiempo que se había pasado. Caminando como si fuese el dueño del lugar, Car'das entró a través de la escotilla en la lanzadera, sellándola, y dirigiéndose hacia adelante.

La nave era un modelo civil, con un procedimiento de encendido más simple y rápido que el que hubiese tenido una nave militar. En cinco minutos tenía los sistemas listos y funcionando. Cinco minutos más, y se había desenganchado de las abrazaderas de atraque y avanzaba cuidadosamente por el túnel.

Nadie le seguía. Miró a su alrededor mientras alcanzaba el espacio abierto, medio esperando ver la nave de combate intacta de la Federación de Comercio escondida a la sombra de uno de los otros asteroides. Pero no estaba a la vista.

No es que importara. Sabía dónde estaba yendo, y ahora no había nadie que pudiese pararle. Girando la lanzadera en el vector adecuado, pulsó el control del hiperimpulso y saltó a la velocidad de la luz. La próxima parada, asumiendo que hubiese programado correctamente los datos de navegación del *Halcón Brioso*, sería el sistema alienígena donde él, Thrawn y Maris habían presenciado el ataque Vagaari hace cinco semanas. Con suerte, la campaña habría terminado.

Con mucha más suerte, los Vagaari aún estarían allí.

Seis horas después, salió del hiperespacio para encontrar que la batalla ciertamente había terminado.

Los defensores habían ofrecido una enérgica defensa, vio mientras guiaba la lanzadera cuidadosamente a través de los restos. Naves ennegrecidas por todas partes, flotaban en medio de pedazos de casco, escotillas y motores. También había cuerpos. Muchísimos cuerpos.

No es que su sacrificio les hubiese servido para algo. Había docenas de naves Vagaari orbitando el planeta, pegadas a él como aves carroñeras alrededor de un cadáver fresco. La mayoría eran las naves de guerra con burbujas en el casco que habían visto en el combate, pero había también un número de transportes civiles que habían estado esperando a que acabara la lucha. Un flujo constante de pequeñas naves entraba y salía de la atmósfera, sin duda llevando el saqueo y los esclavos hasta las naves en órbita y después regresando por un nuevo cargamento. Brevemente, una imagen destelló en la mente de Car'das: una corriente de insectos de colmena apuntando hacia un pedacito caído de la ensalada del picnic…

Un cuerpo flotante rebotó suavemente contra el parabrisas de la lanzadera, sacudiéndole de vuelta a la realidad. Si tenía algo de cordura, habría dado la vuelta a la lanzadera ahora mismo y se dirigiría a Crustai para arriesgarse con la Almirante Ar'alani. O si no debería abandonar a Qennto y a Maris completamente y salir corriendo hasta el espacio de la República.

Maldiciendo suavemente en voz baja, se giró hacia la nave de guerra más grande que orbitaba y se dirigió hacia ella.

Incluso con la mayor parte de su atención en su saqueo, los Vagaari eran suficientemente cuidadosos para cubrirse las espaldas. Media docena de cazas merodeadores le interceptó antes de que hubiese cubierto un cuarto de la distancia, y de repente su comunicador crepitó con un lenguaje alienígena melodioso pero maligno.

—No entiendo su idioma —replicó Car'das en sy bysti—. ¿Habla sy bysti?

La única respuesta fue más lenguaje alienígena.

—¿Qué tal con minnisiat? —preguntó, cambiando a su idioma de comercio más nuevo—. ¿Hay alguien ahí que entienda minnisiat?

Hubo una corta pausa.

—Expón tu nombre, tu especie, y tus intenciones —devolvió la voz, hablando el lenguaje comercial con cierta dificultad.

—Mi nombre es Jorj Car'das —le dijo Car'das—. Soy un humano de un mundo llamado Corellia —respiró profundamente—. Estoy aquí para ofreceros un trato.

20

Los cazas le escoltaron hasta una de las naves de guerra más pequeñas, dirigiéndole hacia una bahía de atraque en estribor. Un grupo de guardias armados hasta los dientes y blindados le estaba esperando allí: pequeños bípedos con grandes manos, sus facciones estaban ocultas por placas faciales espléndidamente decoradas para parecer mascaras terroríficas. Le llevaron a una pequeña sala llena de equipo de sensores, donde fue desnudado, registrado y escaneado múltiples veces, se llevaron su ropa presumiblemente para escrutinios similares. La lanzadera, sin duda, estaba experimentando una inspección similar. Después de eso, le llevaron hasta otra habitación, ésta carecía de todo excepto por un catre, y le dejaron a solas.

Pasó la mayor parte de las dos horas siguientes intentado descansar, o desistiendo en el esfuerzo y andando de un lado a otro en su celda. Si los Vagaari fuesen inteligentes —el pensamiento seguía corriendo en el fondo de su mente— simplemente le matarían y seguirían con su saqueo. *Un pájaro en mano*, después de todo, era una máxima bastante universal.

Pero quizá, sólo quizá, serían tan ambiciosos como inteligentes. Ambiciosos y curiosos.

Dos horas después de que hubiera sido lanzado en esa celda, los guardias regresaron con su ropa. Le miraron vestirse, y entonces le condujeron a través de un corredor hasta una escotilla marcada con símbolos alienígenas. Más allá de la escotilla, para su alivio, había una lanzadera y no simplemente una rápida muerta por el vacío. Le empujaron al interior y entraron detrás de él, y un minuto después habían despegado. La lanzadera no tenía ventanales, por lo que no tenía ninguna pista de dónde estaban yendo, pero cuando la escotilla se abrió de nuevo fue frente a una doble fila de soldados Vagaari vestidos con armaduras más admirables que las de sus captores. Aparentemente, alguien con autoridad había decidido verle.

Había esperado que le llevasen a algún lugar pequeño, restringido y anónimo, como es propio de un interrogatorio adecuado. Por lo tanto fue un choque cuando la última puerta blindada se abrió hacia una cámara enorme que rivalizaba con las más elaboradas salas del trono que había visto. Contra el muro posterior había un elevado dosel con una silla exquisitamente decorada en el centro, ocupada por un Vagaari vestido con una túnica multicolor de pesada apariencia, con hombreras color sol y protecciones en los tobillos, una capa dentada en la espalda, y no menos de cuatro cinturones separados en su cintura. Flanqueándole, había un par de Vagaari vestidos con ropas levemente menos llamativas de consejeros o subordinados, probablemente. Los tres llevaban puestas altas máscaras faciales que iban desde los pómulos hasta probablemente doce centímetros por encima de sus cabezas, decoradas con el mismo patrón terrorífico de las placas faciales de combata de los soldados. Un pensamiento cínico destelló en la mente de Car'das: que la altura de las máscaras estaba probablemente diseñada para compensar la pequeñez natural de la especie y hacerlos parecer más peligrosos ante sus enemigos. A lo largo de

las paredes había otros Vagaari, algunos con armadura de soldado, otros con lo que parecían ser ropas civiles y simple pintura facial. Todos ellos observaban silenciosamente al prisionero que era llevado ante el trono.

Car'das esperó hasta que los guardias le colocaron a tres metros del trono, entonces hizo una reverencia bajando bastante.

—Saludo a los grandes y poderosos Vagaari… —empezó en minnisiat.

Y fue lanzado a sus manos y rodillas por un duro golpe entre sus hombros.

—No hables en presencia del Miskara hasta que te hable —le reprendió uno de los guardias.

Car'das abrió la boca para disculparse, dándose cuenta de su cercano error justo a tiempo, y permaneció en silencio en su lugar.

Durante un minuto largo el resto de la sala estuvo callado también. Car'das se preguntaba si estaban esperando a que se levantara, pero con sus omóplatos palpitando por el golpe, parecía una idea mejor quedarse donde estaba hasta que le indicasen otra cosa.

Aparentemente, fue la decisión correcta.

—Muy bien —dijo una profunda voz desde el dosel por fin—. Puedes levantarte.

Cuidadosamente, tenso por otro golpe, Car'das se puso en pie. Para su alivio, el golpe no llegó.

—Soy el Miskara del pueblo Vagaari —anunció el Vagaari sentado en el trono—. Tú puedes llamarme *Su Eminencia*. Me han dicho que has tenido la insolencia de pedir que hiciese un trato contigo.

—No pido nada, Su Eminencia —se apresuró a asegurarle Car'das—. Más bien, estoy en una terrible dificultad y vengo aquí esperando que el gran y poderoso pueblo Vagaari pueda estar dispuesto a venir en mi ayuda. A cambio de su ayuda, espero ofrecerle algo que pueda encontrar igualmente valioso.

El Miskara le miró fríamente.

—Háblame de esa dificultad.

—Mis compañeros y yo somos comerciantes de un reino lejano —le dijo Car'das—. Hace casi tres meses perdimos nuestro rumbo y fuimos capturados por una raza de seres conocidos como los Chiss. Hemos sido sus prisioneros desde entonces.

Un gorjeo de muda conversación recorrió la sala.

—Dices prisioneros —repitió el Miskara. La parte visible de su cara parecía haberse endurecido por la mención de los Chiss, pero su voz no delataba nada—. No veo cadenas de cautividad en tu cuello.

—Mi aparente libertad es una ilusión, Su Eminencia —dijo Car'das—. Mis compañeros siguen en manos Chiss, así como nuestra nave. De igual importancia, los Chiss ahora se niegan a entregarnos algo de su botín de una de sus incursiones, botín que nos prometieron y que necesitamos para pagar las tarifas por demora que nuestros clientes exigirán. Sin ese tesoro, nos enfrentaremos a la muerte cuando lleguemos a casa.

—¿Dónde retienen a tus compañeros?

—En una pequeña base construida en lo profundo de un asteroide, Su Eminencia —dijo Car'das—. Los datos de navegación necesarios para localizarlo están en el ordenador de la nave en la que llegué.

—¿Y cómo sabías cómo y dónde encontrarnos?

Car'das se dio fuerzas. *Haré lo que sea necesario,* le había dicho una vez Thrawn, *para proteger a aquellos que dependen de mí*.

—Porque, Su Eminencia —dijo—, yo estaba a bordo del crucero de ataque Chiss que asaltó a sus fuerzas aquí durante su batalla de conquista hace cinco semanas.

Un silencio mortal cayó sobre la sala. Car'das esperó, dolorosamente consciente de los soldados armados parados a su alrededor.

—Robasteis una de nuestras redes de naves —dijo el Miskara por fin.

—El comandante de la fuerza Chiss lo hizo, sí —dijo Car'das—. Como digo, yo era su prisionero, y no tomé parte en el ataque.

—¿Dónde está ese comandante ahora?

—No lo sé exactamente —dijo Car'das—. Pero la base en la que mi nave y mis compañeros están retenidos está bajo su mando. Donde quiera que viaje, siempre regresa allí.

El Miskara sonrió levemente.

—¿Así que nos ofreces intercambiar tus compañeros y algo de nuestro propio tesoro por nada más que una oportunidad de venganza?

Esa no era, pensó Car'das intranquilo, una forma muy prometedora de decirlo.

—Recuperaría su red de naves, también —ofreció.

—No —dijo el Miskara firmemente—. La oferta es insuficiente.

Car'das sintió un nudo en la garganta.

—Su Eminencia, le suplico…

—¡No supliques! —Gritó el Miskara—. Las larvas suplican. Los inferiores suplican. *No* los seres que hablan y tratan con los Vagaari. Si deseas que te ayudemos a ti y a tus compañeros, debes encontrar algo más que ofrecerme.

—Pero no tengo nada más, Su Eminencia —protestó Car'das, su voz empezaba a temblar. No… esto no podía estar pasando. Los Vagaari *tenían* que estar de acuerdo con el trato—. Se lo juro.

—¿Ni siquiera eso? —demandó el Miskara, señalando sobre el hombro de Car'das.

Car'das se giró. En algún momento durante la conversación alguien había traído cuatro cajas enormes, dos de ellas le sacaban una cabeza, las otras sólo le llegaban a la cintura.

—No lo entiendo —dijo frunciendo el ceño. ¿Qué es eso?

—Estaban a bordo de tu transporte —dijo el Miskara sospechosamente—. ¿Afirmas no tener conocimiento de ellos?

—Así es, Su Eminencia —insistió Car'das, completamente perdido ahora. ¿Qué mundos podría haber escondido Thrawn a bordo de la lanzadera?—. Robé la nave únicamente para venir a pedirles ayuda. Nunca miré si había algo a bordo.

—Entonces míralo ahora —le ordeno el Miskara—. Abre las cajas y dime que ves.

Cuidadosamente, medio esperando que le disparasen por la espalda, Car'das se acercó hasta las cajas. Los Vagaari ya las habían abierto, por supuesto, colocando simplemente los paneles frontales holgadamente en su lugar. Poniéndose al lado de una de las cajas más pequeñas, agarró el panel y lo movió.

Y se quedó sin respiración. Dentro, plegado pulcramente con sus brazos alrededor de sus rodillas, había un par de droides de combate de la Federación de Comercio.

—¿Los reconoces? —preguntó Miskara.

—Sí, Su Eminencia —confirmó Car'das. De repente todo tenía sentido—. Son droides de combate de algún tipo, usados por una de las especies de nuestra región del espacio. El comandante también asaltó a una fuerza de esa gente; éste debe de ser parte del botín del asalto.

—¿Qué son droides?

—Siervos mecánicos —dijo Car'das. Así que Thrawn había estado en lo cierto: aparentemente nadie de por aquí sabía nada sobre droides. Al menos nadie con quien se hubieran encontrado los Vagaari—. Algunos están auto motivados, mientras que otros requieren un ordenador central que les de sus instrucciones.

—Enséñame como funciona.

Car'das se volvió hacia la caja, mirando en su interior. No había signos de un controlador o una consola de programación.

—No veo el equipo que necesito para encenderlo —dijo, acercándose a la otra caja y retirando la tapa. Había otros dos droides de combate en su interior, y de nuevo ni rastro del controlador. Cada una de las cajas grandes resultó que contenía uno de los mortales droides destructores droideka. Pero no había controlador.

—Lo siento, Su Eminencia, pero sin el equipo adecuado no puedo encenderlos.

—Tal vez esto sea útil —sugirió Miskara. Hizo un gesto y uno de los Vagaari sin armadura que observaba los procedimientos sacó un datapad de entre sus ropas. Acercándose a Car'das se lo ofreció.

Una pequeña ola de alivio se llevó parte de la tensión de Car'das. Ciertamente era un controlador de droides de la Federación de Comercio, marcado en neimoidiano y en básico.

—Sí, Su Eminencia, servirá —le dijo a Miskara mientras le echaba un vistazo a los controles. Activador… ahí—. ¿Debería intentar activarlos ahora?

—¿*Intentar*?

Car'das hizo una mueca.

—¿Debería activarlos ahora, Su Eminencia? —se corrigió a sí mismo.

—Sí.

Dándose ánimo, Car'das presionó el interruptor.

El resultado fue todo lo que podía haber esperado. Al unísono los cuatro droides de combate de desplegaron, saliendo de sus cajas, y parándose, alcanzando sobre sus hombros para coger sus rifles bláster. Los droidekas fueron incluso más impresionantes,

rodando hacia delante desde sus cajas y desplegándose en sus sujeciones de pies triples. Alrededor de uno de ellos, como para demostrar todo el alcance de sus capacidades, apareció la leve bruma de un escudo.

Y de repente Car'das se dio cuenta de que había doce blasters apuntando directamente al dosel donde el Miskara N'as estaba sentado.

Lentamente, con cuidado, se dio la vuelta. Pero el Miskara no estaba acobardado detrás de sus soldados, y los propios soldados no tenían sus armas listas para convertir a Car'das en ceniza.

—Impresionante —dijo el Miskara tranquilamente—. ¿Quién los dirige?

Car'das observó el datapad. Debía de haber un modificador del patrón de reconocimiento por aquí en alguna parte.

—En este momento, quien quiera que tenga el controlador, Su Eminencia —dijo—. Pero creo que pueden ser programados para obedecer a un individuo específico en su lugar.

—Ordénales que me obedezcan a *mí*.

—Sí, Su Eminencia —dijo Car'das, explorando rápidamente el menú de reconocimiento del datapad. Parecía suficientemente claro—. Uh… necesitaré que venga hasta aquí, sin embargo, para que los droides puedan verle más cerca de pie.

Silenciosamente, el Miskara se levantó y bajó los escalones, indicando a sus dos consejeros que se quedasen donde estaban. Avanzó entre los dos droidekas y se paró.

—Hazlo ahora —ordenó.

Sintiendo el sudor acumulándose en su cuello, Car'das realizó lo que él esperaba que fuese el procedimiento adecuado. Los seis droides se giraron levemente para mirar al Miskara; entonces, para su alivio, los droides de combate levantaron sus blasters para apuntar hacia el techo mientras los droidekas giraron unos cuantos grados para apuntar también sus armas hacia otra parte.

—Eso debería estar hecho, Su Eminencia —dijo—. Por supuesto —añadió mientras algo se le ocurrió tardíamente—, no están programados para entender órdenes dadas en minnisiat.

—Me enseñarás las órdenes adecuadas en su lenguaje —dijo el Vagaari—. La primera orden que deseo aprender es «objetivo». La segunda es «fuego».

—Sí, Su Eminencia. —Car'das le enseñó las dos palabras en básico, pronunciándolas cuidadosamente—. Quizá su gente pueda transcribirlas fonéticamente para usted —sugirió.

—No hace falta —dijo el Miskara. Levantó un dedo y señaló a Car'das—. Objetivo.

Car'das dio un respingo mientras los seis droides giraban para apuntar sus blasters hacia él.

—¿Su Eminencia? —dijo sin respiración.

—Ahora —dijo el Miskara, con una voz suave como la seda—, pronuncia *tú* la otra palabra.

Car'das tragó con dificultad. Si lo había hecho mal…

—Fuego —dijo.

No ocurrió nada.

—Excelente —dijo el Miskara con aprobación—. Así que de hecho eres lo suficientemente sabio para no intentar una traición —levantó una mano—. Tráeme tres Geroons.

—Sí, Su Eminencia —dijo uno de los soldados, y salió de la sala.

—¿Tu Comandante Mitth'raw'nuruodo tiene más de estas máquinas? —preguntó el Miskara, volviéndose hacia Car'das.

—Varios centenares al menos —le dijo Car'das—. Posiblemente hasta algunos miles —un movimiento en la puerta captó su atención, y se giró mientras tres pequeños alienígenas eran introducidos en la sala—. ¿Quiénes son esos?

—Esclavos —dijo el Miskara como quien no quiere la cosa—. Su pequeño mundo lamentable es el que gira actualmente bajo nosotros. Máquinas: objetivo.

Car'das se puso rígido mientras los droides giraban hacia los tres esclavos.

—¡Espere!

—¿Te opones? —preguntó el Miskara.

Car'das cerró los ojos brevemente. *Haré lo que sea necesario,* las palabras resonaron en su mente.

—Sólo estaba preocupado por la seguridad de sus soldados —dijo.

—Veamos cómo de buena es la puntería de las máquinas —dijo el Miskara—. Máquinas: *fuego*.

La andanada de las carabinas de los droides de combate envió a los tres esclavos dando tumbos hacia atrás, muertos antes incluso de que tocaran el suelo. Seguían cayendo cuando el fuego de los droidekas casi los cortó literalmente por la mitad.

—Excelente —dijo el Miskara en el aturdido silencio. No aturdido por las muertes, sabía Car'das, sino por el despliegue de potencia de fuego—. ¿Dónde guardan los Chiss los otros?

—El comandante los tendrá en la base —murmuró Car'das mecánicamente, intentando apartar sin éxito sus ojos de los cuerpos chamuscados.

—Entonces le liberaremos de esa carga —dijo el Miskara, haciendo un gesto a uno de sus consejeros—. Ordena que se prepare una fuerza de asalto de inmediato.

—Sí, Su Eminencia —dijo el otro. Bajando del dosel, salió rápidamente de la habitación.

—Y mientras esperamos —continuó el Miskara, girándose hacia Car'das—, me enseñarás el resto de las palabras necesarias para controlar mis máquinas luchadoras.

Car'das tragó con dificultad. *Lo que sea necesario*…

—Como desee. Su Eminencia.

En el exterior del parabrisas del puente del *Halcón Brioso*, las desparramadas estrellas y un pequeño pero espléndido grupo globular resplandecía brillantemente en el cielo negro. Las estrellas, el grupo, y nada más.

Disimuladamente, Doriana miró su crono. El *Vuelo de Expansión* llegaba tarde.

Aparentemente, la mirada no había sido suficientemente disimulada.

—Paciencia, Comandante —dijo Mitth'raw'nuruodo serenamente desde la silla del capitán—. Vendrán.

—Llegan tarde —dijo el Vicelord Kav mirando con el ceño fruncido la parte de atrás de la cabeza de Mitth'raw'nuruodo—. Más de dos horas tarde.

—Dos horas no es nada en un viaje de tres semanas —señaló el comandante razonablemente.

—No para el Capitán Pakmillu —replicó Kav—. Los Mon Calamari son notables por su puntualidad.

—Llegarán —dijo de nuevo Mitth'raw'nuruodo, girándose a medias para mirar al neimoidiano—. La única cuestión es si este sistema está ciertamente en el camino correcto en línea recta entre su última parada en la República y el sistema donde planeaban tenderle una emboscada.

—¿Se atreve a…? —comenzó Kav.

—El vector ha sido calculado correctamente —le interrumpió Doriana con una mirada de advertencia—. *Nuestra* cuestión, por otro lado, es por qué cree que realmente se detendrán aquí.

—Lo harán —le aseguró Mitth'raw'nuruodo—. ¿Están listos los cazas droide?

—Al cien por cien —le aseguró Kav a su vez, y Doriana pudo escuchar la venganza anticipada en su voz. Los cazas estaban listos, de acuerdo, completados con la segunda capa de órdenes que el programador jefe del vicelord había introducido encima del patrón de ataque próximo de Mitth'raw'nuruodo.

El comandante inclinó la cabeza hacia el neimoidiano.

—Entonces sólo nos queda esperar —se giró hacia el parabrisas.

Y de repente, con un parpadeo de pseudomoción, ahí estaba, flotando en el espacio a menos de cinco kilómetros delante de ellos.

El *Vuelo de Expansión* había llegado.

—El dispositivo se llama proyector gravitacional —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Simula una masa planetaria, sacando a la fuerza de esa manera a cualquier nave cuyo vector hiperespacial cruce su sombra.

—¿En serio? —dijo Doriana intentando sonar tranquilo. Hasta donde él sabía, nadie en la República había descubierto como transformar ese pedazo particular de teoría hiperespacial en un dispositivo que funcionase realmente. El hecho que los Chiss hubiesen resuelto el problema enviaba ramificaciones desestabilizantes rebotando por su mente.

Kav, predeciblemente, apenas estaba interesado en ese pensamiento.

—Entonces están en nuestras manos —alardeó—. A todas las fuerzas: atacad.

—Espere —dijo Mitth’raw’nuruodo. Su voz seguía en calma, pero había un nuevo toque en ella—. Yo doy las órdenes a bordo de esta nave, Vicelord Kav.

—Esta es nuestra misión, Comandante Mitth’raw’nuruodo —contestó Kav—. Y mientras discutimos, estamos perdiendo el precioso elemento sorpresa —rebuscando entre sus ropas, sacó un activador remoto—. Usted y su nave pueden hacer lo que usted quiera. Pero mis cazas atacarán.

—¡No! —gritó Doriana, intentando agarrar el activador. Si Kav desbarataba el plan de Mitth’raw’nuruodo, cualquiera que fuera, el *Vuelo de Expansión*, podría escaparse entre sus dedos.

Pero se quedó corto, su agarre fue demasiado lento. Sacando sus largos brazos del alcance, el triunfante Kav pulsó el activador. Maldiciendo cruelmente, Doriana miró hacia el asteroide donde esperaban las líneas de cazas droide.

No ocurrió cosa alguna.

De nuevo, Kav pulsó en interruptor. De nuevo, nada.

—Me temo que eso no funcionará, Vicelord —dijo Mitth’raw’nuruodo tranquilamente—. Me tomé la libertad de quitar la capa de órdenes alternativa que sus programadores habían creado en los sistemas de los cazas.

Lentamente, Kav bajó el activador.

—Es muy inteligente, Comandante —dijo suavemente—. Algún día esa inteligencia se volverá contra usted.

—Tal vez —dijo Mitth’raw’nuruodo—. Hasta entonces, permítame agradecerle que me mostrara cómo se hace esa programación secundaria. Podría ser de utilidad algún día.

—¿Y ahora qué? —preguntó Doriana cautelosamente.

—Hablaremos con ellos —dijo Mitth’raw’nuruodo, tecleando en su panel—. Comunicaciones: abra un canal.

Cuando Lorana llegó, el puente del A-1 se había convertido en una colmena de tranquilo caos. C’baoth estaba de pie al lado de la silla de mando del Capitán Pakmillu, su espalda estaba rígida mientras miraba al exterior. El propio Pakmillu estaba sobre uno de los puestos de ingeniería, abriendo y cerrando sin descanso sus manos aleta mientras estudiaba las pantallas.

En el exterior de los ventanales, formando a lo lejos frente a ellos como un grupo de búhos corredores al acecho, había una docena de pequeñas naves de una configuración que Lorana no había visto nunca.

—Las lecturas parecen indicar que estamos en medio de la sombra de una masa planetaria —estaba diciendo el oficial de ingeniería mientras llegaba al lado de Pakmillu—. Pero como puede ver por sí mismo eso posiblemente no puede ser cierto.

—Aquí el Comandante Mitth’raw’nuruodo de la Flota Expansionista de Defensa Chiss —resonó una voz educada por los altavoces del puente—. Por favor responda.

—¿Quién es ese? —preguntó Lorana.

—El comandante de esa fuerza de allá —retumbó Pakmillu, todavía estudiando las lecturas—. Ha estado llamando cada cinco minutos durante la pasada media hora.

—¿No le ha respondido?

Los zarcillos de la boca de Pakmillu se tensaron.

—El Maestro C'baoth lo ha prohibido —gruñó—. Insiste en que averigüemos lo que le ocurre a nuestro hipermotor antes de responder.

—Tal vez el comandante podría *decirnos* lo que ocurre —sugirió Lorana.

—Por supuesto que podría —dijo Pakmillu agriamente—. Pero no puedo convencer al Maestro C'baoth de ese punto de vista.

Lorana hizo una mueca.

—Deje que hable con él.

C'baoth seguía mirando las naves alienígenas cuando Lorana se unió a él.

—Así, Jedi Jinzler —la saludó—, nos encontramos con nuestro primer desafío.

—¿Por qué tiene que ser un desafío? —Preguntó Lorana—. Tal vez todo lo que quiere es hablar.

—No —dijo C'baoth, con una voz misteriosa—. Puedo sentir una profunda malicia allá afuera, malicia dirigida a mis naves y a mi gente.

—Son mentes alienígenas —le recordó Lorana, sintiendo que su pulso empezaba a acelerarse. Había visto a C'baoth en este modo «cuello rígido» antes—. Tal vez los está interpretando mal.

—No —dijo él—. Pretenden problemas, y *yo* pretendo estar completamente preparado para tratar con ellos antes de hablarles.

—Mando, aquí Ma'Ning —llegó una voz desde el altavoz de la silla de mando—. Estamos preparados en los sistemas de armamento del A-Cuatro.

—Recibido —dijo C'baoth, dándole a Lorana una tensa sonrisa—. El Acorazado-Cuatro era el último. *Ahora*, estamos listos para hablar.

Deliberadamente, se sentó en la silla de mando de Pakmillu y pulsó el interruptor de comunicaciones.

—Fuerza alienígena, aquí el Maestro Jedi Jorus C'baoth, al mando del Proyecto *Vuelo de Expansión* de la República Galáctica —anunció.

Lorana miró hacia Pakmillu, sobresaltándose por la pretensión casual de C'baoth de su autoridad de mando. Pero no había resentimiento en la expresión o en la postura del Mon Cal, sólo un tranquilo sentimiento de resignación. Aparentemente, se había sometido ante lo inevitable.

—Maestro C'baoth, aquí el Comandante Mitth'raw'nuruodo —replicó la educada voz rápidamente.

—Déjeme ver su cara —ordenó C'baoth.

Hubo una breve pausa; entonces la pantalla de comunicaciones cobró vida, mostrando un humanoide de piel azul, pelo negro azulado y brillantes ojos rojos. Estaba vestido con una túnica negra con barras de planta en el cuello.

—Hay asuntos de gran importancia que necesitamos discutir de inmediato —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Le importaría unirse a mí en mi nave insignia, o ¿debería ir yo?

C'baoth bufó amablemente.

—No discutiré nada hasta que se aparte de mi camino.

—Y yo continuaré donde estoy hasta que hayamos hablado —replicó Mitth'raw'nuruodo, con la voz tan firme como la de C'baoth—. ¿Tienen miedo los Jedi a conversar?

C'baoth apenas sonrió.

—Los Jedi no temen nada, Comandante. Venga a bordo, entonces, si insiste. Una escotilla se iluminará para su lanzadera.

Mitth'raw'nuruodo inclinó su cabeza.

—Estaré allí en seguida —hizo un gesto hacia algún lugar fuera de la pantalla y la imagen se desvaneció.

—¿Va a dejarle subir a bordo? —demandó Pakmillu.

—Por supuesto —dijo C'baoth con un extraño brillo en sus ojos—. O ¿no encuentra curioso que este supuesto residente de las Regiones Desconocidas *nos hable en básico*?

Lorana se quedó sin respiración. Para su disgusto, ni siquiera se había dado cuenta de lo raro de este hecho.

—No, hay algo más aquí que lo que puede ver el ojo —continuó C'baoth—. Averigüemos lo que es.

—Venga a bordo, entonces, si insiste —resonó la voz de C'baoth desde el altavoz de la sala de monitores del reactor del A-4—. Una escotilla se iluminará para su lanzadera.

Hubo un click.

—¿A-Cuatro? —llamó una voz diferente—. ¿Algún progreso?

Con un esfuerzo, Uliar apartó sus pensamientos para centrarse.

—Aún negativo aquí, Mando —informó, recorriendo de nuevo con la mirada las pantallas—. Hay mucha energía yendo hasta el hipermotor. Pero no hace nada una vez que llega allí.

—Está confirmado, Mando —le secundó la voz de Dillian Pressor desde la sala de monitores del hipermotor media docena de metros más allá—. Las lecturas siguen insistiendo en que estamos en un campo gravitatorio.

—Como todo lo demás —gruño el Mando—. De acuerdo. Seguid realizando diagnósticos, y permaneced a la espera.

Hubo otro click, y el Mando se fue.

—Esto es de locos —murmuró Pressor.

—Tal vez más de locos de lo que piensas —dijo Uliar, con su mente corriendo a gran velocidad. Esta podría ser finalmente su oportunidad—. ¿O no te has fijado que el Comandante Mitth-lo que sea estaba hablando en básico?

Hubo una corta pausa.

—¿Quieres decir que es de la *República*?

—Bueno, seguro que no es de las Regiones Desconocidas —dijo Uliar—. Tenemos que encontrar una manera de hablar con él.

—¿Quién, *nosotros*?

—Por supuesto que nosotros —le contestó Uliar—. Tú, yo… el comité entero. Si este tipo es de la República, tal vez tiene autoridad para deshacerse de C'baoth y del resto de los Jedi.

—No son todos los Jedi —replicó Pressor—. De todas formas, ¿qué estaría haciendo un alto cargo de la República por aquí? Es más probable que sea un pirata que ha descubierto al *Vuelo de Expansión* y ha decidido recoger algunas ganancias fáciles.

Con el ojo de su mente Uliar vio los disparos de las pruebas de la fusión Jedi de C'baoth.

—Confía en mí, Pressor, estas no son ganancias fáciles —dijo con desagrado—. Pero sea quien sea, tenemos que intentarlo.

—Bien —dijo Pressor—. ¿Pero cómo? Estamos trabajando.

—¿En qué? —Contestó Uliar—. ¿En un reactor que está funcionando perfectamente y un hipermotor que no funciona en absoluto?

—Sí, pero…

—Pero nada —le cortó Uliar—. Vamos —esta puede ser nuestra última oportunidad de convertir el *Vuelo de Expansión* en lo que se suponía que tenía que ser.

Hubo una pausa corta.

—De acuerdo, me apunto —dijo Pressor al final—. Pero si ese Mitth-lo que sea ya está de camino, no tenemos mucho tiempo. No si vamos a reunir a todo el mundo y andar todo el camino hasta el A-Uno.

—Tú sólo reúnelos —dijo Uliar—. Yo me encargo de que no se mueva hasta que lleguéis allí.

—¿Cómo?

—Ni idea —dijo Uliar—. Simplemente reúne a todo el mundo, ¿de acuerdo? Y no olvides traer a los niños. No hay nada como los niños cuando estás buscando compasión.

—Entendido.

Uliar apagó el comunicador, y por un momento permaneció sentado mirando sin ver las pantallas mientras intentaba pensar. El A-1 estaba de hecho bastante lejos, y si conocía a C'baoth la conversación sería probablemente corta y desagradable. Si intentaba ir andando o incluso caminando, probablemente perdería a Mitth-lo-que-sea completamente.

Pero debía haber una de las motos del A-4 aparcada cerca hacia popa.

Noventa segundos después, estaba conduciendo por el corredor, el viento de su paso le revolvía el pelo y le producía picor en los ojos. Afortunadamente, con el *Vuelo de Expansión* en alerta máxima, todo el mundo o estaba en sus puestos de combate o acurrucados en sus cuartos lejos del peligro, y los corredores estaban vacíos. Alcanzando

el pilar delantero, llamó al turboascensor, pero en lugar de dejar la moto en la estación de paso como se suponía, maniobró para meterla dentro. Dejemos que C'baoth se queje por eso… dejemos que incluso encierre a Uliar en el calabozo durante unos días si quiere.

Costase lo que costase, él vería a este Mitth-lo que sea antes de que abandonara el *Vuelo de Expansión*.

Car'das había estado esperando casi tres horas antes de que el Miskara le convocase de nuevo a la sala del trono.

—Todo está preparado —le informó el Vagaari—. Volaremos inmediatamente para tomar nuestra venganza de Mitth'raw'nuruodo y los Chiss.

—Sí, Su Eminencia —dijo Car'das, inclinando su cabeza e intentando no mirar a la media docena de nuevos cuerpos geroon esparcidos alrededor de la sala del trono. Aparentemente, el Miskara había estado jugando un poco más con sus nuevos juguetes—. Una vez más le pediría que recuerde que mis compañeros y mi nave también están allí, y le rogaría que sus soldados tuviesen cuidado.

—Lo recordaré —le prometió Miskara—. Incluso haré algo más. He decidido que se te permitirá la mejor vista posible de la próxima batalla.

Car'das sintió algo frío recorriéndole.

—¿Quiere decir que estaré en el puente, Su Eminencia?

—En absoluto —dijo el Miskara tranquilamente—. Estarás en la burbuja externa más delantera de mi nave insignia.

Car'das miró a ambos lados para ver un par de Vagaari armados avanzando hacia él.

—No lo entiendo —protestó—. Le he ofrecido la oportunidad de venganza y beneficios.

—O la oportunidad de caer en una trampa —dijo el Miskara, su voz repentinamente era de hielo—. ¿Crees que soy tonto, humano? ¿Me crees tan orgulloso y temerario como para dirigir simplemente una fuerza de ataque a una supuesta base pequeña y deshabitada Chiss en mi hambre de venganza? —bufó un silbido multitonal—. No, humano, no enviaré una pequeña fuerza de ataque para destruir. Mi flota entera descenderá sobre esa base… y *entonces* veremos la clase de dientes que esta trampa Chiss tiene en realidad.

—Los Chiss no están esperando allí con ninguna trampa —insistió Car'das—. Lo juro.

—Entonces no debes tener nada que temer —dijo el Miskara—. Si destruimos al enemigo tan rápidamente como aseguras que haremos, serás soltado y tus compañeros liberados. Si no… —Se encogió de hombros—. Serás el primero en morir.

Irguió su cabeza levemente.

—¿Tienes algo más que desees decir antes de que se te lleven?

¿Una confesión quizá, una confesión de culpabilidad?

—No, Su Eminencia —dijo Car'das—. Sólo espero que sus soldados sean tan capaces contra los Chiss como han demostrado ser contra otros oponentes.

—Los geroons podrían hablarte de sus capacidades —dijo el Miskara oscuramente—. Pero las verás por ti mismo muy pronto —hizo un gesto—. Lleváoslo.

Cinco minutos después, Car'das era empujado a través de una puerta estrecha en el casco dentro de una burbuja de plástico de gravedad cero, tal vez del doble de tamaño de un ataúd. Colocado contra el casco en un lado de su cabeza había lo que parecía ser un pequeño sistema de suministro y filtrado de aire, mientras que en el otro había una bolsa de malla que contenía un par de botellas de agua y barritas de comida de la lanzadera Chiss, así como un dispositivo con forma de diamante de propósito desconocido.

Y mientras el grueso casco de metal era sellado contra su espalda sabía que el dado de la suerte había sido lanzado. Desde ese momento, todo lo que ocurriera estaría bajo el control de otros.

Sólo esperaba que el Miskara le hubiese dicho la verdad sobre el tamaño de la fuerza que estaba enviando.

21

El hecho de que Mitth'raw'nuruodo fuese un humanoide tan lejos del espacio de la República había sido la primera sorpresa de Lorana. Más sorprendente que eso fueron la cultura y el refinamiento de su conducta y discurso mientras hablaba con ella y con C'baoth desde el otro lado de la mesa de la sala de reuniones.

Su razón para interceptar el *Vuelo de Expansión* era la sorpresa más grande de todas. Y la más escalofriante.

C'baoth, predeciblemente, no estaba impresionado por nada de eso.

—Ridículo —dijo burlonamente cuando Mitth'raw'nuruodo hubo terminado—. ¿Una misteriosa especie de conquistadores moviéndose a través de la galaxia hacia nosotros? Por favor. Esta es la clase de historia con la que los malos padres asustan a sus hijos.

—¿Entonces sabe todo lo que hay que saber sobre el universo? —preguntó Mitth'raw'nuruodo educadamente—. Tenía la impresión de que esta región del espacio le era desconocida.

—Sí, así es —dijo C'baoth—. Pero los rumores y las historias no están limitadas por barreras geográficas o políticas. Si una especie tan peligrosa existiese realmente, seguramente habríamos oído algo sobre ella a estas alturas.

—¿Qué hay de Vergere? —Murmuró Lorana a su lado—. Algo como esto podría explicar su desaparición.

—O no —contestó C'baoth—. Una especie de conquistadores no se dedican a silenciar a un sólo Jedi —sus ojos relampaguearon—. Silenciar a un *grupo* de Jedi, por supuesto, es un asunto completamente diferente. Y respecto a ese Darth Sidious del que habla, pongo menos fe en sus palabras que en las habladurías. *Darth* es el título de un Lord Sith, y los Sith se extinguieron hace mucho tiempo de la galaxia. Eso lo convierte en un mentiroso desde el principio.

—Tal vez —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Pero no vine aquí para un debate abierto. El hecho sigue siendo que no puedo no y no permitiré que continúe a través de esta región del espacio. Debe regresar a la República y comprometerse a no regresar jamás.

—¿O si no? —le desafió C'baoth.

Los brillantes ojos de Mitth'raw'nuruodo estaban clavados en él.

—O me veré obligado a destruirles.

Lorana se preparó para la inevitable explosión. Pero C'baoth meramente sonrió levemente.

—Le dijo el pollito al dragón de billinus. ¿Realmente cree que sus doce naves podrían sobrevivir diez minutos contra la potencia de fuego que tengo entre mis manos?

Mitth'raw'nuruodo alzó las cejas educadamente.

—¿Sus propias manos? —preguntó.

—Mis Jedi están incluso ahora esperando en el Centro OpCom sobre nosotros, así como en los puestos de armamento de cada Acorazado —dijo C'baoth—. Pronto me

uniré a ellos… y si nunca antes se ha enfrentado con los reflejos y la compresión Jedi, lo encontrará una experiencia soberbia.

La expresión de Mitth'raw'nuruodo no cambió.

—Cualquiera que sea su entrenamiento, no les servirá de nada —dijo—. Sus únicas opciones son marcharse ahora y llevar a su gente a casa, o perecer. ¿Cuál es su respuesta?

—¿Y si prometemos rodear esta región? —preguntó Lorana.

C'baoth la miró, y ella sintió como su sorpresa por su atrevimiento se convertía rápidamente en rabia.

—Jedi Jinzler…

—Me refiero a *todo* alrededor —continuó Lorana, luchando contra el peso del disgusto de él presionando contra su mente—. Podríamos ir a una parte diferente del Borde y saltar a la próxima galaxia desde allí.

—No —dijo C'baoth firmemente—. Eso nos sacaría miles de años luz de nuestro rumbo.

—Eso sería aceptable —dijo Mitth'raw'nuruodo mirando a Lorana—. Siempre que eviten toda la región que yace a lo largo de su actual vector.

—No —dijo C'baoth con los ojos llameando—. Lorana, te quedarás callada. Comandante, no nos da órdenes. Ni usted; ni nadie más.

Abruptamente, apartó de un empujón su silla y se levantó en toda su estatura.

—Nosotros somos los Jedi, el poder definitivo del universo —declaró, las palabras sonaban a través de la sala de conferencias—. Haremos lo que queramos. Y destruiremos a cualquiera que se interponga en nuestro camino.

Lorana le miró sorprendida, con el corazón latiéndole repentinamente en la garganta. ¿Qué estaba diciendo? ¿Qué estaba *haciendo*?

No hay emoción; hay paz…

—En ese caso, la conversación ha terminado —dijo Mitth'raw'nuruodo. Su expresión no había cambiado, pero mientras Lorana apartaba la mirada de C'baoth y miraba al comandante pudo sentir la dureza de su resolución que enviaba un nuevo escalofrío a través de su espalda—. Le doy una hora para considerar mi oferta.

—No, usted cesará lo que quiera que esté haciendo para mantenernos en este sistema y apartará sus naves de nuestro camino —contestó C'baoth.

—Una hora —repitió Mitth'raw'nuruodo, echando hacia atrás su propia silla y levantándose—. Jedi Jinzler, quizá pueda escoltarme de vuelta a mi transporte.

—Como desee, Comandante —dijo Lorana, sin atreverse a mirar a C'baoth mientras se ponía en pie—. Sígame, por favor.

El Capitán Pakmillu había ofrecido a su personal de seguridad para traer a Mitth'raw'nuruodo a bordo. Típicamente, C'baoth lo había rechazado, insistiendo que él y Lorana no necesitaban tal demostración de fuerza para mantener al comandante alienígena en orden.

Lo que hacía que ahora Lorana y Mitth'raw'nuruodo estuvieran solos mientras volvían hacia el hangar.

—Tu Maestro C'baoth es arrogante y testarudo —comentó Mitth'raw'nuruodo mientras caminaban—. Una mala combinación.

—Él es todo eso —concedió Lorana—. Pero también es un Maestro Jedi, y como tal tiene conocimiento y poder ocultos para el resto de nosotros. Por su propio bien, le ruego que no le subestime.

—Si su conocimiento está oculto, ¿cómo puedes estar segura de que es acertado?

Lorana hizo una mueca. Esa era, desafortunadamente, una buena cuestión.

—No lo sé —dijo ella.

—Seguramente no eres la única —señaló Mitth'raw'nuruodo—. Debe de haber otros a bordo que se oponen a la tiranía del Maestro C'baoth.

Tiranía. Era una palabra que Lorana no se había atrevido a utilizar ni siquiera en la privacidad de su mente. Ahora, de repente, no podía ser evitada por más tiempo.

—Sí, los hay —murmuró, frunciendo el ceño. Directamente delante en el pasillo, cambiando nerviosamente el peso de un pie al otro, pudo ver a Chas Uliar del A-4 apoyado contra la pared. Estaba ahí para enfrentarse a ella con algún nuevo problema, sin duda.

Pero no dijo nada mientras ella y Mitth'raw'nuruodo se aproximaban, meramente les siguió con ojos amenazantes mientras le sobrepasaban.

Había otra lanzadera aparcada al lado del vehículo Chiss, se fijó ella, uno de los transportes del *Vuelo de Expansión*. Qué curioso; no había estado ahí cuando el comandante Chiss llegó.

—No le deseamos ningún mal a su gente —le dijo a Mitth'raw'nuruodo mientras se detenían frente a la escotilla de su lanzadera.

—Te creo —dijo—. Pero sólo desear no tiene significado. Vuestras acciones son lo que determinarán vuestro destino.

Lorana tragó saliva.

—Lo entiendo.

—Tenéis una hora —inclinando su cabeza hacia ella, Mitth'raw'nuruodo se giró y desapareció dentro de su vehículo.

Lorana se apartó para dejarle espacio al piloto para maniobrar… y mientras lo hacía, sintió una presencia familiar. Girándose, vio a Uliar caminar hacia ella.

Avanzando detrás de él, con un fuego helado en los ojos, estaba C'baoth.

—Jedi Jinzler —dijo C'baoth mientras la lanzadera de Mitth'raw'nuruodo salía por el escudo atmosférico y desaparecía en la negrura del espacio—. Tengo otro trabajo para ti.

Las conversaciones se habían alargado más de lo que Uliar había esperado, y había tenido tiempo suficiente de deshacerse de su moto y encontrar un lugar en el pasillo fuera del hangar delantero del A-1 donde podría esperar.

Había estado esperando alrededor de veinte minutos. Tiempo más que suficiente para que su tensión interna empezara a desaparecer y volviera a surgir de nuevo.

¿Dónde infiernos estaban Pressor y los otros?

Podía llamar a Pressor y preguntarle, por supuesto. Pero las comunicaciones entre diferentes Acorazados pasaban a través de un nódulo de conmutación central. Si C'baoth había asumido el control del sistema de comunicaciones al igual que había asumido el control de todo lo demás, eso le mostraría que Uliar no estaba en el A-4 como se suponía y le alertaría de que algo estaba pasando.

Y entonces, mientras intentaba encontrar otra manera de contactar con Pressor, les vio venir andando por el corredor: Lorana Jinzler y un humanoide de piel azul y ojos encendidos que tenía que ser el Comandante Mitth'raw'nuruodo.

Así que *era* un alienígena desconocido, o al menos uno que Uliar nunca había visto. Más importante, él no llevaba la ropa u otros atavíos que indicaran que era algún oficial de Coruscant. Uliar hizo una mueca, con una parte de su esperanza muriendo en su interior.

Pero sólo una parte. Ya fuera un genuino comandante militar o solamente algún pirata con un título asumido, Mitth'raw'nuruodo parecía determinado a evitar que pasasen a través de su territorio. Si Uliar podía persuadirle para que les ordenara volver a la República —o incluso si él y su banda eran capaces de saquear suficientes suministros del *Vuelo de Expansión* para que Pakmillu se viene forzado a regresar por repuestos— aún podrían ser capaces de conseguir que Palpatine hiciese algo a cerca de la creciente opresión de C'baoth sobre la expedición.

Por lo menos, Uliar y los otros tendrían entonces la oportunidad de saltar en una nave y encontrar algo más que hacer con sus vidas.

Jinzler y Mitth'raw'nuruodo estaban llegando hasta él… y con el resto del comité aún ausente, todo dependía de él. Tomando aire profundamente, abrió su boca para hablar.

Mejor dicho, intentó abrirla. Para su horror, su boca y su lengua se negaban a trabajar.

Lo intentó una y otra vez, mirando como Jinzler y Mitth'raw'nuruodo acortaban la distancia, su garganta y sus mejillas estaban tensas por el esfuerzo. Pero no funcionaba.

Y entonces estuvieron ahí, justo delante de él. Intentó ponerse delante de ellos, para mantenerlos al menos allí hasta que encontrase la manera de descongelar su boca. Pero sus piernas no funcionaron tampoco. Silenciosamente, les vio pasar de largo, ajenos a su urgencia, agonía e impotencia.

—¿Así que piensas traicionarme, Uliar? —llegó una tranquila voz hasta su oído.

El cuello de Uliar aún funcionaba, pero no había necesidad de girarse. Conocía esa voz demasiado bien.

—¿Realmente pensabas que podías conducir una moto por todo el Acorazado-Cuatro sin que mi gente del OpCom lo notara y me alertara? —continuó C'baoth—. De esta manera la traición siempre se traiciona a sí misma.

Con una sacudida como si fuese una pinza soltada repentinamente, Uliar sintió su boca liberada de la restricción de C'baoth.

—Esto no es traición —graznó—. Sólo queremos recuperar nuestra misión.

—*Mi* misión, Uliar —dijo C'baoth secamente—. *Mi* misión. ¿Quién más está dentro de esta pequeña y patética conspiración?

Uliar no respondió.

—Bien, vamos a ver —dijo C'baoth—. Discretamente, por supuesto, si tú quieres.

Como si Uliar tuviese otra opción. Con la mano de C'baoth posada relajadamente sobre su hombro, los dos hombres avanzaron por el corredor detrás de Jinzler y el alienígena de piel azul. Alcanzaron el hangar justo cuando los otros llegaban a la nave de Mitth'raw'nuruodo. A pocos metros más allá había una de las lanzaderas del *Vuelo de Expansión*…

Uliar sintió que se le cortaba la respiración cuando se dio cuenta de repente por qué el resto del comité no había aparecido. En lugar de traer a todo el mundo por los pasillos y turboascensores como un desfile improvisado, Pressor los había montado a bordo de una de las lanzaderas del A-4 y Mosh los había traído volando.

Lo que significaba que aún había una oportunidad. Todo lo que Pressor tenía que hacer era abrir la escotilla, y antes de que C'baoth se diese cuenta de lo que estaba pasando estarían enfrente de Mitth'raw'nuruodo, listos para suplicar por su causa. Seguramente incluso un Maestro Jedi no podría reprimir las palabras de todos ellos al mismo tiempo.

Pero la escotilla no se abrió. Con su lengua congelada de nuevo, Uliar observaba con impotencia como Mitth'raw'nuruodo hablaba brevemente con Jinzler, después entró en su lanzadera y cerró la escotilla.

Y con eso, su última oportunidad desaparecía.

La mano de C'baoth se clavó en la espalda de Uliar, empujándolo hacia delante.

—Y ahora —dijo el Jedi con fría satisfacción—, todo lo que me queda es decidir qué hacer con todos vosotros.

Jinzler se giró mientras se aproximaban, con una expresión de sorpresa ante su presencia.

—Jedi Jinzler —le saludó C'baoth—. Tengo otro trabajo para ti. Movió una mano casualmente hacia la silenciosa lanzadera.

La escotilla se abrió de golpe, lanzando a Pressor y a Mosh a fuera. Por la manera en la que cayeron sobre la cubierta, era obvio que habían estado empujando la escotilla con todo su peso cuando C'baoth liberó su agarre.

—Así que *estaban* intentando abrirla —murmuró Uliar.

—Claro que lo estaban —dijo C'baoth despectivamente—. Si una moto no puede escapar a mi control, ¿cómo esperas que lo haga toda una lanzadera? —Alzó la voz—. Vosotros —todos vosotros— salid. Quiero ver vuestras caras.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jinzler, mirando fijamente a la gente mientras empezaban a salir silenciosamente a la cubierta.

—Esto, Jedi Jinzler, es una conspiración —dijo C'baoth con una voz tan oscura como nunca había oído Lorana—. Esta gente aparentemente no aprecia todo el trabajo y el

esfuerzo que hemos invertido en hacer del *Vuelo de Expansión* un lugar lo más gratificante posible en el que trabajar y vivir.

—Tal vez simplemente no queremos *sus* ideas de lo que es gratificante —dijo Uliar—. Tal vez no queremos ser tratados como niños que no pueden decidir por sí mismos qué hacer con sus vidas.

—¿Tenéis la Fuerza? —contestó C'baoth—. ¿Podéis conectar con lo que mantiene unido el universo, y por tanto define automáticamente lo que es mejor para todos nosotros?

—No creo que la Fuerza quiera controlar cada aspecto de nuestras vidas —replicó Uliar—. Y *ciertamente* no creo que sea el portavoz elegido para ese control.

La cara de C'baoth se oscureció.

—¿Y quién eres *tú* para…?

—Maestro C'baoth —llamó una voz.

Uliar se giró. Parado en la entrada del hangar, mirándolos con una cara como esculpida en roca, estaba el Maestro Ma'Ning.

—Unas palabras con usted, por favor —dijo—. Ahora.

—¿Qué está haciendo aquí? —dijo C'baoth, y Lorana pudo sentir tanto sorpresa como sospecha emanando de él—. Debería estar en su puesto de trabajo.

—Unas palabras con usted, por favor —repitió Ma'Ning.

Bufando en voz baja, C'baoth caminó a grandes pasos a través de la cubierta hacia él. Lorana vaciló un momento, después le siguió.

—Será mejor que sea importante —advirtió C'baoth mientras alcanzaba al otro Maestro Jedi—. Tenemos trabajo que hacer.

—Lo es —le aseguró Ma'Ning, con su voz bajo meticuloso control—. He invertido gran cantidad de tiempo estos últimos días considerando y meditando sobre la situación a bordo del *Vuelo de Expansión*… y he llegado a la conclusión de que hemos sobrepasado nuestro lugar adecuado como guardianes y asesores de estas personas.

—Vaya con cuidado, Maestro Ma'Ning —le advirtió C'baoth con un toque de amenaza en su voz—. Está hablando con el líder legal y debidamente designado de esta expedición.

—Ese es usted —reconoció Ma'Ning—. Pero incluso el más poderoso y sabio de los Jedi puede a veces cometer un error. Es mi opinión que en su afán por guiar ha cruzado la línea hacia el gobierno total.

—Entonces su opinión está equivocada —contestó C'baoth llanamente—. Estoy haciendo lo que es necesario —y sólo lo que es necesario— para mantener la misión funcionando sin problemas.

—Otros estarían en desacuerdo —dijo Ma'Ning, sus ojos se posaron un momento, por encima del hombro de C'baoth, sobre la tripulación y sus familias reunidos al lado de la lanzadera que tomaron prestada—. En cualquier caso, ahora es un asunto que tienen que decidir todos los Jedi del *Vuelo de Expansión*.

C'baoth pareció retraerse un poco.

—¿Está sugiriendo que va a convocar un Círculo de Juicio?

—En realidad, Maestro C'baoth, ya he hecho los arreglos —dijo Ma'Ning—. El círculo se reunirá tan pronto como la situación con los Chiss haya sido resuelta.

Durante un largo momento los dos hombres se miraron uno a otro, y Lorana pudo sentir la tensión arqueándose a lo largo de la línea entre sus ojos.

—Entonces será reunido —dijo C'baoth por fin—. Y cuando concluya, entenderá que hago lo que es mejor para el *Vuelo de Expansión* y su gente.

Miró a Lorana:

—Todos vosotros lo entenderéis.

Se volvió hacia Ma'Ning.

—Hasta entonces, sigo estando al mando —continuó—. Regresará inmediatamente al Acorazado-Cuatro y se preparará para el combate.

Los labios de Ma'Ning se crisparon.

—¿Las negociaciones con el Chiss han fracasado?

—No había nada que negociar —dijo C'baoth—. Regrese al Acorazado-Cuatro.

Los ojos de Ma'Ning se posaron en Lorana, como si se preguntara si debía pedirle su opinión en esto. Pero si así fue, dejó la pregunta inarticulada.

—Muy bien —dijo, mirando de nuevo a C'baoth. Girándose, abandonó el hangar.

C'baoth respiró profundamente, dejando salir el aire en un largo y controlado suspiro.

—¿Sabías algo de esto? —preguntó tranquilamente.

Lorana sacudió la cabeza.

—No.

—Una pérdida de tiempo —dijo C'baoth despectivamente—. Aun así, si esto pone fin a esta peligrosa desunión, entonces puede convocar su pequeño círculo. Ahora, ven.

Girándose, la condujo hasta Uliar y los otros.

—Me pregunto de qué estarán hablando —murmuró Pressor al lado de Uliar.

—Ni idea —dijo Uliar, estudiando a los tres Jedi detenidamente. Incluso si hubiesen estado más cerca, la pésima acústica del hangar probablemente habría hecho su conversación imposible de oír.

Pero no la distancia ni la acústica podían ocultar sus expresiones… y para Uliar, estaba muy claro que ninguno de ellos estaba muy contento en esos momentos.

—Tal vez finalmente se están enfrentando —sugirió.

—Lo dudo —dijo Pressor—. Los Jedi están tan unidos como las planchas de cubierta.

—Sí, lo he notado —estuvo de acuerdo Uliar agriamente—. Probablemente sólo sea una diferencia de opinión sobre cómo aplastar a este Mitth-lo que sea.

—Probablemente. —Pressor se aclaró la garganta—. Sabes, Chas, me parece que todavía tenemos una carta que podríamos jugar —dijo bajando la voz incluso más—. Atrás en el área de almacenamiento del reactor de popa tenemos un par de droidekas

empaquetados para defensa de emergencia por intrusos. Si los sacamos y los dejamos sueltos, incluso los Jedi tendrán que sentarse y prestar atención.

Uliar bufó.

—Oh, prestarían atención, de acuerdo. Todos los cuerpos yaciendo alrededor serían una llamada de atención mortal. Esas cosas son demasiado peligrosas para que unos aficionados trasteen con ellas.

—Tal vez —dijo Pressor—. Pero aun así…

—Fin del descanso —le interrumpió Uliar cuando la conversación Jedi terminó. Ma'Ning se giró y dejó el hangar, mientras C'baoth y Jinzler conversaban un momento más y después se dirigían hacia la lanzadera. En opinión de Uliar, ambos parecían incluso menos contentos de lo que habían estado antes.

Llegaron al silencioso grupo de la lanzadera, y por un momento C'baoth les miró uno a uno como si memorizase sus caras.

—Jedi Jinzler, escoltarás a esta gente de vuelta al Acorazado-Cuatro —dijo por fin—. No, mejor pensado, llévalos al núcleo de almacenamiento y ponlos en el centro de entrenamiento Jedi.

Jinzler se volvió hacia él, con los ojos abiertos por la sorpresa.

—*¿El centro de entrenamiento?*

—No te preocupes, hay mucho espacio —dijo C'baoth—. He enviado a todos los estudiantes al Centro OpCom del Acorazado-Uno, donde pueden observar la próxima fusión con seguridad.

—Pero estarán encerrados allá abajo —la mirada de Jinzler fue de Uliar a los niños que agarraban firmemente las manos de sus padres—. Además, estamos en alerta máxima de combate —añadió—. Tienen que estar en sus puestos.

—¿Donde pueden predicar su sedición a otros? —contestó C'baoth oscuramente—. No. Estarán apartados de los problemas allá abajo hasta que tenga tiempo de decidir una solución más permanente.

Jinzler pareció darse ánimos.

—Maestro C'baoth…

—Obedecerás mi orden, Jedi Jinzler —dijo C'baoth. Su voz era tranquila, pero Uliar pudo escuchar el peso de su voluntad, edad e historia detrás—. Entre los Chiss y cualquier juego que este Sidious impostor está jugando, el *Vuelo de Expansión* no tiene tiempo ahora mismo de tratar con desacuerdos internos.

Y mientras Uliar observaba, el breve parpadeo de desafío de Jinzler se desvaneció.

—Sí, Maestro C'baoth —murmuró.

Con una mirada final a la gente que se alineaba en la cubierta, C'baoth se giró y se fue.

—¿Por favor, Uliar? —dijo Jinzler tranquilamente, evitando su mirada.

Uliar miró a través del hangar a la espalda menguante de C'baoth. Algún día, se prometió a sí mismo. Algún día.

—Ya habéis oído a nuestro amando maestro de esclavos Jedi —gruñó—. Todo el mundo a la lanzadera.

El palpitante cielo hiperespacial fluía alrededor de la nave de guerra Vagaari, más cercano, más vívido y más aterrador de lo que Car'das hubiera visto nunca. Con sólo una delgada capa de plástico entre él y las ondas, no podía quitarse de encima la sensación de la que en cualquier momento éstas podrían penetrar a través y llevárselo de la precaria seguridad de su burbuja en el casco, dejándole morir solo en la incomprensible inmensidad del universo. Intentó cerrar los ojos, o darse la vuelta para que su cara mirase hacia el casco. Pero de alguna manera eso lo hizo peor.

Y era un viaje de seis horas de vuelta a la base Crustai, seis horas de incierta agonía mental junto con la tensión emocional del cielo hiperespacial golpeando contra su ataúd transparente. Más de una vez se preguntó si conseguiría llegar con su cordura todavía intacta.

Nunca tuvo la probabilidad de descubrirlo. Menos de dos horas después de dejar el planeta natal geroon, el cielo hiperespacial se transformó repentinamente en líneas estelares y después en estrellas. Hubo un chasquido de alguna parte a su lado.

—¡Humano! —gruñó la voz de Miskara en su oreja.

Car'das se sobresaltó, golpeándose la cabeza contra el frío plástico. ¿Qué mundos…?

—*¡Humano!* —llegó la voz de nuevo.

Y esta vez se percató de que venía del dispositivo con forma de diamante sobre el que se había preguntado antes. Aparentemente, la versión Vagaari de un comunicador. Llegando torpemente sobre su hombro, lo cogió.

—Sí, ¿Su Eminencia?

—¿Qué es esta trampa a la que nos has conducido? —exigió saber el Vagaari, su tono envió un escalofrío a través del cuerpo de Car'das.

—No lo entiendo —protestó Car'das—. ¿Cogió su gente las coordenadas erróneas del ordenador del transporte?

—Hemos sido introducidos demasiado pronto en el espacio real —dijo el Miskara—. La red de naves robada ha sido usada contra nosotros.

Detrás de Car'das llegó el sutil chasquido de cerraduras mientras alguien se preparaba para abrir su prisión.

—¿Pero cómo podrían los Chiss haber planeado tal cosa? —preguntó, buscando a tientas las palabras antes de que pudiesen abrir la puerta. Si le llevaban ante el Miskara ahora, iba a morir de una forma rápida y muy desagradable—. Deben estar usándola con alguien más, y simplemente nos hemos topado con ella.

—¿Con todo el espacio para elegir? —replicó el Miskara. Aun así, Car'das pensaba que había oído un leve descenso en el nivel de rabia del otro—. Ridículo.

—Cosas más raras han ocurrido —insistió Car’das, sintiendo el sudor surgiendo en su frente.

Detrás de él, el casco se abrió. Car’das se tensó, pero los Vagaari de fuera meramente le lanzaron unos macrobinoculares de lanzadera Chiss a sus manos.

—Mira allá —le ordenó la voz del Miskara—. Cuéntame la historia de esa nave.

La puerta se cerró de nuevo detrás de él. Exhalando parte de su tensión, Car’das activó los macrobinoculares y escaneó el cielo frente a él.

El objeto de interés del Miskara no fue difícil de localizar. Era un conjunto de seis naves, enormes, dispuestas alrededor de un núcleo cilíndrico con extremos afilados.

Era el *Vuelo de Expansión*.

Respiró cuidadosamente.

—Nunca había visto nada como eso —le dijo al Miskara—. Pero coincide con la descripción de un proyecto de exploración y colonización a gran escala llamado *Vuelo de Expansión*. Hay cincuenta mil personas de mi gente a bordo de esas naves, con suficientes suministros en el núcleo de almacenamiento para que puedan subsistir durante varios años.

—¿Cuántas máquinas luchadoras tienen?

—No lo sé —dijo Car’das—. Habrá algunas, ciertamente, en su mayor parte esos enormes droidekas con trípode para usarlos como guardas de los límites de la colonia. Probablemente unos cuantos cientos de esos. Aunque la mayoría de sus droides serán de servicio y de reparaciones. Probablemente tendrán al menos veinte mil de esos tipos.

—¿Y esos esclavo mecánicos tendrán los mismos cerebros y mecanismos artificiales que las máquinas luchadoras?

Car’das hizo una mueca. Estaba muy claro a dónde quería llegar el Miskara con esto.

—Sí, probablemente todos puedan ser adaptados para el combate de alguna forma —estuvo de acuerdo—. Pero la gente de allí no va a lanzarlos simplemente sobre usted. Y esos Acorazados reúnen *muchísima* potencia de fuego.

—Tu preocupación es conmovedora —dijo el Miskara con la voz llena de sarcasmo—. Pero nosotros somos los Vagaari. Tomamos lo que queremos.

Hubo un chasquido, y el comunicador se apagó.

—Sí —murmuró Car’das—. Eso he oído.

—Allí —dijo Mitth’raw’nuruodo señalando a través del parabrisas del *Halcón Brioso*—. ¿Los ve, Comandante?

—Son un poco difíciles de pasar por alto —carraspeó Doriana, su garganta estaba tensa mientras miraba a las cientos de naves alienígenas que habían aparecido de repente en el borde de la trampa del campo de gravedad de Mitth’raw’nuruodo—. ¿Quién demonios son?

—Una raza nómada de conquistadores y destructores llamada los Vagaari —le dijo Mitth'raw'nuruodo.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó Kav, con la voz temblando—. ¿Cómo nos han encontrado?

—Imagino que tenemos que agradecérselo a Car'das —dijo Mitth'raw'nuruodo tranquilamente—. Ya que este sistema está en una línea directa entre la última posición Vagaari conocida y mi base Crustai.

Doriana miró fijamente al otro.

—¿Quiere decir que Car'das le ha *traicionado*?

—Car'das tiene sus propias preocupaciones y prioridades. —Mitth'raw'nuruodo alzó sus cejas intencionadamente hacia Doriana—. Al igual que todos nosotros.

No hubo una respuesta real a eso, al menos ninguna que Doriana estuviese interesado en expresar.

—¿Qué vamos a hacer con ellos? —preguntó en su lugar.

—Esperemos y veamos sus intenciones —dijo Mitth'raw'nuruodo girándose para mirar por el parabrisas del puente—. Tal vez colaboren.

Doriana frunció el ceño.

—¿Colaboren cómo?

Mitth'raw'nuruodo sonrió levemente.

—Paciencia, Comandante. Esperemos y veamos.

—Han aparecido repentinamente —llegó la voz de C'baoth desde el comunicador de Lorana, tranquila pero con un toque en ella que raramente había oído antes—. Alguna estrategia de los Chiss, imagino.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Lorana, manteniendo la voz baja mientras miraba delante de ella a la fila de hombres, mujeres y niños caminando al lado de montones de cajas de almacenamiento hacia el centro de entrenamiento Jedi. No había motivo para preocupar a esta gente más de lo que ya estaban.

—Hasta ahora, sólo esperan —le dijo C'baoth—. El Capitán Pakmillu me ha informado de que el diseño de sus naves es radicalmente diferente al de los Chiss, pero por supuesto eso no significa nada.

—¿Le ha preguntado al comandante sobre ellos? —preguntó Lorana. Uliar caminando al final de la fila de prisioneros, miró por encima de su hombro y empezó a caminar hacia ella—. Tal ven no tengan nada que ver con él.

C'baoth resopló.

—¿Con todo el espacio para ellos por el que navegar? Por favor…

—¿Qué está pasando? —preguntó Uliar suavemente.

Lorana vaciló. Pero todos en el *Vuelo de Expansión* estaban juntos en esto.

—Ha llegado una flota no identificada —le dijo—. Alrededor de doscientas naves, al menos un centenar de ellas parecen ser naves de guerra.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó C'baoth.

—Estamos intentando descubrir si son naves Chiss, aliados Chiss o alguien completamente diferente —continuó Lorana, ignorando la pregunta.

—¿Cómo son sus emisiones del reactor? —Preguntó Uliar—. ¿Es un espectro similar al de las naves de Mitth-lo que sea, o algo diferente?

—¿Quién *es* ése? —demandó C'baoth—. ¿Jedi Jinzler?

—El Técnico del Reactor Uliar dice que podemos deducir su identidad o afiliación por el espectro de las emisiones de su reactor —dijo Lorana.

—¿Y qué está haciendo precisamente el Técnico del Reactor Uliar fuera del confinamiento que ordené para él y para sus compañeros conspiradores? —preguntó C'baoth ácidamente.

—Estamos de camino hacia allí —dijo Lorana, sintiendo como se erosionaba su resolución bajo el peso y la presión de su personalidad—. Pensé que ya que es un experto en esas cosas…

—También tenemos expertos aquí arriba —la interrumpió C'baoth—. Expertos *leales*. Tú concéntrate en poner a Uliar donde no pueda causar más daños y deja la flota alienígena para…

Se detuvo cuando una voz melodiosa, o posiblemente dos, empezaron a hablar en el trasfondo.

—¿Qué es eso? —preguntó Lorana.

—Parecen estar saludándonos —dijo C'baoth. Las voces alienígenas se intensificaron cuando el Maestro Jedi se acercó hasta uno de los altavoces del puente.

Lorana escuchó atentamente. Era un lenguaje extraño, altamente musical, con un componente monótono distinto aparte.

—¿Uliar? —murmuró ella.

Él negó con la cabeza, con la frente arrugada por la concentración.

—Nunca antes había oído nada parecido —murmuró en respuesta—. Pero no suena como el tipo de lenguaje que unos humanoides como los Chiss utilizarían.

Lorana asintió mostrando su acuerdo.

—¿Maestro C'baoth? —le llamó—. No suena como…

—Pon a los conspiradores en el su área de confinamiento, Jedi Jinzler —la interrumpió C'baoth—. Después ve al Acorazado-Cuatro e informa al Maestro Jedi Ma'Ning en las burbujas de armamento —hubo un chasquido cuando apagó su comunicador.

Lorana suspiró.

—Sí, Maestro C'baoth —murmuró mientras devolvía el comunicador a su cinturón.

—Estamos en problemas, ¿verdad? —preguntó Uliar tranquilamente.

—Todos estaremos bien —le aseguró Lorana, intentado comunicar una confianza que no sentía. Primero Mitth'raw'nuruodo, y ahora esta nueva amenaza… y con la defensa

del *Vuelo de Expansión* descansando directamente sobre los hombros de su puñado de Jedi.

Y de repente tuvo un muy mal presentimiento sobre todo aquello.

—Necesito subir hasta el A-Cuatro para ayudar al Maestro Ma'Ning —le dijo a Uliar—. Mete a tu gente dentro, y cuando estos asuntos estén resueltos, solucionaremos vuestro problema.

Uliar resopló.

—No es *nuestro* problema.

Lorana hizo una mueca.

—Lo sé —admitió ella—. No te preocupes. Lo solucionaremos.

—Probablemente no responden porque no le entienden —le explicó Car'das tan pacientemente como su martilleante corazón le permitía—. Como he dicho, son de la misma región del espacio que yo, y no conocemos el idioma de los poderosos y nobles Vagaari.

—Pronto lo aprenderéis —le prometió fríamente el Miskara—. Mientras tanto, servirás de traductor.

Car'das hizo una mueca. Eso era todo lo que necesitaba: la gente del *Vuelo de Expansión* asumiendo que era un renegado o, peor, un traidor. *Lo que sea necesario*…

—Por supuesto, Su Eminencia —dijo—. Estoy humildemente preparado para servir al Miskara y al pueblo Vagaari de cualquier forma que desee.

—Por supuesto —dijo el Miskara, como si incluso la mínima vacilación por parte de Car'das fuese inimaginable—. Dime primero: ¿cómo de profundo dentro de las naves están almacenadas las máquinas luchadoras? ¿Estarán en la superficie o en lo profundo de su interior?

—En lo profundo de su interior —le dijo Car'das, sin saber si era cierto pero no queriendo tomarse el tiempo de intentar realmente pensar sobre ello.

—Bien —le dijo el Miskara con satisfacción—. Entonces podemos destruir tanto como queramos sin arriesgar nuestro premio.

Una sensación desagradable hormigueó a través de la piel de Car'das. Con un centenar de naves de guerra Vagaari tapando el paisaje estelar a su alrededor, las palabras del Miskara estaban tan cerca de una sentencia de muerte como nada que hubiese escuchado nunca.

Y él era el que había dirigido a los Vagaari en esa dirección.

—Ahora, di esto —continuó el Miskara—. Vosotros de la nave conocida como *Vuelo de Expansión*: nosotros somos los Vagaari. Os rendiréis o seréis destruidos.

22

—… O seréis destruidos.

Lorana miró a través de la burbuja de armas hacia Ma'Ning, hacia la tensa colocación de su boca. La primera voz de las naves desconocidas definitivamente no era humana. Esta definitivamente lo era.

Y el humano estaba hablando básico también. Eso no era bueno.

—¿Un prisionero de la República? —sugirió ella.

—O un traidor —dijo Ma'Ning desagradablemente—. De cualquier manera, esto va a hacer que las cosas sean más difíciles.

—De ningún modo —la voz de C'baoth llegó desde el altavoz del comunicador—. No hay nada que un traidor pueda haberles dicho que los haya preparado para el tipo de defensa coordinada que una fusión Jedi puede ofrecer.

—Con un centenar o más de naves de guerra a su disposición no creo que se preocupen demasiado sobre cuán estrecha es nuestra defensa —argumentó Ma'Ning.

—Paciencia, Maestro Ma'Ning —dijo C'baoth con la voz glacialmente en calma—. Confíe en la Fuerza.

—Están avanzando —les cortó la voz del Capitán Pakmillu—. Todos los puestos de armamento estén preparados.

Lorana respiró profundamente mientras se extendía en la Fuerza buscando energía y calma. Aquí estaba: la primera prueba auténtica para el sistema de control Jedi en el que C'baoth había invertido mucho tiempo para enseñárselo al resto.

—¿Qué dem…? —abruptamente, Ma'Ning se inclinó más sobre los despliegues de sus sensores—. ¿Maestro C'baoth?

—Los veo —dijo C'baoth—. Así que esta es la clase de enemigo a la que nos enfrentamos.

—¿Qué es? —preguntó Lorana, girando la silla hacia sus propios despliegues.

—Mira a las naves de guerra —dijo Ma'Ning—. ¿Ves todas esas burbujas de plástico en los cascos?

Lorana sintió contraerse su pecho.

—¡Hay gente dentro!

—Escudos vivientes —confirmó C'baoth, con la voz llena de desprecio—. El concepto de defensa más maligno y cobarde jamás creado.

—¿Qué vamos a hacer? —Preguntó Lorana con un repentino temblor en la voz—. No podemos masacrarlos simplemente.

—Coraje, Jedi Jinzler —dijo C'baoth—. Nosotros simplemente dispararemos entre los rehenes.

—Imposible —insistió Ma'Ning—. Ni si quiera con artilleros Jedi. Los turbolasers simplemente no son los suficientemente precisos.

—¿Me toma por tonto, Maestro Ma'Ning? —preguntó C'baoth mordazmente—. Por supuesto que no dispararemos hasta que estemos suficientemente cerca para tener la precisión necesaria.

—¿Y mientras tanto no quedaremos aquí y recibiremos *su* fuego? —argumentó Ma'Ning.

—En absoluto —dijo C'baoth, con un borde de maliciosa anticipación surgiendo en su voz—. Los Vagaari tienen una sorpresa aguardándoles. A todos los Jedi: preparaos para la fusión. Extendeos en la Fuerza… y después hacia los Vagaari.

—No están respondiendo —dijo el Miskara acusadoramente, como si el silencio del *Vuelo de Expansión* fuera culpa de Car'das.

—Tal vez todavía están consultando entre ellos, Su Eminencia —sugirió Car'das, desviando la mirada de un lado a otro por el espacio. Las naves Vagaari habían empezado a acortar distancias entre ellas y el *Vuelo de Expansión*, moviéndose a la vez en conjuntos de grupos de estrecha formación que le proporcionaría la protección de solapar los escudos delanteros.

Estaban preparados para atacar.

Y todavía nada del *Vuelo de Expansión*. O de Thrawn, a todo esto. Sus naves tenían que estar por aquí en alguna parte. ¿Pero dónde?

—Les transmitirás un nuevo mensaje —le ordenó el Miskara—. El tiempo para el debate ha terminado. Os rendiréis ahora o…

Y en medio de la frase, su voz se disolvió abruptamente en un balbuceo confuso.

Car'das frunció el ceño, presionando el comunicador contra su oreja. El puente entero parecía haberse colapsado en el mismo balbuceo impotente, como si toda la tripulación estuviera teniendo un ataque mental masivo.

Lo que, él sospechaba, era exactamente lo que había pasado.

Miró de nuevo hacia el *Vuelo de Expansión*, un escalofrío desagradable le recorrió de arriba a abajo. Había oído las historias sobre todas las formas en las que los Jedi podían usar sus trucos de control mental para confundir a los atacantes, desde crear falsos ruidos en sus oídos hasta incapacitarlos para centrarse en los controles o en los sistemas de armamento. Pero mientras que las historias también afirmaban que un grupo de ellos unido podía usar ese poder a escala masiva, él nunca había oído que algo como esto hubiese ocurrido realmente.

Hasta ahora.

Y con eso, él sabía, todo había terminado. La carta final había resultado ser un doble nueve, y el resto era tan fijo e inevitable como una órbita planetaria.

Con el comunicador todavía pegado a su oreja, se dispuso a esperar el fin.

—Así que sus historias eran correctas —murmuró Mitth'raw'nuruodo—. Sus Jedi han atravesado la distancia hasta los Vagaari y han entumecido o destruido sus mentes.

—Eso parece —estuvo de acuerdo Doriana, sintiéndose él mismo un poco entumecido. Incluso si sólo los comandantes Vagaari y los artilleros habían sido afectados, y dado el hecho de que los alienígenas no habrían tenido ningún aviso de lo que se les venía, era un hecho aterrador.

Y había sido realizado por un puñado de Maestros y Caballeros Jedi.

Predeciblemente, fue Kav quien rompió el atemorizado silencio primero.

—¿Y nuestra parte es quedarnos sentados y no hacer nada? —incitó.

—Nuestra parte es hacer aquello para lo que vinimos —dijo Mitth'raw'nuruodo. Llegando hasta su panel, pulsó un botón—. Es hora de que mueran los Vagaari.

—¿Los *Vagaari*? —Repitió Kav—. ¡No! Le di mis cazas para usarlos contra el *Vuelo de Expansión*.

—No me dio los cazas en absoluto —le corrigió Mitth'raw'nuruodo fríamente. Adelante, los cazas droide estaban ascendiendo en oleadas desde su área de almacenamiento en el asteroide, dirigiéndose a toda velocidad contra los grupos de naves de guerra Vagaari—. *Yo* decidiré como usarlos.

Kav gruñó algo en su propio lenguaje.

—No se saldrá con la suya —dijo.

—Vaya con cuidado, Vicelord —le advirtió Mitth'raw'nuruodo, con sus relucientes ojos relampagueando hacia el neimoidiano—. No olvide que los cazas no son la única tecnología neimoidiana que he tomado.

Doriana sintió un repentino cosquilleo en la nuca. Se dio la vuelta, esperando encontrar los dos droidekas que Mitth'raw'nuruodo había cogido del *Oscura Venganza* parados detrás de ellos en posición de combate.

Pero no había nada allí.

—No, Comandante, los droides de combate no están aquí —le aseguró Mitth'raw'nuruodo—. Están donde pueden ser mucho más útiles.

—¿Y dónde es eso? —preguntó Doriana.

—¿Dónde más? —dijo Mitth'raw'nuruodo sonriendo tensamente—. En el puente de la nave insignia Vagaari.

El repentino tartamudeo múltiple de fuego láser en su oído envió a Car'das bruscamente hacia un lado, y se golpeó el codo contra el borde de la burbuja mientras apartaba el comunicador precipitadamente. Su cabeza todavía resonaba mientras al fuego rítmico de los droidekas se le unían los disparos más deliberados de los rifles de los cuatro droides de combate. Aparentemente, Thrawn había colocado un patrón secundario de control bajo el programa que Car'das había establecido antes para el Miskara. Los sonidos de disparos

cambiaron sutilmente mientras los droides empezaron a moverse por el puente, matando a los impotentes artilleros y comandantes.

Y mientras sistemáticamente cortaban la cabeza de la jerarquía de liderazgo Vagaari, los cazas droides llegaron.

La primera y segunda oleadas brillaron en lo alto sin desacelerar, pasando por el caso a escasos cinco metros de la cara de Car'das mientras se dirigían hacia los grupos de naves Vagaari en la distancia. La tercera oleada llego en modo de combate total, barriendo con sus cañones láser la nave insignia con una brillante capa de fuego. Car'das se sobresaltó, pero casi antes de que tuviera tiempo de asustarse, ellos también pasaron, dejando trozos de casco despedazados y chorros blancos de escapes de aire en su estela. Parpadeando contra las múltiples imágenes persistentes púrpura, miró con atención a través de los disipantes gases hacia las otras burbujas a su alrededor, temiendo a medias lo que podría ver.

Pero los cazas los habían evitado. En cada una de las burbujas de su campo de visión, los rehenes geroon seguían vivos… aterrorizados, ciertamente, alguno de ellos arañando sin ningún cuidado el plástico como su intentaran cavar un túnel para salir. Pero estaban vivos. Con los Jedi del *Vuelo de Expansión* previniendo que los artilleros Vagaari defendiesen sus naves, con la afilada precisión de los sistemas electrónicos de fijación de blancos de los droides y su ataque de aproximación cercana, los cazas se habían abierto paso limpiamente a través del casco de las naves de guerra entre los escudos vivientes Vagaari.

Y no solo a bordo de la nave insignia. A su alrededor, Car'das podía ver nubes de restos y escapes de aire envolviendo las cercanas naves de guerra Vagaari, la niebla centelleaba con la fiera incandescencia de los motores de los cazas mientras acababan cada grupo de objetivos y se movían hacia el siguiente. Ya en este primer ataque, estimaba que el asalto de Thrawn había destruido un cuatro de las naves de guerra alienígenas.

Y todavía no había respuesta del resto. La cuestión ahora era si el control Jedi de los alienígenas duraría suficiente para que los cazas terminasen el trabajo. Activando sus macrobinoculares, escuchando a medias la carnicería unilateral que seguía bajo él en el puente, se centró en el *Vuelo de Expansión*.

No era como nada que Lorana hubiese sentido antes. Como nada que hubiese soñado que alguna vez sentiría, o para lo que necesitaría prepararse. Mientras se sumergía en la fusión Jedi, dejando que C'baoth la guiase a ella y a los otros mientras esparcían confusión entre los comandantes y artilleros Vagaari, las mentes alienígenas que ella estaba envolviendo de repente empezaron a explotar y morir.

No sólo unas pocas muertes, pequeñas ondas de sensación que podría haber latido dolorosamente pero controlablemente contra su conciencia. Estas muertes llegaban en un

torrente atronador, onda tras onda de miedo, agonía y rabia que golpeaban contra su ya sobresaturada y vulnerable mente. Ella podía sentirse tambaleante, sus manos buscaban ciegamente algo a lo que agarrarse mientras su cuerpo reaccionaba a su desorientación. Hubo un dolor punzante en su hombro y su cabeza; lejanamente, se percató de que se había caído de la silla sobre la cubierta. Podía sentirse a sí misma temblando incontrolablemente; podía sentir las reacciones de los demás fluyendo a través de la fusión, alimentando su debilidad así como su propio dolor alimentaba la de ellos. Las voces de mil alienígenas gritaron directamente en su cerebro cuando sus fuerzas vitales fueron destruidas, con mil más esperando tras ellos.

Al lado de Doriana, Mitth'raw'nuruodo aspiró profundamente.

—*Ch'tra* —ordenó.

Y moviéndose como una sola unidad, la flota Chiss surgió.

—¿Es el momento de unirse a la fiesta? —preguntó Doriana, todavía observando con sombrío asombro mientras oleadas de cazas droide se abrían paso metódicamente a través de las naves Vagaari.

—No —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Es el momento de empezar una por nuestra cuenta.

Y sólo entonces Doriana vio que el *Halcón Brioso* y el resto de naves Chiss se dirigían hacia el *Vuelo de Expansión*. Apretó los puños, esperando tensamente que los artilleros de los Acorazados divisaran su nueva amenaza y abriesen fuego.

Pero no ocurrió nada. El *Halcón Brioso* voló a través del rango de combate efectivo de los turboláseres, pasando sin ningún desafío por la zona de los puntos de defensa, y con mínimas turbulencias atravesó los escudos cerca de la proa del Acorazado más cercano. Las otras naves Chiss se separaron de los flancos del *Halcón Brioso*, desplegándose hacia los otros Acorazados mientras el *Halcón Brioso* dejaba su vector de intercepción para volar pegado al casco de su Acorazado elegido.

Y abrieron fuego.

Golpearon primero las burbujas de armamento, el brillante fuego azul de los láseres Chiss desgarraba blindaje, condensadores y equipo de recarga y se introducía profundamente en las propias burbujas. Los generadores de escudo fueron los siguientes, el *Halcón Brioso* zigzagueó a lo largo del casco del Acorazado mientras los fijaba y destruía uno por uno. Todo se hacía con extrema eficiencia, advirtió una pequeña parte de la mente de Doriana, sin desperdiciar ni un solo movimiento. Claramente, Mitth'raw'nuruodo había hecho un buen uso de las lecturas técnicas que le había facilitado.

Y entonces, para su sorpresa, el *Halcón Brioso*, hizo un giro cerrado alejándose del casco y dirigiéndose de nuevo al espacio profundo. Más allá de la nube en expansión de destrucción, pudo ver a las otras naves Chiss haciendo lo mismo.

—¿Algo va mal? —preguntó, mirando por el cielo por si un nuevo peligro hubiese aparecido, causando que Mitth'raw'nuruodo cesara el ataque.

—Nada va mal —dijo Mitth'raw'nuruodo, sonando perplejo—. ¿Por qué?

—Pero ha cesado el ataque —dijo Kav, claramente tan desconcertado como Doriana—. Aún yacen indefensos ante usted.

—Por eso precisamente me he detenido —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Maestro Jedi C'baoth; líderes del *Vuelo de Expansión*. Su nave ha sido desarmada, su propia habilidad para defenderse destruida. Le ofrezco esta última oportunidad para rendirse y regresar a la República.

—¿*Qué*? —gritó Kav con los ojos desorbitados—. Pero iba a *destruirlos*.

—Siempre y cuando vuelva a estar al mando, Vicelord Kav, tal decisión será suya —dijo Mitth'raw'nuruodo fríamente—. Pero no ahora. *Vuelo de Expansión*, espero su decisión.

A través de la reverberante neblina de mentes muriendo que todavía le gritaban, a través del humo, los escombros y los distantes lamentos de los heridos, Lorana fue consciente de que estaba muriendo.

Probablemente de asfixia, decidió, mientras advertía que sus pulmones estaban trabajando pero muy poco o nada de aire llegaba hasta ellos. Intentó moverse, pero sus piernas parecían estar clavadas de algún modo a la cubierta. Intentó extenderse en la Fuerza, pero con las agonías mortales de los Vagaari uniéndose ahora con las muertes más cercanas de sus compañeros parecía no poder centrar sus pensamientos.

Algo frío y metálico se cerraba alrededor de su cintura.

Abrió los ojos para encontrar un droide de mantenimiento tirando de su brazo.

—¿Qué estás haciendo? —graznó ella. Fue una humilde sorpresa descubrir que tenía aire suficiente incluso para hablar. Experimentalmente, intentó respirar profundamente.

Y sintió una agradecida frescura mientras el aire entraba en sus pulmones.

Parpadeó para deshacerse de la niebla que empañaba sus ojos y observó a través de los escombros arremolinados. Había una larga cuchillada dentada a lo largo del techo sobre ella, indudablemente la razón de la repentina descompresión de la burbuja de armamento. Extendidas a lo largo del corte había una docena de planchas de metal retorcido que parecían haber sido arrancadas de las paredes. Media docena de pequeños droides trabajadores de metal estaban trepando por encima de ellas, llenando la sala con nubes de chispas mientras soldaban apresuradamente las planchas sobre la abertura.

Yaciendo en la cubierta en mitad de la sala, extendiendo los brazos hacia el techo mientras usaba la Fuerza para sostener las planchas que aún no habían soldad en su lugar, estaba Ma'Ning.

Lorana no podía ver gran parte de su cuerpo con los escombros de la sala de control esparcidos a lo largo de su línea de visión. Pero pudo ver suficiente para que se le

revolviera el estómago. Él debía de haber recibido todo el impacto de uno de los disparos láser, llevándose la agonía del propio disparo así como el impacto de los pedazos de metal destrozado que había provocado.

—Maestro Ma'Ning —jadeó ella, intentando levantarse. Pero sus piernas se negaban todavía a funcionar.

—No, déjalo —dijo Ma'Ning. Su voz era tensa paro todavía transmitía la autoridad de un Maestro Jedi—. Es demasiado tarde para mí.

—Para… —Lorana se interrumpió, con un repentino filo de horror atravesándola. Con el ataque y su asfixia, había perdido completamente su conexión con la fusión Jedi que había bloqueado tan exitosamente el ataque Vagaari.

Ahora, mientras intentaba extenderse hacia ella, descubrió que se había desvanecido por completo.

—No —susurró para sí misma. Pero no había ninguna duda. Cuando sus atacantes habían atacado las burbujas de armamento, habían atacado consciente o inconscientemente también a los Jedi.

Y con sólo una o dos aturdidas y atontadas excepciones, estaban muertos.

Todos ellos.

—Yo debí haber… intentado pararle… antes —murmuró Ma'Ning, su voz se debilitaba mientras perdía fuerzas rápidamente—. Pero él era… un Maestro Jedi… *Maestro* Jedi…

Con un esfuerzo, Lorana apartó el horror paralizante.

—No hable —dijo, intentando moverse de nuevo—. Deje que le ayude.

—No —dijo Ma'Ning—. Demasiado tarde… para mí. Pero no… para los otros —una de sus extendidas manos se desvió hacia ella, y una sección doblada de la viga que mantenía sus piernas clavadas a la cubierta se levantó unos pocos milímetros y se apartó con un estruendo—. Tú puedes… ayudarles.

—Pero no puedo dejarle —protestó Lorana. De nuevo intentó levantarse, y esta vez lo consiguió.

—Estoy… más allá de tu ayuda —dijo Ma'Ning con una profunda tristeza en la voz—. Vete. Ayuda a aquellos… que todavía pueden… ser ayudados.

—Pero……

—¡No! —gritó Ma'Ning, su cara se convulsionó con un espasmo repentino—. Eres… un Jedi. Has… jurado… servir a otros. Vete… vete.

Lorana tragó.

—Sí, Maestro. Yo… —se detuvo buscando las palabras adecuadas. Pero no había ninguna.

Tal vez Ma'Ning tampoco pudo encontrar ninguna.

—Adiós… Jedi Jinzler —dijo simplemente, con una sonrisa fantasmal en sus labios.

—Adiós, Maestro Ma'Ning.

La sonrisa de Ma'Ning se desvaneció, y alzó la mirada de nuevo a los droides reparadores y a su trabajo. Girándose, Lorana aceleró el paso a través de los escombros hacia la puerta.

Sabía que nunca volvería a verle.

La puerta, cuando llegó hasta ella, estaba cerrada. Extendiéndose lo mejor que puedo en la Fuerza, se las apañó para abrirla lo suficiente para pasar. El pasillo de fuera estaba casi tan mal como la propia burbuja, con paredes colapsadas y trozos de techo por la cubierta. Pero aquí, al menos, los atacantes no habían podido penetrar completamente por el casco y abrirlo al espacio.

Las puertas blindadas, diez metros más adelante por el pasillo en cada dirección, se habían cerrado cuando la burbuja se descomprimió, sellando esta sección del resto de la nave. Pero con la brecha cerrada y los suministros de oxígeno de emergencia presurizando el área, la puerta blindada delantera se abrió para Lorana sin protestar.

En la distancia podía oír gritos y alaridos, y pudo sentir el miedo y el pánico tras ellos. Pero por el momento esa gente no era su preocupación inmediata. Los Acorazados estaban bien equipados con cápsulas de escape, donde los supervivientes podían refugiarse mientras los droides reparaban el casco.

Pero había un grupo de gente que no tendría esa oportunidad: los cincuenta y siete conspiradores así llamados que C'baoth había ordenado encerrar en el núcleo de almacenamiento.

La gente que *ella* había encerrado en el núcleo de almacenamiento.

Sus piernas empezaban a latir donde la viga le había caído. Extendiéndose en la Fuerza para suprimir el dolor, se dirigió en una coja carrera hacia el pilar turboascensor más cercano.

—¡Hicimos un trato! —Gruñó Kav—. ¡Usted iba a destruir el *Vuelo de Expansión* por nosotros!

—Yo nunca hice un trato de ese tipo —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Estuve de acuerdo únicamente en hacer lo que estimase necesario para eliminar la amenaza planteada por la expedición.

—Eso *no* era lo que queríamos —insistió Kav.

—No estaba en posición de exigir nada —le recordó Mitth'raw'nuruodo—. Ni tampoco ahora.

Hubo un repentino siseo del comunicador.

—Así —gruño una voz casi irreconocible—. ¿Crees que has ganado, alienígena? —la pantalla cobró vida… y un escalofrío helado recorrió la espalda de Doriana.

Era Jorus C'baoth, pálido y despeinado, con la ropa rasgada y salpicada de sangre, un lado de su cara estaba quemado. Pero sus ojos llameaban con el mismo fuego arrogante

que Doriana había visto aquel día, hace tanto tiempo, en la oficina del Canciller Supremo Palpatine.

Buscó a tientas la manga de Mitth’raw’nuruodo.

—Kav tiene razón: tiene que destruirlos —siseó con urgencia—. Si no lo hace, estamos muertos.

Los ojos de Mitth’raw’nuruodo se fijaron en él, y de nuevo en el comunicador.

—De hecho, he ganado —le dijo a C’baoth—. Sólo tengo que dar una única orden… —su mano se elevó levemente en su panel de control, las puntas de sus dedos se posaron sobre un interruptor tapado bordeado en rojo—… y usted y toda su gente morirán. ¿Tanto vale su orgullo?

—Un Jedi no cede ante el orgullo —profirió C’baoth—. Ni cede ante amenazas vacías. Sólo sigue los dictados de su propio destino.

—Entonces escoja su destino —dijo Mitth’raw’nuruodo—. Me dijeron que el papel de los Jedi era servir y defender.

—Se lo dijeron mal —contestó C’baoth—. El papel de los Jedi es liderar y guiar, y destruir todas las amenazas —la comisura que no estaba quemada de su boca se alzó en una sonrisa amarga.

Y sin previo aviso, la cabeza de Thrawn se sacudió hacia atrás, todo su cuerpo presionaba contra su asiento. Su mano salió disparada hacia su garganta, cerrándose inútilmente a su alrededor.

—¡Comandante! —gritó Doriana, agarrando de manera refleja el cuello del uniforme de Thrawn.

Pero sin resultado. El poder invisible que estaba estrangulando su vida no era algo físico que Doriana pudiese apartar. C’baoth estaba usando la Fuerza… y no había nada que Doriana o cualquier otro pudiera hacer para pararle.

En unos minutos, Mitth’raw’nuruodo estaría muerto.

Lorana estaba en un turboascensor bajando por el pilar delantero cuando sintió el ataque de C’baoth resonar a través de su mente como el sonido de un martillo distante. Durante un minuto eso la dejó desconcertada, sintiendo su cólera, su frustración y su orgullo, preguntándose qué mundos estaba haciendo.

Y luego, abruptamente, la espeluznante verdad cortó a través de ella como la hoja de un sable láser.

—¡No! —Gritó de forma refleja hacia el techo del turboascensor—. ¡Maestro C’baoth —no!

Pero era demasiado tarde. En su firme sed de venganza, Jorus C’baoth, Maestro Jedi, se había pasado al Lado Oscuro.

Una oleada de dolor y de asco barrió sobre Lorana, tan agonizante como la sal en una herida abierta. Nunca había visto caer a un Jedi. Había sabido que podía ocurrir, y que de

hecho había ocurrido muchas veces a lo largo de la historia. Pero siempre había parecido algo confortablemente distante, algo que nunca podría ocurrirle a nadie que ella conociese.

Ahora había ocurrido… e inmediatamente después de la ola de dolor vino una ola aún más energética de culpabilidad.

Porque ella había sido su Padawan, la persona que había pasado la mayor parte del tiempo con él. La única persona, le había sugerido una vez el Maestro Ma'Ning, a la que realmente podría haber escuchado.

¿Pudo impedir ella esto? ¿Debería haberse enfrentado a él antes, con o sin el apoyo de Ma'Ning o los otros, cuando empezó a reunir poder y autoridad para sí mismo? Ciertamente había intentado hablar con él en privado en más que una ocasión. Pero cada vez él le había quitado importancia a sus preocupaciones, asegurándole que todo estaba bien. ¿Debería haberle presionado con más contundentemente? ¿Haberle obligado de alguna manera a escuchar?

Pero no lo había hecho. Y ahora era demasiado tarde.

¿O no?

—No tenemos que matar a nadie —murmuró, enfocando su mente hacia el A-1, intentando desesperadamente enviar el pensamiento o al menos la sensación de éste. Buscó a tientas su comunicador, y descubrió que lo había perdido en el ataque de la burbuja de armamento—. No tenemos que matarlos —continuó, suplicándole—. Podemos simplemente irnos a casa. Todo lo que quieren de nosotros es que vayamos a *casa*.

Pero no hubo respuesta. C'baoth indudablemente podía sentir su protesta, pero todo lo que ella podía sentir en respuesta era su indiferencia ante su angustia, y su determinación para continuar en el camino en el que ahora se había colocado a sí mismo. Ciertamente era demasiado tarde.

Tal vez, susurró una pequeña voz en su interior, siempre fue demasiado tarde.

El turboascensor se detuvo y la puerta se abrió en el núcleo de almacenamiento. Durante un minuto largo se quedó parada en la entrada, preguntándose si debería dejar a los prisioneros donde estaban por ahora e intentar alcanzar el A-1.

Pero nunca lo conseguiría a tiempo. E incluso si lo hacía, no le serviría de nada. Podía sentir la rígida determinación de la mente de C'baoth, y sabía por experiencia que aunque estuviese a su lado no había nada que pudiese decir o hacer ahora para detenerle. Continuaría con su ataque hasta que hubiese matado al Comandante Mitth'raw'nuruodo, y después hasta que hubiese matado al resto de los Chiss de allá afuera.

Con el corazón dolorido, salió al núcleo de almacenamiento y fue cojeando hacia los miembros de la tripulación atrapados y sus familias. Incluso un Jedi, pensó amargamente, sólo podía hacer algunas cosas.

Pero lo que pudiese hacer, lo haría.

La tripulación del puente estuvo allí en cuestión de segundos, apartando a un lado a Doriana de un empujón y agrupándose alrededor de Mitth'raw'nuruodo mientras luchaban por liberarle del ataque invisible que le estaba matando. Pero sus esfuerzos eran tan inútiles como lo habían sido los de Doriana.

Parado en el borde de la frenética actividad, Doriana miró la pantalla del comunicador e intentó pensar desesperadamente. Si el ataque Chiss hubiese debilitado lo suficiente a C'baoth… pero no había signos de debilidad en los llameantes ojos de esa cara arruinada. ¿Podría Doriana apagar el dispositivo, entonces, y al menos robarle al Jedi la visión de su víctima? Pero Doriana no tenía ni idea de dónde estaba el control, y no hablaba ningún idioma que el resto de la tripulación del puente pudiese entender. Además, no estaba seguro que apagar el dispositivo sirviese para algo de todas formas.

Y entonces, su mirada pasó de la cara de C'baoth al panel de control de Thrawn. El panel, y el interruptor bordeado de rojo.

Podría no ser nada. Pero era todo lo que tenía. Apartado a la tripulación que estaba en su camino, levantó la tapa y presionó el interruptor.

Y entonces, del mismo modo que machacaban despiadadamente las naves de guerra Vagaari, los cazas droide dejaron repentinamente su ataque y se alejaron.

Car'das frunció el ceño, apretando los macrobinoculares tensamente contra su cara. Un considerable porcentaje de la flota Vagaari todavía seguía intacta, las naves supervivientes intentaban alcanzar alocadamente el borde del campo gravitatorio del proyector de Thrawn. Aun así, todos los cazas se estaban marchando. ¿Habían agotado sus motores de combustible sólido?

Contuvo la respiración. No; los cazas no estaban huyendo de los Vagaari. Estaban dirigiéndose *hacia* el *Vuelo de Expansión*.

Todavía estaba mirando con incredulidad cuando la primera oleada golpeó.

No simplemente *atacando*, disparando con cañones láser y torpedos de energía. Literalmente *golpearon* contra los Acorazados, estrellándose a toda velocidad contra sus cascos y vaporizándose en brillantes destellos con la fuerza de sus impactos. La segunda oleada hizo lo mismo, este grupo golpeó diferentes secciones de los cascos de los Acorazados. A través del humo y los escombros llegaron la tercera y la cuarta oleada, estos grupos derramaron fuego láser y torpedos de energía contra las dañadas burbujas de armamento y los generadores de escudo.

Y con un escalofrío repentino, Car'das lo entendió. Las primeras dos oleadas de cazas no habían estado intentando traspasar el grueso blindaje de los Acorazados. Su objetivo había sido meramente crear abolladuras en el casco en puntos muy específicos.

Los puntos donde se encontraban las puertas blindadas interiores.

Y ahora, con esas puertas incapacitadas o lo suficientemente combadas para prevenir un cierre hermético adecuado, el resto de los cazas estaban abriendo el *Vuelo de Expansión* al espacio.

Más nubes de escombros salían de los flancos del *Vuelo de Expansión* cuando los cazas se abrieron paso disparando a través de los cascos, descargando nuevas olas de muerte repentina a través de las áreas más exteriores de los Acorazados.

Pero con todo el efecto que hubiese tenido el ataque en él, C'baoth parecía no haberlo notado. Su cara permanecía tan dura como un yunque, sus ojos ardían sin parpadear a través del puente del *Halcón Brioso*.

Y Thrawn seguía muriendo.

Doriana apretó los puños con impotencia. Así que finalmente había acabado. Si este segundo asalto había fracasado en matar C'baoth, era porque se había escondido lejos del vacío que ahora se llevaba toda vida de las secciones más externas de los Acorazados. A pesar de los delgados mamparos y las puertas blindadas de las secciones interiores de las naves, no había ninguna manera de que los cazas droide pudieran despejar el laberinto de cubiertas y compartimentos a tiempo.

Una extraña formación captó su atención cuando apareció en el exterior de los ventanales: un par de cazas volando en estrecha formación con un grueso cilindro enganchado entre ellos. No sólo un par, vio ahora Doriana, sino diez de ellos, dirigiéndose a toda velocidad hacia el *Vuelo de Expansión*.

Recordó que Kav había mencionado este proyecto particular de Mitth'raw'nuruodo, y la despectiva consideración del vicelord de los cilindros como alguna clase de tanques de combustible inútiles. Frunciendo el ceño, observó como, de uno en uno y de dos en dos, los pares de cazas se introducían a través de los nuevos agujeros abiertos en los cascos de los Acorazados y desaparecían en su interior.

Durante un momento, no ocurrió nada. Entonces, abruptamente, una neblina azul claro salió hacia afuera por las aberturas, casi invisible entre las nubes flotantes de escombros.

Y con un repentino jadeo, Mitth'raw'nuruodo calló hacia delante contra su panel.

—¿Comandante? —le llamó Doriana, intentando pasar entre el círculo de tripulantes.

—Estoy… bien —jadeó el otro, frotando su garganta con una mano mientras rechazaba asistencia con la otra.

—Creo que le alcanzó —dijo Doriana, mirando a la pantalla del comunicador. C'baoth ya no estaba a la vista—. Creo que C'baoth está muerto.

—Sí —confirmó Mitth'raw'nuruodo con la voz tranquila—. Todos ellos… están muertos.

Una extraña sensación subió por la espalda de Doriana.

—Eso es imposible —dijo—. Sólo había una o dos de esas bombas en cada Acorazado.

—Una era todo lo que se necesitaba —dijo Mitth'raw'nuruodo con una tristeza que Doriana nunca antes le había oído—. Son un tipo de arma muy especial. Un tipo muy terrible. Una vez dentro de la barrera protectora del blindaje externo de una nave de guerra, explotan en una onda aniquiladora de radiación. La onda atraviesa pisos, muros y techos, destruyendo toda vida.

Doriana tragó.

—Y ya las tenía preparadas para partir —se oyó decir a sí mismo.

Los ojos de Mitth'raw'nuruodo se fijaron en los suyos.

—No eran para el *Vuelo de Expansión* —dijo, y se dibujó una expresión en su cara que hizo que Doriana retrocediera un paso—. Eran para usarlas contra las naves de guerra más grandes de los Vagaari.

Doriana hizo una mueca.

—Ya veo.

—No, no lo *ve* —replicó Mitth'raw'nuruodo—. Porque ahora, en su lugar, tendremos que destruir al resto de los Vagaari a bordo de las naves incapacitadas en un combate cuerpo a cuerpo —señaló fuera de los ventanales—. Pero aún, algunas de las naves de guerra y trasportes civiles han escapado al espacio profundo, donde tendrán tiempo de reconstruir y quizá un día vuelvan a ser una amenaza para esta región del espacio.

—Lo entiendo —dijo Doriana—. Lo siento.

Para su sorpresa, se dio cuenta de que quería decir eso.

Durante un largo momento Mitth'raw'nuruodo le miró en silencio. Entonces, lentamente, algunas de las líneas de tensión desaparecieron de su cara.

—Ningún guerreo tiene todo el control que le gustaría —dijo, con la voz más calmada paro aún preocupada—. Pero desearía que esto pudiese haber sido de otra manera.

Doriana miró a Kav. Milagrosamente, el neimoidiano había tenido el sentido común de mantener su boca cerrada.

—¿Qué ocurrirá ahora?

—Como he dicho abordaremos las naves de guerra Vagaari —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Una vez que las hayamos asegurado, liberaremos a los geroons de sus prisiones.

Doriana asintió. Y así eso era todo. El *Vuelo de Expansión* estaba destruido, sus Jedi —especialmente C'baoth— todos muertos. Había acabado.

Todo, excepto un pequeño cabo suelto. *No importa el resultado*, resonó la voz de Kav en su mente, *al final este Mitthrawdo tendrá que morir*.

Y en el vertiginoso caos del asalto a una nave, ocurrían accidentes inevitablemente.

—Me preguntaba si podría acompañar a la fuerza de ataque —dijo—. Me gustaría observar a los soldados Chiss en acción.

Mitth'raw'nuruodo inclinó levemente su cabeza.

—Como desee, Comandante Stratis. Creo que lo encontrará muy instructivo.

—Sí —estuvo de acuerdo Doriana—. Estoy seguro.

Las vibraciones de los Acorazados superiores, transmitidas débilmente a través del metal de los pilares de conexión, finalmente terminaron.

—¿Ha terminado? —preguntó Jorad Pressor tímidamente.

Cuidadosamente, Lorana dejó caer su mano del mamparo donde se había estado sujetando. La horrible y repentina inundación de muerte desde arriba finalmente había acabado también, sin dejar nada detrás.

Nada.

—Sí —dijo, esforzándose en darle al niño una sonrisa alentadora—. Todo ha terminado.

—¿Entonces podemos volver arriba?

Lorana alzó la mirada hacia el padre de Jorad, y la apretada mueca de su boca. Los niños podrían no entenderlo, pero los adultos sí.

—Todavía no —le dijo a Jorad—. Probablemente hay un montón de limpieza que tienen que hacer. Sólo estorbaríamos.

—Y tendríamos que aguantar la respiración —murmuró alguien en la parte de atrás del grupo.

Alguien más le hizo callar.

—De cualquier manera, no hay razón para quedarnos por aquí —dijo uno de los hombres más mayores tratando de sonar casual—. Podríamos volver a la escuela Jedi donde al menos podemos estar un poco más cómodos.

—¿Y donde seremos adecuadamente encerrados? —añadió Uliar agriamente.

—No, claro que no —dijo Lorana, tratando de poner en marcha su cerebro—. Hay mucho material de construcción de repuesto empaquetado en las zonas de almacenamiento. Cortaré la sección de una viga y mantendrá la puerta abierta. Vamos, volvamos todos.

La multitud se giró y volvieron por el camino por el que habían venido, algunos de los niños seguían murmurando ansiosamente con sus padres, los padres por su parte intentaban tranquilizarlos. Lorana comenzó a seguirles, deteniéndose cuando Uliar le tocó el brazo.

—¿Cuál es el daño *real*? —le preguntó suavemente.

Ella suspiró.

—No siento ninguna forma de vida allá arriba. Ninguna.

—¿Puedes estar equivocada?

—Es posible —admitió ella—. Pero no lo creo.

Él permaneció en silencio durante un momento.

—Necesitamos asegurarnos —dijo—. Puede haber supervivientes que estén demasiado débiles para que puedas sentirlos.

—Lo sé —dijo ella—. Pero no podemos subir aún. El hecho de que los turboascensores no vengan implica que los pilares están abiertos al vacío en algún lugar. Tendremos que esperar hasta que los droides los sellen.

Uliar siseó entre sus dientes.

—Eso podría llevar horas.

—No podemos hacer nada —dijo Lorana—. Tendremos que esperar.

23

La batalla había acabado hacía casi tres horas, y Car'das comenzaba a aburrirse seriamente cuando finalmente escuchó el rítmico golpeteo a su espalda.

Se giró a medias y golpeó el mismo patrón con el borde de los macrobinoculares. Luego, volviéndose para mirar las estrellas, deshizo la torsión de sus músculos y esperó.

Entró en un remolino repentino de actividad. Detrás de él, la puerta de su prisión se abrió de pronto y sintió el repentino tirón del vacío en sus pulmones y su cara cuando la presión atmosférica de su burbuja salía a presión al exterior, lanzándole de espaldas al corredor. Vio momentáneamente figuras con trajes de vacío rodeándole mientras era envuelto en una red de telas pegajosas. Antes de que pudiera hacer algo más que poner las puntas de los dedos contra eso en un esfuerzo de apartarlo de su cara, hubo un siseo áspero en sus oídos, y la tela se apartó de él en todas direcciones.

Y un momento después se encontró flotando dentro de una bola transparente de rescate.

—Guau —murmuró, encogiéndose cuando sus oídos estallaron dolorosamente con el regreso de la presión del aire.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó una voz familiar desde un comunicador conectado al tanque de oxígeno de la bola.

—Sí, Comandante. Gracias —le aseguró al otro—. Veo que todo ha salido como estaba planeado.

—Sí —confirmó Thrawn, su voz tenía un extraño tinte de tristeza—. En su mayor parte.

Uno de los otros rescatadores se acercó, y para su sorpresa Car'das vio que era el humano que se había presentado a bordo del *Oscura Venganza* como Comandante Stratis.

—¿*Car'das*? —Preguntó Stratis, frunciendo el ceño hacia el plástico—. ¿Qué estás haciendo *tú* aquí?

—Atrayendo a los Vagaari hacia mi trampa, por supuesto —dijo Thrawn, como si fuese obvio—. ¿O ha olvidado que los Chiss no se enfrentan con ataques preventivos?

—Ya veo —dijo Stratis mirando todavía a Car'das—. ¿Así que esas acusaciones de espionaje que lazó a bordo del *Oscura Venganza* no eran más que humo? ¿Algo con lo que cubrirse en el caso de que todo fracasase?

—Era protección, sí, pero no para mí —dijo Thrawn. Hizo un gesto, y el resto del grupo empezó a maniobrar la bola de rescate de Car'das por el corredor—. Era para proteger a la Almirante Ar'alani, la oficial al mando del transporte que llegó hace una hora para llevar a los esclavos geroon liberados de vuelta a su mundo.

—La cual no podía permitirse estar involucrada ni siquiera de manera no oficial en nada de esto —dijo Stratis, asintiendo—. Pero podía asegurarse mirar hacia otro lado en los momentos adecuados, dejando que usted y Car'das cargasen con la culpa si algo salía mal.

—Olvide la culpa —dijo Car'das—. ¿Qué ha pasado con el *Vuelo de Expansión*? Vi a los cazas persiguiéndolo.

Thrawn y Stratis intercambiaron miradas.

—Nos vimos obligados a ir más lejos de lo que yo esperaba —dijo Thrawn.

Car'das sintió congelarse su corazón en el pecho.

—¿Cómo de lejos?

—Están muertos —dijo Thrawn tranquilamente—. Todos ellos.

Se produjo un largo silencio. Car'das miró hacia otro lado, su mirada captaba atisbos de Vagaari muertos mientras los Chiss continuaban llevándole. ¿Thrawn había abandonado su ataque a los conocidos esclavistas y asesinos para destruir a miles de personas inocentes?

—No había otra opción —dijo Stratis a través de su entumecimiento—. C'baoth estaba usando su poder Jedi para intentar estrangular al comandante. No había otra forma de pararle.

—¿Les dio al menos la opción de marcharse y volver a casa? —replicó Car'das.

—Sí —dijo Thrawn.

—Más de una opción —añadió Stratis—. Más de lo que yo les habría ofrecido, de hecho. Y si cuenta algo, fui yo el que apretó el botón realmente.

Car'das hizo una mueca. En un nivel, contaba. En otro, no.

—¿Está seguro de que no hay ningún superviviente?

—Los Acorazados fueron arrasados por bombas de radiación —le dijo Stratis—. En realidad todavía no hemos enviado a nadie para comprobarlo, pero si las lecturas de las armas del comandante son precisas, no hay manera de que nadie pueda haber sobrevivido a eso.

—Así que tiene lo que quería después de todo —dijo Car'das, sintiéndose de repente muy cansado—. Debe de estar feliz.

Stratis miró hacia otro lado.

—Estoy contento —dijo—. Yo no diría que esté feliz.

—¿Y bien? —preguntó Kav mientras Doriana se quitaba el traje de vacío en la privacidad de una de las habitaciones de preparación del *Halcón Brioso*—. No oigo aullidos de desesperación por el capitán caído.

—Eso es porque el capitán no ha caído —dijo Doriana—. No tuve ninguna oportunidad.

—¿No *tuvo* ninguna? —Preguntó Kav—. ¿O no *creó* ninguna?

—No *tuve* ninguna —repitió Doriana. No estaba de humor para esto—. Quiere tratar de asesinar a un comandante militar delante de sus hombres, adelante.

Terminó de desvestirse en silencio.

—Aun así él debe morir —dijo Kav mientras Doriana empezaba a ponerse su propia ropa—. Sabe demasiado sobre nuestra participación en lo que ha ocurrido.

—Mitth'raw'nuruodo no es un alienígena corriente —señaló Doriana—. Y todavía hay una cuestión de encontrar una oportunidad.

—O crearla —acercándose, Kav presionó algo en la mano de Doriana—. Aquí.

Desconcertado, Doriana miró hacia abajo. Le bastó con una mirada.

—¿De dónde ha sacado esto? —siseó mientras se apresuraba a cerrar su mano alrededor de la pequeña culata del bláster.

—Lo he tenido siempre —dijo Kav—. El disparo es pequeño y difícil de ver, pero altamente intenso. Matará rápida y silenciosamente.

Y condenaría a Doriana el doble de rápido si le pillaban con eso. Sintiendo un brillo repentino de sudor en su cuello, deslizó el arma fuera de la vista dentro de un bolsillo.

—Sólo déjeme encontrar el momento —le advirtió al otro—. No quiero tenerle revoloteando como una madre ave expectante.

—No se preocupe —gruñó Kav—. ¿Dónde está el comandante en este momento?

—Va hacia la nave transporte para hablar con la almirante —dijo Doriana, terminando de ponerse la túnica y empezando a calzarse las botas—. Car'das iba con él.

Y ese era otro problema, se recordó sobriamente. Al igual que Mitth'raw'nuruodo, Car'das sabía demasiado sobre lo que había ocurrido aquí. Y al contrario que el Chiss, él pronto volvería a la República. Después de encargarse de Mitth'raw'nuruodo, Doriana tendría que asegurarse de que Car'das nunca le contase su historia a la persona equivocada.

Los geroons rescatados habían sido agrupados en la bahía de carga, el único lugar a bordo del transporte lo suficientemente grande para contenerlos a todos. La mayoría estaban sentados con las piernas cruzadas en pequeños grupos, hablando tranquilamente entre ellos, las llegadas más recientes todavía estaban con las barritas de comida y las bebidas calientes que los guerreros de la Almirante Ar'alani les habían proporcionado. Todos ellos parecían un poco aturdidos, como si les costase creer que realmente eran libres de los Vagaari.

Parado a un lado de una de las puertas de la bahía, intentando quedarse fuera del camino tanto de los geroons como de los tripulantes Chiss que se movían entre ellos, Car'das miraba a la multitud, con el corazón y la mente fatigados más allá de lo que nunca había experimentado. Miles de veces en el pasado día se había preguntado qué estaba haciendo en mitad de todo esto; preguntándose cómo galaxias se las había arreglado Thrawn para convencerle de que hiciese de cebo para los Vagaari.

Pero había funcionado. Todo había funcionado. Los geroons habían sido liberados, no sólo estos esclavos en particular, sino probablemente también su mundo entero. La Almirante Ar'alani ya había dicho que cuando el transporte llevase de vuelta a los

esclavos a su mundo natal, ella llevaría una fuerza de choque de naves de guerra Chiss como protección. Cualquier Vagaari que siguiese rondando por el sistema no lo haría por mucho tiempo.

Y en cuanto al *Vuelo de Expansión*…

Cerró los ojos. Cincuenta mil personas muertas, la población entera de los seis Acorazados. ¿Realmente eso había sido necesario? Stratis había dicho que sí, y Thrawn no le había contradicho. ¿Pero había sido *realmente* la única manera?

Probablemente Car'das nunca lo sabría con seguridad. Distantemente, se preguntaba lo que iba a decir Maris cuando descubriera lo que su noble héroe había hecho.

—Incluso ahora, no parecen creerlo —murmuró una voz a su izquierda.

Car'das abrió los ojos. Thrass estaba parado a su lado, con una expresión extraña en su cara mientras miraba la atestada bahía.

—Síndico Thrass —le saludó Car'das—. No me di cuenta de que estaba a bordo.

—La Almirante Ar'alani sugirió que viniese —dijo Thrass, con sus ojos aún en los geroons—. Parecía que ella estaba pensando que ella, mi hermano y yo podríamos resolver ahora la cuestión de los bienes vagaari que están guardados en Crustai y dejar que tú y tus compañeros sigáis vuestro camino.

Volvió los ojos hacia Car'das.

—Ahora que tú y yo aparentemente hemos servido a nuestros propósitos.

Car'das sostuvo su mirada sin parpadear.

—No tengo ningún problema con haber sido parte del plan de su hermano —dijo finalmente—. Tampoco debería tenerlo usted.

—Fui manipulado y controlado —dijo Thrass, sus ojos destellaron con resentimiento.

—Para su propia protección —contestó Car'das—. Si Thrawn y Ar'alani le hubiesen metido en el plan, su futuro habría estado tan en peligro como lo estaba el de ellos.

—Y como lo están ahora —señaló Thrass oscuramente—. Las Nueve Familias Regentes no consentirán un ataque tan ilegal e inmoral.

—Número uno —dijo Car'das alzando un dedo—. Este sistema está dentro de la región de patrulla de la Flota Expansionista Chiss. Eso lo convierte en territorio Chiss. Número dos: los Vagaari llegaron en masa con la clara intención de causar daños. Eso hace que las acciones del Comandante Thrawn sean defensa propia, hasta donde yo sé.

—Ellos estaban aquí sólo porque tú los atrajiste.

—Yo no estoy atado por sus reglas —le recordó Car'das—. Además, como la Almirante Ar'alani puede atestiguar, su hermano me había señalado públicamente como posible espía. Si me desesperé lo suficiente como para ir a los vagaari en busca de ayuda para liberar a mis compañeros, difícilmente puede culparle por eso.

Los labios de Thrass se crisparon.

—No, Thrawn siempre ha sido muy bueno escondiendo su mano cuando desea hacerlo.

—Lo que me parece que se encarga de los aspectos legales —concluyó Car'das—. Y respecto a su otra objeción… —hizo un gesto hacia los geroons—, le desafío a mirar a esa gente y decirme cómo liberarlos de la tiranía puede ser posiblemente inmoral.

—La moralidad de una acción no es determinada por el resultado —dijo Thrass rígidamente. Su cara se suavizó un poco—. Aunque, en este caso, es un punto de vista difícil de mantener.

—Vi el modo en que los Vagaari trataban a sus esclavos —dijo Car'das, temblando ante el recuerdo de los geroons que el Miskara había asesinado a sangre fría—. En mi opinión, el universo está mejor sin ellos.

—Yo tendería a estar de acuerdo —dijo Thrass—. Pero el Aristócrata Chaf'orm'bintrano puede que no vea las cosas tan claramente.

Car'das frunció el ceño.

—¿Qué tiene que ver él con esto?

—Él y naves de la Quinta Familia Regente vienen de camino —dijo Thrass con desagrado—. Tuve una breve comunicación con él justo antes de dejar Crustai. Sospecho que pretende colocar a Thrawn bajo arresto.

Car'das sintió un nudo en la garganta.

—¿Thrawn sabe algo de esto?

—No…

—Tenemos que decírselo, y rápido —dijo Car'das torvamente—. ¿Sabe dónde está?

—Creo que él y la Almirante Ar'alani han ido a inspeccionar el *Vuelo de Expansión*.

—Entonces vayamos allí —dijo Car'das—. Vamos —mi lanzadera está en uno de los puestos de atraque de babor.

Con un chirrido de ajustes de metal no-muy-alineados, la puerta del turboascensor se abrió a regañadientes.

—Parece que tenemos sellos de aire de nuevo —comentó Uliar, mirando con atención hacia arriba de la cabina. El techo estaba intacto en su mayor parte, pero uno de los paneles se había agrietado y en el borde podía ver la débil decoloración del arco iris de una oleada masiva de radiación. ¿Habían estallado uno o más reactores? Improbable. Incluso aquí abajo en el núcleo deberían haber oído algo tan catastrófico.

—Esa columna va a ser un problema, sin embargo —masculló Keely, colocándose tentativamente al lado de Uliar—. Y los mismos Acorazados estarán peor. Esto podría llevar un rato.

—Entonces no desaprovechemos más tiempo hablando de ello —dijo Uliar. Comenzó a entrar en la cabina.

—No —dijo Jinzler, extendiendo la mano para tocar su brazo. Ella también contemplaba el techo de la cabina, con una mirada de concentración en la cara—. Voy sola.

—Sola nunca es una buena idea en este tipo de situaciones —le avisó Keely.

—Sola para un Jedi es a veces la única forma —dijo ella. Sus ojos volvieron a fijarse en él, y una parte de su concentración se desvaneció.

—No te preocupes. Tan pronto como encuentre algún lugar seguro, regresaré y os llevaré.

—¿Estás segura de que no quieres al menos un poco de compañía? —preguntó Uliar, mirándola fijamente. Realmente él no quería curiosear por allá arriba, no con toda esa destrucción, los cuerpos y todo lo demás. Pero no le gustaba la idea de perder de vista a este Jedi tampoco.

—Muy segura —dijo Jinzler—. Volver y esperad a que regrese por vosotros.

—Lo que tú digas —dijo Keely, tirando de la manga de Uliar—. Vamos, Chas.

—De acuerdo —dijo Uliar con desgana, retrocediendo mientras Jinzler entraba en el turboascensor—. Hazlo rápido.

—Lo intentaré —dijo Jinzler, dándole una sonrisa alentadora.

Ella seguía sonriendo cuando la puerta se cerró con un chirrido entre ellos.

Encontraron a Thrawn y a Ar'alani en el puente de la nave de mando principal, parados en medio de una bulliciosa multitud de tripulantes Chiss que comprobaban metódicamente las consolas de control todavía activas. Había muchos cuerpos allí también, yaciendo al azar por toda la cubierta. Por una vez, Car'das casi no los notó.

—Ah, mi hermano —dijo Thrawn mientras Thrass y Car'das se abrían paso a través del laberinto de consolas—. ¿Están cuidando de los geroons adecuadamente?

—Olvide a los geroons —dijo Car'das antes de que Thrass pudiese responder—. El Aristócrata Chaf'orm'bintrano viene de camino con una flota de naves de la Quinta Familia.

—¿Con qué autoridad vuelan? —preguntó Ar'alani.

—Con la del propio Aristócrata, supongo —dijo Thrawn estrechando los ojos pensativamente—. ¿Cuánto falta para que lleguen?

—Podrían estar aquí en cualquier momento —dijo Thrass—. Sospecho que viene para presentar cargos contra ti.

—En ese caso difícilmente necesitaría una flota de naves —señaló Thrawn—. No, el Aristócrata tiene algo mucho más beneficioso en mente.

—¿El *Vuelo de Expansión*? —preguntó Car'das.

—En realidad, supongo que está esperando tomar posesión de los restos de la flota vagaari —dijo Thrawn—. Pero tienes razón. Una vez que vea el *Vuelo de Expansión* esa prioridad cambiará definitivamente.

—No puede hacer eso —protestó Thrass. Miró a Ar'alani—. ¿Puede?

—No legalmente —dijo Ar'alani con voz tensa—. Pero como cuestión práctica, si trae naves suficientes, no tendremos forma de detenerle.

—El Consejo de Familias… —empezó Thrass.

—-ciertamente se opondrá —le cortó Ar'alani—. Pero el procedimiento será largo y complejo.

—Y mientras tanto la Quinta Familia estará descubriendo los secretos de su nuevo premio —dijo Thrawn.

Thrass siseó, un sonido alarmantemente de reptil.

—No podemos permitirlo —dijo—. La posesión del *Vuelo de Expansión* por cualquiera de las Familias podría destruir el equilibrio de poder durante las próximas décadas.

Car'das asintió, con un duro nudo formándose en su estómago. Sólo el pensamiento de poner sus manos en tecnología droide había sido suficiente para conducir a los vagaari a su destrucción. ¿Cuánto más mal le traerían los droides más el resto del *Vuelo de Expansión* a la familia de Chaf'orm'bintrano?

—Tenemos que detenerle —dijo Ar'alani. Pero no sonaba muy confiada—. Debemos mantener a su gente alejada de esta nave hasta que las unidades de la Flota de Defensa que he llamado puedan llegar.

—No lo harán a tiempo —dijo Thrawn—. Tenemos que llevar el *Vuelo de Expansión* a una base militar inmediatamente y declararlo propiedad de la Flota de Defensa.

—¿De cuánto tiempo sería el viaje del que estamos hablando? —preguntó Car'das dudosamente—. Esta cosa ha recibido muchísimos daños.

—Forzaré los sistemas al límite —concedió Thrawn—. Pero debemos intentarlo.

Hubo un parpadeo de movimiento en el borde del ojo de Car'das. Él se giró hacia el ventanal.

Al mismo tiempo que la última de una docena de naves Chiss salían del hiperespacio.

—Demasiado tarde —dijo—. Está aquí.

Ar'alani masculló una palabra que nunca había aparecido en las lecciones de lenguaje de Car'das.

—Tendremos que apañarnos con los tripulantes que ya tiene a bordo —dijo ella—. Rápido, antes…

Se interrumpió por un gorjeo del comunicador de Thrawn. Thrawn miró hacia las naves, después a regañadientes sacó el dispositivo de su cinturón.

—Aquí el Comandante Mitth'raw'nuruodo.

—Comandante, el Aristócrata Chaf'orm'bintrano de la Quinta Familia Regente está llamando al *Halcón Brioso* —dijo una voz—. Exige su presencia inmediata a bordo del *Glorioso Chaf*.

Los ojos de Thrawn se fijaron en Ar'alani.

—No de acuse de recibo a su señal —ordenó.

—No era una petición, Comandante —advirtió la voz.

—No acuse recepción —repitió Thrawn y apagó el comunicador.

—Thrawn, no puedes rechazar simplemente una orden directa de un Aristócrata —protestó Thrass.

—Aún no he recibido ninguna orden directa del Aristócrata —dijo Thrawn llanamente—. Car'das encuéntrame al timonel.

—Sí, señor —dijo Car'das, mirando con atención por las consolas cercanas. Y entonces el comunicador de Ar'alani trinó.

Todos los ojos se volvieron hacia ella.

—Muy listo —fue todo lo que dijo mientras lo sacaba del cinturón y lo conectaba—. Almirante Ar'alani.

—Aquí el Aristócrata Chaf'orm'bintrano —retumbó una voz—. No consigo contactar con el Comandante Mitth'raw'nuruodo, y sospecho que está negándose a comunicarse conmigo. Como Aristócrata de la Quinta Familia Regente, le ordeno que le encuentre y le detenga, pendiente de una audiencia por sus recientes actividades militares.

Ar'alani vaciló, y Car'das contuvo el aliento. Entonces, con una clara reluctancia, ella asintió.

—Recibido, Aristócrata. Escucho y obedezco.

Apagó el comunicador.

—Lo siento, Comandante —le dijo a Thrawn—. No tengo más remedio que ponerle bajo arresto.

—Esto destruirá a los Chiss —dijo Thrawn tranquilamente—. La Flota de Defensa, y sólo la Flota de Defensa, puede tomar posesión con seguridad de esta nave.

—Lo entiendo, y haré lo que pueda para detener al Aristócrata —dijo Ar'alani—. Pero mientras tanto, está bajo arresto. Ordene a su gente que se reúna en el hangar para regresar a sus naves.

Durante un momento Thrawn permaneció inmóvil. Entonces, lentamente, inclinó la cabeza y activo su comunicador.

—Aquí el Comandante Mitth'raw'nuruodo —dijo—. Que todos los guerreros Chiss a bordo del *Vuelo de Expansión* regresen al hangar.

—Gracias —dijo Ar'alani—. Ahora, si es tan amable —añadió haciendo un gesto hacia las puertas blindadas—. Tú también, Car'das.

Car'das respiró profundamente.

—Yo no estoy bajo el mando Chiss, Almirante —dijo—. Me gustaría permanecer a bordo un poco más.

Los ojos de Ar'alani se estrecharon.

—¿Qué estás planeando? Seguramente no puedes volar esta nave tu solo.

—Yo no estoy bajo el mando Chiss —repitió Car'das—. Y la orden del Aristócrata no me menciona.

Ar'alani miró a Thrawn, después a las inminentes naves de la Quinta Familia, y por último de nuevo a Car'das.

—Permiso concedido —dijo. Se empezó a mover hacia las puertas blindadas.

—Yo también me quedo —dijo Thrass.

Ar'alani se detuvo a medio paso.

—¿*Qué*?

—Yo tampoco estoy bajo el mando militar Chiss —dijo Thrass—. Y el Aristócrata Chaf'orm'bintrano tampoco me mencionaba a mí.

Ar'alani le echó una dura mirada a Thrawn.

—Ambos seremos destruidos por esto —le advirtió.

—El papel de un guerrero es proteger al pueblo Chiss —le recordó Thrawn—. La propia supervivencia del guerrero es sólo de importancia secundaria.

Durante media docena de latidos los dos se miraron fijamente. Entonces, con un suspiro siseante, Ar'alani se giró hacia Thrass.

—Pesfavri es la base más cercana de la Flota de Defensa —dijo ella—. ¿Conoces las coordenadas?

Thrass asintió.

—Sí.

—Entonces te dejamos —dijo ella, asintiendo hacia él—. Que la fortuna de los guerreros sonría en tus esfuerzos.

Ella continuó hacia las puertas blindadas. Thrawn se retrasó echándole una última y larga mirada a su hermano, después la siguió.

Y un minuto después, Car'das y Thrass estaban solos.

—¿Realmente piensa que podemos llevar esta cosa hasta una base militar? —preguntó Car'das.

—No lo comprendes, amigo Car'das —dijo Thrass torvamente—. ¿No estabas escuchando a mi hermano? *Sería mejor para el Vuelo de Expansión ser destruido que dejar que una sola familia lo reclame*.

Car'das sintió un repentino agarrotamiento en su garganta.

—Espere un segundo —protestó—. Yo sólo iba a intentar sellar el *Vuelo de Expansión* de tal manera que la gente del Aristócrata no pudiese subir a bordo sin abrirse paso con explosivos. No me apunté a una misión suicida.

—Coraje, Car'das —le reconfortó Thrass—. Tampoco yo. Asumo que podemos fijar el rumbo de esta nave para que se estrelle con el sol local, y después escapar en la lanzadera en la que vinimos.

Car'das consideró la idea. Debería ser posible, decidió, suponiendo que al menos uno de los motores de los Acorazados estuviera todavía operativo y los cables de control estuvieran intactos.

—Creo que sí.

—Entonces hagámoslo —dijo Thrass—. Tu gente construyó esta nave. Dime lo que hacer.

La columna del turboascensor estaba razonablemente despejada, y la cabina alcanzó el A-4 con sólo unas pocas abolladuras y rasguños. El propio Acorazado tampoco parecía demasiado dañado.

Excepto, por supuesto, por todos los cuerpos.

Los droides médicos ya habían empezado a apartarlos del medio, llevándolos a todos probablemente a uno de los laboratorios médicos dónde, de acuerdo con la programación ahora desfasada de los droides, los seres vivos estarían esperando para dar órdenes sobre cómo proceder.

Pero no había nadie para recibir los cadáveres. Lorana se extendió con la Fuerza y trabajó con sistema de comunicaciones de la nave, esperando en contra de todos sus miedos que alguien, milagrosamente, hubiese sobrevivido al cataclismo que había alcanzado al *Vuelo de Expansión*.

Pero nadie contestó a ninguna llamada. El A-4 parecía estar muerto. Tanto defensores como asaltantes; y Lorana encontraba eso curioso e inquietante. Seguramente los Chiss no habían empleado todo el esfuerzo en destruir el *Vuelo de Expansión* simplemente para abandonarlo. Pero entonces, ¿dónde estaban?

Pasó sólo un poco más de tiempo en el A-4 antes de continuar.

El turboascensor hacia el A-3 estaba inoperable, lo que implicaba algún daño en las cabinas, en el pilar o en ambos, así que en lugar de eso se encaminó hacia el A-5. Allí aceleró el paso a través del mismo panorama de escombros y cuerpos y obtuvo los mismos resultados negativos a sus esfuerzos de comunicación. El A-6, la próxima nave de su grotesca excursión era prácticamente lo mismo.

Aun así, las tres naves parecían ser de nuevo herméticas en su mayor parte, con luz, calor y gravedad adecuados. Los droides de servicio habían empleado bien las últimas horas. Si los Chiss habían abandonado realmente el *Vuelo de Expansión*, ella y los otros podrían ser capaces de volver a ponerlo al menos parcialmente operacional.

Estaba en el turboascensor hacia el A-1 cuando sus sentidos captaron el débil susurro de vida cercana.

Apretó la cabeza contra la pared de la cabina, extendiéndose con la Fuerza tan bien como sus propias heridas y el horror persistente se lo permitían. Definitivamente había seres vivos ahí. Seres alienígenas, y no muchos de ellos. Pero al menos había alguien.

Y ella y la cabina del turboascensor se dirigían directamente hacia ellos.

Apartándose de la pared, agarró su sable láser. Ya fuera por un propósito o por simple suerte ciega, el Comandante Mitth'raw'nuruodo había cumplido su amenaza de destruir el *Vuelo de Expansión*. Y, además, lo había destruido con Jorus C'baoth y el resto de los Jedi.

Era hora de ver cómo de bien lo harían los Chiss en un enfrentamiento cara a cara.

La cabina del turboascensor surgió abruptamente por el extremo del pilar del A-1, bloqueado por un laberinto de vigas de soporte que se habían derrumbado durante la batalla. Usando la Fuerza para magnificar sus esfuerzos, forzó la puerta de la cabina y trepó por el retorcido metal de la puerta de entrada.

Los pilares turboascensor conectaban con la base de cada uno de los Acorazados, prestando servicio sólo a las Cubiertas 1 y 2. El puente estaba a otras cuatro cubiertas más arriba, y bajo las circunstancias no parecía una buena idea confiar en el sistema

interno de turboascensores del propio Acorazado. Abriéndose paso hacia la escalera más cercana, siguió adelante.

La puerta se abrió en frente de él, y con un codazo no muy amable en la parte baja de su espalda, el par de Chiss vestidos de amarillo le indicó a Doriana que continuase.

Se encontró en un puente de mando similar al del *Halcón Brioso*, sólo que más grande y abarrotado exclusivamente por Chiss con los mismos uniformes amarillos como su escolta. Esto hacía que el uniforme negro de Mitth'raw'nuruodo sobresaliese en contraste mientras estaba parado en el centro de la sala ante un Chiss vestido con una túnica gris y amarilla. Detrás de Mitth'raw'nuruodo, una mujer Chiss vestida toda de blanco permanecía con una rígida atención.

El Chiss vestido con una túnica miró a Doriana mientras su escolta volvía a empujarle hacia delante. Dijo algo en el idioma Chiss…

—«Así que este es su colaborador» —tradujo Mitth'raw'nuruodo.

—Difícilmente —dijo Doriana, cargando su tono con tanta dignidad y desdén como pudo, sólo por si el Chiss de la túnica era capaz de entender indicios verbales. No tenía ni idea de los detalles, pero era obvio que allí estaba ocurriendo una lucha de poder de alguna clase.

Y Kinman Doriana, asistente del Canciller Supremo Palpatine, estaba muy familiarizado con luchas de poder.

—Soy un embajador de una vasta asamblea de sistemas estelares llamada la República Galáctica —entonó—. Vine aquí en una misión de buena voluntad y exploración.

Estudió al Chiss de la túnica cuidadosamente mientras Mitth'raw'nuruodo traducía. Pero el otro meramente sonrió cínicamente y habló de nuevo.

—«Has venido para traer caos y guerra a esta región del espacio —tradujo Mitth'raw'nuruodo—. Has traído armas alienígenas que pretendías usar contra la Ascendencia Chiss».

El Chiss de la túnica se enderezó ligeramente mientras Mitth'raw'nuruodo terminaba y habló de nuevo.

—«Pero has fallado. Esas armas son ahora propiedad de la Quinta Familia Regente. Yo, el Aristócrata Chaf'orm'bintrano, por la presente, tomo posesión».

Doriana asintió para sí mismo. Así que eran el *Vuelo de Expansión* y su tecnología lo que estaban en cuestión aquí. Y él sabía suficiente sobre conflictos mutuamente destructivos para saber que dejar que un único grupo de Chiss tuviese posesión exclusiva de ello provocaría probablemente terribles conflictos con los otros grupos y hasta incluso una guerra civil.

Lo que, por supuesto, sería precisamente la situación que Darth Sidious querría ver aquí. Una Ascendencia Chiss enredada con sus propios problemas internos no podría

representar una amenaza a los planes del Lord Sith para la República y el Nuevo Orden que planeaba crear. Estando aquí, en medio de la gente del Aristócrata Chaf'orm'bintrano, todo lo que Doriana tenía que hacer era confirmar las afirmaciones de la Quinta Familia y ayudaría a colocar a los Chiss en ese largo y amargo camino.

Pero mientras abría la boca para hablar, miró a Mitth'raw'nuruodo.

El comandante estaba mirándole a su vez, con la cara inexpresiva, sus ojos encendidos estaban centrados en él fijamente.

Doriana ya había llegado a la conclusión, a regañadientes, que Mitth'raw'nuruodo tendría que ser asesinado. Pero si esa muerte llegaba a la altura de una controversia sobre la disposición del *Vuelo de Expansión*…

—Lo siento, Aristócrata Chaf'orm'bintrano, pero el *Vuelo de Expansión* no es vuestro para que toméis posesión de él —dijo en su lugar—. Como representante debidamente asignado de la República que envió el proyecto en su viaje, *yo* reclamo plenos derechos de salvamento.

Chaf'orm'bintrano pareció pillado por sorpresa mientras Mitth'raw'nuruodo terminaba la traducción. Dijo algo:

—«Ridículo —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Un agresor no tiene derechos».

—Niego su afirmación que yo o el *Vuelo de Expansión* nos hayamos comportado agresivamente hacia su gente —contestó Doriana—. Y exijo una vista completa y un juicio antes que cualquier Chiss ponga un pie a bordo del *Vuelo de Expansión*.

Mitth'raw'nuruodo tradujo. Los ojos de Chaf'orm'bintrano se estrecharon, cambiando la mirada hacia la mujer vestida de blanco. Él dijo algo, ella replicó, y la discusión prosiguió.

Doriana miró de soslayo a Mitth'raw'nuruodo. Su cara seguía inexpresiva, pero mientras sus propios ojos se encontraron con los de Doriana, sus labios parecieron elevarse en una microscópica sonrisa de aprobación.

Lo que el comandante hiciera con el desorden que ahora estaba siendo agitado, Doriana no lo sabía. Pero para su humilde sorpresa, descubrió que estaba deseando averiguarlo.

Tomó más tiempo del que Car'das había esperado preparar el *Vuelo de Expansión* para el vuelo. Pero por fin estaban listos.

—De acuerdo, colóquese al timón —le dijo a Thrass, mirando a través del parabrisas hacia las naves Chiss que todavía revoloteaban a una distancia cercana. Por qué no habían enviado ya un grupo de abordaje era algo que no podía adivinar. Aparentemente, Thrawn y Ar'alani habían encontrado la manera de retenerlos.

—Listo —dijo Thrass.

Dando un paso hacia la consola de navegación, Car'das hizo una comprobación final. Curso fijado y bloqueado, listo para llevar al *Vuelo de Expansión* a su viaje final.

Cruzando hacia la consola de ingeniería, colocó sus dedos en los controles de alimentación de energía.

—¡Cuidado! —gritó Thrass.

Car'das se giró, esperando ver un escuadrón entero de Chiss uniformados de amarillo cargando hacia ellos.

Pero, para su asombro, se encontró de cara a una única mujer humana. Por el rabillo del ojo vio a Thrass sacar un arma del escondite de su túnica. En respuesta, la mujer un pequeño cilindro de metal.

Y un sable láser verde resplandeció cobrando vida.

—¡No! —gritó él, agitando frenéticamente una mano hacia Thrass.

Pero fue demasiado tarde. El arma del otro disparó con un siseo un rayo azul, el cuál envió rebotando la mujer inofensivamente hacia el techo.

—He dicho *alto* —dijo Car'das de nuevo—. Ella es un Jedi.

Para su alivio, Thrass no disparó otra vez.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó el Chiss en su lugar, manteniendo el arma apuntada.

—Quiere saber lo que quieres —dijo Car'das, traduciendo el cheunh para ella.

Sus ojos se fijaron en él.

—¿No habla básico?

—No, nadie de por aquí lo habla, excepto Thrawn —dijo Car'das—. Pero él sabe algo de sy bysti, si eso ayuda.

—Ayuda —miró de nuevo a Thrass—. ¿Quién eres tú? —preguntó ella, cambiando a ese lenguaje.

—Soy el Síndico Mitth'ras'safis de la Octava Familia Regente de la Ascendencia Chiss —se identificó Thrass.

—Y yo soy Jorj Car'das —añadió Car'das—. En su mayor parte un espectador inocente de todo esto.

—¿En su mayor parte?

—Llegué aquí por una anomalía en el hiperimpulsor —dijo él—. ¿Quién eres tú?

—Lorana Jinzler —dijo ella. Bajando su sable láser, pero dejándolo encendido, cruzó el umbral y entró en el puente, cojeando perceptiblemente. Sus ojos se fijaron en los cuerpos sin vida, y un borde de dolor fresco cruzó por su cara—. ¿Quién más hay a bordo?

—Por el momento, sólo nosotros —dijo Thrass. Vaciló, entonces volvió a guardar el arma dentro de su túnica—. Pero un miembro de una a las Familias Regentes está intentando reclamar para él el *Vuelo de Expansión*. Estamos intentando prevenir eso.

Los ojos de Jinzler se estrecharon.

—¿Cómo?

—Vamos a tener que hundirlo —dijo Car'das observando su cara cuidadosamente. Incluso con nada más que desgarrado y quebrado metal, había una posibilidad de que ella

estuviera lo suficientemente ligada a la nave como para oponerse violentamente a su destrucción. La gente era así de rara algunas veces.

Ciertamente, sus ojos se ensancharon.

—No —insistió ella—. No podéis.

—Mira, lo siento —dijo Car'das tan conciliadoramente como pudo—. Pero no hay nada más aquí que metal muerto y droides…

—Olvida el metal muerto —le cortó ella—. Hay *gente* todavía a bordo.

Car'das sintió que le cogían el corazón. No… eso era imposible. Un Jedi podría haber sobrevivido posiblemente al ataque de Thrawn, pero seguramente nadie más podría haberlo hecho.

—¿Quién? —preguntó él—. ¿Cuántos?

—Cincuenta y siete —dijo Jinzler—. Incluyendo niños.

Car'das miró a Thrass, viendo su propio horror en la cara del otro.

—¿Dónde están? —preguntó él—. ¿Podemos sacarlos de allí?

—¿En esa lanzadera? —Contestó Thrass antes de que Jinzler pudiese responder—. No. Ni siquiera hay espacio suficiente para diez.

—Y llevaría tiempo subirles hasta aquí de todas formas —dijo Jinzler—. Todavía están en el núcleo de almacenamiento.

Car'das hizo una mueca. En núcleo de almacenamiento. Por supuesto —el área que el ataque de Thrawn había ignorado—. ¿Qué hacemos?

—No entiendo el problema —dijo Jinzler, mirando de un lado a otro a cada uno de ellos—. ¿Por qué simplemente no partimos?

—Para empezar, no podemos pilotar el *Vuelo de Expansión* muy lejos, no sólo nosotros dos —dijo Car'das—. Ni siquiera si tuviésemos el tiempo de subir aquí a tu gente para ayudarnos.

Lorana miró alrededor del puente.

—No los necesitamos —dijo ella, con voz tensa pero firme—. Yo puedo pilotar el *Vuelo de Expansión*.

—¿Por ti misma? —preguntó Thrass con clara incredulidad—. ¿Una sola persona?

—Un sólo Jedi —le corrigió Jinzler—. El Maestro C'baoth insistió en que todos nosotros aprendiésemos a manejar todos los sistemas principales. Al menos, bajo condiciones normales.

—Las condiciones aquí difícilmente pueden considerarse normales —señaló Car'das—. Y todavía queda la cuestión de dónde vamos… Nunca conseguiríamos volver a la República, no con todo este daño.

—Tenemos que alcanzar una base de la Flota de Defensa, como pretendía mi hermano en un principio —dijo Thrass.

—¿Y entonces qué le ocurrirá a mi gente? —Preguntó Jinzler—. ¿Serán prisioneros de guerra? ¿Cautivos retenidos para su estudio?

—Los Chiss no son así —insistió Car'das.

—Pero el resultado final podría ser el mismo —concedió Thrass—. Si la Quinta Familia Regente elige insistir en su reclamación del *Vuelo de Expansión*, aunque vayamos a una base militar ellos pueden exigir que todo lo que haya a bordo sea retenido hasta que el asunto pueda ser decidido.

—Una prisión con cualquier otro nombre —dijo Jinzler torvamente—. ¿Cuánto tiempo llevaría este proceso de decisión?

Thrass bufó.

—¿Con un premio como el *Vuelo de Expansión*? Podrían ser años.

—Así que podemos olvidarnos de ir a ninguna parte en el espacio Chiss —dijo Car'das—. ¿Alguna idea de qué otros mundos habitables podría haber por aquí fuera?

—Incluso si la tuviera, alertaría contra cualquiera que estuviera por aquí cerca —dijo Thrass—. Esta región es peligrosa, con piratas y corsarios por todas partes.

—Por no mencionar lo que queda de los Vagaari —estuvo de acuerdo Car'das con un escalofrío—. Vamos, Thrass, piense. Tiene que haber algo más que podamos hacer.

Thrass miró hacia las naves de la Quinta Familia.

—Hay otra posibilidad —dijo lentamente—. A dos días de vuelo hay un cúmulo estelar que la Flota de Defensa ha empezado a fortificar como refugio de emergencia. He visto los datos y hay, al menos, diez mundos habitables en él que aún no han sido explorados.

—El tipo de hacienda fuera del camino —señaló Car'das dudosamente.

—*Y* aún en espacio Chiss —añadió Jinzler.

—Pero es un lugar donde las naves de la Quinta Familia no os descubrirían accidentalmente —dijo Thrass—. Sólo el personal de la Flota de Defensa va al interior, y sólo a sistemas específicos mientras trabajan en las fortificaciones.

—Entonces ¿cuál es el truco? —preguntó Car'das.

Thrass hizo una mueca.

—El truco es que no tengo las rutas de acceso seguro al cúmulo —dijo—. ¿Son capaces vuestros sistemas de navegación de encontrar esas rutas por sí mismos?

—Probablemente no —dijo Jinzler—. Pero yo podría ser capaz. Hay técnicas de navegación Jedi que deberían ser suficientemente buenas para llevarnos incluso a través de un cúmulo estelar.

—¿Entonces qué pasa si ella puede? —le preguntó Car'das a Thrass—. ¿Plantarán la tienda y esperarán a que todo esto se calme?

—O yo regresaré después de que estén escondidos y negociare en secreto con el Consejo de Familiar por su regreso seguro a casa —dijo Thrass—. Incluso si tales negociaciones duran algunos meses, los supervivientes tendrán al menos un mundo habitable en el que vivir —miró a Jinzler—. Hay otras naves con capacidad hiperespacial a bordo, ¿verdad?

—Sólo una, una Delta-Doce Skysprite de dos plazas —dijo Jinzler—. Pero debería tener el rango que necesitas.

—¿Entonces ya está? —preguntó Car'das, sin creerse del todo que hubiesen encontrado algo útil tan rápido—. ¿Esconderemos el *Vuelo de Expansión* en ese cúmulo, negociaremos un trato con los Chiss —todos los Chiss— y todo el mundo tendrá lo que quiere?

—Básicamente —vaciló Jinzler—. Pero ese *nosotros* no te incluirá a ti. Tengo algo más que necesito que hagas por mí —sus labios se comprimieron—. Un favor personal.

—¿El qué? —preguntó Car'das cuidadosamente. Hacerle un favor personal a un Jedi no sonaba muy apetecible.

—Quiero que encuentres a mi hermano cuando regreses a la República —dijo—. Dean Jinzler, probablemente trabajando en los Servicios de Soporte del Senado en Coruscant. Dile… —vaciló—, sólo dile que su hermana ha estado pensando en él, esperando que algún día sea capaz de dejar marchar su rabia. Su rabia hacia mí, hacia nuestros padres y hacia sí mismo.

—De acuerdo —dijo Car'das, con el pelo de su coronilla hormigueando. El hecho de que ella le estuviese enviando con ese encargo implicaba que no estaba segura del todo de que fuese a volver. Dada la forma en la que estaba el *Vuelo de Expansión*, él tampoco hubiese apostado por eso—. Lo haré lo mejor que pueda.

Durante un momento ella mantuvo su mirada. Entonces asintió.

—Será mejor que te vayas entonces —dijo. Bajó la mirada a su todavía reluciente sable láser, como si repentinamente se hubiese dado cuenta de que seguía activado, y lo apagó—. Por favor, no lo olvides.

—No lo haré —le prometió él—. Buena suerte —miró a Thrass—. A ambos.

Diez minutos después, Car'das sacaba la lanzadera Chiss del hangar del Acorazado y volaba libremente. Girando el morro hacia las naves en espera de la Quinta Familia, miró sobre su hombro hacia el magnificente fracaso que había sido el *Vuelo de Expansión*.

Se preguntó si alguien volvería a verlo de nuevo.

Doriana contemplaba el exterior a través del ventanal del puente, escuchando a medias la discusión que todavía continuaba entre Chaf'orm'bintrano, Mitth'raw'nuruodo, y la mujer Chiss, cuando el *Vuelo de Expansión* saltó a velocidad luz abruptamente.

Por un momento miró con incredulidad… y después, lentamente, sintió un asomo de sonrisa en sus labios. Así que eso era lo que había pretendido Mitth'raw'nuruodo con este enfrentamiento. Había estado ganando tiempo mientras algunos de sus hombres robaban los Acorazados directamente bajo las narices del Aristócrata Chaf'orm'bintrano.

E incluso el propio intento de Doriana para enturbiar las aguas Chiss, aparentemente había sido parte de ese plan. ¿Había anticipado Mitth'raw'nuruodo los esfuerzos de Doriana? ¿O simplemente los había incorporado a su plan sobre la marcha? En cualquier caso, lo hizo astutamente.

—Perdónenme —habló levantando un dedo—. Creo que la discusión ha terminado —esperó hasta que tuvo su atención, después inclinó el dedo levantado para señalar al exterior del ventanal—. Su premio se ha ido.

24

El brillante cielo hiperespacial fluía ante el ventanal del Acorazado mientras el *Vuelo de Expansión* se adentraba en lo desconocido. Lorana sabía que el cielo estaba allí, pero no había tenido tiempo para centrar la atención en la vista realmente. Cada pedazo de atención estaba enfocado a los sistemas del A-1 mientras usaba la Fuerza para sentir el estado del equipo y mantener los controles correctamente ajustados.

Era un trabajo duro. Era un trabajo odiosamente duro.

Vagamente, sintió un susurro de movimiento a su lado.

—¿Lorana? —preguntó Thrass, su voz sonó distante en su conciencia sobre-extendida.

—¿Los tienes? —preguntó ella. El momento de distracción fue demasiado; al mismo tiempo que terminaba la pregunta uno de los alimentadores del reactor comenzó a sobrecargarse. Mordiéndose fuertemente el labio inferior, se extendió y devolvió el flujo a su nivel correcto.

—Lo siento —dijo Thrass—. Ni siquiera puedo encontrar la manera de salir de esta nave. Todos los túneles del pilar del turboascensor están bloqueados en un grado o en otro. Quizá si nos sacas del hiperespacio, podría encontrar un traje de vacío y abrirme camino a través del núcleo de esa manera.

—No —dijo Lorana. La palabra salió grosera y agriamente, sospechaba ella, pero no tenía la concentración de sobra para ser cortés—. El hipermotor no está bien.

De hecho, el hipermotor no estaba nada bien. Estaba funcionando al rojo vivo, y eso era todo lo que ella podía hacer para evitar que los circuitos giraran y desgarraran la cosa fuera de control. Si lo apagaba ahora, tenía todas las posibilidades de que no volviese a encenderse de nuevo. Incluso si no lo hacía, probablemente se colapsaría por sí mismo finalmente.

Por otro lado, con la velocidad extra que les había proporcionado la huida, el borde del cúmulo estaba ahora a pocas horas estándar de distancia. Si podía continuar pilotando la nave y usando las técnicas de navegación Jedi al mismo tiempo para llevarlos con seguridad entre las estrellas estrechamente empacadas, tendrían una buena oportunidad de alcanzar uno de los sistemas objetivo de Thrass antes de que ocurriera.

—Entiendo —dijo Thrass—. Seguiré intentando encontrar una vía de comunicación que me lleve hasta ellos.

Se marchó, y Lorana sintió una punzada de culpabilidad. Si los supervivientes todavía estaban esperando allá abajo como ella les había dicho, seguramente estarían preguntándose dónde estaba. Podrían incluso haber llegado a la conclusión de que había huido y les había abandonado.

A través del puente, una parpadeante luz roja avisaba que los amortiguadores aluviales estaban descompensándose. Frunciendo el ceño por la concentración, intentando mantener su agarre de Fuerza en los otros innumerables controles que estaba manejando simultáneamente, levantó una mano y ajustó cuidadosamente los

amortiguadores en su alineación adecuada. Una vez que llegasen a su destino y pudiese dejar que los sistemas se pusiesen en espera, ella y Thrass podrían llegar hasta Uliar y el resto y explicarles lo que había ocurrido.

Y ellos lo entenderían. Seguramente ellos lo entenderían.

Al otro lado del puente, otra luz roja estaba parpadeando. Respirando profundamente, preguntándose hasta cuándo sería capaz de mantener esto funcionando, se extendió con la Fuerza.

—Pagaréis por esto —gruñó Chaf'orm'bintrano, yendo de un lado a otro de la sala de conferencias frente a los tres prisioneros que permanecían callados ante él. Había una silla acolchada detrás de un estrecho escritorio, pero aparentemente estaba demasiado enfadado para sentarse—. ¿Me oís? Pagaréis —centró su furiosa mirada primero en Doriana, después en Car'das y finalmente en Thrawn—. Y los cargos serán alta traición.

Parada detrás del escritorio, bien apartada del camino del Aristócrata, la Almirante Ar'alani se agitó.

—No creo que tales cargos puedan aplicarse, Aristócrata —dijo. Su expresión, notó Car'das, había mantenido una cuidadosa neutralidad mientras escuchaba los desvaríos de Chaf'orm'bintrano. Aun así, él pensaba que podía detectar cierto alivio detrás del distanciamiento.

Pequeña suposición. Ella tenía lo que quería: el *Vuelo de Expansión* estaba seguro, fuera de las manos de Chaf'orm'bintrano. Lo que les ocurriese a un par de prisioneros probablemente era una cuestión de completa indiferencia para ella.

O, al menos, lo que les ocurriese a los dos prisioneros no Chiss.

—¿No cree que los cargos puedan aplicarse? —gritó Chaf'orm'bintrano, centrando su furiosa mirada en ella.

Ar'alani se mantuvo firme.

—No, no lo creo —dijo ella—. Car'das ya ha declarado que el Síndico Mitth'ras'safis y el humano Lorana Jinzler fueron los perpetradores.

—Con *su* asistencia y consejo.

—Aconsejar solamente es sólo traición menor —dijo Ar'alani—. Y como un no Chiss, no puede ser acusado con ningún grado de traición de todas formas. Y Doriana, claramente no tuvo nada que ver con eso.

—¿Sobre qué están hablando ahora? —murmuró Doriana al oído de Car'das.

—El Aristócrata quiere asarnos a fuego lento —murmuró Car'das—. La almirante está sugiriendo que necesita replantearse sus cargos.

—Ah.

El aparte no pasó desapercibido.

—¿Desean los prisioneros unirse al proceso? —preguntó Chaf'orm'bintrano mordazmente.

—En realidad, los prisioneros serán liberados —dijo Thrawn. Las primeras palabras que había pronunciado desde que habían sido metidos en la sala de conferencias, donde Chaf'orm'bintrano podía amenazarlos en privado—. No han hecho nada de lo que puedan ser acusados. Si desea culpar a alguien, cúlpeme a mí.

—Tengo la intención de hacerlo totalmente —respondió Chaf'orm'bintrano—. *Después* de que me haya encargado de tus cómplices.

—No son mis cómplices —dijo Thrawn con calma—. Es más, son *mis* prisioneros, y como tales están bajo la autoridad legal de la Flota Expansionista Chiss —alzó las cejas—. Al igual que yo, respecto a esto.

—Ya no —dijo Chaf'orm'bintrano—. Por el crimen de un ataque no provocado contra seres sensibles, por la presente revoco su posición militar.

—Espere un momento, Aristócrata —dijo Ar'alani, dando un paso a frente—. No puede revocar su posición por un crimen por el que todavía tiene que ser condenado.

—Sugiero que vuelva a leer las leyes, Almirante —dijo Chaf'orm'bintrano agriamente—. El Comandante Mitth'raw'nuruodo ha forzado los límites por última vez —y *esta* vez tenemos pruebas, esparcidas por el sistema ante nosotros.

—Los vagaari eran una amenaza inminente para la Ascendencia —dijo Thrawn—. Y este sistema *está* dentro del espacio Chiss.

—Pero esta vez olvidó dejar que sus víctimas disparasen primero —dijo Chaf'orm'bintrano con un toque de triunfo en su voz—. No lo niegue —tengo las grabaciones de sus propias naves.

—Los vagaari nos amenazaron tanto a nosotros como al *Vuelo de Expansión* —dijo Thrawn—. Yo afirmo que esas amenazas, respaldadas con su obvia potencia de fuego, eran provocación suficiente para acciones Chiss.

—Puede afirmar lo que quiera —dijo Chaf'orm'bintrano—. Pero el peso de las pruebas está sobre usted, no sobre mí —miró a Ar'alani—. Y hasta que su juicio tenga lugar, puedo revocar, y así lo haré, tanto su posición como la protección militar bajo la que tan claramente espera ampararle.

Ar'alani no respondió. Por un momento Chaf'orm'bintrano continuó mirándola, y entonces se giró hacia Thrawn.

—Y sus compañeros prisioneros serán asimismo llevados a juicio —dijo—. Éstos, junto con los otros dos que tiene en Crustai —hizo una pausa—. A menos, claro, que tenga el suficiente aprecio por su bienestar como para hacer un trato.

Thrawn miró a Car'das y a Doriana.

—¿Como qué?

—Renunciará a su posición, completa y permanentemente —dijo Chaf'orm'bintrano—. Asimismo renunciará a su posición de nacido en la Prueba de la Octava Familia y desaparecerá entre la gran masa de la ciudadanía Chiss, y nunca jamás alcanzará una posición donde pueda amenazar las leyes o las costumbres.

—Me pide mi vida entera a cambio de unos cuantos prisioneros alienígenas —señaló Thrawn tranquilamente—. ¿Está seguro que querer vivir con las consecuencias?

Chaf'orm'bintrano bufó.

—¿Qué consecuencias?

—Para empezar, la Octava Familia no permitirá que un nacido en la Prueba renuncie simplemente a su filiación —dijo Thrawn—. Insistirán en una audiencia… y no creo que me dejen ir. No cuando vean el premio que les llevaré.

Chaf'orm'bintrano se tensó.

—No se atreverá —retumbó, con la voz oscurecida con amenaza—. Si el *Vuelo de Expansión* reaparece en una fortificación de la Octava Familia…

—El *Vuelo de Expansión* se ha ido —le cortó Thrawn—. Y me refiero a otro tipo de tecnología totalmente diferente —agitó una mano hacia las estrellas—. Para ser específicos, el dispositivo que usé para sacar tanto al *Vuelo de Expansión* como a la flota vagaari fuera del hiperespacio.

Chaf'orm'bintrano lanzó una mirada alarmada a Ar'alani.

—¿Él? ¿Está diciendo que *no vinieron* aquí por propia elección?

—La elección fue sólo mía —le aseguró Thrawn—. Puedo hacerle una demostración si lo desea.

—Ese dispositivo no es de su propiedad —le advirtió Ar'alani, su expresión neutral se fue repentinamente—. Pertenece a la Flota de Defensa Chiss.

—Y si permanezco como miembro de la Flota Expansionista, por supuesto se lo entregaré a usted —le aseguró Thrawn a ella—. Pero si mi posición militar es revocada, ya no tendré ninguna lealtad oficial excepto hacia mi familia adoptiva. En ese caso… —dejó la frase sin acabar.

Claramente Chaf'orm'bintrano no estaba teniendo ningún problema en unir los puntos.

—Almirante, no puede permitirle que la manipule de esta manera —insistió—. Esto es nada menos que extorsión.

—Esto no es nada menos que realidad —le corrigió Thrawn—. Y la Almirante Ar'alani no tiene nada para decir sobre esto. Usted *es* el que está amenazando con revocar mi posición.

Durante un largo momento los dos Chiss se miraron fijamente. Entonces, abruptamente, Chaf'orm'bintrano se giró y salió a grandes pasos de la sala de conferencias.

—Eso no parecía estar bien —murmuró Doriana.

—En realidad, lo estaba —dijo Car'das mirando a Thrawn—. Al menos, eso creo.

—Sí —confirmó Thrawn, su cara y su cuerpo temblaban un poco—. Está furioso, pero no se atreverá a revocar mi posición ahora —miró a Ar'alani—. Y una vez que la Flota de Defensa tenga el proyector gravitacional, estoy seguro de que me protegerán de cualquier futuro esfuerzo por su parte.

Los labios de Ar'alani se contrajeron.

—Haremos lo que podamos —dijo ella—. Pero entienda esto, Comandante. Si continúa actuando fuera de los límites legales establecidos por la Flota de Defensa y las Nueve Familias, llegará un punto en el que no podremos seguir apoyándole.

—Lo entiendo —dijo Thrawn—. Entienda a su vez que continuaré protegiendo a mi gente de cualquier manera que estime necesaria.

—No esperaría nada menos de usted —dijo Ar'alani. Sus ojos se posaron una vez en Doriana y en Car'das—. Soltaré a sus prisioneros para usted. Regrese a Crustai, y déjeme a mí encargarme del resto de los escombros vagaari.

—Obedezco —dijo Thrawn inclinando su cabeza hacia ella—. El proyector gravitacional la estará esperando en Crustai para cuando desee recogerlo.

Ar'alani se inclinó a su vez y salió de la sala.

Thrawn respiró profundamente.

—Y con eso, creo que finalmente ha terminado —dijo—. Una lanzadera está esperando para llevarnos de vuelta al *Halcón Brioso* —hizo un gesto hacia Doriana—. Y después les devolveré a usted y al Vicelord Kav a su nave.

—Gracias —dijo Doriana—. Estamos deseando volver a casa.

Y mientras salían de la sala, Car'das se preguntó sobre la rara rigidez de la espalda de Doriana.

Estaban atravesando uno de los sistemas del medio del cúmulo estelar cuando el hipermotor finalmente murió.

—¿No hay forma de arreglarlo? —preguntó Thrass.

Lorana sacudió la cabeza.

—No por mí —dijo—. Posiblemente no por nadie, al menos fuera de un gran astillero.

Thrass miró al exterior del parabrisas hacia el distante sol.

—Aquí tienes otros cinco Acorazados, cada uno con su propio hipermotor —le recordó—. ¿Podríamos acceder desde aquí a uno de los otros y usar sus sistemas?

Lorana se frotó la frente, haciendo una mueca de dolor cuando la presión aumentó el palpitante dolor detrás de sus ojos.

—De acuerdo con las lecturas de estado del OpCom, ninguno de los otros hipermotores está operativo —dijo—. Y además, todas las líneas de control hasta los otros Acorazados están cortadas. Lo que fuese que tu hermano usó para… para detener el ataque de C'baoth, abrasó gran cantidad de equipo delicado a bordo. Va a llevar meses, quizá incluso años desprenderlo y arreglarlo.

Thrass golpeó con los dedos pensativamente en el borde de la consola más cercana.

—Entonces en este sistema es donde nos detenemos —dijo—. Apagaremos el motor, cogeré la nave Delta-Doce de la que hablabas y me iré a intentar conseguir un trato por tu gente.

—No creo que debamos apagar el motor —dijo Lorana, intentando pensar—. En la condición en la que está, si lo apagamos podríamos no ser capaces de encenderlo de nuevo.

—Pero si no lo apagamos, el *Vuelo de Expansión* no tardará mucho en recorrer todo este sistema —señaló Thrass—. Podríamos estar un mes o más negociando con la Flota de Defensa y las Nueve Familias. Para entonces, la nave podría haber entrado en espacio interestelar, donde tendríamos problemas para localizarla.

Y si el hipermotor resultaba ser irreparable, el espacio interestelar sería donde el *Vuelo de Expansión* permanecería.

—Entonces será mejor que encontremos algún lugar por aquí donde podamos aparcar por un rato —dijo ella—. Una agradable órbita alta alrededor de uno de los planetas, digamos. Disparemos lo que queda de los sensores y veamos cuáles son nuestras opciones.

El reconocimiento llevó más de dos horas. Al final, resultó que solo había una única alternativa viable.

—Es más pequeño de lo que había esperado —dijo Thrass mientras se inclinaba uno al lado del otros sobre la consola principal de sensores—. Menos gravedad significa menos estabilidad de la órbita por las perturbaciones de objetos pasajeros.

—Pero también significa menos atmósfera que podría causar que la órbita se descompusiera —señaló Lorana—. Y está casi directamente a lo largo de nuestro vector, lo que significa nada de caprichosas maniobras para llevarnos allí. Yo digo que vayamos a ése.

—De acuerdo —dijo Thrass—. Esperemos que el motor aguante lo suficiente.

Habían alcanzado el planetoide objetivo y estaban en su aproximación final a la órbita cuando el motor dio un último impulso y se apagó.

—Informe —dijo Lorana mientras se extendía con la Fuerza, intentando sin éxito devolver el sistema a la vida—. ¿Thrass?

—La curva roja se dobla demasiado hacia dentro —informó Thrass tensamente desde la consola de navegación—. Quince órbitas desde ahora, choca contra la superficie.

Una ola de desesperación subió como ácido por la garganta de Lorana. Resueltamente la obligó a bajar. Después de todo lo que había pasado, el *Vuelo de Expansión* no iba a acabar destruyéndose a sí mismo. No ahora.

—Ve al puesto de sensores —le ordenó ella—. Mira si hay un lugar —*cualquier* lugar— donde podamos aterrizar esta cosa.

—Esta nave no fue diseñada con un aterrizaje en mente —le avisó Thrass mientras se apresuraba a llegar a la consola adecuada—. ¿Todavía podríamos hacer órbita?

—Estoy trabajando en ello —dijo Lorana, cruzando hasta el grupo de monitores de ingeniería y buscando entre las luces rojas algo que pudiera estar todavía en verde. Dos de los frenos delanteros y propulsores de maniobra, vio ella, todavía estaban operativos. Si pudieran girar de alguna manera el *Vuelo de Expansión* 180 grados y usar esos propulsores para impulsarles a lo largo de su vector actual…

Se habían adentrado en el campo gravitatorio del planetoide y habían gastado la primera de sus quince órbitas antes de que de mala gana llegase a la conclusión de que tal maniobra no sería posible. Simplemente había demasiada masa que mover, y demasiado poco tiempo para moverla.

—No ha habido suerte —dijo colocándose al lado de Thrass—. ¿Has encontrado algo?

—Tal vez —dijo él vacilantemente—. He localizado un valle largo y cerrado que creo que será lo suficientemente profundo para acogernos.

—No veo cómo eso nos aporta algo —dijo Lorana—. Valles cerrados implican muros del valle, lo que implica una parada repentina en algún lugar a lo largo de la línea.

—En este caso, la parada será de alguna manera menos violenta —dijo Thrass señalando a la pantalla—. Este valle en particular está lleno de pequeñas rocas.

Lorana frunció el ceño, inclinándose para ver más de cerca. Él tenía razón: todo el valle estaba lleno casi hasta el tope con lo que parecían ser rocas del tamaño de grava.

—Me pregunto cómo ocurrió *eso* —comentó ella.

—Múltiples colisiones de asteroides o meteoritos, más probablemente —dijo Thrass—. No importa. Éste es el único lugar en el planetoide que ofrece una oportunidad de supervivencia.

Lorana hizo una mueca. Pero él tenía razón. Con el motor perdido, descender en cualquier otro lugar en el planetoide significaría una colisión perforadora a velocidad casi orbital. Con la grava, al menos tendrían una desaceleración levemente más gradual.

—¿Podemos alcanzarlo con el motor apagado? —preguntó ella, tecleando para un análisis.

—El valle no está lejos de nuestro camino orbital actual —dijo Thrass—. Creo que los sistemas de maniobra serán adecuados para colocarnos en posición, y para darnos al menos una pequeña desaceleración antes del impacto.

El análisis apareció en la pantalla.

—El ordenador está de acuerdo contigo —le confirmó ella, mirando hacia el oscuro mundo que giraba bajo ellos mientras ella intentaba pensar—. De acuerdo. Estamos aquí en el A-1, el Delta-Doce está en el A-Tres, y el resto de los supervivientes está en el núcleo. Si queremos que el A-Tres acabe encima del montón de grava, tenemos que girar el *Vuelo de Expansión* para poner el A-Seis abajo. Este golpeará primero, recibiendo el impacto inicial y esperemos que ralentizándonos lo suficiente para que el daño en las otras naves sea mínimo cuando se hundan.

—¿Incluyendo el daño en ésta? —preguntó Thrass con mordacidad.

Lorana hizo una mueca.

—Lo sé, pero no tenemos otra opción. Necesitamos que el hangar del A-Tres quede sobre la superficie si vamos a sacar el Delta-Doce fuera. Así que giraremos el A-Seis hasta abajo, como he dicho, entonces sacaremos a la gente del núcleo a…

—¿Hola? —Llegó repentinamente una voz desde los altavoces del puente—. ¿Jedi Jinzler? ¿Estás ahí en alguna parte? Soy Chas Uliar. Nos hemos cansado de esperar, así que vamos todos hacia el A-Cuatro. ¿Jinzler?

Durante un largo segundo Lorana y Thrass se miraron uno a otro aterrorizados. Entonces, saliendo de su parálisis, Lorana se lanzó hacia el puesto de comunicación.

—Aquí Lorana Jinzler —llamó urgentemente—. Uliar, lleva a todo el mundo de vuelta al núcleo de almacenamiento de inmediato. ¿Me oyes? Lleva a todo el mundo de vuelta al…

—Jinzler, ¿estás ahí? —Llegó de nuevo la voz de Uliar—. Jedi, si nos has abandonado voy a estar *realmente* enfadado contigo.

—¿Uliar? —Llamó de nuevo Lorana—. *¡Uliar!*

Pero no hubo respuesta.

—No puede oírte —dijo Thrass con desagrado—. El comunicador no transmite en este extremo.

Lorana giró su cuello para mirar el planetoide, su pulso latía violentamente contra la agonía de su cabeza. A-4. ¿Por qué tenían que haber ido al A-4?

Porque era el más cercano a la escuela Jedi, donde ella les había dejado, por supuesto. Y ahora había cincuenta y siete personas vagabundeando por allí, completamente inconscientes de lo que estaba a punto de ocurrirles.

Thrass estaba mirándola, con tensión en su cara.

—No tenemos otra opción —le dijo ella con calma—. Tenemos que girar y poner el A-4 encima.

Su expresión ni siquiera cambió. Claramente él ya había llegado a la misma conclusión.

—Lo que pondrá al A-Uno —este— en lo más bajo —dijo él.

Donde se recibiría todo el impacto de su aterrizaje de emergencia.

—No tenemos otra opción —dijo de nuevo Lorana—. Es sólo una suposición que el Acorazado más bajo recibirá lo suficiente del impacto para dejar los demás intactos. Por lo que sabemos, todos ellos podrían chocar con suficiente fuerza para abrirse de golpe al vacío. Tenemos que tratar de mantener al A-Cuatro tan lejos de las rocas como sea posible.

—Entiendo. —Thrass vaciló—. Hay tiempo suficiente para que te vayas, ya sabes. Al menos puedes llegar al núcleo antes de que choquemos, quizá incluso hasta el A-Cuatro.

Lorana negó con la cabeza.

—No puedes manejar el aterrizaje tú solo —le recordó ella—. Pero yo podría hacerlo mientras *tú* te vas.

—¿Y quién evitaría que los sistemas restantes se autodestruyesen mientras abrías un camino a través de los pilares para mí? —Contestó Thrass—. No, Jedi Jinzler. Parece que ambos daremos nuestras vidas por tu gente.

Lorana sintió que su vista se empañaba con lágrimas. En lo profundo de las hendiduras posteriores de su mente, se había preguntado por qué había sentido la fuerte

necesidad de enviar a casa a Car'das con ese mensaje para su hermano. Ahora sabía que había sido la sutil incitación de la Fuerza.

—Éste es difícilmente el hogar temporal que había previsto para ellos —continuó Thrass, como si hablase consigo mismo—. También es probablemente mucho más permanente de lo que había esperado.

—Tu gente vendrá aquí algún día —le aseguró Lorana, preguntándose por qué decía eso. ¿Buenos deseos? ¿O más incitaciones de la Fuerza?—. Hasta entonces, tendrán suficiente comida y suministros para aguantar durante generaciones. Sobrevivirán. Sé que lo harán.

—Entonces, preparémonos para el fin. —Thrass vaciló, entonces alargó su mano hacia ella—. Os he conocido a ti y a tu gente sólo brevemente, Jedi Lorana Jinzler. Pero en ese tiempo, he aprendido a admiraros y respetaros. Espero que algún día humanos y Chiss sean capaces de trabajar juntos en paz.

—Al igual que yo, Síndico Mitth'ras'safis de la Octava Familia Regente —dijo Lorana tomando su mano.

Durante un minuto permanecieron en silencio, con las manos agarradas, cada uno preparándose para la muerte. Entonces, respirando profundamente, Thrass soltó su mano.

—Entonces acabemos con esta parte de la historia —dijo enérgicamente—. Que la fortuna de los guerreros sonría en tus esfuerzos.

—Sí —dijo Lorana—. Y que la Fuerza nos acompañe —hizo un gesto hacia abajo, hacia el A-4—. Y a ellos.

—Como puede ver, hemos dejado su nave y su equipo tranquilo —dijo Mitth'raw'nuruodo, haciendo un gesto mientras dirigía a Doriana y a Kav a través del puente del *Oscura Venganza* hacia la sala de mando de Kav—. Sé con certeza que estaba preocupado por eso —añadió mirando a Kav sobre su hombro.

El neimoidiano no replicó.

—En cualquier caso, imagino que estarán ansiosos por regresar a casa —continuó Mitth'raw'nuruodo mientras entraban en la oficina—. Sólo hay uno o dos puntos que necesito aclarar antes que se vayan.

—Por supuesto —dijo Doriana, dando un paso apresuradamente hacia un lado cuando Kav pasó empujándole, rozando a Mitth'raw'nuruodo y rodeando el escritorio para dejarse caer desafiantemente en su silla adornada—. Haremos lo que sea necesario —añadió mientras cogía una silla en una esquina del escritorio.

—Gracias —dijo Mitth'raw'nuruodo, sentándose en una silla en la otra esquina y mirando a través del borde del escritorio a Doriana—. Básicamente, creo que ambos deseamos asegurarnos de que este contacto entre nuestros pueblos siga siendo el último.

—No le entiendo —dijo Doriana, forzando el desconcierto en su voz—. Nuestra relación hasta ahora ha resultado ser mutuamente beneficiosa. ¿Por qué no querríamos que continuara?

—Vamos, Comandante —dijo Mitth'raw'nuruodo suavemente—. Mi lado del acuerdo ya es seguro, por supuesto. No tiene ni idea de dónde está mi base, o donde están los mundos de la Ascendencia Chiss. Podemos permanecer ocultos para ustedes tanto como deseemos —hizo una pausa—. Por lo tanto, sólo le queda asegurar su propia satisfacción de que nunca llevaré noticias a la República de su traición al *Vuelo de Expansión*.

Doriana le miró fijamente, una mano helada se cerraba sobre su corazón. ¿Conocía Mitth'raw'nuruodo sus conversaciones con Kav?

¿Había visto él o uno de los otros Chiss cómo Kav le pasaba el bláster oculto?

¿O simplemente había deducido que Doriana decidiría asesinarle?

Lentamente, casi involuntariamente, su mano se arrastró hacia el bláster escondido, el movimiento quedó oculto a la vista de Mitth'raw'nuruodo por el borde del escritorio. Ciertamente tenía sentido cubrir su rastro de esta manera, se recordó a sí mismo firmemente. Los cabos sueltos podían ser fatales para alguien que vivía esta clase de doble vida. Sidious insistiría en eso, también, especialmente ya que Mitth'raw'nuruodo había visto al Lord Sith y había oído su nombre.

Y después de ayudar a causar las muertes de cincuenta mil personas en el *Vuelo de Expansión*, una muerte más ciertamente no importaba.

Mitth'raw'nuruodo todavía estaba esperando, mirándole silenciosamente. Doriana cerró la mano alrededor de la culata de su bláster…

E hizo una pausa. Mitth'raw'nuruodo, brillante táctico. Estratega igualmente brillante. Un ser que podía enfrentarse a naves de guerra de la República, piratas nómadas e incluso Jedi, y ganar contra todos ellos.

¿Y Doriana estaba realmente considerando *matarle*?

—¿A qué está esperando? —Interrumpió Kav violentamente en sus pensamientos—. Le tiene solo y desprotegido. ¡*Dispárele*!

Doriana sonrió tensamente, y con eso, la tensión subyacente que había estado molestándole continuamente desde la destrucción de su fuerza de choque se desvaneció finalmente.

—No sea absurdo, Vicelord —dijo. Sacando el bláster, se inclinó y lo colocó en una silla vacía entre él y Mitth'raw'nuruodo—. Querría hacer pedazos un cristal de mil años tanto como matar a un ser como éste.

Mitth'raw'nuruodo inclinó su cabeza, sus ojos brillaban.

—Así que ciertamente estaba en lo cierto respecto a usted —dijo.

—Finalmente —concedió Doriana—. Pero entonces, no imagino que se equivoque muy a menudo.

—Entonces dejemos que este sea su error final —dijo Kav, golpeando el brazo de su silla de escritorio y abriendo un panel oculto. En un único movimiento suave extrajo otro bláster, lo apuntó hacia Mitth'raw'nuruodo, y disparó.

El disparo nunca le alcanzó. En su lugar, golpeó la débil neblina que había aparecido de repente entre ellos, entonces rebotó directamente hacia el torso de Kav.

El neimoidiano tuvo el tiempo suficiente para mirar con sorpresa antes de que cayese hacia delante sobre el escritorio y yaciese inmóvil.

Fue sólo entonces, mientras Doriana cambiaba su aturdida mirada del cuerpo de Kav a la neblina que rodeaba el escritorio, cuando reconoció su forma y su coloración.

Miró a través del borde del escudo a Mitth'raw'nuruodo.

—A pesar de todo fue algo arriesgado, ¿verdad? —preguntó, esforzándose por mantener un tono coloquial.

—Realmente no —le aseguró el otro—. El generador de escudo era lo suficientemente simple para quitarlo de uno de los droidekas que me proporcionó. Como dije en su momento, tenemos cierta experiencia con invertir la polaridad de tales dispositivos —hizo un gesto—. Y era fácilmente predecible que el Vicelord Kav reclamaría su silla y su escritorio para él, y por lo tanto se colocaría a sí mismo para su propia destrucción.

—Me refería al riesgo que tomó conmigo —dijo Doriana—. El escudo no habría bloqueado *mi* disparo.

—No, no lo habría hecho —estuvo de acuerdo Mitth'raw'nuruodo—. Pero tenía que asegurarme que era alguien en quien podía confiar.

Doriana frunció el ceño.

—¿Por qué?

Durante un momento Mitth'raw'nuruodo no respondió. Entonces, inclinándose, cogió el bláster que Doriana había dejado.

—Usted y su Maestro, Darth Sidious, me hablaron de una gente a la que llaman los Extranjeros Lejanos reuniéndose en el borde de la galaxia —dijo, girando el arma en sus manos—. ¿Han visto realmente a estos seres?

—Hasta donde yo sé, no los hemos visto —admitió Doriana.

—Yo pensaba que no —dijo Mitth'raw'nuruodo, repentinamente intenso—. Pero *nosotros* sí.

Un helado escalofrío subió por la espalda de Doriana.

—¿Dónde?

—En el borde más lejano de la Ascendencia Chiss —dijo Mitth'raw'nuruodo, con una voz oscura y torva—. Fue una pequeña fuerza de reconocimiento, pero luchó con una ferocidad salvaje antes de que fuera finalmente repelida.

—¿Cuántas naves había? —preguntó Doriana. Su mente funcionaba a toda velocidad. Darth Sidious codiciaba información de ese tipo. Suficiente de ella podía incluso persuadirle de perdonar a Doriana por la pérdida de su fuerza de choque de la Federación de Comercio—. ¿Qué clase de armamento tenían? ¿Tiene algún dato de combate?

—Tengo algunos —dijo Mitth'raw'nuruodo—. La Almirante Ar'alani estaba al mando de la fuerza que finalmente los rechazó. Eso es por lo que vino personalmente a investigar a Car'das y a sus compañeros. Nos preguntábamos si la República de la que hablaban podría estar aliada con los invasores.

—Y también es por eso por lo que ella estaba deseando mirar hacia otro lado mientras usted se encargaba de los vagaari —dijo Doriana cuando la última pieza fastidiosa del puzzle encajó finalmente en su lugar—. Una guerra con dos frentes sería excepcionalmente desagradable.

—Correcto —dijo Mitth'raw'nuruodo, y Doriana pensó que podía escuchar un nota de aprobación por su rápida deducción—. Mis acciones eran contrarias a la política oficial Chiss, pero ella sabía también como yo que había que tratar con los vagaari, tan rápida y decisivamente como fuese posible. Hablaré con ella; si está de acuerdo, le proporcionaré copias de la información que busca.

—Gracias —dijo Doriana—. Hace un momento habló de confianza entre nosotros. ¿Qué tiene en mente exactamente?

—Por el momento, nada —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Cada uno de nosotros tiene su propia gente que defender y sus propios políticos con los que tratar. Pero en el futuro, ¿quién puede decirlo? Tal vez algún día nuestros pueblos acaben luchando uno al lado del otro contra esta amenaza.

—Eso espero —dijo Doriana—. Yo, por mi parte, intentaré trabajar con nuestros líderes para prepararnos, tan bien como pueda, para ese día.

—Al igual que yo —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Aunque los obstáculos en mi extremo pueden ser difíciles de superar.

Doriana pensó en Lord Sidious y su odio hacia los no humanos. No sería exactamente fácil.

—Le he visto hacer milagros militares —dijo—. Estoy seguro de que puede hacer también milagros políticos.

—Tal vez —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Mi hermano puede ser capaz de ayudar en ese área cuando regrese —se levantó y le tendió el bláster—. En cualquier caso, usted y su nave son libres para marcharse.

Doriana rechazó el arma ofrecida con un gesto.

—Guárdelo, Comandante —dijo—. Tómelo como un recuerdo de nuestra primera victoria conjunta.

—Gracias —dijo Mitth'raw'nuruodo gravemente, guardando el bláster en un bolsillo—. Que no sea la última.

—Ciertamente —estuvo de acuerdo Doriana—. Lo que me recuerda… hay una pequeña cuestión que me gustaría discutir con usted…

—Está bromeando —dijo Car'das mirando a Thrawn con el ceño fruncido—. ¿Él me está ofreciendo un *trabajo*?

—No sólo un trabajo, sino una posición de liderazgo muy acomodada —dijo Thrawn—. Quiere que te invite a acompañarle de vuelta a la República en el *Oscura Venganza* para que podáis discutirlo.

—Eso no tiene ningún sentido —protestó Car'das—. Acabo de salir de la escuela. ¿Para qué clase de posición de alto poder podría estar calificado?

—La edad no es necesariamente el mejor indicador de talento y habilidad —señaló Thrawn—. En tu caso, se quedó muy impresionado por el papel que jugaste engañando a los vagaari para que se colocaran en la posición adecuada para el ataque. Has demostrado ser inteligente, ingenioso y capaz de permanecer tranquilo bajo el fuego, cualidades que él aprecia, al igual que yo.

Car'das se rascó la mejilla pensativamente. Aun así era ridículo, por supuesto. Pero también era demasiado intrigante como para descartarlo simplemente en seguida.

—¿Dijo qué clase de trabajo sería?

—Supongo que implica algo del mismo trabajo de contrabando que estás haciendo para el Capitán Qennto —dijo Thrawn—. Pero bajo esas actividades superficiales, tu función primaria será crear y operar una red de información primaria para él.

Car'das frunció los labios. Sólo contrabando era algo que podía tomar o dejar, pero esta otra parte sonaba mucho más interesante.

—No estará esperando que construya esta red por mí mismo, ¿verdad?

Thrawn sacudió la cabeza.

—Empezará dándote varios meses de entrenamiento e instrucciones sobre el terreno. Después de eso, tendrás alguno de sus contactos y recursos en la República de los que echar mano.

—Los cuales, supongo que serán muy impresionantes —dijo Car'das, pensando seriamente. Eso significaba no más despreocupadas maneras lunáticas de Qennto de tratar con los clientes y competidores. No más naves cayéndose a pedazos bajo él por falta de fondos o interés. Lo mejor de todo, no más Hutts.

—Es tu decisión, por supuesto —dijo Thrawn—. Pero creo que tienes las cualidades necesarias para sobresalir en un trabajo como ese.

—¿Y como una bonificación añadida esto también incrementaría mi utilidad como un posible contacto futuro con la República? —preguntó Car'das irónicamente.

Thrawn sonrió.

—Como he dicho, tienes las cualidades necesarias.

—Bien, no me hará daño comprobarlo. —Car'das estudió la cara de Thrawn—. ¿Hay algo más?

Para su sorpresa, el otro vaciló realmente.

—Quería pedirte un favor —dijo por fin—. Sea cual fuere la nave que elijas para volver, te pediría que nunca le contases a Qennto o a Ferasi lo que le ocurrió al *Vuelo de Expansión*.

Car'das hizo una mueca. Pensaría en eso por sí mismo. Pensaría muchísimo en eso, de hecho.

—¿Especialmente a Ferasi?

—Especialmente a ella —dijo Thrawn, su voz estaba teñida de tristeza—. Hay muy pocos idealistas en este universo, Car'das. Muy poca gente que se esfuerza siempre por ver sólo lo bueno en otros. No querría ser el responsable de destruir siquiera uno de ellos.

—Y además, ¿le gustó toda esa adulación incondicional hacia usted?

Thrawn sonrió levemente.

—Todo el mundo aprecia esa admiración —dijo—. Tienes una comprensión excelente de los corazones de los demás. Stratis ha elegido bien.

—Supongo que lo descubriremos. —Car'das le tendió la mano—. Bueno. Adiós, Comandante. Ha sido un honor conocerle.

—Lo mismo digo —dijo Thrawn tomando su mano—. Adiós… Jorj.

—No sé —dijo Qennto sacudiendo su cabeza—. Para mi dinero, esto suena como una idea realmente mala.

—Estaré bien —le aseguró Car'das—. Thrawn dice que Stratis no es la clase de gente que me engañaría para subirme a bordo sólo para crear problemas. No es su estilo.

—Tal vez —rezongó Qennto—. O tal vez no. Lo último que un tipo como ese querría es que alguien como tú se plantase en la esquina de una calle de Coruscant y gritase sus actividades pasadas desde el fondo de sus pulmones.

—¿Y qué pasa con nosotros? —Añadió Maris—. También sabemos lo que estaba planeado para el *Vuelo de Expansión*.

—Pero nunca supisteis su verdadero nombre —le recordó Car'das—. Todo lo que tenéis es un alias y un rumor. Eso no va a llevaros a ningún lado.

—¿Incluso si fuésemos lo suficientemente estúpidos como para intentarlo? —preguntó Qennto, lanzando un mirada de advertencia a Maris.

—Algo así —estuvo de acuerdo Car'das, esperando que ninguno de ellos sacase a relucir el hecho de que habían sabido el nombre real de Kav. Aunque, Kav era un nombre neimoidiano lo suficientemente común; y ya que el vicelord estaba muerto, probablemente no iba a ser un gran problema. Ciertamente el propio Stratis no parecía preocupado por ello—. De todas formas, Thrawn avala a ese hombre.

—Para mí eso es suficiente —declaró Maris—. Sólo espero que Drixo la Hutt sea tan razonable.

—No te preocupes por Drixo —dijo Qennto con un gruñido—. Ella no será un problema, no con todo su botín extra para calmarla. De hecho, apostaría a que incluso puedo convencerla de que nos dé una bonificación.

Maris puso los ojos en blanco.

—Aquí vamos otra vez.

—Hey, soy un hombre de negocios —protestó Qennto—. Eso es lo que hago.

—Sólo hazlo con cuidado, ¿de acuerdo? —dijo Car'das—. No quiero tener que preocuparme por vosotros dos.

—Preocúpate por ti mismo —dijo Qennto amenazadoramente, hincando un dedo largo en el pecho de Car'das para darle énfasis—. Diga lo que diga Thrawn, ese Stratis suena tan resbaladizo como un Dug engrasado, y dos veces menos amistoso.

—Y al haber frustrado Thrawn su ataque al *Vuelo de Expansión*, no habrá ayudado a mejorar nada su ánimo —dijo Maris. Su frente se arrugó levemente—. Thrawn detuvo su ataque, ¿verdad?

Car'das sintió un nudo en el estómago. Maris había sido una compañera de nave, alguien con quien había pasado medio año viviendo, trabajando y luchando a su lado. Más que eso, él la consideraba una amiga.

Nunca había mentido a un amigo antes. ¿Realmente quería empezar ahora? ¿Y con una mentira tan terrible como esta?

Y entonces, la voz de Thrawn pareció llegar flotando desde su memoria. *Hay muy pocos idealistas en este universo…*

La verdad no desharía la muerte del *Vuelo de Expansión*. Todo lo que podría hacer sería herir a Maris.

—Por supuesto que detuvo el ataque de Stratis —le aseguró con toda la falsa cordialidad que pudo crear—. Yo estaba allí mismo cuando el *Vuelo de Expansión* escapó.

Las arrugas de su frente se alisaron, y Maris sonrió.

—Sabía que podría hacerlo —dijo, tendiendo su mano—. Buena suerte, Jorj, y cuídate. Quizá nos topemos de nuevo alguna vez.

Car'das se obligó a sonreír mientras tomaba su mano.

—Sí —dijo suavemente—, quizá lo hagamos.

El devastador impacto había pasado, la violenta sacudida se había desvanecido, y el polvo estaba empezando a posarse sobre la oscura cubierta. Lentamente, con cuidado, Uliar alzó la cabeza de la masa de acolchado de sillas con la que se había enrollado, encogiéndose mientras una punzada de dolor le recorría el cuello.

—¿Hola? —llamó, su voz resonó misteriosamente a través de la sala silenciosa.

—¿Uliar? —Llamó una voz a su vez—. Soy… —se interrumpió cuando un acceso de tos repentina le asaltó—. Soy Pressor —dijo cuando tuvo la tos bajo control—. ¿Estás bien?

—Sí, eso creo —dijo Uliar, levantándose y caminando de forma inestable hacia la voz. Todas las luces estaban apagadas excepto por las permaluces de los paneles de emergencia, haciendo que el A-4 pareciese y se sintiese incómodo como una tumba—. ¿Y tú?

—Eso creo —dijo Pressor. Un par de figuras sombrías salieron de debajo de un escritorio al otro lado de la sala, convirtiéndose en Dillian Pressor y su hijo, Jorad, mientras se colocaban bajo una de las permaluces—. ¿Dónde están los otros?

—No lo sé —dijo Uliar—. Todo el mundo se puso a cubierto cuando diste el aviso de impacto —miró alrededor—. Qué desastre.

—Eso seguro —estuvo de acuerdo Pressor torvamente, rascando algo de sangre que goteaba por su mejilla—. Me pregunto qué habrá pasado.

—No parecía ser fuego láser o torpedos de energía —dijo Uliar—. Aparte de *eso*, no tengo ni la más remota idea.

—Bien, lo primero es lo primero —dijo Pressor—. Necesitamos reunir a todo el mundo y comprobar la comida, el agua y los suministros médicos. Después de eso, podemos ocuparnos de la energía y de las habitaciones. Después, podemos intentar llegar al puente y descubrir qué infiernos ha ocurrido.

Empezó a abrirse paso a través de los escombros, con Jorad a su lado, agarrando su mano con fuerza.

—Sí, fue estupendo que nos dieses ese aviso, de acuerdo —comentó Uliar mientras llegaban a la puerta—. ¿Cómo supiste que se acercaba?

Pressor sacudió la cabeza.

—No lo sé —dijo—. Simplemente surgió en mi cabeza.

—¿Te refieres como alguna clase de cosa Jedi?

—No soy un Jedi, Chas —dijo Pressor firmemente—. Probablemente oí algo moviéndose o arañando contra el casco. Grava precursora de asteroide, o tal vez fricción atmosférica. Algo de eso.

—Claro —dijo Uliar—. Probablemente sea eso.

Pero fuera o no Pressor un Jedi, había definitivamente algo extraño en él. Y después de lo que los Jedi le habían hecho al *Vuelo de Expansión*, Uliar vigilaría a Pressor y a su familia. Los vigilaría muy de cerca.

Mientras tanto, había una pequeña cuestión de supervivencia de la que encargarse. Agachándose bajo una sección torcida de un panel del techo, siguió a Pressor por el corredor.